



El crimen
del ómnibus

Fortuné du Boisgobey

se

Lectulandia

Nos encontramos en París en 1878. Una joven muere misteriosamente en un ómnibus de la ciudad. El pintor Paul Freneuse —testigo de la escena—, al darse cuenta de que la joven que viaja junto a él está muerta, comienza a pensar que tal vez ha sido asesinada sin que ningún pasajero se haya dado cuenta, y comparte su deducción con su amigo Binos. Freneuse debe ocupar su escaso tiempo en completar el cuadro que presentará a la Exposición Universal, pero Binos no cejará en la investigación del crimen. El lector hará entonces un recorrido por el París más bohemio, con pistas salpicadas en cada capítulo —una aguja envenenada, el fragmento de una carta...—, una historia de amor, un par de asesinos particularmente audaces, un policía profesional...

«El crimen del ómnibus» es pionero en la creación de un misterio en habitación cerrada... pero en movimiento. Con su lectura, el lector realiza un verdadero viaje en el tiempo al París bohemio de la Belle Époque. Ofrece misterio a sus lectores, pero también una crónica social de la época y los comienzos de la policía criminal francesa.

Lectulandia

Fortuné du Boisgobey

El crimen del ómnibus

dÉpoca Noir - 1

ePub r1.0

Titivillus 11.04.2018

Título original: *Le crime de l'omnibus*

Fortuné du Boisgobey, 1881

Traducción: Eva María González Pardo

Introducción: Juan Mari Barasorda

Ilustraciones originales: Charles Dana Gibson & Gottfried Heinrich Wilda

Editor digital: Titivillus

Colaboración: Grupo LDS

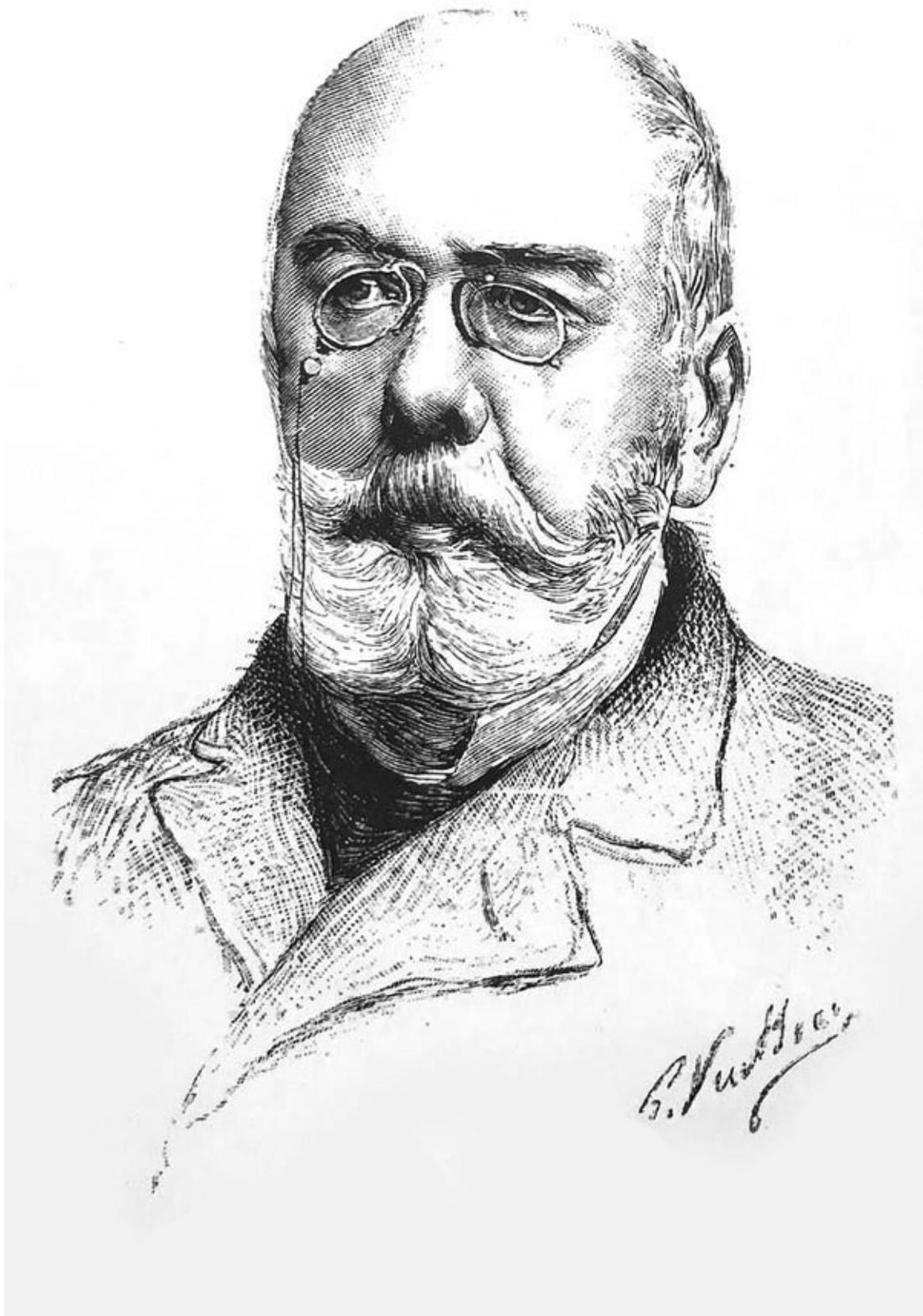
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



INTRODUCCIÓN





Fortuné Hippolyte Auguste Abraham-Dubois, conocido como Fortuné du Boisgobey, nació el 11 de septiembre de 1821 en una familia acomodada de Granville —ciudad de la que su padre fue alcalde—, donde cursó estudios de derecho pasando a convertirse en funcionario del Ministerio de Hacienda, ejerciendo funciones de pagador del ejército francés en Argelia.

Con veintitrés años, y firmando como Fortuné Abraham-Dubois, publicó un diario de viajes en el *Journal d'Avranches*. Su siguiente aventura literaria, *Deux comediants*, fue publicada en *Le Petit Journal* en 1868 —firmando ya como Fortuné du Boisgobey— tras su regreso de África, Oriente Medio y media Europa siguiendo siempre al ejército francés. En 1869, tras firmar un contrato de siete años con el editor Paul Dalloz, comenzó su fama imparable con la publicación de *Une affaire mystérieuse* («Un asunto misterioso»), fama que perdurará hasta su fallecimiento en 1891. Es precisamente en el momento de su muerte cuando comienza a propagarse el rumor de que «Fortuné du Boisgobey» era un seudónimo. Sólo un buen amigo reivindicó su apellido, el general John Meredith Read, agregado cultural de Estados Unidos en Francia y compañero de las cenas literarias a las que el «bon vivant» Fortuné du Boisgobey era aficionado:

«... tras la muerte de M. du Boisgobey, algunos han afirmado que su nombre real era Fortuné Castille, otros que era hijo de M. Abraham-Dubois, e incluso se ha llegado a decir que construyó su seudónimo con parte del apellido de su padre (“Du Bois”) y parte del apellido de su madre (“Gobey”). No hay nada veraz en dichas tesis. Monsieur du Boisgobey utilizaba su nombre real».^[1]

El obituario de Boisgobey publicado en el *New York Times* no rindió el homenaje que el escritor merecía, al destacar que había fallecido «... uno de los más prolíficos autores de *penny dreadfuls*^[2], un escritor que hizo su fortuna gracias a los *feuilletons*^[3]». Sin embargo, Fortuné du Boisgobey ocupa un lugar destacado en el origen de la novela de detectives, al igual que Émile Gaboriau, por mucho más que su labor como escritor de folletines. En el prólogo de *El crimen de Orcival* (1866) de Gaboriau, publicado también por Editorial d'Época, reconocíamos en él al escritor que une a la publicación del «roman d'aventures»^[4] por entregas el planteamiento del crimen a resolver y la investigación concienzuda del detective, creando un nuevo género: el «roman policier»^[5], heredero de Poe y su Dupin —nacido en *Los crímenes de la calle Morgue* en 1843—, y de Balzac y su novela *Un asunto tenebroso* («Un affaire tenebreuse») (1841), folletín al que Boisgobey homenajea en su segunda novela.

Si Gaboriau es el maestro del género, Boisgobey fue quien consolidó el «roman policier». Publicó más de 70 novelas desde 1869 hasta el año de su muerte, y fue el escritor de novelas criminales más leído durante dos décadas.

En 1869, Boisgobey inicia su frenética carrera como escritor e impulsor de la novela de detectives. Se trata del mismo año en que aparece en París la campaña publicitaria del lanzamiento de *Monsieur Lecoq*, obra de Gaboriau; un año en el que

se debe valorar la obra de Boisgobey por encima de la novela que continuó la saga de monsieur Lecoq, *La Vieillesse de M. Lecoq* (1878), publicada en dos partes, *Lecoq Se Derobe* y *Monsieur Lecoq agit*. Su mérito radica no sólo en el volumen de producción, sino en su capacidad para transitar desde la novela procedural —basada en la investigación policial— a un género absolutamente en boga hoy en día como es el «thriller urbano», en el que Boisgobey se convirtió en un maestro gracias a la creación de misterios que incitan a su resolución por un investigador aficionado.

Las novelas de Boisgobey retratan a criminales, policías y detectives, pero nos muestran por encima de todo la vida de aquel París en el que el siglo XIX comenzaba a declinar: el París de Montmartre y las cenas literarias. Boisgobey fue un promotor de la cultura en aquel París que amó y en el que disfrutó desde el anochecer hasta el alba. Fue presidente de la Sociedad de Autores de Francia (1885-1886) y admirado y reconocido por plumas como las de Émile Zola o los hermanos Goncourt. Con ellos compartió las tertulias de las cenas de los «Spartiates de París» en el inolvidable *Lion d'Or*, rodeados de políticos, escritores y artistas, e invitados como el escritor inglés Edward Bulwer-Lytton, pionero de la novela criminal en Inglaterra con sus «newgate novels».

Si algo debe reconocer el lector en la obra de Boisgobey es su personalidad. No copia el modelo del «folletinista» Paul Féval, padre literario de Gaboriau, ni la estructura procedural de la investigación y los procesos deductivos del Lecoq de Gaboriau, así como tampoco el tremendismo gótico de las «newgate novels» de lord Edward Bulwer-Lytton. La obra de Boisgobey se asemeja a los libros de viajes que tanto le gustaba escribir, pero introduciendo al lector en un misterioso viaje en el tiempo por el París de su época.

Si en Gaboriau son la trama y su resolución los elementos centrales, precediendo el modelo del Holmes de *sir* Arthur Conan Doyle, en Boisgobey son los diálogos entre los personajes los que hacen fluir, lentamente en ocasiones, la trama y la investigación. Se entrelazan capítulos en los que el romance entre los protagonistas se eleva sobre el misterio por encima de aquellos otros en los que el crimen —crimen que en ocasiones no existe y es sustituido por un misterio a desentrañar— atrapa al lector. Boisgobey es un narrador más lineal que Gaboriau. No hay *flashbacks* que muestren los hechos que condujeron al crimen. Toda la novela funciona como una unidad coherentemente planeada. Gaboriau se siente pionero en el género, y es cuidadoso en el planteamiento de la investigación detectivesca colocando al investigador fuera de la trama que ha dado origen al crimen; Boisgobey sabe que los lectores que leen sus novelas son cómplices, ávidos consumidores del «roman policier» —que se había puesto tan de moda como la novela negra en la actualidad—, y sabe también que basta con integrar el misterio en la historia. Las novelas de Boisgobey, por tanto, están escritas para lectores que buscan un misterio cercano más allá de una investigación deductiva infalible.

El crítico Andrew Lang señaló: «Denle (a Boisgobey) un asesinato, un cuerpo

mutilado, un joven de gran corazón, un duelo y un juego de salón... Con estos elementos y un villano, Boisgobey y sus lectores disfrutarán. No hablamos de alta literatura pero el lector leerá ávidamente sus novelas, pues la historia le atraparé y le permitirá olvidar sus problemas del día a día». Incluso Charles Dickens, en su semanario *All the year round*, escribió: «Debemos reconocer que Boisgobey es, sobre todo, un autor muy ameno. Qué buen escritor de *novela sensacionalista*^[6] hubiera sido tan sólo concentrando más sus tramas».

Hay que reconocer además a favor de Boisgobey los esfuerzos descriptivos de los escenarios en los que sitúa sus novelas. Ya no es una habitación cerrada en la que se plantean problemas a resolver por un detective, o una mansión y las relaciones entre quienes la habitan. Boisgobey describe el París de su época con la precisión del escritor experto en la literatura de viajes. Y es tan esmerado y cuidadoso en la descripción de los bulevares y en los vestidos de las damas, como en lo referente a la psicología de sus personajes —frente a los arquetipos de cartón piedra de los folletines de aventuras—, creando un estilo que es muy valorado por el lector actual. Los contactos literarios —su amistad con Edmond de Goncourt es un ejemplo— y sociales de Boisgobey permiten al escritor aportar una información extra sobre la vida social más allá del detalle de los procedimientos penales y judiciales. En sus escritos destacan la posición inferior de las mujeres —incluso en las familias burguesas—, las inquietudes de la comunidad artística, así como las diferencias entre la sociedad parisina y la burguesía de provincias.

En *Les Mystères du nouveau Paris* (1876), una obra compleja de realismo criminal y al mismo tiempo social —se publicó en tres tomos, el tercero titulado *L'Omnibus du diable*—, Boisgobey crea el modelo de su posterior novela, *El crimen del ómnibus*. En la primera, un parisino, Marcel Robinier, regresa de Estados Unidos para cumplir una venganza y recorre París acompañado de un policía; un estilo que hoy podemos denominar como «novela de misterio urbano». Una ciudad, París, que se convierte en un personaje más en esa historia de «caza humana», y es tarea del escritor conseguir que el misterio del propio París se superponga a las reglas de la novela detectivesca. Pocos como Boisgobey retrataron este París del misterio; un modelo que continuó otro escritor de novelas del género, Jules Claretie, en *La vie à Paris* (1880). Es el París de los bulevares y de la Exposición Universal, el París diseñado por el barón Haussmann y el ingeniero Alphand, pero también el París de Montmartre y de la plaza Pigalle, el París de *cabarets* como *Le Chat Noir* («El gato negro»), abierto por Rodolphe Salis en 1881 en el número 84 del Bulevar de Rochechouart, y es, por supuesto, el París en el que los transportes públicos eran los coches de caballos y los ómnibus tirados por caballos de la *Compagnie générale des omnibus*, que se había creado en 1855. Un París seducido por el crimen en el que existió incluso un dominical que se llamó el *Diario de los Asesinos*, y en el que los «apaches»^[7] de la ciudad bebían su vino especiado mientras pintores y «chansonniers»^[8] eran seducidos por el hada verde de la absenta.

Con la lectura de *El crimen del ómnibus* (1881) el lector realiza un verdadero viaje en el tiempo al París de 1878, año en que está ambientada la novela. Boisgobey ofrece misterio a sus lectores, pero también una crónica social que describe la ebullición artística en el campo de la pintura, la Pigalle de los artistas y sus modelos, la ciudad bohemia, los comienzos de la policía criminal francesa, la descripción de la comunidad italiana que emigró a Francia, una crítica de la burguesía a la que el propio Boisgobey pertenecía y el trato discriminatorio hacia la mujer.

El crimen del ómnibus es pionero en la creación de un misterio en habitación cerrada... pero en movimiento. Una joven muere misteriosamente en un ómnibus de París. El pintor Paul Freneuse —testigo de la escena—, al darse cuenta de que la joven que viaja junto a él en el último ómnibus del día está muerta, comienza a pensar que tal vez ha sido asesinada sin que ningún pasajero se haya dado cuenta, y comparte su deducción con su amigo Binos, también pintor. Freneuse debe ocupar su escaso tiempo en completar el cuadro que presentará a la Exposición Universal, pero Binos no cejará en la investigación. El lector hará entonces un recorrido por el París más bohemio, con pistas salpicadas en cada capítulo —una aguja envenenada, el fragmento de una carta...—, una historia de amor, un par de asesinos, un policía profesional...

La novela atrapa al lector, como decían Andrew Lang y Charles Dickens. Y, además, supuso en su momento una referencia para escritores que antes fueron lectores. Cuando en el Melbourne de 1886, Fergus Hume decide escribir una novela de detectives, su librero le recomienda las obras de Gaboriau y Boisgobey. Y con esta referencia escribe *El misterio del carruaje* —publicado por Editorial d'Época en su colección Misterios de Época—, que se convirtió en el primer *best seller* de la historia de la novela de detectives y que, como el mismo Fergus Hume reconoció, se inspiró en gran medida en *El crimen del ómnibus*. Del mismo modo, años más tarde Agatha Christie realizó una apuesta similar con *Asesinato en el Orient Express*.

No fue Fergus Hume el único escritor influenciado por el modelo narrativo de Boisgobey, pues también lo fueron sin duda Wilkie Collins o Arthur Conan Doyle, aunque Doyle también fue influenciado por *Maximilien Heller* (1871), de Henry Cauvain, igualmente publicado en la colección Misterios de Época de editorial d'Época.

Gran parte de su éxito se debió a un hombre, Henry Vizetelly. Vizetelly, miembro de una familia de editores, había llegado a París en 1865 viviendo la revolución literaria que supusieron las primeras novelas de Gaboriau y Boisgobey. Cuando regresó a Londres en 1880 apostó por traducir al inglés las novelas de estos dos escritores, publicando treinta y nueve novelas en la serie «Du Boisgobey's Sensational Novels». De este modo, Boisgobey se convirtió en el mayor éxito de ventas de la editorial Vizetelly & Co., y el escritor de novela criminal más leído en Inglaterra hasta la eclosión de *sir* Arthur Conan Doyle.

A partir del fallecimiento de Fortuné du Boisgobey dejan de editarse nuevas

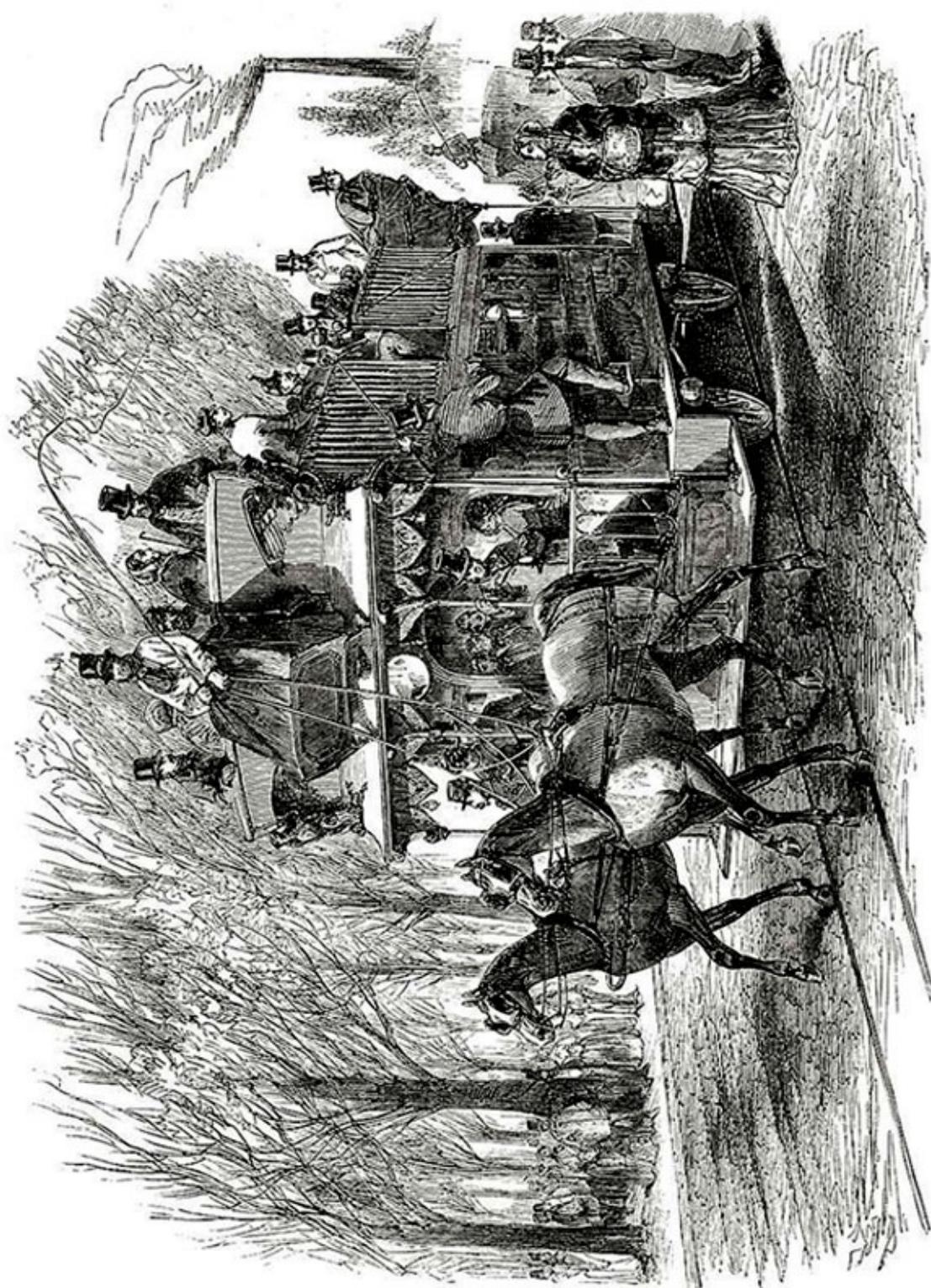
novelas en la serie, de las que apenas hubo reediciones fuera de los Estados Unidos, donde también puede asegurarse que fue un escritor de referencia para Anna Katharine Green^[9], escritora que, al igual que Boisgobey, da gran importancia a la descripción de su ciudad —Nueva York en el caso de Green— y a la trama, muchas veces romántica, que acompaña a la investigación detectivesca.

Boisgobey fue olvidado por las editoriales hasta que la revista *Le Rocambole* — en su primer número en 1997— reivindicó su papel como padre del «roman policier» al mismo nivel que Émile Gaboriau y, en consecuencia, como pionero y maestro de la novela criminal o de detectives por encima de otros escritores más recordados en la actualidad como Gaston Leroux o Maurice Leblanc.

Si el lector desea seguir conociendo la literatura de misterio de finales del siglo XIX, la obra de Fortuné du Boisgobey —que murió en febrero de 1891 en París—, sometida como estaba a las reglas de la novela por entregas, es una lectura muy recomendable que permitirá al lector de *El crimen del ómnibus* recorrer —acompañando a un detective aficionado y siguiendo la pista de un astuto criminal— el viejo París de 1878.

Juan Mari Barasorda^[10]

Febrero de 2017



I

Se ha retrasado en alguna ocasión, en torno a la medianoche, y ha perdido el último ómnibus de la línea que conduce a su domicilio? Si no se ve en la obligación de regular estrictamente los gastos de su presupuesto, posiblemente optará usted por tomar un coche de punto. Si, por el contrario, su modesta economía le prohíbe permitirse ese ligero extra, no tendrá más remedio que regresar a pie y cruzar París salpicándose con los charcos de barro —quizá bajo una lluvia torrencial—, maldiciendo por el camino a una Compañía que no puede actuar de otro modo pues considera justo que, tras dieciséis largas horas de trabajo, tanto empleados como caballos deban tener un descanso.

Existen múltiples modos de perder ese bendito ómnibus, suprema esperanza de los rezagados.

Cuando uno espera su paso y, tras realizar inútiles señas al revisor, ve aparecer en letras grandes sobre un fondo azul esa temible palabra, el desolador cartel de «completo», se enfurece... pero, después de todo, es algo con lo que contaba. Haciendo de tripas corazón continúa caminando al tiempo que sueña vagamente con la idea de que aún pasará otro y, animado con esa ilusión, finalmente termina por llegar a pie a su morada sin advertir demasiado el cansancio.

Mucho peor es presentarse en la estación, cabeza de línea, en el preciso momento en que acaba de ocuparse el último asiento del único ómnibus que resta por salir. Uno no puede hacerse falsas ilusiones en este caso; es el último. El encargado gira la manivela que cierra la taquilla de la estación y le comunica que no saldrán más; mientras, los pasajeros que han llegado antes que usted se ríen en sus narices cuando educadamente les pregunta si queda alguna plaza libre.

El veredicto es inapelable. No tiene otro modo de transporte que sus piernas; sólo éstas le llevarán a su destino, pues no podrá alcanzar en ruta a ese maldito vehículo con el que usted contaba evitarse una larga caminata.

Y así sucedió una noche de invierno, a las doce menos cuarto, en la esquina del bulevar Saint-Germain con la rue du Cardinal-Lemonie; en el preciso instante en que el cochero del ómnibus verde que realiza el trayecto entre Halle aux vins y la plaza Pigalle ocupaba su puesto apareció una mujer jadeante, impecablemente vestida y aún joven por lo que podía adivinarse de su apariencia, pues un espeso velo ocultaba su rostro. Procedía de la zona del Jardin des Plantes, por el muelle de Saint-Bernard, y parecía haber corrido durante largo tiempo, pues le faltaba el aire y apenas podía articular la pregunta que todos los rezagados suelen dirigir con ansiedad al empleado encargado de dar la señal de partida.

—Está completo, señora, y es el último —le respondió el conductor con la mirada fija en sus papeles.

—¡Oh! ¡Dios mío! —murmuró—. ¡Y debo ir a Montmartre! No llegaré nunca.

Y, en efecto, a aquella hora y en aquella estación del año, una caminata a pie de cuatro o cinco kilómetros bien podía asustar a una persona del sexo débil.

Corría un frío seco y un viento del norte que volvía dicho frío aún más punzante. Había nieve suspendida en el aire. Las calles de aquel distrito estaban desiertas; ni un solo viandante por sus amplias aceras, ni un solo coche de punto en el horizonte.

El interior del ómnibus estaba completo; nadie había osado enfrentarse a aquellas bajas temperaturas subiendo al *impériale*^[11], donde por tres *sous*^[12] era más que probable enfermar de un fuerte resfriado.

La dama alzó la mirada hacia los *asientos al aire libre*, como les llaman los conductores. Debía desear ardientemente tomar ese último ómnibus, pues se le escapó un gesto que indicaba claramente que lamentaba no poder subir a la cubierta a pesar de la helada y el viento racheado. Pero, sabiendo que aquello no le estaba permitido a las damas y que los empleados no transigían ante dicha consigna, asomó la cabeza dentro del largo vehículo en el que no había plaza alguna para ella. Sin duda, no renunciaba a la idea de que algún galante viajero se apiadara de su situación cediéndole su derecho de primer ocupante.

Era una débil probabilidad, pues casi todos los viajeros eran mujeres y éstas no suelen renunciar voluntariamente a un privilegio.

Sin embargo, tuvo la inesperada fortuna de que alguien se interesara por su suerte.

Un caballero sentado al fondo se levantó y se dirigió hacia la salida.

—Suba, señora —dijo saltando ágilmente sobre el asfalto.

—¡Oh!, señor, es usted muy gentil, no quisiera abusar de su amabilidad —exclamó la dama.

—¡En absoluto! ¡En absoluto! No se preocupe; ocuparé un asiento allá arriba. No es que haga calor pero tengo la piel resistente.

—De veras, caballero, no sé cómo agradecerérselo.

—No hay de qué. No es necesario.

—Vamos, señora, rápido, por favor —dijo el empleado—; partimos.

La mujer ya tenía un pie sobre la escalera y no se hizo más de rogar; pero, en lugar de tomar la mano del conductor para subir, aceptó la ayuda que caballerosamente le ofreció el hombre que acababa de hacerle aquel gran favor.

Puso la mano sobre la suya prolongando el contacto unos segundos más de lo necesario.

Era lo menos que podía hacer por un caballero tan educado y, además, aquel contacto no tenía nada de comprometedor pues ambos portaban guantes; unos gruesos guantes forrados cuya piel tenía el grosor de una coraza.

El caballero que acababa de ceder su asiento no era, sin embargo, ni muy apuesto ni muy joven.

Rondaría los cuarenta años, e incluso más. Su bigote y sus patillas cortadas al estilo militar presentaban numerosas canas. Vestía un gabán que debía haber

comprado en algún comercio barato y un sombrero de horma baja y de fieltro duro; el sombrero de un *independiente* que no se preocupa en seguir los dictados de la moda. Tenía las facciones bastante regulares, pero duras; rasgos tallados a golpe de hacha.

Subió al *impériale* con notable agilidad y se sentó al principio del primer banco, junto al estribo que sirve para bajar.

Mientras tomaba posición levantándose los cuellos de su gabán, la mujer que acababa de ayudar se deslizó hasta el asiento que había quedado libre, al fondo del ómnibus a la derecha, entre una anciana totalmente cubierta de lana y una muchacha muy humildemente vestida.

Más lejos, contra el ventanal del fondo, se sentaba una oronda chismosa ataviada con un gorro que debería haber pagado por dos, pues literalmente se desbordaba sobre su vecina de la izquierda.

Enfrente ocupaba su asiento un hombre, el único que había en el vehículo: un muchacho de gran estatura, delgado y moreno, de viva mirada y boca sonriente; una verdadera cabeza de artista, pero un artista de éxito, pues no portaba ni la indumentaria desaliñada ni los turbulentos modos de los *pintorzuelos* que frecuentan las tascas de los bulevares de la periferia. El resto de pasajeros pertenecía a las diversas categorías habituales de los ómnibus: burguesas regresando a sus hogares tras una velada en casa de sus parientes residentes en la otra punta de París, madres cargadas con niños en pañales y trabajadoras retornando de su jornada en la fábrica y muertas de sueño.

El pesado vehículo se sacudió, la campanilla argentada sonó dieciséis veces en el interior y, una vez en el *impériale*, el conductor reclamó el dinero y los *sous* fueron pasando de mano en mano.

El espigado muchacho moreno se dispuso a examinar a las compañeras de viaje que el azar le había designado.

No encontró más que dos por las que mereciera la pena estudiar su rostro y su apariencia, y eran precisamente las dos que estaban sentadas frente a él.

Nada se le había escapado de la escena que había precedido a la partida, y es de justicia aclarar que se estaba preparando para ofrecer su asiento cuando el hombre del bombín se levantó para ceder el suyo. Se había percatado perfectamente del apretón de manos intercambiado entre la dama y el complaciente caballero. Se dijo que quizá supusiera el principio de una aventura y, como no esperaba asistir al desenlace, se conformó al menos con observar los acontecimientos que pudieran producirse durante el trayecto.

Le parecía que los dos protagonistas de aquella comedia ambulante formaban una pareja bastante dispar. Era evidente que la mujer prontamente dispuesta a aceptar los favores de un desconocido no pertenecía a la clase social de su caballero de ocasión, pues su indumentaria era casi elegante. Parecía tener una bonita figura y sus ojos brillaban a través del velo de encaje negro que se obstinaba en no levantar.

Aquello bastaba para que cualquier curioso se interesara por ella, y el artista

sentado frente a aquella misteriosa mujer era muy curioso.

Dividía su atención entre la dama velada y la joven sentada a su lado.

También ella cubría parcialmente su rostro con un velo sujeto a su sombrero de terciopelo marrón, y apenas podía distinguirse la parte inferior de su rostro; una barbilla con hoyuelos, una boca un poco grande pero de líneas puras y unas macilentas mejillas de una palidez mate.

«Tez de española», se dijo el espigado muchacho moreno. «Estoy seguro de que es encantadora. ¡Una lástima que el frío le impida mostrar la punta de su nariz! Ahora todas tienen la manía, a poco que descienda un poco la temperatura, de enmascararse para salir, y hay que esperar al verano para poder vislumbrar sus hermosos rostros. Si al menos estuviera iluminado este maldito ómnibus; pero uno de los farolillos está apagado, y el otro tiznado como si le faltara aceite. Apenas puede verse nada. Viajamos en una cueva rodante. Podría cometerse un crimen y nadie se daría cuenta...».

Continuando con su escrutinio, el espigado muchacho moreno llegó a la conclusión de que la joven muchacha no debía ser rica.

Vestía en pleno mes de enero una ligera capa corta sin mangas en paño negro — eso que denominan *une visite*— tan fina y usada que uno se helaba con sólo mirarla; un vestido de alpaca, color uva de Corinto, al que un uso excesivo y prolongado había tomado brillante, y ocultaba sus manos en un estrecho y pelado manguito que debió ser adquirido, tiempo atrás, para una niña de unos doce años.

«¿Quién será? ¿De dónde vendrá? ¿A dónde irá?», se preguntaba el joven. «Y, ¿por qué su vecina de asiento la mira de reajo? ¿Acaso la conoce? No, pues no le habla».

Mientras tanto, el ómnibus seguía su camino. Rodaba ahora por el Pont Neuf, y el cochero, ansioso por terminar su jornada, lanzó a gran trote a los caballos sobre la pendiente que descendía hacia la estación del Louvre.

Generalmente, los vehículos de transporte no gozan de la suspensión de ocho muelles de los carruajes, y aquel movimiento precipitado sacudió fuertemente a los pasajeros.

La joven muchacha fue impulsada contra su vecina, la última en llegar, y se aferró a su brazo lanzando un débil grito al que prosiguió un profundo suspiro.

—Apóyese en mí si se encuentra indispuesta, señorita —dijo la dama velada.

La otra no respondió, pero se dejó caer sobre el hombro de la compasiva persona que le ofrecía su auxilio.

—La muchacha se encuentra mal —exclamó el espigado muchacho moreno—. Habrá que detener el vehículo y yo iré...

—No, señor; está dormida —respondió tranquilamente la dama velada.

—¡Disculpe! Creí...

—Ya dormía cuando el traqueteo la despertó con un sobresalto. Pero ya se ha dormido de nuevo. Dejémosla descansar.

—¿Sobre usted, señora? No teme...

—¿Fatigarme demasiado? ¡Oh, en absoluto! Y así ella no se caerá, se lo garantizo, pues yo la sostendré —respondió la dama pasando su brazo derecho alrededor de la durmiente.

El espigado muchacho moreno se inclinó sin insistir. Era un caballero educado, y consideró que ya había hecho suficiente inmiscuyéndose en un asunto que no era de su incumbencia.

—Estas muchachas de hoy en día, ¡qué vergüenza! —dijo entre dientes la rolliza señora del gorro—. He empujado toda la tarde la carreta para vender mis naranjas y, si fuera necesario, aún podría subir a pie hasta lo alto de Montmartre. ¡Ah!, si esta jovencita tuviera que ir a bailar al Boule-Noire o al Élysée, seguro que despertaría; pero para volver a casa de su mamita, ¡lástima!, está muy cansada.

Estaba inmersa en sus reflexiones. La muchacha que estaban observando no se movía. La vecina cuyo hombro servía de almohada fingió no haber escuchado y el artista sentado frente a ellas no pronunció palabra, aunque le habría gustado increpar a aquella burda y entrometida señora.

Continuó observando, y casi se conmovió al ver que la dama velada tomaba dulcemente las manos desnudas de la durmiente y las colocaba dentro del liviano manguito que la humilde muchacha llevaba suspendido del cuello con un cordón deshilachado.

«Una madre no tendría tanto mimo con su hija», pensó. «¡Y yo que en principio tomé a esta excelente mujer por una buscadora de aventuras! ¿Por qué razón?, me pregunto. Porque aceptó el asiento de un extraño, y porque se lo agradeció dejándose coger la punta de los dedos. Pues bien, ese galante personaje lo hizo por cortesía... y tal vez por una pulmonía, porque debe estar helado allí arriba».

«Pero eso no importa; me gustaría ver todo el rostro de la muchacha que duerme con un sueño tan profundo. Los rasgos de la parte inferior son perfectos. La chiquilla no debe nadar en la abundancia a juzgar por su vestuario, y apuesto a que consentiría en posar para mí. Si se baja antes que yo no la seguiré; pero si llega hasta la plaza Pigalle le propondré, mientras nos apeamos, que me conceda algunas sesiones. Esperemos que abra los ojos antes del fin del trayecto».

El ómnibus rodaba a un ritmo que haría avergonzar a los coches de punto. Los dos vigorosos percherones que tiraban de él adelantaban a todos los caballos que los cocheros enganchaban a sus coches de alquiler tan pronto como el sol se ocultaba. Circulaba cada vez a mayor velocidad, pues los pasajeros no presionaban el cordón y el cochero, que no se veía obligado a detener a sus caballos para permitir el descenso de los viajeros, los espoleaba tanto como le era posible. A duras penas se detenía en las paradas reglamentarias.

Nadie a quien recoger en la estación de la rue du Louvre; nadie en la estación de la rue Croix-des-Petits-Champs.

En Place de la Bourse hubo un cambio. Las tres mujeres sentadas a la entrada del

vehículo fueron reemplazadas por una familia burguesa compuesta por el padre, la madre y un niño. Pero las pasajeras del fondo seguían inmóviles.

La muchacha continuaba durmiendo, apoyada sobre su caritativa vecina; la vendedora de naranjas había terminado por adormecerse; el resto de mujeres también cabeceaba... de modo que, después de la parada de la rue de Châteaudum, la última estación, cuando el atelaje —reforzado con un tercer caballo— comenzó a subir la escarpada pendiente de la rue des Martyrs, el interior del ómnibus parecía un dormitorio.

El macizo vehículo rodaba como un navío mecido por el oleaje, y arrullaba con tanta dulzura a los pasajeros que casi todos ellos se fueron abandonando poco a poco al bamboleo de la cabeza y cerraron sus ojos.

Únicamente el espigado muchacho moreno se mantenía erguido.

El revisor permanecía en pie para desentumecer las piernas y el cochero hacía chasquear su látigo para entrar en calor.

En el último tercio de la pendiente, la rolliza comadre se despertó sobresaltada y comenzó a gritar que quería apearse.

Pero no era aquél un lugar idóneo para detenerse, pues la pendiente era tan empinada que los caballos resbalaban y reculaban tan pronto como dejaban de avanzar. Las mujeres que se veían obligadas a apearse antes de llegar a lo alto de la escarpadura requerían de la ayuda del revisor.

Y así lo hizo la mujer obesa, no sin mascullar unas palabras poco cordiales dirigidas a la atención de aquel bravo empleado que no había llegado a tiempo para recibirla en sus brazos. Se abalanzó hacia la salida aplastando los dedos de los pies de sus compañeros de viaje y, en cuanto tocó el suelo, comenzó a gritar que se había precipitado en bajar, que tendría que haber esperado hasta la avenida Trudaine pues vivía en Clignancourt, y otras cien recriminaciones más que no conmovieron a nadie.

Sin embargo se decidió a caminar y el ómnibus continuó la ascensión que prácticamente tocaba a su fin.

En aquel momento, el artista, que continuaba fantaseando con las dos mujeres sentadas frente a él, fue bruscamente arrancado de sus ensoñaciones por un ruido que provenía del piso superior; el ruido de tres golpes de tacón de unas botas, tres golpes sucesivos separados por un breve intervalo y vigorosamente marcados.

«¡Vaya!», se dijo, «el pasajero del *impériale* golpea sus tacones cual maestro de esgrima. Al parecer aún sigue ahí arriba. He aquí un hombre a quien no le amedrentan diez grados bajo cero. ¡Ah!, sin embargo, parece que ya ha tenido bastante; por lo visto se ha decidido a bajar».

En efecto, las botas que acababan de ejecutar aquel redoble aparecieron sobre el estribo suspendido al aire libre seguidas de las piernas, a continuación el torso, y finalmente el hombre, tras echar una rápida ojeada al interior del ómnibus, saltó al pavimento. El pintor, que observaba sus movimientos, le vio alejarse a grandes zancadas por la rue de la Tour d’Auvergne.

«¡Vaya!», pensó, «el caballero calzado con esas pesadas botas no tenía las intenciones que supuse. Creí que esperaría a que bajara la mujer que aceptó su asiento para ofrecerle también su brazo. Nada más lejos de la realidad. Ahí va tranquilamente solo. Hace bien, pues esa dama no me parece de las que se familiarizan con hombres de su clase».

Mientras mantenía consigo mismo aquella juiciosa conversación, el ómnibus alcanzó el punto en que la rue des Martyrs se cruza con otras dos calles muy concurridas: la rue de Laval, a la izquierda y la rue Condorcet, a la derecha.

El vehículo se detenía siempre allí para desenganchar el caballo de refuerzo, y además en aquel punto exacto del recorrido a menudo se quedaba vacío. Los pasajeros y, sobre todo las pasajeras, se bajaban en masa.

Y aquella noche no fue distinta. Casi todas se levantaron a un tiempo para ver quién saldría la primera.

Tanto fue así que, tras aquella estampida general, sólo quedaron en el interior del vehículo el espigado muchacho moreno y las dos mujeres sentadas frente a él.

Pero la mujer que sujetaba a la joven dormida también hizo ademán de levantarse.

—Señor —dijo enérgicamente—, esta pobre muchacha que se apoya sobre mí duerme tan profundamente que me disgustaría despertarla... y, sin embargo, debo bajar... vivo muy cerca de aquí y ya es muy tarde... ¿Sería una osadía por mi parte pedirle que me reemplace en las funciones de apoyo?

—Con mucho gusto —respondió el joven tomando asiento en la plaza que acababa de abandonar la rolliza vendedora de naranjas.

—Espere un momento, se lo ruego —exclamó la caritativa mujer al revisor, que estaba a punto de dar la señal de partida.

Al mismo tiempo, con infinitas precauciones, levantó la cabeza de la muchacha que reposaba sobre su hombro y la colocó delicadamente sobre el hombro del espigado muchacho moreno que estaba preparado para recibirla.

La durmiente se dejó hacer sin oponer resistencia, abandonándose de tal modo que el vecino a quien se la confiaba creyó necesario sujetarla por la cintura.

—Se lo agradezco, señor —dijo la dama velada—. Me disgustaba dejarla sola pero, ya que usted va hasta el final del trayecto, me quedo más tranquila. Si pudiera acompañarla hasta la puerta de su casa estaría haciendo una buena acción pues, a esta hora, este barrio es muy peligroso para una muchacha.

Y, sin esperar la respuesta de su suplente, se escabulló fuera del ómnibus, que se encaminó hacia la rue de Laval.

El revisor se había tendido en un rincón a la entrada del vehículo —bajo el cuentakilómetros— para verificar el último recuento de su cuartilla a la fugaz luz de los faroles de gas.

El pintor se quedó entonces *tête-à-tête* con la bella durmiente sin nadie que le impidiera susurrarle palabras dulces o pedirle que posara para él, aunque para llegar a ese punto antes debía despertarla, y quería hacerlo guardando las formas.

La estrechó discretamente contra su pecho con la esperanza de que, acentuando un poco aquella decente presión, conseguiría sacarla de su sopor.

Se equivocaba. Tuvo a bien estrecharla un poco más fuerte contra él; su mano no sintió el latido del corazón de aquella niña que, sin embargo, no debía estar acostumbrada a dejarse abrazar de aquel modo. Entonces sobrevino a la mente de aquel malicioso muchacho la idea de que ella no estaba tan dormida como fingía, y que lo único que pretendía era que la cortejara.

Era parisino; tenía experiencia y perspicacia. Así pues, apenas confiaba en la virtud de las señoritas que subían solas a los ómnibus a las doce menos cuarto de la noche y se dirigían, a horas tan indecorosas, a los bulevares de la periferia.

Quería saber a qué atenerse, y se inclinó sobre ella para observar de cerca el rostro de aquella obstinada durmiente; pero el último farolillo, aquel que agonizaba desde su partida, había terminado por apagarse, y el interior del vehículo estaba inmerso en una absoluta oscuridad.

Se inclinó aún más hasta casi tocar el rostro de la muchacha, y pudo advertir que estaba pálida como el alabastro y que no exhalaba respiración alguna por su boca entreabierta.

Tomó una de sus manos, que permanecían dentro del manguito, y la encontró helada.

—Se ha desvanecido —murmuró—. Precisa ayuda.

Y llamó al revisor, que le respondió sin inmutarse:

—Estamos llegando a la estación. No merece la pena detenerse.

En efecto, conducido a toda velocidad por un cochero deseoso de acostarse y dos caballos que ya olían las caballerizas, el ómnibus había recorrido la rue Frochot en un abrir y cerrar de ojos y desembocaba en la plaza Pigalle.

El joven, asustado, intentó incorporar a la desdichada muchacha que se había desplomado en sus brazos; pero ella cayó inerte, y entonces comprendió que la vida se había esfumado de aquel desventurado cuerpo.

—Hemos llegado, señor —dijo el revisor, que les había tomado por dos enamorados—. Lamento despertar a su dama, pero hemos llegado al final de trayecto. Deben bajar... a menos que ella quiera pasar la noche en el coche.

—Será en la tumba donde pasará la noche —exclamó el espigado muchacho moreno—. ¿Acaso no ve que está muerta?

—¡Bien! Si les divierte tomarme el pelo... Pues bien, sepan que trae mala suerte bromear con estas cosas. ¡Nunca debe uno reírse de la muerte!

—No estoy bromeando. Le digo que esta mujer está fría como el mármol y no respira. Ayúdeme a bajarla del ómnibus. No puedo cargar con ella yo solo.

—No parece que pese mucho... en fin, le echaré una mano si realmente está enferma; no podemos dejarla aquí, está claro.

Y con esta conclusión el revisor se decidió, a regañadientes, a subir al vehículo en cuyo interior el espigado muchacho moreno hacía cuanto podía para sujetar a la

infeliz muchacha. Subió también el empleado, y entre los tres no tuvieron dificultad para levantar aquel frágil cuerpo. La sala de espera de la estación aún no estaba cerrada. La trasladaron allí, la tumbaron sobre un banco y, con mano temblorosa, el joven alzó el velo que ocultaba la mitad del rostro de la muerta.

Era extraordinariamente hermosa: una verdadera virgen de Rafael. Sus enormes ojos negros carecían de expresión, pero permanecían abiertos, y sus facciones contraídas expresaban un indecible dolor. Debía haber sufrido terriblemente.

—Pues es cierto que ha muerto —murmuró el revisor.

—¿Durante el trayecto? ¿Y ustedes no se han dado cuenta? —exclamó el empleado.

—No, y este caballero que estaba sentado junto a ella no se ha percatado de nada. No se desplomó... pues la sujetaba... y ella ni siquiera suspiró. Extraño, pero así fue.

—Debe haber sufrido un infarto... o tal vez algo ha estallado en su pecho.

—Yo creo que ha sido asesinada —dijo el espigado muchacho moreno.

—¿Asesinada? —repitió el revisor—. ¡Vamos, hombre! No hay ni una gota de sangre en su cuerpo.

—Además —añadió el empleado—, si le hubieran asestado un golpe en el ómnibus, el resto de pasajeros lo habría visto.

—Apenas debía tener dieciocho años. A esa edad no se muere súbitamente —replicó el joven.

—¿Es usted médico?

—No, pero...

—Bien, entonces no sabe más que nosotros. Así que en lugar de hacer conjeturas será mejor que vaya a buscar a algún agente de la policía. No podemos dejar a una muerta en la oficina.

—Aquí llegan dos.

En efecto, dos guardias que hacían su ronda por el bulevar caminaban con paso lento. El empleado les llamó, pero éstos avanzaron sin acelerar dicho paso, pues no consideraron que el caso fuera apremiante. Y cuando vieron de qué se trataba, no mostraron gran conmoción. El revisor les informó de los hechos, y el más anciano manifestó con cierta solemnidad que ese tipo de incidentes no eran infrecuentes.

—Sin embargo, este caballero pretende que ha sido asesinada en el ómnibus —dijo el hombre de la gorra bordada con una O mayúscula.

—No pretendo nada en absoluto —respondió el espigado muchacho moreno—. Simplemente afirmo que esta muerte es cuanto menos extraña. En un principio estaba sentado frente a esta desgraciada muchacha, y yo...

—Entonces mañana será requerida su presencia en comisaría y allí dirá todo cuanto sabe. Dígame su nombre.

—Paul Freneuse. Soy pintor y resido en la casa grande que ven ahí.

—En ésa en la que sólo viven artistas. ¡Bien!, la conozco.

—Es más, tenga mi tarjeta.

—Es suficiente, señor. El comisario le recibirá mañana por la mañana, pero ahora no pueden permanecer aquí. Procedamos al cierre de estas dependencias mientras mi compañero va a comisaría para pedir que envíen una camilla. Afortunadamente el clima no invita a sentarse en las terrazas de los cafés de la plaza Pigalle. Si estuviéramos en verano ya tendríamos una multitud congregada en la puerta.

Aquel viejo soldado hablaba con tanta seguridad y debía tener tal experiencia en acontecimientos trágicos que Paul Freneuse comenzó a dudar de la certeza de sus propias apreciaciones.

La idea de un crimen acudió a su mente sin que supiera muy bien por qué, y tenía que reconocer que los hechos contradecían absolutamente ese pensamiento.

El cadáver no mostraba ninguna herida aparente, y durante el viaje no había sucedido nada que hiciera sospechar que aquella infeliz muchacha hubiera sido golpeada.

«Decididamente, tengo una imaginación desbordante», se dijo mientras salía obedeciendo la sabia orden del guardia. «Veo misterio en una historia que sucede todos los días. Esta niña padecería alguna enfermedad del corazón..., se le ha podido romper un aneurisma que la hizo caer fulminada. Es una lástima porque era admirablemente bella; pero ya no se puede hacer nada, y sería un necio si perdiera mi tiempo abriendo una investigación por un simple incidente. Aún debo terminar mi cuadro para la Exposición^[13]. Ya es demasiado que me someta al interrogatorio de un comisario a quien no tengo nada significativo que aportar y que, probablemente, se burlaría de mis barrocas ideas si osara hablarle de la posibilidad de un asesinato... ¿cometido por quién, Dios mío?... ¿Por aquella caritativa mujer a la que sustituí en la esquina de la rue de Laval...? Y, ¿cómo?... Sin duda, soplando a su joven vecina... es absurdo... la vida no se apaga como si de una vela se tratara».

El empleado procedió a cerrar los postigos y el más joven de los agentes corrió a buscar algunos hombres para levantar el cuerpo. El otro se había colocado junto a la puerta de la taquilla para alejar a los curiosos que pudieran presentarse. El revisor, que era un charlatán, le explicaba que ya desde la partida había observado en aquella muchacha un aspecto enfermizo. El cochero había permanecido en su asiento y apenas podía controlar a sus caballos, impacientes por regresar a la cochera de la compañía.

—¿Necesita algo más de mí? —preguntó Freneuse.

Y como el guardia le hizo ademán de que ya no precisaba de él, se encaminó hacia su domicilio, que no estaba muy lejos. Pero no había dado siquiera tres pasos cuando recordó que había dejado caer su bastón en el interior del ómnibus. Aquel bastón era un bonito junquillo que un oficial de la marina amigo suyo le había traído de la China, y le tenía mucho apego. El ómnibus aún se encontraba allí. Subió y, como apenas se veía nada, encendió un fósforo para no verse obligado a tantear con las manos.

El bastón había rodado bajo el banco y, al agacharse para recogerlo, vio un papel

en el suelo y un alfiler dorado de aquellos que usan las mujeres para sujetar su sombrero.

—¡Vaya! —murmuró—, la pobre muchacha debió perderlo. Así me quedará algún recuerdo de ella.

Paul Freneuse recogió su bastón, el papel y el alfiler. Colocó el bastón bajo el brazo, el papel y el alfiler en el bolsillo de su gabán, descendió ágilmente del ómnibus y se alejó de allí sin volver la cabeza por miedo a que el agente de policía le llamara.

Ahora ya no tenía que ocuparse del resultado de aquella triste aventura, y se prometió permanecer tranquilo si el comisario no requería de su testimonio.

Paul Freneuse tenía talento y un sinnúmero de agradables cualidades, pero pecaba de falta de determinación en sus ideas. Se apasionaba fácilmente y se desinteresaba aún con mayor rapidez. Si bien se lanzaba con presteza a conjeturas descabelladas — casi como los niños que corren tras las mariposas que vuelan ante ellos—, pronto abandonaba la idea de perseguir quimeras, y entonces volvía a su ser, a consagrarse a su arte, a sus trabajos y un poco a sus placeres, aunque llevaba una vida bastante discreta.

Y de este modo, aquella noche, tras haber vivido intensas emociones, se encontraba ya mucho más sereno. Había concebido toda una trama novelesca en torno a la muerte de la muchacha, pero dicha novela se desdibujaba poco a poco de su mente.

Ansiaba regresar a su estudio, a donde se dirigía directamente, cuando, en un café que se adentra como un cabo entre la rue Pigalle y la rue Frochot, divisó a un amigo —artista como él— sentado ante una copa vacía y una pila de posavasos que delataban la cantidad de copas ingeridas por aquel sediento pintor.

Su amigo se encontraba solo en el primer compartimento del café, una especie de jaula acristalada que estaba tan a la vista como si estuviera acomodado en el exterior, y desde donde se divisaba perfectamente a las gentes que deambulaban por allí. Reconoció a Freneuse y comenzó a hacerle señales telegráficas para llamar su atención. Freneuse se decidió a entrar, consciente de que si osaba continuar su camino, su camarada Binos saldría corriendo tras él.

El así llamado Binos era un amante de la cerveza; un artista mediocre aunque incomparable orador, filósofo práctico y perezoso como un lirón, que se ocupaba de todo excepto de pintar a pesar de tener tres o cuatro cuadros inacabados. Por lo demás, era el mejor muchacho del mundo, el más servicial, el más desinteresado y, por encima de todo, el más divertido.

Freneuse, que jamás compartía su opinión sobre ningún tema, no podía desembarazarse de él, y siempre le consultaba de buen grado por el simple placer de escucharle discrepar de todo y embarcarse en excéntricas paradojas.

—¡Aquí estás! —exclamó Binos—. Te he estado buscando toda la tarde. ¿De dónde vienes?

—De un barrio extravagante. He cenado en casa de uno de mis primos que está ingresado en La Piedad y que vive en la rue Lacépède —respondió Freneuse.

—¿Y te bajas del ómnibus de Halle aux vins cuando deberías haber vuelto a pie con esta magnífica helada? Siempre serás un burgués.

—Tan burgués como quieras, pero acaba de sucederme una extraña historia.

—¿En el ómnibus? Ya sé. Has perdido el transbordo.

—No bromees. Es una cosa seria. Observa lo que está ocurriendo allí.

—Está bien, ¿qué sucede? Un revisor que charla con cinco o seis curiosos congregados ante la puerta de la taquilla.

—Hay una muerta en aquella oficina... una hermosa muchacha que viajaba conmigo... frente a mí al principio y a mi lado más tarde...

—¿Exhaló su último suspiro en tus brazos? —preguntó Binos con su habitual tono burlón.

—Casi. Y nadie se percató de que había muerto.

—¿De veras?

—Totalmente cierto. Es todo muy extraño; tanto que incluso llegué a pensar que no se trataba de una muerte natural.

—Un misterio por resolver. Déjalo en mis manos. Yo nací para ser policía y podría darle una lección al más astuto de los agentes de la *Sûreté*^[14]. Cuéntame la historia; te daré mi opinión en cuanto conozca los hechos.

—¿Los hechos? ¿Qué hechos? Todo transcurrió del modo más natural. Cuando llegué a la estación del bulevar Saint-Germain la muchacha ya se encontraba en el interior del vehículo. Intuí que era bonita y tomé asiento frente a ella. Una rolliza mujer estaba sentada a su derecha, un caballero... a su izquierda, un caballero, por así decirlo... con aspecto de un viejo tamborilero de la Guardia Nacional.

—¡Bien! Ya tenemos al primer sospechoso.

—Sospechoso o no, antes de partir el ómnibus cedió su asiento a una mujer que llegó a última hora... una verdadera dama aquella..., elegantemente vestida y en absoluto fea por lo poco que pude juzgar a través de su velo.

—No lo levantó porque tendría algún motivo para ocultarse. ¿Y ella aceptó sin vacilar la gentileza del individuo que acabas de describir? ¿Sabes lo que prueba eso? Que se conocían, y que lo habían preparado con antelación. El hombre le reservaba el asiento. La mujer lo ocupó y fue ella quien le asestó el golpe.

—Pero no hubo golpe —exclamó Freneuse.

—Así lo crees porque tú no viste nada —respondió Binos, que se mantenía en su hipótesis con imperturbable insistencia—. Te repito que ese cambio de asiento no es natural. Ahora ya tengo una base y eso me basta. Continúa. Era el último ómnibus, ¿no es cierto?

—Sí. Tuve que correr desde la rue Lacépède para no perderlo.

—Razón de más para que el hombre no se bajara. Si lo hizo es porque no tenía intención de partir.

—Pero no se bajó del vehículo. Subió al piso superior.

—Varios grados bajo cero y un viento gélido que cortaba la respiración... Estoy convencido; subió para asegurarse de que su cómplice ejecutaba el plan.

—En absoluto. El hombre se bajó al comienzo de la rue de la Tour-d’Auvergne, y la mujer lo hizo más adelante... en la esquina de la rue de Laval.

—Es decir, tres minutos después. Con lo cual no tuvieron dificultad para reunirse de nuevo. Estoy seguro de que el hombre se detuvo algunos instantes en el estribo para que la mujer se percatara de que se apeaba.

—No, pero sí noté...

—¿Qué?

—Que antes de abandonar el piso superior el hombre dio tres o cuatro golpes de tacón con tanta fuerza que todo el mundo pudo escucharlos desde el interior.

—¡Exacto! Ésa era la señal.

—Debo confesar que yo también lo pensé.

—¡Ah! ¿Ves cómo tú también lo sospechaste? Lo que ocurre es que no tienes el coraje que muestran tus opiniones.

—Y tú, cuando te empecinas en una idea, la llevas hasta el extremo. Puedo llegar a admitir, si así lo quieres, que ambos estuvieran de acuerdo, pero no para matar a una infeliz que no conocían de nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy seguro de que al menos la muchacha no los conocía, pues ni siquiera se dignó a mirarles. Estaba convencido de que el hombre esperaba que la mujer recompensara su gentileza permitiendo que la acompañara. Al subir ella dejó que le estrechara la mano.

—Más a mi favor. Ya no existe la menor sombra de duda. Aquel apretón de manos significaba: «mátala».

—¡Estás loco! Te digo que no ha habido el menor incidente durante el trayecto.

—Bien, la muchacha estaba viva cuando subió al vehículo, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí!, muy viva. También ella llevaba un velo, pero sus ojos centelleaban a través de él como dos diamantes negros.

—¡Bien! Y al final del viaje estaban apagados. ¿Cuándo advertisteis que había fallecido?

—Yo me di cuenta cuando llegamos a la estación de la plaza Pigalle. Desde hacía un rato apoyaba su cabeza en mi hombro y creía que dormía. Intenté despertarla y...

—¡Cómo!, ¿sobre tu hombro? ¿Estabas sentado a su lado? Creí que viajabas frente a ella.

—La dama velada que estaba sentada a su izquierda la sostenía desde el Pont Neuf, imaginándose —al igual que yo— que estaba dormida. Cuando aquella mujer se bajó en la rue de Laval me rogó que la reemplazara. No me disgustó en absoluto servir de almohada a una joven y bella muchacha. A su derecha, el asiento estaba libre. Me senté y la mujer me traspasó aquella dulce carga.

—¿Y no encontraste prodigioso aquel sueño que nada lograba interrumpir? Paul, amigo mío, sabes garabatear como nadie un cuadro costumbrista, pero tu ingenuidad sobrepasa cualquier límite imaginable.

—Estoy de acuerdo contigo; sin embargo...

—La dama sabía perfectamente que te estaba confiando un cadáver; ella únicamente lo sostenía para impedir que cayera. Juzgó por tu aspecto que no te darías cuenta de ello y, en cuanto le fue posible, te dejó para que te las apañaras tú solo. Es muy grave lo que ha hecho, y podía haberte jugado una mala pasada. ¿Cómo actuaste cuando llegasteis?

—¡Ah! ¿Quieres decir que podrían acusarme de haberla asesinado?

—¡Eh! ¡Eh! Cosas más raras he visto.

—¡Venga! Acabo de hablar con los guardias que han constatado el deceso. El cuerpo no presenta ni una sola herida. Mira, aquí vienen los hombres del puesto con una camilla para transportarla. Me han preguntado mi nombre, eso es todo.

—¡Ah!, te han preguntado tu nombre, ¿y tú se lo has dado?

—Por supuesto. ¿Por qué debería ocultarlo? Además, no podía hacer otra cosa.

—Ésa es una buena razón. En verdad habría resultado extraño que te hubieras negado. Te haría parecer sospechoso.

—¿Sospechoso de qué? Ya te he dicho que la muchacha falleció a consecuencia de la rotura de un aneurisma. Cuantos la han visto no tienen ninguna duda al respecto. Los agentes de policía, el empleado de la estación, el revisor...

—¡Todos muy competentes en materia de defunciones! No digas tonterías. Sabes tan bien como yo que un médico examinará el cuerpo y sólo él podrá zanjar la cuestión. Y, decida lo que decida, ten por seguro que deberás comparecer ante el comisario.

—Bueno, entonces iré... y me guardaré muy mucho de llevarte conmigo, porque con tu imaginación y tus razonamientos puedes volver loco al más cuerdo de los hombres. ¡Ah!, serías un terrible juez de instrucción. Ves crímenes por todas partes.

—Veo crímenes donde los hay, amigo mío. Acabas de asistir a un flagrante asesinato, hábilmente planeado y magistralmente ejecutado. Ocupará páginas y páginas en los periódicos de París durante tres meses.

—Estás loco. Mañana los periódicos publicarán la noticia de la muerte súbita de una joven en un ómnibus, y pasado mañana se habrá olvidado el asunto.

—Si la opinión pública no se ocupa de ello, lo haré yo.

—¿Quieres hacer de policía para tu propia satisfacción? Sólo te faltaba esto. Ya tienes el cupo completo.

—En algo tengo que emplear mi tiempo libre y, créeme, tengo mucho.

—¿Y tu cuadro, infeliz? ¡Tu cuadro debe estar listo para la Exposición y apenas lo has comenzado!

—Me pondré con él en primavera. En invierno nunca estoy de humor. De modo que tengo dos meses por delante y, antes de que se cumplan, habré encontrado a la

mujer que ha cometido el crimen.

—¿Hablas de la dama que estaba sentada junto a la infeliz muchacha?

—Obviamente.

—¡Disculpa! Había dos mujeres, una a la derecha y otra a la izquierda de la joven.

—La que fue hasta la rue de Laval y que tan hábilmente te pasó el cadáver.

—¿Me harías el favor de explicarme cómo se las arregló para asesinar a su vecina sin que nadie se percatara?

—Con mucho gusto... cuando me respondas a algunas preguntas. Dices que la muchacha iba apoyada sobre la dama velada.

—Sí... creo, incluso, que la sujetaba por la cintura.

—¿En qué momento la rodeó caritativamente con su brazo?

—Creo recordar que fue después de descender el Pont Neuf. El ómnibus iba a gran velocidad, y alguna rueda debió pasar por encima de una piedra enorme porque el vehículo se sacudió violentamente. La muchacha lanzó un grito... ¡Oh!, un grito muy débil... Se llevó la mano al corazón y se inclinó hacia atrás... probablemente la sacudida le rompió algún vaso sanguíneo dentro de su pecho. Murió sin sufrimiento y sin apenas moverse.

—En efecto, no puede ser más verosímil —dijo Binos irónicamente—. Y entonces, después de aquel ligero espasmo, inclinó la cabeza... la buena samaritana le ofreció su hombro... y colocó su brazo a modo de cinturón sobre la muchacha que ya no se volvió a mover.

—Lo cuentas como si hubieras presenciado la escena.

—Y tú que sí la has visto, ¿no encontraste extraño que aquella joven se durmiera de repente y no se despertara?

—En un principio no le presté demasiada atención... apenas había luz al fondo del vehículo. Los farolillos estaban casi apagados.

—¡Por supuesto! Estoy seguro de ello. La pérfida mujer contaba con la oscuridad.

—Pero, insisto, ¿qué método empleó para mandar al más allá, en menos de diez segundos, a una muchacha de apenas veinte años y que sólo quería vivir? Supongo que no sostendrás que la ha apuñalado.

—¿Apuñalado? ¡Oh, no! Existen medios más seguros y menos ruidosos.

—¿Cuáles?

—Bueno... el veneno, por ejemplo... una gota de cianuro basta para fulminar al más robusto de los hombres.

—Cuando se aplica en los ojos o en la lengua, sí...

—O sobre un simple rasguño de la piel... ¿Encoges los hombros? ¡Muy bien! No tengo la pretensión de convencerte esta noche. Mañana tal vez admitas que tengo razón. Subiré a tu estudio por la tarde. Y ahora, te dejo. Ahí van los camilleros trasladando el cuerpo. Pasaré por comisaría para recabar más detalles sobre esta historia. Conozco al cabo; él me informará.

Y aquel policía vocacional se precipitó fuera del café, mientras gritaba a su amigo:

—Paga mi consumición. Sólo son catorce cervezas.

II

Los días se suceden pero no se parecen, dice el proverbio. Al día siguiente de aquel triste trayecto en ómnibus que terminó en catástrofe, un hermoso sol de invierno iluminaba la plaza Pigalle. La temperatura se había suavizado inesperadamente; la fuente, descongelada, lanzaba su animado surtidor de agua hacia el cielo azul, y las modelos italianas, sentadas sobre los peldaños alrededor del estanque, sonreían alegres bajo los rayos del astro que les reconfortaba durante sus largas sesiones frente a los estudios de los pintores.

Y Paul Freneuse se mostraba tan risueño como el tiempo. Una noche de descanso había calmado las emociones de la víspera y desechado las lúgubres visiones. Ya no pensaba en aquella aventura más que para compadecerse de la desdichada muerta o para felicitarse por no haber tomado en serio las ridículas fantasías de su amigo Binos.

Aquella mañana recibió la visita de un inspector enviado por el comisario, más para hablar con él que para interrogarle, pues se había dado por buena la muerte accidental y fue pertinentemente certificada por el médico comisionado para examinar el cuerpo, que no mostraba señales de violencia.

La muchacha habría sucumbido debido a una hemorragia interna y, a la espera de que la autopsia confirmara las conclusiones del doctor, el cadáver había sido trasladado a la Morgue para su exposición, pues no se había encontrado indicio alguno que pudiera establecer su identidad.

Por otro lado, los hechos no hacían suponer que se hubiera cometido un crimen; sobre este punto el testimonio del revisor había sido muy claro.

Durante su declaración ante el comisario no se privó de burlarse del pasajero que, al llegar a la estación, gritaba que habían asesinado a la muchacha, y había demostrado fácilmente que las conjeturas de aquel caballero adolecían de sentido común.

El pasajero era Paul Freneuse, de quien el comisario conocía su reputación —pues ya era un pintor célebre— y a quien no había sido difícil encontrar, pues había facilitado su dirección a los agentes de policía.

Pero Paul Freneuse había cambiado categóricamente de opinión y, por tanto, juzgó del todo inútil hablarle al inspector de las absurdas especulaciones con las que el loco de Binos le había obsequiado ante aquellas cervezas. Se conformó con hacerle un relato de cuanto había visto sin añadir reflexiones o comentarios al respecto.

Y, con todo el mundo de acuerdo, Freneuse —liberado de una preocupación harto desagradable— había desayunado con apetito y se había entregado a su trabajo con apasionamiento.

Estaba inmerso en los últimos retoques de una pintura que presentaría en la

siguiente exposición y en la que había depositado todas sus esperanzas de cosechar el éxito definitivo que consagra a los artistas: la representación de una mujer, sólo una; una muchacha romana cuidando una cabra a los pies del mausoleo de Cecilia Metella^[15].

Había tenido la fortuna de descubrir una modelo que parecía haber sido creada expresamente por Dios para proporcionarle su musa soñada.

No era más que una muchacha, casi una niña, que había encontrado un día mientras bajaba de la zona alta de Montmartre y que le había preguntado por el camino que conducía hacia el Jardin des Plantes.

Freneuse había vivido cuatro años en Roma, por lo que hablaba bastante bien el italiano y así pudo orientar a la muchacha en la única lengua que la joven conocía.

Luego le preguntó el motivo de su estancia en París, y ella le respondió, sin reparo alguno, que acababa de llegar junto a un compatriota suyo cuyo oficio era captar modelos italianos de ambos sexos, y que residía en la rue des Fossés-Saint-Bernard, muy cerca del Halle aux vins, en una enorme casa llena de pianistas y músicos callejeros.

Era natural de Subiaco^[16], en las montañas de Sabine, y había pasado su infancia trasladando cabras a través de los peñascos de aquel abrupto territorio. Su madre, muerta hacía un año, posaba en los estudios de varios pintores de Roma. No había conocido a su padre, aunque por aquellos lares se decía que era hija de un pintor francés que, tras haber vivido algunos años en Italia, se había marchado despreocupándose de ella. Tenía una hermana mayor que, siendo muy niña, había sido confiada a un maestro de música, el cual reclutaba alumnas a quienes impartía lecciones de canto y después colocaba en los teatros de toda Italia.

Paul Freneuse, fascinado por su belleza, pensó inmediatamente en acaparar a aquella desconocida modelo —la joven aún no había acudido al estudio de ningún artista— y enseguida se puso en contacto con su apoderado, quien, tras firmar un suculento contrato, se comprometió a alojar independiente y convenientemente a Pia —ése era el nombre de la muchacha— y a enviarla diariamente a realizar una sesión en su estudio de la plaza Pigalle, así como a rechazar las ofertas de otros pintores.

Y desde hacía cinco meses, Pia no había faltado ni una sola vez a su cita del mediodía en casa de Paul Freneuse, quien la trataba más como una amiga que como una empleada.



Pia no era una belleza común. La muchacha no se parecía a esas *bambinas* italianas de grandes ojos negros, carnosos labios carmesí y tez tostada que parecen sacadas del mismo molde.

Diríase descendiente de esa raza que ha proporcionado modelos a los pintores de

todos los tiempos, pero además poseía esa expresión de la que adolece gran parte de los jóvenes de su país, un rostro vivaz e inteligente, algo innato y vibrante.

Y su rostro no engañaba. Pia era una muchacha de mente abierta y gozaba de una asombrosa facilidad de comprensión. En pocos meses había conseguido hablar francés con fluidez, una lengua de la que no conocía ni una sola palabra cuando desembarcó en París.

Divertía a Freneuse con sus ingenuas reflexiones y sus respuestas espontáneas. Le maravillaba la perspicacia de sus observaciones no sólo sobre las cuestiones de la vida sino también sobre el arte, por el que profesaba una viva pasión.

Pero le asombraba aún más su sensatez. Aquella maravillosa criatura, que despertaba admiración allá donde fuera, no mostraba la más mínima sombra de coquetería y sabía mantener a raya a los admiradores más atrevidos. Vestía conforme el estilo de su país sin arruinarlo con los complementos propios de la moda parisina con los que gustosamente se acicalaban sus coetáneas. Jamás un chal había cubierto sus hombros, aún escuálidos pero cautivadoramente moldeados; jamás unos botines habían aprisionado sus pies de efígie acostumbrados a pisar desnudos el tomillo de las montañas.

Y vivía como una santa; sus únicas salidas tenían como destino el estudio de Freneuse, y no se relacionaba con sus compatriotas más de lo que lo hacía con otras mujeres que ejercían en París la escabrosa profesión de modelos.

Desde que, gracias a los generosos anticipos de Freneuse, no se veía obligada a soportar esa común existencia que la miseria impone a las desdichadas muchachas arrancadas de Italia por algún rufián que las explota, continuaba viviendo en la casa de la rue des Fossés-Saint-Bernard, pero se había desligado de la colonia de vagabundos que acampaba en aquella especie de falansterio^[17].

Ocupaba una habitación bajo el tejado; una reducida buhardilla cuyas paredes estaban blanqueadas con cal y en la que no había más muebles que un pequeño camastro de hierro, tres sillas de paja y un espejo quebrado. Allí permanecía durante las horas libres que le dejaba el estudio, leyendo —había aprendido a leer—, cantando canciones sobre sus montañas y soñando... ¿con qué? De vez en cuando Freneuse se divertía preguntándole, pero Pia respondía que ni ella misma lo sabía. Tal vez soñaba con sus recientes quince años.

Aquello que ganaba posando en el estudio de su benefactor le bastaba y aún le sobraba, pues comía como un pajarillo y gastaba muy poco en vestuario, a pesar de que era muy cuidadosa con su persona y su atuendo.

Y era feliz, como raramente lo son las romanas; feliz con aquella franca felicidad que proporciona el estar satisfecho de uno mismo y con total ausencia de preocupaciones. Cuando llegaba al estudio de Paul su alegría inundaba la estancia.

Sin embargo, desde hacía un mes, Freneuse creía percibir que la muchacha se mostraba menos risueña, más reservada, más reflexiva, menos niña —por así decirlo—. Ya no jugaba con el gato favorito del estudio, un soberbio angora que sentía

devoción por ella y que siempre saltaba a su regazo en cuanto tomaba asiento preparando su pose.

Dichos síntomas inquietaban al artista. Conocía la índole de aquellas criaturas, esas muchachas trasladadas de Italia a Francia que languidecen en un principio bajo nuestro clima frío y que maduran de pronto bajo los primeros rayos de sol. Y supuso que estaba viviendo los inicios de un romance.

Para resolver el misterio había interrogado dulcemente a la pequeña y, al responderle ésta con sollozos, no había vuelto a insistir a pesar de que aquella idea le entristecía. Freneuse se había encariñado con aquella muchacha y se afligía al pensar que pudiera enamorarse locamente de algún rudo cabrero llegado de los Abruzos para embolsarse algunos *sous* tocando la zanfona^[18]. Incluso había llegado a preguntarse si estaría celoso y se censuraba a sí mismo por olvidar que tenía veintinueve años, casi el doble que Pia. Entonces se mostraba serio, casi frío, y la sesión transcurría sin pronunciar palabra alguna a la pobre niña, que se marchaba con el corazón roto.

Pero al día siguiente de su aventura en el ómnibus, Paul Freneuse estaba de muy buen humor. La certidumbre de no verse involucrado, ni siquiera indirectamente, en una investigación judicial le regocijaba, y conversaba alegremente con la pastorcilla que posaba recostada al fondo del estudio sobre un alto escabel destinado a representar un bloque de mármol desprendido de la tumba de Cecilia Metella.

—Pia, mi niña —dijo Paul Freneuse sonriendo—, ¿sabes que ayer por la tarde estuve a punto de escalar los seis pisos de tu casa y darte una sorpresa? Estuve cenando muy cerca de allí.

—¡Y no vino a verme! —exclamó la muchacha—. Me habría encantado enseñarle mi habitación... está tan bonita ahora... Tengo tres jarrones con flores y un pájaro que canta tan bien... Y todo se lo debo a usted.

—Temí molestarte. Tu buhardilla apenas es más grande que la jaula de tu pájaro. Y además... dejarme caer por tu casa... sin avisarte... ¡cielos!, no me atreví. No quisiera encontrarme con tu amado...

Pia palideció, y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Por qué me dice tal cosa? —murmuró—. Sabe muy bien que no tengo ningún amado.

—Entonces, pequeña —prosiguió Freneuse entusiasmado—, no llores más. Te pones muy fea y arruinas la pose. ¿Acaso llorabas cuando llevabas a pastar a tu cabra, allá en la montaña?

—No, jamás... y aquí tampoco... excepto cuando usted me atormenta... sólo usted me hace llorar...

—Y reír también... Vamos, sonrío un poco o pensaré que no me quieres. No volveré a hablar seriamente.

—¡A buenas horas!... Muy bien, no pensemos más en ello; pero, se lo ruego, no vuelva a decir que tengo un enamorado... ¿De dónde iba a sacarlo, Dios mío? Ahí abajo, en la casa, todos los muchachos que trabajan para el señor Lorenzo son feos y

salvajes como monos. ¿En la plaza Pigalle, quizá?... ¿En la escalinata de la fuente?... Si se asomara usted a la ventana vería que nunca me detengo. Camino siempre apresurada de llegar a su estudio para calentarme... y para achuchar a mi amigo Mirza... él es mi único enamorado.

Al escuchar su nombre, el gato de angora, que ronroneaba junto a la estufa, saltó de un brinco sobre el regazo de Pia que, estallando de risa, continuó:

—Él sí que me ama..., viene sin que le llame... y nunca me hace sufrir.

—Tienes razón, pequeña. Mirza es un magnífico animal. Vale más que yo... y que ese bruto de Binos, que sólo aparece por aquí para atormentarte.

—¡Oh! Él me da igual... pero usted, señor Paul... cuando usted se burla de mí me hace perder los nervios... y la postura. ¡Vea! No me había movido desde el inicio de la sesión y, ahora que usted me ha alterado, ya no sé cómo colocarme...

—Tal como estabas hace un momento... la cabeza un poco más hacia atrás. Mírame... ahuyenta a Mirza y quédate inmóvil.

Pia obedeció a Freneuse y el gato se fue a recostar en su rincón favorito.

—Así está perfecto —agregó el pintor—, y dado que te estás portando tan bien, te diré que ayer no fui a visitarte porque era demasiado tarde cuando pasé por tu calle... las doce menos cuarto... todos dormían en el cuartel en el que Lorenzo aloja a sus *pifferari*^[19].

—Yo no dormía —dijo Pia susurrando.

—¿A horas tan indecorosas? Eso está muy mal, niña. Las muchachas de tu edad deben acostarse como las currucas^[20]... con *l'Ave Maria*, como se dice en tu país.

—Y es exactamente lo que hago todas las noches, pero ayer...

—Basta de explicaciones, señorita. Perderás de nuevo la postura si comienzas a parlotear y yo no tengo tiempo que perder. El día ya se va. Y para que no caigas en la tentación de charlar, no te contaré el suceso que me ocurrió ayer... volviendo de tu maldito barrio...

—¡Oh! ¡Señor Paul!... le juro que no diré una palabra.

—¡Nada de eso! ¡Nada de eso! Tal vez te quedes callada, pero mi historia te hará llorar... y precisamente estoy trabajando en tus ojos.

—¡No le habrá sucedido nada malo, espero!

—No, no. Ya lo ves. Nunca he trabajado tanto. Si continúo a este ritmo mi cuadro estará terminado en quince días.

—Y después... ¿no volveré a venir? —preguntó precipitadamente Pia.

—¡Vaya! Has cambiado la expresión del rostro. ¡En posición, chiquilla, en posición! Después de este cuadro pintaré otro... en el que tendrás que estar de pie..., tres horas sobre tus piernas... Estarás tan cansada que no tendrás ganas de hablar.

En aquel instante se abrió la puerta del estudio bruscamente y Binos entró como un obús, exclamando:

—La he visto, amigo mío. ¡Es adorable!

—¿Quién? —preguntó Freneuse.

—¡Cielos! La muerta. Vengo de la Morgue. Lleva expuesta una hora... ¡y hay una multitud congregada!...

Tan pronto Binos dejó caer las palabras «Vengo de la Morgue», Freneuse comenzó a hacerle señas cuyo sentido era perfectamente claro; pero Binos jamás se detenía una vez había comenzado, y continuó imperturbable su discurso.

—Tenías razón, era hermosa —siguió—. Si hubiera querido posar para mí cuando estaba viva le hubiera pagado veinte francos a la hora. Pia es una modelo como existen pocas, ¿cierto? Pues bien, ella la habría eclipsado. Intenté hacer un boceto al vuelo pasando por delante de la vidriera, pero los policías me obligaron a circular y un majadero que había allí empezó a decir tonterías. Me dijo que era un hombre sin corazón, aquel imbécil. ¿Sin corazón?, tengo bastante más que él. Únicamente lo hacía en interés del arte. Afortunadamente la van a fotografiar. Por otra parte, cuando vi que me echaban a la calle, pensé: «Sólo hay un modo», y fui directo a llamar a la puerta...

—¡Calla de una vez, maldito charlatán! —gritó Freneuse—; si pronuncias una palabra más, también yo te echaré a la calle.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —preguntó el pintorzuelo boquiabierto.

—Sucede que me impides trabajar, por no hablar de que estás asustando a la muchacha con tus desagradables historias.

—¡Cómo! ¿Por hablar de la Morgue? ¡Ah! ¡Ésta sí que es buena! Al contrario, seguro que lo encuentra interesante. Apuesto a que nunca pasa por allí sin entrar, y como debe pasar cada día para venir desde su casa...

—Binos, amigo mío, es la segunda vez que te digo que te calles, al tercer aviso... ya sabes cómo dispersaban a la multitud en tiempos del Imperio.^[21]

—¿Amenazas? ¿Violencia? ¿Qué bicho te ha picado esta mañana? Ayer no hacías más que hablar de tu aventura.

—¿Otra vez?

—¡Está bien! ¡Está bien! No sabía que Pia fuera tan impresionable, pero dado que la señorita tiene los nervios a flor de piel, me callaré como un muerto, aunque sólo hasta que se vaya porque tengo un montón de cosas que contarte.

—Mientras tanto, déjame tranquilo. No tengo tiempo que perder. Ponte de nuevo en posición, querida Pia, y si este loco se permite el lujo de abrir de nuevo la boca, hazme el favor de no escucharle.

—¿La Morgue es ese lugar donde exhiben a los muertos? —preguntó la niña sobrecogida.

—¡Oh, por Dios! ¿Tú también? —exclamó Freneuse—. Os habéis propuesto ambos que hoy no trabaje...

—Sé dónde está, pero jamás he osado entrar, y nunca lo haré. ¡Oh! ¡No, nunca!... ¡Nunca!...

—¡Cielos! Eso espero. Y si lo haces no volveré a recibirte. Está visto que no estás dispuesta a permanecer quieta en tu escabel, de modo que se acabó la sesión por hoy.

Sólo tres minutos y habremos terminado, chiquilla. Déjame sólo una última pincelada. Casi había logrado ese tono cuando el animal de Binos nos importunó... ¡Ah! ¡Lo tengo!... No te muevas.

Pia estaba distraída y pensativa; sus enormes ojos negros carecían de expresión y miraban vagamente a Mirza, que acababa de despertarse y arqueaba el lomo.

Binos, para consolarse por la interrupción de su relato, hurgaba en todos los rincones del estudio, daba la vuelta a los cuadros colgados del revés en las paredes, abría las cajas de pinturas y enredaba en los caballetes.

Tanto hizo que, impaciente, Freneuse le gritó:

—¿Quieres dejar de revolver? ¿Qué estás buscando?

—Tabaco. Olvidé comprarlo —respondió el pintorzuelo agitando una larga pipa que jamás le abandonaba.

—El tarro está a los pies del maniquí, bajo la ventana.

—Muy bien. Entonces, ¿no se me prohíbe fumar? Gracias por su indulgencia, majestad. ¡Ah! ¡Vaya! ¡Qué broma de mal gusto! Está vacío; en este tarro hay tanto tabaco como cerebro dentro del cráneo del cretino de la Morgue.

—¡Eres insufrible! Busca mi petaca en el bolsillo de mi gabán que está colgado allí.

—A sus órdenes, mi señor —respondió Binos con solemnidad, llevando ambas manos a la frente imitando un saludo oriental.

Y comenzó a registrar el abrigo mientras Freneuse, que estaba secando sus pinceles, le decía a Pia:

—Basta por hoy, pequeña. Ya no veo.

—¡Tu gabán! ¡Tu gabán! —mascullaba Binos—; busco y rebusco en las profundidades de este lujoso gabán pero no encuentro la petaca... es más, no encuentro nada... espera, sí... mis dedos inquisidores acaban de encontrar un objeto que puede servirme para limpiar mi pipa... cuando la pueda fumar. Veamos pues... ¡Vaya! ¡Un alfiler de mujer!

Binos, encantado con su hallazgo, esgrimía triunfalmente el alfiler dorado que acababa de extraer del bolsillo del gabán de su amigo.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Mi buen amigo guarda en sus ropajes utensilios de uso femenino! ¿Qué princesa te ha dejado esta prueba de su amor?

Freneuse había olvidado por completo aquel alfiler que había recogido la víspera en el interior del ómnibus, y encontraba inoportunas las burlas de su camarada Binos sobre un objeto que, con toda probabilidad, había pertenecido a la muchacha fallecida.

—Haz el favor de volver a guardarlo en el lugar de donde lo has sacado —le gritó.

—¿Temes que lo profane empleándolo para algún uso vulgar? —dijo irónicamente el incorregible bromista—. ¡Cálmate! No lo usaré. Aún podrás llevarlo en tu corazón. ¿De modo que ahora estás enamorado? ¿Desde cuándo?

—Binos, realmente me estás enojando.

Pia se había levantado de repente y había corrido para observar el alfiler de cerca.

—¿Qué me dices de esto, niña de las montañas? —preguntó el pintorzuelo—. Nunca habrás llevado algo así en Subiaco... y tienes el buen gusto de no llevarlo tampoco aquí, en París. La mentecata que se ha plantado esta baratija en el moño es indigna de amar a un artista... y Paul debería avergonzarse de atesorar esta patética reliquia... ridículo producto de la industria parisina, comprada en algún bazar por quince *sous*... Pequeña, ayúdame a conseguir que nuestro amigo se avergüence de su grotesca adoración por la propietaria de esta deplorable bagatela. ¡Vaya! ¿Estás llorando? ¿Por qué diablos lloras? ¿Acaso te gustaría tenerlo? ¿Serías capaz de deshonorar tus hermosos cabellos adornándolos con esta broqueta de similor^[22]?

—No estoy llorando —murmuró la muchacha, que se esforzaba por reprimir sus lágrimas.

—Binos, eres insoportable —exclamó Freneuse—. Te prohíbo que continúes atormentando a la muchacha. Eres tú quien la enerva con tus extravagancias. Déjala marchar en paz. Ponte la capa, Pia, y corre hacia la rue des Fossés-Saint-Bernard. Se ha hecho de noche y las calles son peligrosas para una jovencita como tú una vez que el sol se oculta. Procura venir mañana a las doce y media en punto. Atrancaré la puerta para que ninguna de mis irritantes amistades... ni de las tuyas... nos molesten, y poder así disfrutar de una larga sesión.

Pia ya estaba lista y, cuando Freneuse le tendió la mano, se inclinó para besarla según la usanza italiana; él la retiró precipitadamente y la besó en la frente. La niña palideció, pero no pronunció palabra alguna y salió sin mirar a Binos, que reía disimuladamente.

—Amigo mío —comenzó en cuanto ella desapareció—, he hecho en un día más descubrimientos de los que han hallado en un siglo los más ilustres navegantes, y el último es el más interesante de todos ellos. Acabo de averiguar que esta pastora expatriada está locamente enamorada de ti. Lloro porque cree que ha sido tu amante quien olvidó ese alfiler en tu bolsillo. Está celosa. Te adora. Rebate mi razonamiento si te atreves... o puedes.

—No rebatiré nada en absoluto, pero te diré que si continúas así, nos enemistaremos.

—En fin, ¿de dónde has sacado esa broqueta que podría emplearse para servir riñones en cualquier restaurante por cuarenta *sous*? ¿Es un recuerdo de tu amada? Supongo que lo habrás hecho por un buen motivo. Se rumorea que te han visto recientemente por los salones más prestigiosos, donde se exhiben las jóvenes acomodadas que gustosamente se desposarían con un artista siempre y cuando ganara cuarenta mil francos al año, y tú debes estar muy próximo a esa considerable suma. No debes avergonzarte por ello. Si deseas abandonar a tus camaradas, sólo tienes que decirlo.

—Binos, amigo mío, tú deliras y no debería responderte, pero debemos ser

piadosos con los locos. Te notifico que encontré ese alfiler ayer por la noche en el ómnibus, y que lo guardé como recuerdo... probablemente pertenecía a la infeliz muchacha que murió durante el viaje; debía utilizarlo para prender su sombrero.

—¿Cómo? ¡Vamos! No es más que una baratija propia de una cocinera vestida de domingo, y te aseguro que la maravillosa criatura que en este momento reposa sobre una de las losas de la Morgue jamás en su vida *sacudió una cesta*^[23]. Más bien diría que el alfiler lo ha perdido otra pasajera.

—Entonces, te lo regalo —dijo Freneuse.

—Acepto —exclamó Binos—. Constituye el cuerpo del delito. Basta el más mínimo indicio para inculpar a un asesino... cualquier cosa... un papel... un botón del puño de una camisa olvidado en la escena del crimen... eso que en los folletines llaman «el dedo de Dios».

—¡Bien! ¡Continúas con tus chifladuras!

—Todas las chifladuras que quieras; pero tengo una idea en mente y estoy dispuesto a que lo veas con tus propios ojos. ¿Dónde está Mirza? ¡Mirza, ven! ¡Mis! ¡Misino! —arrulló Binos al gato con tono zalamero.

—¿Qué pretendes hacer con mi gato? Déjalo en paz, te lo ruego.

Mirza, atraído por los gestos de aquel pintorzuelo, se acercó lentamente, con calma, como corresponde a un gato que se hace respetar.

—No vayas, Mirza —dijo Freneuse—. Sólo quiere burlarse de ti. No tiene nada que darte.

—No le he traído bofe, es evidente —murmulló Binos—. No tengo intención de cuidar de los gatos de mis amigos, pero bien puedo acariciarlos. Mirza es un animal desinteresado... Me quiere por lo que soy. Déjale que me demuestre su amor restregándose contra mí.

Y hablando a diestro y siniestro para distraer la atención de su amigo, el endiablado pintorzuelo se sentó sobre un escabel y tendió su pérfida mano al gato de angora —demasiado confiado— que avanzaba con paso lento.

Freneuse, aunque observaba los movimientos de Binos, no advirtió que éste tenía en su mano el alfiler dorado, pues lo ocultaba de tal modo que únicamente la punta asomaba a través de su índice y su pulgar; una punta afilada como una aguja de coser.

Mirza sí la vio, pero era demasiado curioso y glotón —éstos son los menores defectos de un gato de buena familia—, y se acercó para olisquear lo que le ofrecía aquel conocido de su dueño. Su hocico entró en contacto con aquel instrumento puntiagudo y Binos aprovechó la ocasión para pinchar ligeramente la sonrosada nariz del pobre animal, que hizo un movimiento hacia atrás, sólo uno.

Retorció la cabeza sobre su cuello, su largo y sedoso pelaje se erizó, su lomo se combó, sus patas distantes se tensaron, sus mandíbulas se separaron la una de la otra, sus ojos se empañaron... pero no emitió aquel maullido prolongado a modo de lamento propio de los gatos, ni siquiera se agitó; se quedó inmóvil y mudo. A continuación, una convulsión sacudió todo su cuerpo y, al cabo de veinte o treinta

segundos, se desplomó como una mole.

—¿Qué le has hecho a Mirza? —gritó Freneuse, precipitándose hacia aquel animal al que adoraba para intentar reanimarlo.

Y cuando lo tocó:

—Está muerto —dijo sobrecogido.

—Sí, como la muchacha del ómnibus —replicó Binos tranquilamente.

—Lo has matado —agregó el artista encolerizado—. Esto sobrepasa todos los límites. Sal de aquí y no vuelvas a poner un pie en mi casa.

—¿Me estás echando?

—Sí, y lo tienes bien merecido porque arremetes contra todo lo que quiero. No hace ni media hora que llegaste y sólo has perpetrado canallada tras canallada. Pia se ha ido hecha un mar de lágrimas, y sólo tú tienes la culpa. Lo único que te faltaba era asesinar a un desgraciado animal que era la alegría de mi estudio. De verdad te digo que si no fuera porque soy perfectamente consciente de que estás medio loco, no me contentaría con cerrarte mi puerta... te exigiría una compensación por tu odiosa conducta.

—Eso sería muy curioso —se burló Binos—. ¡Realmente curioso! Arrastrarme por el suelo y asestarme un golpe de espada porque te he salvado la vida... es el colmo.

—¿Me has salvado la vida? ¿Tú?

—Ni más ni menos, querido.

—Me encantaría saber cómo. ¿Pretendes decir que mi gato estaba rabioso?

—No; Mirza era un angora honesto, y aunque tenía sus malos hábitos como el de rasgar mi pantalón para afilarse las garras, su muerte le ha redimido porque ha muerto por su amo... y para que un execrable crimen no quede impune.

—¡Tú y tus excentricidades!

—¿Quieres escucharme antes de echarme? Sólo te pido diez minutos para demostrarte que, si no hubiera tenido una idea genial, te habría sucedido una desgracia fatal.

—¡Diez minutos! Y después...

—Después, haz lo que quieras... que yo haré lo mismo. ¿Ves este alfiler?

—Sí, y si hubiera sabido que te servirías de él para perforar el corazón de Mirza...

—No le he perforado el corazón. ¡Mira!... no hay ni una gota de sangre sobre su pelaje blanco... apenas le pinché en el hocico... y se desplomó agarrotado. ¿Entiendes ahora lo que sucedió ayer en el ómnibus?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?...

—La muchacha que yace en la Morgue fue asesinada del mismo modo que yo he matado a Mirza. Simplemente la pincharon en el brazo.

—¿Con este alfiler?

—¡Dios mío, sí! No hizo falta más. Y la agonía de la pequeña no fue ni más larga

ni más ruidosa que la de tu gato.

—¿Qué? El alfiler está...

—Envenenado, querido, y tú lo guardabas en el bolsillo de tu gabán. Y cacheando tus bolsillos para coger el pañuelo o la petaca de tabaco, tus dedos habrían encontrado inevitablemente la punta de este agradable utensilio... y en la próxima exposición habría un cuadro y un condecorado menos. Es un milagro que yo siga con vida —continuó Binos—. Si hubiera cogido el alfiler por la punta en vez de por la esfera dorada del otro extremo, a esta hora yacería tendido sobre el suelo de tu estudio y sólo te quedaría enterrarme. Mi muerte únicamente sería una desgracia y el mundo del arte no perdería gran cosa; pero, en conclusión, prefiero que el accidente le haya ocurrido a tu gato.

—Yo también —murmuró Freneuse, desconcertado hasta el punto de no saber dónde se encontraba.

—Gracias por tus amables palabras —respondió el pintorzuelo con gesto irónico—. Me resulta muy grato comprobar que no me guardas rencor por haberte salvado la vida... y te felicito sinceramente por haber recogido del ómnibus este pequeño artilugio. Me servirá para encontrar a aquellos que lo han ideado.

—¡Un alfiler asesino!... No puedo creerlo...

—Los hechos están ahí.

—Pero esos venenos fulminantes sólo son cosas de novelas y dramas.

—Y de salvajes, querido. Impregnan la punta de sus flechas con veneno cuando van de caza o a la guerra, y todas las heridas que causan dichas flechas resultan mortales... todo el mundo lo sabe.

—Sí, lo he leído en alguna parte, pero...

—Y el veneno que emplean es también hartamente conocido. Es el *curare*^[24]. Se dice que lo fabrican con veneno de serpiente de cascabel, que es bien sabido que se conserva indefinidamente cuando está seco. ¡Mira! ¿Ves ese revestimiento rojizo parecido al barniz que recubre la punta del alfiler? Ahí tienes el producto químico con el cual se podría destruir a todo un regimiento prusiano en menos de cinco minutos... Siempre he lamentado que no hubiéramos untado nuestras bayonetas durante el asedio...

—Entonces, estás hablando en serio... no es ninguna broma, esto es real...

—¿Aún lo dudas? Sólo tienes que examinar a Mirza para convencerte. Era un gato totalmente sano, pero un ligero pinchazo ha acabado con su vida. Y has visto con tus propios ojos que murió sin convulsiones y sin ruido. Apenas un estremecimiento casi imperceptible... un instante de inmovilidad... luego se desplomó... y todo terminó. Exactamente la escena del ómnibus.

—Es cierto... la muchacha no emitió más que un débil gemido... su cuerpo se contrajo...

—Y su cabeza cayó sobre el hombro de su vecina, y ya no volvió a moverse; el crimen había sido cometido.

—¡Cómo! Aquella miserable criatura sentada a su izquierda habría...

—¡Te contaré cómo sucedió todo! Ya me echarás, si lo deseas, cuando haya terminado.

Freneuse expresó con un gesto que no pensaba echar a su amigo y que le perdonaba por la muerte de Mirza.

—El instrumento —continuó Binos— debe haber sido fabricado, preparado y transportado por el hombre que subió al *impériale*. Una mujer no habría sabido manipular el veneno y probablemente no habría osado hacerlo. Te ruego que observes este dardo portátil. Es algo totalmente innovador, es difícil imaginar algo más ingenioso. Tiene la forma de un alfiler de sombrero de inocente apariencia, y si alguien lo hubiera visto en manos de la maléfica mujer que lo ha utilizado, no habría sospechado lo que realmente era. Uno de los extremos termina en una bola para que se pueda sujetar sin riesgo de herirse. Lo bastante corto para que pueda ocultarse en un manguito y lo suficientemente largo y puntiagudo para atravesar la indumentaria más gruesa... y la muchacha vestía una ligera capa cuyo tejido no la protegía más de lo que lo haría una tela de araña. En resumen, todo habría sido planeado por ese hombre que debe ser un miserable bellaco. Y la mujer fue la encargada de ejecutarlo.

—¿Por qué ella? ¡Ese canalla tiene que ser un maldito cobarde para no haberlo ejecutado él mismo!

—No necesariamente. Probablemente habrá valorado que la mujer atraería menos la atención del resto de pasajeras. No habrían encontrado natural que la joven dejara reposar su cabeza sobre el hombro de un hombre... mientras que sobre el hombro de una mujer... es así de simple.

—Así pues, tenía claro que ella se desplomaría...

—Absolutamente, amigo mío. Los efectos del *curare* son tan conocidos como los del arsénico. Han experimentado infinidad de veces con este espléndido veneno en el laboratorio del Collège de France. El animal infectado se colapsa, se ladea a izquierda o a derecha, y cae... si nadie está allí para sujetarle. Así pues, el plan era sostener a la muerta hasta el momento en que se presentara la oportunidad propicia para desembarazarse de ella sin peligro. Era inviable dejarla allí. Habría caído cuan larga era y ello habría supuesto un espectáculo en el que la asesina no quería verse involucrada.

—Entonces, ¿crees que el hombre únicamente subió al ómnibus para guardarle la plaza a su cómplice?

—No sólo lo creo, estoy totalmente convencido. ¿Entraste tú al ómnibus antes que él? ¿Le viste subir?

—Fui uno de los primeros en llegar. La muchacha lo hizo poco antes, y yo apenas había tomado asiento cuando subió ese hombre.

—Y, claro está, fue directo a sentarse a su lado.

—Exacto, a pesar de que había plazas libres. Incluso pensé durante un instante que se conocían. Pero pronto vi que no se dirigían la palabra.

—He aquí cómo ese canalla se las ingenió. Acechó a la joven desde las inmediaciones de la estación. Su cómplice, que había recibido sus instrucciones, se mantenía a una distancia prudencial.

—¿Sabían, entonces, que la muchacha tomaría el ómnibus?

—Probablemente. ¿Cómo conocían ese dato? Este punto lo esclareceré más adelante, cuando haya encontrado a los culpables.

—¿Esperas encontrarlos, pues?

—¡Cielos! Te he dicho que esperó a que la muchacha subiera al vehículo para sentarse a su lado. La cómplice aguardó a que el ómnibus estuviera completo. Y entonces representaron la escena que habían preparado... la mujer desolada por no poder partir, el hombre galante que le ofrece su asiento... Apuesto a que la mujer no se anduvo con melindres a la hora de aceptar.

—Lo hizo por pura formalidad. Intercambió algunas palabras de agradecimiento con él, y entró en el ómnibus. Aceptó su ayuda para subir... Puso su mano en la suya... una mano menuda, ¡doy fe!... y elegantemente enguantada... e incluso tuve la impresión de que la retuvo más de lo necesario.

—¡Bien! Estoy convencido.

—¿Quieres decir que aquella familiaridad demuestra que son cómplices? ¡Vaya! Es muy posible.

—Cierto, tanto más cuando abandonaron el ómnibus casi a la vez. El hombre se bajó en la rue de la Tour-d’Auvergne y la mujer en la rue Laval. Pero el prolongado apretón de manos prueba otra cosa más, amigo mío.

—¿Qué?

—El hombre también llevaba guantes, ¿verdad?

—Sí. Unos gruesos guantes de piel con el interior forrado que debió comprar en algún comercio inglés. Me resultó curioso ese detalle.

—Y con razón. Esos guantes debieron costarle una fortuna y, según tus palabras, no tenía aspecto de ser un hombre adinerado.

—Tampoco de pordiosero. Tal vez un suboficial de paisano.

—¡Está bien! Llevaba esos guantes por prudencia, para no pincharse.

—¿Cómo es eso?

—Él portaba el alfiler, y se lo pasó a la mujer fingiendo que le acariciaba amorosamente la punta de los dedos. Ambos eran conscientes de que el menor rasguño sería mortal, y tomaron sus precauciones ante un posible accidente.

—Entonces, bajo tu punto de vista, la mujer recibió en ese momento el alfiler de la mano de su cómplice... y se sirvió de él para...

—Muy hábilmente, dado que nadie se percató. Esperó la ocasión; una ocasión que se presentó durante el descenso del Pont Neuf, donde tuvo lugar el traqueteo... una sacudida que la lanzó contra su vecina. Y aprovechó ese momento para clavar en el brazo de la joven la punta de su instrumento. Sobre este punto no albergo la menor sombra de duda, y no necesito recordarte lo que sucedió a continuación.

—Sí —murmuró Freneuse—, todos y cada uno de los hechos parecen encajar naturalmente... A decir verdad tienes un sistema para enlazar unos con otros...

—No se trata de un método sino de razonamiento.

—Explícame entonces, ¿cómo esta horrible mujer pudo olvidar en el ómnibus el alfiler envenenado que podría delatarla?

—Créeme si te digo que no era su intención. El alfiler se le habrá escurrido de las manos; algún movimiento de la infeliz que acababa de asesinar hizo que se le cayera... y la maléfica mujer no se preocupó de agacharse para recogerlo. En primer lugar, porque tendría miedo de pincharse y, en segundo lugar, porque no tenía libertad de movimiento ya que debía sujetar a la muerta. Cuando llegó el momento de bajarse, lo único que deseaba era alejarse de allí cuanto antes y, como suele decirse, salió pitando.

—Sin embargo, debería haber previsto que se encontraría la prueba palmaria de su crimen.

—¡Bah! Confiaría en que el hombre encargado de barrer el ómnibus lo arrojara fuera del mismo. El desarrollo de los acontecimientos no le inquieta en absoluto. ¡Qué le importa a ella que el mortífero alfiler provoque la muerte de alguna otra persona que tenga la fatal idea de recogerlo y hacer uso de él! A una criminal de esa calaña no le preocupa una muerte más o menos.

—El hecho es que esa mujer debe ser un monstruo: asesinar así a una pobre niña a la que ni siquiera conocía... Es una perversidad espantosa... una crueldad inútil.

—¿Cómo? —exclamó Binos—. ¿Acaso piensas que la mató por el simple placer de matar... o para probar su precioso instrumento, del mismo modo que la marquesa de Brinvilliers^[25] distribuía a los pobres que le pedían limosna sus pasteles envenenados para comprobar el efecto de los venenos que utilizaba?

»Freneuse, mi buen amigo, estás yendo demasiado lejos. Ese tipo de experimentos están pasados de moda porque son muy peligrosos.

»Esta criatura sabía muy bien lo que hacía cuando utilizó el alfiler contra su vecina de viaje. Era a aquella muchacha y no a otra a quien quería asesinar.

—Pero ¿por qué? ¿Qué le había hecho la desgraciada?

—Aún no estoy en condiciones de responder a tu pregunta. Necesito más tiempo para concluir mis pesquisas. Pero conseguiré averiguarlo y sabremos a qué atenernos. Por el momento me limitaré a afirmar que el crimen ha tenido un móvil concreto. Existe siempre una razón para deshacerse de una mujer... y estas razones pueden ser de muchos y variados tipos... venganza... celos... codicia.

—Pero ¿por qué cometer el crimen en un ómnibus... ante quince personas... en lugar de...?

—En lugar de esperar a la víctima en alguna esquina, o asesinarla en su propia casa, o arrastrarla a algún otro lugar para degollarla. Puede parecer extraño y, sin embargo, tiene fácil explicación.

»La muerte a domicilio supone una ejecución arriesgada. Imaginemos que esa

mujer y su cómplice se hubieran presentado en la residencia de la muchacha; podrían haber sido vistos por el conserje o los vecinos, y ése era un riesgo que no querían correr. Imaginemos que, por el contrario, hubiera sido la pequeña la que se desplazara a su casa —si se alojaban en la misma residencia— o a la de uno de ellos dos y que no hubiera vuelto a salir de allí. Sería aún peor. ¿Cómo se desembarazarían del cadáver? Ése es el mayor escollo que debe vencer un asesino. Cometer el asesinato en la calle hubiera sido más fácil, siempre y cuando no se realizara a plena luz del día. Pero, probablemente, la muchacha apenas salía de noche. Y, además, la víctima debía ir sola y la calle debía estar desierta. ¿Quién nos dice que la muchacha no iba acompañada de algún amigo o alguna amiga, que únicamente la dejó sola cuando llegaron a la estación? Sin duda fue entonces cuando la maléfica pareja, que tal vez la seguía y que seguramente la vigilaba, resolvió actuar en el ómnibus. Nada podía resultar más fácil hallándose en posesión del ingenioso instrumento del que se sirvieron. La dificultad consistía en escabullirse antes de que alguien advirtiera que la pasajera había muerto, y tú viste cómo lo hicieron. ¡De modo que vete ahora mismo a buscarlos por París! ¿No les reconocerías si les vieras de nuevo?

—Tal vez al hombre... y no estoy seguro... apenas pude verle... y en cuanto a la mujer... sólo pude distinguir sus ojos a través del velo...

—No es suficiente, aunque lo cierto es que escuchaste su voz.

—Sí, una voz timbrada, más bien grave... de acento parisino, creo... por lo demás, nada reseñable. Pero, si yo estoy bien lejos de reconocerles, me gustaría saber cómo puedes vanagloriarte tú de que vas a echarles el guante si no les has visto jamás.

—¡Oh! Tengo mi propio sistema. Iré de lo conocido a lo desconocido, como las matemáticas. Cuando consiga saber quién era esa muchacha investigaré qué personas frecuentaba, y seré un necio si no logro encontrar entre ellas a quienes tuvieron interés en deshacerse de ella.

—Olvidas que el hombre y la mujer le resultaban totalmente desconocidos, pues no les dirigió la palabra durante el trayecto; por tanto, no les conocía.

—Actuaron por encargo.

—Ésa es una suposición muy arriesgada. Y, por otro lado, tu plan flaquea desde la base. No se conoce ni el nombre ni el domicilio de la muerta.

—¡Perdona! Está expuesta en la Morgue, y...

—Hecho que prueba que no llevaba consigo ninguna identificación.

—Ninguna, cierto. He hablado con el secretario del establecimiento. Estaba a punto de contarte mi conversación con el funcionario cuando has tenido a bien interrumpirme bajo el pretexto de que estaba asustando a Pia. Me dijo que en sus bolsillos no encontraron más que un raído monedero con catorce *sous* y un pequeño manojito de llaves unidas en una anilla de acero. En su lencería no había ninguna inicial. Por lo demás, ni una tarjeta de visita —cosa que no es de extrañar— ni un mísero trozo de papel.

—¡Un trozo de papel! Me has hecho recordar que ayer recogí uno del suelo del ómnibus.

—¿Encontraste un papel y no dices nada?

—Juro que no pensé en ello.

—¿Y en qué piensas, entonces?

—En mi cuadro, y tú deberías pensar en el tuyo; es decir, en el cuadro que tienes proyectado desde hace un año y que aún no has comenzado.

—Déjame en paz; sólo hablas de trabajo. Yo, en cambio, siento pasión por lo desconocido. Y, desde luego, veo que no tiene nada que ver contigo.

—¡Oh! ¡Nada en absoluto!

—Pues actuaré solo. Si colaboras conmigo, será sin saberlo... y sin pretenderlo. ¡Veamos! ¿Qué hiciste con ese papel? ¡No lo habrás quemado, espero!

—No, pero puede que lo haya perdido.

—¿Dónde lo guardaste?

—En el bolsillo de mi gabán, con el alfiler que usaste para matar a mi gato. ¡Pobre Mirza! —suspiró el pintor contemplando el cuerpo ya contraído del desgraciado angora.

Binos mantenía aquel temible alfiler en la mano y, como gesticulaba al hablar, Freneuse observaba sus movimientos con cierta inquietud.

—Haz el favor de posar en alguna parte tu peligroso artefacto —dijo—; acabarás provocando una desgracia. Bastante es haber matado a un inocente animal.

—No temo a nada, ya me conoces —respondió el pintorzuelo; sin embargo, creyó prudente desembarazarse de aquel mortífero instrumento.

Lo colocó delicadamente sobre la estufa y corrió hacia el gabán de donde lo había extraído. Hundió su mano en el amplio bolsillo y sacó un papel arrugado.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Aún está aquí! —exclamó—. Es éste, ¿verdad?

—Creo que sí. Pero te confieso que lo metí en el bolsillo sin examinarlo.

—¡Ah! Puedes presumir de no ser curioso en absoluto. ¡Es inaudito! ¿Por qué lo recogiste entonces si no fue para echarle un vistazo?

—Tenía intención de hacerlo, pero tú me llamaste, entré en el café y tus extravagantes discursos me hicieron perder la cabeza. En fin, ahí lo tienes. Dime qué es.

—Es una carta, amigo mío —dijo el pintorzuelo con tono triunfante.

—Sin sobre y, por consiguiente, sin dirección —observó Freneuse.

—No importa. La carta me revelará un puñado de cosas. Veamos. ¡Ah! ¡Diablos! Está rota por la mitad en sentido longitudinal. Me costará entenderla... pero lo conseguiré. Han logrado descifrar el significado de los escarabajos y pájaros grabados en el obelisco, lo cual se me antoja bastante más complicado que completar el final de las líneas que faltan en esta carta. Además, somos dos. Escucha: «*Mi querida*»... Falta la siguiente palabra. Podría ser: «*Mi querida amiga*» o «*Mi querida*» seguido de algún apelativo cariñoso. Es una lástima que no la tengamos,

pero al menos sabemos que la destinataria era una mujer.

—Y escrita por un hombre, parece. La escritura es muy masculina.

—Sí; firme, grande y bastante irregular. No es una caligrafía comercial.^[26]
Veamos cómo continúa.

»Aquí estamos, finalmente. Confío en mí [...] ella llegó hace un mes. Vive en la rue des [...] sale poco, pero de cuando en cuando por la tarde [...] aún no he averiguado a casa de quien, pero [...] vuelvo al plan A, pues es más [...] no es necesario que se prolongue. Así que hazme el favor de [...] nuestro acuerdo. Lo quiere todo concluido de aquí a [...] ni una palabra a nadie, ni siquiera al [...] descubierto que los de la casa desconfían...

Hasta mañana, pues, mi buena S...

»¡Ah! El nombre de la mujer empieza por S. Algo es algo.

—¿Y la firma? —preguntó Freneuse.

—Ausente... Desgarrada... Sólo queda una sílaba —dijo Binos, que había leído la carta en voz alta deteniéndose después de cada corte de frase.

—¡Cielos! Veo que has avanzado mucho. Esta carta es absolutamente ininteligible. Todo lo que hemos averiguado es que la muerta se llamaba Sylvie o Suzanne o Sandrine...

—¿Así que imaginas que fue ella quien perdió este papel?

—¡No imagino nada! Pero si no era de ella, ¿de quién?

—De la otra mujer, la malvada que usó el alfiler, y ¿quieres saber para qué le sirvió este pedazo de carta? Para envolver el alfiler envenenado. Compruébalo tú mismo. Mira cómo está doblado. La canalla temía pincharse y tomó sus precauciones.

—Sí —murmuró Freneuse—. Tuvo la cautela de romper la carta. Resulta imposible entender nada de lo que hay escrito en este trozo de papel.

—¿Tú crees?

—¿Qué conclusiones sacas de estas frases inacabadas?

—En mi opinión su sentido está tan claro como si no faltara nada.

—Entonces me harías un favor explicándomelo, porque yo no le veo sentido alguno.

—Porque no te has tomado la molestia de reflexionar sobre ella. Sin embargo, hay algo que sí has advertido: que está escrita por un hombre y dirigida a una mujer.

—El nombre empieza por S. Eso es incuestionable. Pero el resto... ¿de qué asunto trata?

—De mandar al otro mundo a la muchacha que a estas horas yace sobre una losa de la Morgue.

—¿De dónde diablos has sacado eso?

—De cada línea. Las releeré una a una para que lo deduzcas por ti mismo. La

carta comienza con estas palabras: *Aquí estamos, finalmente*. Lo que significa que ha llegado el momento de actuar. *Ella llegó hace un mes*. ¿Quién? ¡La muchacha, evidentemente! *Ella llegó*, en femenino. Y esto encaja muy bien con nuestras apreciaciones. La muchacha no era francesa. Pude examinarla bien. No fue nuestro descolorido sol el que bronceó su piel.

—Es verdad. Parecía española.

—Podemos admitir, si te parece bien, que provenía de Andalucía. ¿Qué estaba haciendo aquí? El autor de la carta conocía este detalle, sin duda, y su primer movimiento fue espiarla. Y constató desde un principio que alguna tarde de cuando en cuando iba... ¿a casa de quién? Aún no lo sabía, pero le bastaba saber que iba a alguna parte. Concibió un plan, y quería que su ejecución fuera inminente. Ahora conocemos su plan, el alfiler envenenado.

»*No es necesario que se prolongue*, escribió este creador de procedimientos expeditivos. Ese lenguaje familiar concuerda a la perfección con el hombre que me has descrito, el viajero del *impériale*...

»Y añade: *Lo quiere todo concluido de aquí a...* He aquí un final de frase que establece claramente su situación. Recibe órdenes, actúa por encargo. Este bellaco no es más que un asesino a sueldo. *Lo quiere...* ¿a quién se refiere? Probablemente a un hombre interesado en eliminar a la muchacha y demasiado prudente como para comprometerse actuando personalmente.

—Sí —murmuró Freneuse—, tus deducciones son buenas, pero no has avanzado gran cosa; es todo muy ambiguo.

—Disculpa, pero en la segunda línea hay una indicación bastante precisa. *Vive...* Obviamente ella es la recién llegada. *Vive en la rue des...*

—¡De acuerdo! Pero no tenemos el nombre de la calle, ¿cierto? ¿Acaso esperas adivinarlo? Creo que será lo más complicado.

—Observa, amigo mío, que no habla de la rue de, sino de la rue *des*. Este plural facilitará enormemente mis pesquisas. ¿Cuántas rue *des* hay en París? No muchas, ¿verdad?

—Te equivocas. Son muchísimas. Si quieres, puedo citarte de memoria una docena... rue des Amandiers, rue des Bons-Enfants, rue des Blancs-Manteaux, rue des Canettes, rue des Quatre-Vents, rue des Deux-Écus, rue des Mauvais-Garçons...

—¡Basta! ¡Basta! Vas a terminar recitando el *Almanaque Bottin*^[27] de principio a fin. Prefiero consultarlo con calma. Di lo que quieras; las contaremos y, cuando lleguemos a cincuenta, las inspeccionaré una a una. Iré puerta por puerta preguntando si ha desaparecido alguna joven de la casa.

—Y al cabo de tres o cuatro meses, tal vez obtengas alguna información —dijo Freneuse encogiéndose de hombros—. Será más sencillo llevar el alfiler y el trozo de carta al comisario de policía para que abra una investigación y, con los medios que tiene a su disposición, descubrirá rápidamente el domicilio de la víctima.

—Muy bien. Entonces tú me acompañarás a casa del magistrado.

—¿Yo? ¡Ah, no, ni pensarlo! Ya te he dicho que no tengo tiempo que perder.

—Como gustes. Pero yo no puedo hacer nada sin ti... quiero decir, nada oficial. Si me presento ante el comisario exigirá que le explique cómo han llegado a mi poder estas pruebas. Así mismo, me verá en la obligación de contarle la muerte de tu gato. Creo que incluso reclamará ver el cadáver de Mirza. Le harán la autopsia al pobre animal.

—¡Jamás en la vida! —exclamó Freneuse—. No permitiré que diseccionen a mi gato. Bastante es que lo hayas matado.

—Entonces es inútil que me presente ante el comisario para contarle la historia —replicó Binos—. Quien algo quiere, algo le cuesta, querido amigo. Si ponemos el caso en manos de la policía, prepárate para ser larga y repetidamente interrogado.

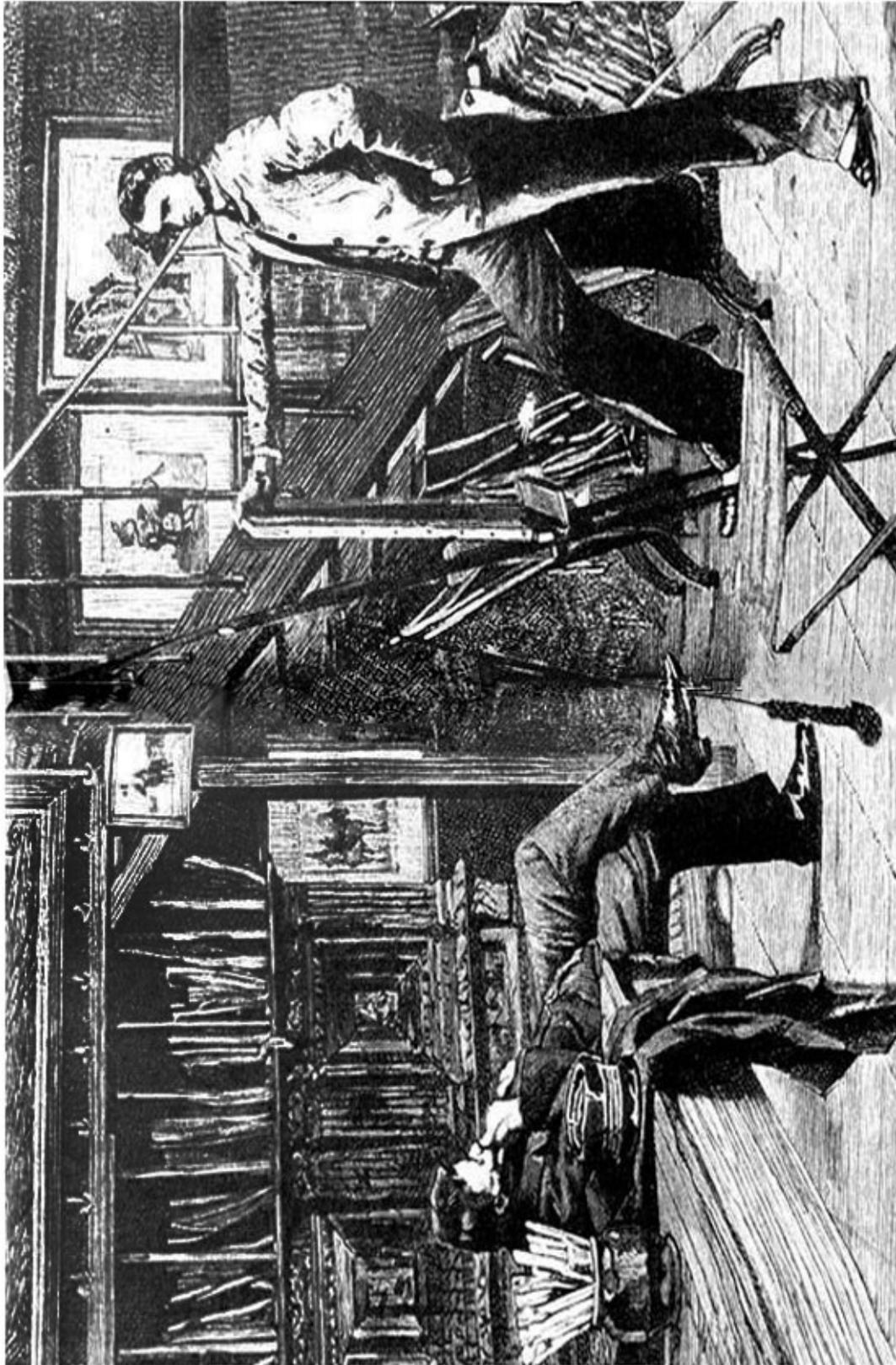
—Eso es precisamente lo que no quiero.

—Y sin embargo, así sucederá, sin duda. A esta hora nadie sospecha que se trata de un crimen. Por eso te han dejado tranquilo. Pero si se constata el envenenamiento de Mirza, los hechos darán un giro de ciento ochenta grados. Harán ensayos clínicos usando el alfiler con otros animales; sacrificarán perros y conejos; los médicos redactarán extensos informes sobre los efectos del curare y ya no habrá duda de que la muchacha del ómnibus fue asesinada. Pondrán tras la pista a todos los agentes y, como tú eres el único que se fijó en la asesina y su cómplice del *impériale*, te requerirán que acompañes a los caballeros de la *Sûreté* en sus expediciones con el único fin de reconocer a los culpables, si llegaran a encontrarlos.

—¡Vamos! ¿Acaso un individuo está obligado a pagar con su persona en tales casos? Te burlas de mí.

—Confieso que tal vez he exagerado, pero puedes estar seguro de que requerirán tu presencia cada vez que apresen a un sospechoso o sospechosa. Y serás tú quien decida su puesta en libertad o su detención.

—¡Fascinante perspectiva! Todo el día a disposición y bajo las órdenes de la policía. ¡No! ¡No! Haz cuanto te parezca, amigo mío, siempre y cuando no me vea involucrado. Es lo único que te pido.



—Entonces, ¿me confías el alfiler y la misiva rasgada? ¿Me das carta blanca y prometes que jamás intentarás controlar mis procedimientos?

—¡Jamás!... Con una condición... que me mantengas al corriente.

—Cuenta con ello. Me consagraré a la caza de los bandidos y, ya que nos vemos a

diario, nada mejor que contarte mis hallazgos de la víspera. Estamos de acuerdo, ¿verdad? Descartamos al comisario.

—Sí... no obstante...

—¿Qué?

—Me pregunto si tenemos derecho a mantener en secreto todo lo que sabemos. El deber de un buen ciudadano es iluminar a la justicia, y tú pretendes —como dice el dicho— dejar la luz en penumbra.

—¡Disculpa! ¡Iluminaré a la justicia cuando llegue el momento!..., y eso será cuando atrape a la maléfica pareja. Más bien debería darme las gracias por hacer su trabajo, y que el juicio de estos canallas sea pan comido cuando yo los entregue.

—Realmente te admiro. ¡Tienes una confianza asombrosa en tus capacidades! Y, por supuesto, te propones actuar en solitario.

—No exactamente. Poseo múltiples aptitudes para convertirme en un detective de primer orden, pero me falta práctica. En un principio necesitaré un guía, un instructor; no para los hechos trascendentales... que para estos cuento con mi gran intuición, sino para que me enseñe los entresijos de la profesión. Y conozco al hombre idóneo para el puesto.

—¡Bah!

—Dios mío, sí. Se trata de un caballero con el que a menudo coincidí en el café... no en este distrito. Entablamos amistad cuando una tarde le hice un retrato a carboncillo sin coste alguno. Habla con frecuencia de la policía, y siempre bien. Estoy casi seguro de que en otro tiempo fue uno de ellos.

—¡Diablos! Vaya amistades tienes.

—¿Qué quieres? No puedo pasar las tardes en los salones del suburbio de Saint-Germain. Nunca te acuerdas de invitarme. Pero si conocieras al bueno de Piédouche, entenderías por qué me agrada su compañía. Es un hombre rebotante de energía y de divertidas anécdotas.

—No lo dudo, pero te eximo de que me lo presentes. Es más, te ruego que no le hables de mí. Y ahora que ya estamos de acuerdo, haz el favor de liberarme de todo cuanto pueda recordarme esta lúgubre historia. Llévate la carta, el alfiler y hasta el cuerpo de Mirza.

—Qué más puedo pedir —respondió Binos—. Y por el mismo precio te libraré también de mi compañía. Tengo asuntos pendientes en casa.

—Una última recomendación —agregó Freneuse—: Ni una palabra de esto a Pia. Está muy nerviosa y temo...

—Y además podría irse de la lengua. No tengas miedo. No diré una palabra. Y si me pregunta qué ha sucedido con tu gato, le diré que murió al lamer de la paleta el arsénico de tus pinturas.

III

Freneuse tenía sus razones para no prolongar una conversación con Binos, que jamás habría terminado a poco que hubiera querido profundizar en las ideas de aquel pintorzuelo visionario y osado.

Binos sólo pretendía arrastrarlo con él a la caza de los criminales con los que fantaseaba, pero Paul Freneuse poseía menos imaginación y más sentido común que su amigo. Llegados a ese punto reconocía que la muchacha del ómnibus podía haber sido realmente asesinada. El experimento que había sesgado la vida de Mirza había sido decisivo. Pero de ahí a creer en la posibilidad de descubrir a los culpables había un mundo. Y Freneuse no deseaba en absoluto embarcarse en una empresa que le robara la tranquilidad que necesitaba para desarrollar su trabajo.

Sin ser un hombre ambicioso, Freneuse tenía la firme voluntad de conquistar una situación de independencia y, efectivamente, se hallaba en el buen camino. Poseía ya aquella notoriedad que conduce a la fama e incluso, en contadas ocasiones, a la gloria. No era aún más que un artista de talento, pero tenía grandes posibilidades de convertirse en un pintor de prestigio y, mientras esperaba la llegada de ese ansiado momento, intentaba ganar el mayor dinero posible.

Por otro lado, no debía su éxito a nadie más que a sí mismo. Hijo único de un comerciante que podría haberle dejado una importante herencia, Paul se encontró a la edad de diecinueve años sin apoyos ni recursos. Completamente arruinado por una de esas crisis comerciales que abaten hasta las empresas más sólidas, su padre murió de tristeza sin más legado que un nombre impoluto, pues había sacrificado cuanto poseía para hacer frente a sus deudas. Paul, que había perdido a su madre durante el parto, se quedó solo en el mundo sin más parientes que un primo lejano que vivía en la provincia, y que juzgó sobradamente generoso poner a su disposición la suma de mil francos, destinada a permitirle buscar fortuna en el extranjero.

Paul, que no sentía inclinación alguna por la profesión de buscador de oro en Australia y que se veía especialmente dotado para la pintura, empleó aquella limosna en viajar a Roma, donde permaneció cinco años trabajando para ganarse la vida y, sobre todo, para instruirse. De alumno se convirtió en maestro, un jovencísimo maestro cuestionado por ello, pero muy apreciado por los artistas y por el público que compraba sus obras.

A pesar de cuestionarle, los críticos contaban con él y apenas daba abasto para satisfacer los encargos de los burgueses, de tal suerte que el honor y el dinero llegaron a un tiempo a su vida.

Valoraba más el honor, pero era consciente de que en este mundo el dinero asegura la libertad, e intentaba conciliar ambos. «Cuando sea rico o simplemente goce de una posición acomodada», pensaba, «podré consagrarme por entero al arte

que es mi mayor anhelo. La fortuna no es el fin, sino el medio».

Y para alcanzar más prontamente la independencia que tanto ambicionaba, Paul Freneuse fantaseó en alguna ocasión con la idea del matrimonio.

Ciertamente, poseía infinitas cualidades para enamorar a cualquier joven. Era alto, delgado y bien formado; sus rasgos eran irregulares, pero gozaba de una fisonomía expresiva y afable. Conversador ameno y perspicaz, sin la menor sombra de presunción y perfectamente educado, Paul poseía además otras virtudes: un corazón bondadoso y un carácter abierto y jovial.

Así pues, es fácil adivinar que no le habían faltado ocasiones para desposarse. Desde hacía dos o tres años, especialmente, no había invierno que no recibiera tentadoras invitaciones a bailes y cenas donde le eran presentadas jóvenes casaderas. Asistía de buen grado y sabía mantener perfectamente la compostura. Incluso se mostraba convenientemente atento con las jóvenes de las que se decía que eran buenos partidos, pero aún no había encontrado aquello que buscaba.

A Freneuse se le había metido en la cabeza la idea de que únicamente se casaría por amor, y no quería comprometerse hasta estar completamente seguro. Además, la joven en cuestión debía poseer una multitud de cualidades morales y adecuarse a su particular ideal de belleza, propio de un artista.

Sin embargo, ya desde el inicio de la temporada se sintió atraído por la hija de un caballero que en otro tiempo había tenido relaciones comerciales con su padre, y que acogió a su hijo con agrado desde el momento en que éste parecía hallarse en el buen camino para convertirse en un hombre rico y célebre.

Y, ciertamente, la señorita Marguerite Paulet bien merecía su atención y dedicación. En primer lugar porque era extraordinariamente hermosa; tan hermosa como Pia, aunque fueran tan diferentes como la noche y el día.

Pia era pálida y de cabellos morenos; la señorita Paulet rubia y sonrosada. Pia era más bien menuda, y sus delicadas formas aún no eran más que promesas; la señorita Paulet era alta y, a pesar de contar sólo veinte años, su exuberante belleza había alcanzado su completo desarrollo.

Pia asemejaba una virgen de Rafael; la señorita Paulet, una flamenca de Rubens.

Y Paul Freneuse, que admiraba a los maestros de todas las escuelas —aunque sentía predilección por los maestros italianos—, admiraba vivamente los encantos de la espléndida heredera, que le había hecho el honor de concederle muchos de los valsos que habían sonado desde los inicios del invierno.

Porque la señorita Marguerite era una heredera. Tras haber entrado en el mundo de los negocios —expresión consagrada para designar a un hombre que se ha enriquecido con la especulación—, su padre gozaba de una enorme fortuna honestamente adquirida —según decían—, y no tenía más hijos. Su madre había muerto dejándole doscientos mil francos que le serían consignados una vez alcanzara la mayoría de edad.

Del señor Paulet, propietario de tres residencias en París, se decía que poseía

setenta mil libras de renta, y a su muerte dicha suma se vería ampliamente incrementada —pues contaba con grandes beneficios anuales— a pesar de llevar una vida de lujos.

Su hija adoraba el *beau monde*; él la acompañaba habitualmente y también acostumbraba a celebrar grandes recepciones. Particularmente, organizaba exquisitas cenas a las que siempre invitaba a Freneuse, que asistía con placer no tanto por la calidad culinaria como por la belleza de la señorita Marguerite.

Y con tanta frecuencia había sido invitado aquel invierno que, al no poder devolver la invitación por ser un hombre soltero, hacía tiempo que intentaba encontrar la ocasión de agradecérselo tanto al señor como a la señorita Paulet.

Y así, cuando en la última cena la señorita Paulet, que ocupaba una plaza junto a Freneuse, expresó su deseo de ver *Les Chevaliers du Brouillard*^[28], un drama que volvía a representarse en el teatro de la Porte-Saint-Martin, el joven, consciente de que la rica burguesía parisina jamás rechazaba la oportunidad de asistir gratis a un espectáculo, pensó de inmediato en reservar un palco. Pero mantuvo silencio al respecto dado que, con mucha astucia, se había informado sobre los planes que el señor Paulet tenía para sus próximas veladas, y cuando supo que pasados dos días tendría la noche libre de ocupaciones mundanas, se procuró un buen palco de primera fila, no previo pago —lo cual podría haber herido la susceptibilidad del señor Paulet— sino a través de un periodista amigo suyo.

Y la noche fijada era precisamente aquélla en la que se produjo la desgraciada muerte de Mirza. Binos, su asesino, acababa de salir de su estudio cuando Freneuse recibió una amable nota del señor Paulet agradeciéndole y rogándole encarecidamente que se reuniera con ellos en el palco.

El artista no se encontraba con ánimo para disfrutar del placer de pasar algunas horas en compañía de la encantadora señorita Marguerite.

La tragedia del ómnibus le había entristecido; los planes de Binos le inquietaban. Se arrepentía de haberle prometido mantener silencio sobre el descubrimiento de aquel alfiler envenenado que debería haber remitido al comisario de policía junto con las explicaciones pertinentes. Incluso comenzaba a temer verse comprometido, tarde o temprano, por alguna indiscreción de su imprudente amigo.

Sin embargo, Freneuse, que no quería resultar descortés, no podía excusarse de ir al teatro y saludar al padre y a la hija, que habían expresado su deseo de verle allí.

Por otro lado, aquélla era una excelente ocasión para espantar los demonios que le atormentaban.

Así pues, decidió vestirse. Sobre las seis, y viendo que no llovía, resolvió caminar hacia los grandes bulevares para cenar en un club del que era socio y al que acudía en raras ocasiones.

Afortunadamente, los comensales estaban muy animados y su alegría contagió bien pronto a un Freneuse que, en el fondo, no tenía serias tribulaciones. Se mostró muy locuaz sobre aquellas cuestiones que le interesaban y, cuando llegó el momento

de encaminarse hacia el teatro de la Porte-Saint-Martin, había olvidado completamente sus preocupaciones. No pensaba más que en la señorita Paulet y en resultarle agradable.

Pero el destino quiso que un encuentro casual despertara en su memoria el desagradable recuerdo de una macabra aventura.

Una vez alcanzado el peristilo del teatro se detuvo un instante para terminar un puro excelente y, no sin sorpresa, escuchó que alguien le interpelaba en los siguientes términos:

—¡Claro! No me equivocaba. Es usted.

La persona que se dirigía a Freneuse era una rolliza mujer cubierta con un pañuelo y una cesta cargada de naranjas apoyada en la cintura.

En un primer momento Freneuse no la reconoció, pero ella no le dio tiempo para pensar.

—No se acuerda de mí —dijo con voz ronca—. Pero yo sí me acuerdo de usted perfectamente. Ayer por la noche estaba sentado frente a mí en el ómnibus del Halle aux vins.

—¡Ah! ¡Sí! Ahora la recuerdo —balbuceó el artista sorprendido.

Generalmente, las personas que el azar nos ofrece como compañeras de viaje en los vehículos de transporte público no se detienen para dirigirnos la palabra cuando las encontramos al día siguiente por la calle.

Evidentemente, aquella mujer interpelaba a Freneuse en la acera del bulevar Saint-Martin para hablar sobre el triste incidente ocurrido durante el trayecto.

Y, sin embargo, ella ya había abandonado el ómnibus cuando se percataron de que la muchacha estaba muerta. ¿Cómo era posible entonces que estuviera informada? No tardó mucho en explicarlo.

—¡*Quiá!* —comenzó—. Vaya historia... El asunto ese de la muchacha, ¿eh? *Asín* que murió por el camino. ¿Quién iba a decírmelo a mí? Habría apostado a que dormía. Estará todavía impresionado por haber llevado una muerta al hombro sin saberlo.

—¿Cómo sabe usted...?

—Me lo dijeron por la mañana en la estación de la plaza Pigalle. Cojo todos los días el coche para ir a comprar mis naranjas a la rue des Halles... y por eso me conocen todos los revisores de la estación... y cuando me contaron que había sido un muchacho alto el que había ayudado a bajar el cuerpo, supe que era *usté*... no es que sea adivina, es que *usté* era el único hombre que había en el coche.

—Pero es increíble que se acuerde de mí —murmuró Freneuse.

—¡Oh! Cuando veo una cara no la olvido. ¿Se acuerda del tipo sentado junto a la muchacha y que cedió su sitio? Pensará que ni me fijé en él porque sólo estuvo cinco minutos con nosotros. Pues bien, si volviera a encontrarlo, no necesitaría mirarle dos veces para reconocerle y decir: «es él».

«Si Binos estuviera aquí», pensó Freneuse, «intimaría con esta vendedora de

naranjas, y saldría todos los días con ella para hacer uso de su extraordinaria memoria visual. Pero yo no tengo ninguna intención de hacerlo, aunque siento curiosidad por saber qué piensa del incidente de ayer».

Y dijo en voz alta:

—Entonces, ¿reconocería también a la mujer que se aprovechó del favor de ese caballero?

—¡Ah! A ésa, por ejemplo, no, *señó*. Sólo se le veía la punta de la nariz. Con los velos que utilizan hoy en día van tan tapadas como si se pusieran una máscara. Debería estar prohibido ocultarse así... porque... en el caso de que una mujer cometiera un delito y se fugara, no habría modo de echarle el guante. ¡Mire! Esto me recuerda que el empleado me dijo hoy que en aquel momento a *usté* se le metió en la cabeza que la muchacha había sido asesinada durante el trayecto. ¿Con qué podrían haberla matado, si me permite preguntarlo? Por lo visto, no tenía ni un solo arañazo.

—Sí, pero su muerte me pareció tan extraordinaria...

—Ciertamente, no hizo demasiado ruido. ¡Qué quiere! A veces nos olvidamos que los jóvenes no tienen siete vidas como los gatos.

—Entonces, no piensa que la pasajera sentada junto a ella...

—¿La mujer a quien nadie pudo ver el rostro? ¡Vamos! Si le hubiera hecho daño nos habríamos dado cuenta. Y no sólo eso. Los médicos examinaron el cuerpo de la muchacha y no encontraron nada. A mí no me sorprende que muriera sin emitir un solo lamento. Su cara de cartón piedra ya apuntaba que estaba enferma.

—¿Su cara...? ¿Acaso pudo verla? También ella ocultaba su rostro tras un velo.

—Cierto. Aún no le he contado que he ido a la Morgue... sabía que estaría allí... y el puente Sainte-Eustache no dista mucho del puente de Notre-Dame, así que fui a echar un ojo como el resto... había cola a la puerta... ¡Y tanto que sí! Pero es comprensible, generalmente sólo exponen personas ahogadas, y eso no es agradable, un ahogado... pero esa muchacha era hermosa como la luz del día, y la muerte no cambió su expresión... parecía dormida. Y así fue como la reconocí... no ha sido difícil.

—Entonces, ¿la conocía?

—¡Oh! Ya lo creo, *señó* —dijo la rolliza mujer—. La veía a menudo en el mercado de la plaza de Saint-Pierre, en Montmartre. Debo decirle que yo tengo mi puesto en la avenida Clignancourt.

—Entonces, ¿sabe quién era?

—No, eso no. Nunca hablé con ella. Entenderá que a mi edad no vaya chismorreando con jovencitas... sobre todo cuando no sabe una a qué atenerse. Pero en cuanto a si la he visto, ¡oh, sí! Aunque viva cien años, jamás olvidaré su cara. Tenía unos llameantes ojos negros que le habrían dado ganas de encender su cigarro... y una piel aterciopelada como el blanco satén... sin color alguno, tanto así que se podría decir que no corría ni una gota de sangre por sus venas.

Freneuse se emocionó por un instante. No sentía pasión como su amigo Binos por

la profesión de investigador, pero el misterio del ómnibus le preocupaba más de lo que quería admitir y creyó que la vendedora de naranjas podía esclarecerlo. Pero la información que esperaba no llegó.

No obstante, pensó que tal vez podría sonsacar ciertos detalles útiles de aquella oronda mujer y comentó:

—Pero si iba con frecuencia al mercado de Montmartre, significa que vivía en ese barrio.

—¡Oh, seguro! —respondió la chismosa.

—Y quizá alguno de los vendedores del mercado sabe en qué calle, e incluso en qué casa vivía.

—Es posible, pero me extrañaría. No creo que repararan en ella porque compraba muy poco. Huevos, legumbres, lechuga. No gastaba más de treinta *sous* al día. Comprenderá, pues, que no atrajera la atención de los vendedores. Pero, a pesar de todo, era soberbia como una pequeña reina. Sólo hablaba para preguntar «¿Cuánto?». Y cuando consideraba que era un precio elevado no regateaba, simplemente se marchaba sin pronunciar una palabra.

—Sin embargo, no debía de ser rica.

—¿Rica? ¡Oh! ¡No! La veía siempre con el mismo jubón raído y la misma capa de lana negra.

—¿Y siempre iba sola? —preguntó Freneuse, que continuaba, muy a su pesar, con aquel interrogatorio propio de un Binos cualquiera.

—Siempre. Las doncellas que van al mercado con sus *amigos* se burlaban de ella porque no tenía pretendientes.

—Bella y sabia... cosa extraña cuando una muchacha no tiene fortuna ni parientes y se ve obligada a trabajar para sobrevivir.

—Parientes no creo que tuviera, pero no daba la impresión de ser una obrera.

—Entonces, ¿a qué cree que se dedicaba?

—Creo que daba lecciones por veinte *sous*... y esa ocupación apenas genera ingresos.

—Entonces iría a casa de mucha gente; seguro que alguien reconocerá el cuerpo.

—¡A saber! —respondió la rolliza mujer encogiéndose de hombros—. No todo el mundo entra en la Morgue, y la exposición del cuerpo no se prolongará más de tres días.

—Pero usted sí entró... y, obviamente, le habrá dicho al guardia todo cuanto me acaba de contar a mí.

—¿Yo? ¡Ah! ¡Ni hablar! No estoy para perder el tiempo. Tengo que dedicarme a mi negocio. Sepa *usté* que mi marido está guardando cama desde hace cuatro meses con un reumatismo que le sobrevino trabajando como estibador. Si no lo mantengo yo, ¿quién va a hacerlo? Si le hubiera contado todo esto al guardia habría perdido dos horas y mañana tendría que hablar con el perro del comisario... ¡No! ¡Gracias! En primer lugar, ¿de qué habría servido? No sé ni el nombre ni la dirección de la

muchacha.

Freneuse tuvo que admitir que la vendedora no se equivocaba. Él mismo había actuado como ella; había mantenido silencio a pesar de todo cuanto sabía sobre aquel siniestro suceso.

—Eso no impide que si usted necesita algo de mí —continuó la rolliza mujer—, estoy a su entera disposición... Virginie Pilou, avenida Clignancourt, esquina con la rue Muller... sólo tiene que preguntar por mí al frutero. Es evidente que la historia de esa desdichada muchacha le interesa... intentaré obtener alguna información; mañana por la mañana preguntaré por ella en todo el barrio. Ahora, discúlpeme, príncipe mío; pero mientras estoy aquí hablando con *usté* dejo de vender mis naranjas. Y *usté* no me las va a comprar, ¿verdad? Mi mercancía no es apropiada para un caballero.

Y dejando plantado a Freneuse, la mujer comenzó a gritar:

—¡Tres sous! ¡A la rica valenciana! ¡Tres sous!

Paul juzgó inútil insistir. La señora Pilou no le contaría nada más, por la única y excelente razón de que no sabía nada más. Además, era hora de entrar al teatro. El primer acto había terminado y debía llegar hasta el palco donde el señor Paulet le tenía reservada una plaza antes de que comenzara el segundo. En tales casos, una falta de puntualidad se considera casi una descortesía. El entreacto tocaba a su fin, y Freneuse consideró más conveniente presentarse antes de que se levantara el telón.

Así pues, siguió a los espectadores que regresaban a sus localidades tras haber fumado su cigarro. Dio en taquilla el número del palco y subió lentamente la escalinata que conducía al reservado de la primera fila.

Había salido de su club con una excelente disposición de ánimo, dispuesto a tomarse la vida con alegría y a desplegar su simpatía propia de las grandes ocasiones; pero el encuentro con aquella vendedora de naranjas había cambiado su humor. Aquella mujer acababa de exponer los problemas que tanto atraían a Binos y que tan poco le divertían a él. Realmente parecía que aquella lamentable historia le perseguía. Le hubiera gustado no volver a saber nada pero todo el mundo le hablaba de ello, incluso personas que ni siquiera conocía.

Y lo que más le exasperaba era que, hiciera lo que hiciera, no podía librarse de aquella historia. Le interesaba, muy a su pesar. Había intentado convencerse de que la muerte de aquella muchacha no le concernía y que las intenciones de su querido amigo carecían de sentido común y, sin embargo, instintivamente, había prestado oídos a aquella mujer; la había interrogado de buen grado y su testimonio había picado su curiosidad.

«Definitivamente, es un disparate», pensó mientras se dejaba llevar por la concurrencia que regresaba al teatro. «Yo mismo fomento mis problemas, cuando lo único que debería hacer es disfrutar de la vida para lograr ser un hombre completamente feliz. He conseguido hacerme un nombre y ganar más dinero del que necesito. Me aprecian en todas partes, y tal vez lo único que me haga falta sea concertar un buen matrimonio con una mujer a la que ame. ¿Qué necesidad tengo de

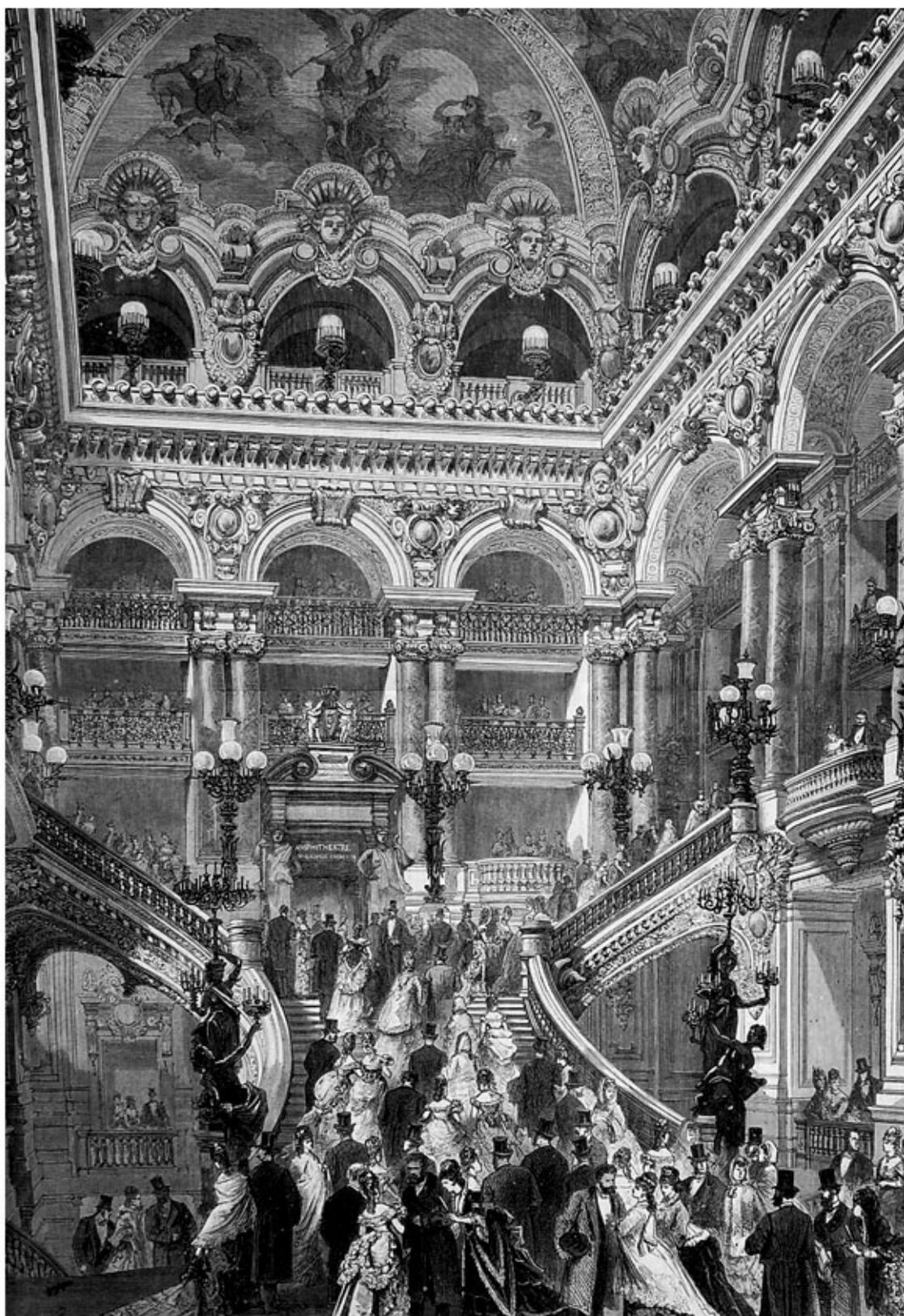
verme involucrado en la investigación de un suceso que presencié por pura casualidad? Sería perfecto para Binos, que es un holgazán y un excéntrico buscador de malhechores en paradero desconocido. Pero yo tengo mejores cosas en que emplear mi tiempo. ¡Al diablo con las vendedoras de naranjas y los alfileres envenenados! Lo único que debo hacer esta tarde es complacer a esa admirable criatura de nombre Marguerite Paulet; si pudiera obtener de ella y de su padre el beneplácito para pintar su retrato para la exposición del próximo año, sería un triunfo que me consolaría por no poder encontrar al hombre y a la mujer que han maquinado este misterioso crimen».

Mientras mantenía este sensato diálogo interno, Freneuse se esforzaba, en vano, por sortear la marea humana que le rodeaba. Ante él, un alto y corpulento hombre de anchas espaldas —que le impedía avanzar— parecía entorpecer el paso deliberadamente a las personas que circulaban tras él.

Tras varias tentativas de deslizarse entre la pared y aquel personaje, Freneuse le dio un leve empujón para forzarle a caminar con mayor prontitud.

El hombre se giró mascullando algún improperio y mostrando su rostro al artista que, al verle, experimentó una extraña sensación. Aquel amante de los dramas tenía un asombroso parecido con el pasajero del *impériale*. Los mismos rasgos tallados a golpe de hacha, el mismo bigote canoso, las mismas patillas de corte militar, el mismo rostro pétreo. Únicamente su indumentaria era diferente: en lugar de un abrigo Carrick^[29], aquel caballero vestía un redingote negro de paño fino y un flamante sombrero de seda.

Sus ojos estudiaron rápidamente a Freneuse; unos avispados ojos negros sombreados por unas espesas cejas que, sin duda, no juzgaron al artista merecedor de su ira, pues, en lugar de increparle, recuperó inmediatamente su posición y aceleró la marcha, haciéndose un hueco entre la multitud y desapareciendo precipitadamente por el corredor del patio de butacas.



«Juraría que me ha reconocido y que se ha escabullido», pensó Freneuse. «Si Binos hubiera estado aquí y le hubiera manifestado mis impresiones seguiría a ese individuo. Pero yo no soy Binos, y no pienso correr tras sus pasos».

Y con esta sabia reflexión continuó su camino encontrando menos dificultades

para alcanzar el primer piso, pues la mayor parte de las personas que abarrotaban la entrada tenían su asiento reservado en el patio de butacas.

Buscó su palco, que era uno de los principales frente al escenario y, cuando lo encontró, llamó a la acomodadora sin volver a pensar en el encuentro que acababa de tener lugar.

La encargada del guardarropa y de la localización de los asientos acudió a la voz del elegante caballero que la reclamaba, y le introdujo en el palco que ocupaban el padre y la hija desde que se había levantado el telón.

Freneuse se sintió dichoso al ver las mejillas de la señorita Marguerite sonrojarse y el afectuoso recibimiento que le dispensó el señor Paulet, quien se tomó la molestia de levantarse y tenderle ambas manos e incluso aproximarle un taburete al recién llegado, que tomó asiento no sin antes dedicar un galante cumplido a la muchacha, que le respondió con una encantadora sonrisa.

—Estaba seguro de que no rechazaría nuestra compañía; le agradezco que nos brinde esta velada —dijo el señor Paulet.

Aquel capitalista era un inteligente anciano de aspecto agradable y correctos modales, seguro de sí mismo, con facilidad de palabra, cautivador desde el primer contacto y con un rostro que resultaría simpático si gozara de una expresión más franca. Los ojos le afeaban un poco; casi nunca miraban a la cara y tenían una movilidad inquietante. Y, además, los labios sonreían demasiado y su sonrisa resultaba banal. Pero el conjunto no desagradaba, y el señor Paulet podría ser un suegro de lo más presentable.

La señorita Marguerite, afortunadamente para ella, no se le parecía en absoluto. Tenía, sin duda, la altura y la tez de su madre, y una casi desenfadada elegancia que confería a toda su persona un encanto particular. Tenía clase, como suele decirse, mientras que el señor Paulet era un hombre corriente y carente de distinción. Pero admiraba a su hija y se sentía bien consigo mismo.

Freneuse sabía cómo complacerle tratándole con la consideración que un artista jamás prodiga a un burgués. Llevaba la condescendencia hasta el extremo de halagar su afición de hablar de pintura a diestro y siniestro. Escuchaba las apreciaciones que formulaba seriamente sobre los maestros clásicos y modernos, y nunca desdeñaba la ocasión de darle la réplica.

La señorita Marguerite tal vez no fuera mucho más docta en la materia que su padre, pero tenía tacto, y agradecía a Freneuse que no se burlara de él.

—Querido amigo —dijo el señor Paulet de buenas a primeras—, aparece usted justo a tiempo para que lleguemos a un acuerdo sobre una cuestión de arte.

—Rehúso de antemano —dijo modestamente Freneuse—. Estoy convencido de que tiene usted razón y que la señorita Marguerite no se equivoca.

—¡Oh! No intente escabullirse con una respuesta diplomática. Es usted lo bastante competente para decidir quién de los dos tiene razón, y es absolutamente necesario que nos exprese su punto de vista. En primer lugar, porque es usted la causa

de nuestro desacuerdo.

—Me siento muy orgulloso de saber que usted y la señorita hayan tenido a bien pensar en mí.

—Créame si le digo, querido Freneuse, que nos ocurre muy a menudo. No es usted una persona que se olvide fácilmente cuando se le conoce como nosotros le conocemos y, si no le conociéramos, al menos conoceríamos sus obras por las que bien vale la pena interesarse. Está usted en boca de todos y su nombre aparece en todos los periódicos.

»Se habla por doquier del cuadro que presentará en la Exposición de este año; será el gran éxito del Salón, según me han dicho, y yo también lo creo. Pues bien, precisamente ha sido su cuadro el punto de partida de nuestra discrepancia.

—Pero —objetó tímidamente el artista—, lamento que aún no me hayan hecho el honor de venir a verlo, así podrían juzgar...

—Ya sé de qué se trata... no existe otro tema de conversación dentro del mundo artístico. Una joven pastora de cabras de la campiña romana sentada a los pies de la sepultura de... Metella... no, de Cecilia..., en fin, de una sepultura; entre nosotros, podría haber elegido un tema más alegre porque, veamos... incluso para un buen amante del arte no puede resultar muy atractivo tener un mausoleo en su salón, y eso podría perjudicar la venta.

—¡Oh! ¡Hace mucho tiempo que Cecilia Metella está muerta! —dijo seriamente Freneuse reprimiendo, a duras penas, sus ganas de reírse en la cara del señor Paulet.

—Buena excusa, pero no se trata de eso. Hace un momento le decía a Marguerite que ustedes los artistas se equivocan al obstinarse en reproducir en sus lienzos a hombres y mujeres italianos. Yo sostengo que, sobre todo para las modelos femeninas, los franceses podemos ofrecer arquetipos maravillosos.

—Tiene usted toda la razón, señor, y no tengo que ir muy lejos para encontrar uno —dijo prontamente Freneuse, dirigiendo su mirada a la señorita Paulet.

—¡Ya! ¿Ves lo que te decía? —exclamó el señor Paulet—. Freneuse piensa que serías una magnífica modelo.

—No me veo en el rol de una pastora de cabras de la campiña romana —dijo riendo la señorita Marguerite.

—Estaría usted hermosa con cualquier indumentaria, señorita —dijo Freneuse calurosamente.

—También hace falta que pueda representar al personaje que usted ha elegido. Que yo sepa, las italianas no son rubias, y yo tengo la desgracia de serlo. El sol jamás ha dorado mi tez ni oscurecido mis cabellos, y mis facciones adolecen absolutamente de carácter.

—¡Bah! —exclamó el señor Paulet quitando la palabra a Freneuse, que tenía un cumplido en la punta de la lengua—. Eres hermosa así como eres, y conozco a mucha gente que comparte mi opinión.

—Le ruego me incluya entre esa gente —añadió el artista, encantado de

aprovechar la ocasión para confirmar su admiración por la belleza de la señorita Marguerite.

—Además —continuó el padre—, debo confesar que no siento fascinación alguna por esos rostros que los artistas se empeñan en ir a buscar tan lejos. Son bonitas, pero... ¡cielos!... ¡Esas romanas con su piel color limón y sus ojeras! ¡Y qué atuendos! Harapos que ni siquiera una cocinera osaría ponerse para pasear el *mardi gras*^[30]. Debería estar prohibido salir con esas trazas.

—Es usted demasiado duro con esas infelices muchachas —murmuró Freneuse—. Desarrollan este trabajo para sobrevivir, y para posar no pueden vestirse como esclavas de la moda parisina.

—¡Bien! Lo comprendo. Pero hace falta un poco de color local. Sé muy bien de lo que hablo, aunque sólo sea un burgués. Si yo fuera pintor usaría otro sistema. Tendría un vestuario preparado en mi estudio y, cuando necesitara de una tahonera cualquiera, elegiría a una modelo francesa y simplemente la caracterizaría.

—Pero, padre, no sería lo mismo —dijo la señorita Paulet—. ¡El físico es tan diferente!

—¡Déjame de físicos! La belleza es la belleza, ¡qué diablos!

Freneuse, con la cabeza gacha, permanecía en silencio. No tenía intención de comenzar una discusión con un hombre que profería semejantes dislates, y empezaba a preguntarse si podría soportar a un suegro tan desprovisto del sentido artístico.

Pero Marguerite adivinó sus pensamientos, y le dispensó una mirada que le hizo olvidar al instante sus prejuicios contra el señor Paulet. Decía tantas cosas aquella mirada; era tierna, casi suplicante. Pedía clemencia ante la carencia de gusto de un padre que en nada se asemejaba a su hija.

—Por lo demás —continuó el capitalista—, tengo razones más que fundadas para detestar a las mujeres italianas. Figúrese, querido amigo, que esas alimañas podrían despojarme de una gran parte de una herencia que debería percibir... la herencia de mi hermano.

—¿De veras? —preguntó Freneuse harto sorprendido—. Ignoraba que tuviera un hermano.

—Nadie lo sabe; vive en provincias y no compartimos apellido. Mi madre se casó en segundas nupcias, y este hermano es fruto de su segundo matrimonio. Soy su único pariente y, por consiguiente, su único heredero, a pesar de no tener contacto alguno con él. Hace tiempo nos enemistamos y decidió instalarse en una pequeña villa del sur de Francia, pretextando que el clima de París no le convenía. Marguerite no conoce a su tío.

—Pero no es motivo para desheredarle —murmuró distraídamente Freneuse, que apenas mostraba interés por aquella historia.

—¡No! ¡Pero hay un problema! El necio de mi hermano, que siempre fue un excéntrico de primera clase, se persuadió en su juventud de que gozaba de grandes dotes para la pintura, por lo que se estableció en Italia durante algunos años

pintarrajeando lienzos por los que jamás cobró más de quince francos. Si su legado se limitara a esos cuadros, me habría olvidado de él hace ya mucho tiempo; pero es un hombre rico... tanto como yo e incluso más aún. Y no me sorprendería que hubiera hecho testamento en favor de una hija que podría haber tenido en Roma.

—Entonces, ¿se casó allí?

—Eso dicen, pero no hay pruebas. Hay quien afirma que habría cometido la insensatez de desposar a no sé qué criatura que posaba para ciertos pintores. Yo no creo que llegara tan lejos. Pero es muy libre de disponer de su fortuna y le creo capaz de dejársela a su hija natural. Ahora comprenderá, querido Freneuse, porqué me horrorizan las modelos romanas.

»Lo más curioso de esta historia —continuó el señor Paulet— es que el estúpido de mi hermano jamás se preocupó por la bonita familia que había creado en Italia. Después de haberlo dispuesto todo para acabar sus días en la ciudad de Roma, cambió de idea repentinamente. Se le antojó regresar a Francia e instalarse a ciento cincuenta leguas de París, en una aldea de mala muerte en la campiña, y vivir aislado como un ermitaño.

»Cuando fui informado de esta conveniente resolución decidí escribirle y proponerle una reconciliación; le ofrecí mi casa, y gustosamente habría hecho el sacrificio de ir a buscarle hasta su desierto y traerlo aquí. ¡Ah! ¡Sí! Me respondió con una lacónica carta en la que rehusaba cualquier tipo de reconciliación e incluso diálogo conmigo. Y así están las cosas desde hace diez años. Pero como bien puede imaginar no le he perdido la pista, y todo sin levantar sospechas. Su notario asumió mis intereses y me tiene al corriente. Y de este modo he sabido que en los últimos tiempos mi medio hermano ha hablado de testar en favor de personas extranjeras, lo cual me tiene sumamente preocupado. He tomado ciertas medidas preventivas, como por ejemplo, informarme...

—Pero, padre —interrumpió dulcemente la señorita Marguerite—, acabará usted por aburrir al señor Freneuse con esos detalles. Además, ya se levanta el telón. ¿Me permitirá ver y escuchar?

—Tienes razón, mi niña; no debería incomodarle con asuntos de familia, pero él sabrá perdonarme. Es por tu bien que me apasiono, pues, en resumidas cuentas, la fortuna de mi descerebrado hermano debería ser tuya algún día.

»Y, además —continuó el señor Paulet riendo—, le debía una explicación a nuestro querido Paul al respecto de mi desprecio por las mujeres italianas. Pero eso no impedirá que uno de estos días visite su estudio para ver su cuadro.

Freneuse se inclinó en señal de asentimiento y, como en ese momento se estaba levantando el telón hacia las patas de la cámara negra^[31], se vio dispensado de responder.

A decir verdad, apenas había escuchado la enmarañada historia que el padre de Marguerite acababa de narrarle; se vio obligado a reconocer que la conversación de aquel millonario carecía de encanto y que sus opiniones en cuestión de arte resultaban

absurdas. Freneuse no se sentía con fuerzas para discutir con él sobre el mérito de las modelos que viajan de Roma a París para posar ante los pintores franceses. Prefería admirar en silencio el hermoso rostro de su hija, que casi veía en su totalidad y que parecía haber sido esbozado en algún cuadro de un maestro flamenco.

El artista permanecía absorto en aquella contemplación a la cual parecía prestarse gustosamente la señorita Marguerite, mientras que el señor Paulet, armado de unos enormes binóculos, observaba la sala abarrotada de espectadores y, sobre todo, de espectadoras.

«Es maravillosa», pensaba Freneuse examinando con mirada experta los rasgos de aquel perfil tan puro, «y creo que está dotada de una gran inteligencia y corazón. Aquél a quien ame será un hombre afortunado y, después de todo, quien se case con ella no estará obligado a vivir con su padre. Preferiría que fuera menos rica y que tuviera un padre menos prosaico. Sus ideas me horripilan, y me sorprende su incapacidad para darse cuenta de que nunca podremos ponernos de acuerdo sobre nada. Manifiesta continuamente que soy de su agrado y me pregunto por qué, pues no he hecho nada para merecerlo. Tal vez le gustaría mostrarme a sus amistades como se exhibe a un pájaro raro; es un tipo de vanidad muy extendido entre sus congéneres. Les gusta presumir de contar con artistas entre sus allegados. Pero no; sospecho que hay algo más, y que sus acciones tienen un claro objetivo. No podría actuar de otro modo si me quisiera como yerno. Pero para mí, la cuestión primordial es saber si le gusto a su hija, pues no querría aventurarme y acabar sufriendo una decepción. Aún no soy el prometido de la señorita Marguerite, pero no tardaré mucho en serlo si continúo pasando las noches con ella. Debo aprovechar estas veladas para arriesgarme a intentarlo».

Mientras mantenía este sensato diálogo interno, Freneuse devoraba con los ojos a la señorita Marguerite, que parecía prestar toda su atención a la representación pero que, en realidad, se percataba perfectamente del efecto que producía en el joven sentado a su lado. Incluso llegó a sentirse incómoda ante aquel persistente escrutinio; para ponerle fin, tomó prestado el binóculo de su padre y lo dirigió hacia Jack Sheppard, que acababa de entrar en escena.

Freneuse captó su indirecta y dirigió su mirada hacia el patio de butacas, intentando disimular; pero sus ojos pronto se detuvieron en un hombre que permanecía en pie, apoyado contra la pared del proscenio de la planta baja, a la altura de la primera fila.

Tal vez aquel hombre no le hubiera llamado la atención en otras circunstancias — a pesar de mantenerse en pie mientras el resto de espectadores se hallaban sentados —, pero justo en aquel momento el caballero dirigía su mirada hacia el palco presidido por el señor Paulet y su hija. Los excelentes ojos del artista se encontraron con los de aquel espectador del patio de butacas, y le reconoció al instante.

Era el caballero con quien se había encarado en la escalera tras haber franqueado el control de acceso, y que le recordó vagamente al pasajero del *impériale*.

En esta ocasión Freneuse pudo examinarle a la perfección, pues se encontraba frente a él y bajo una buena iluminación; lo estudió de arriba a abajo —no teniendo nada mejor que hacer— mientras la señorita Paulet se divertía observando a los actores y fijándose en los decorados.

Encontró menos placer en estudiar a aquel desconocido que en contemplar a la bella Marguerite; pero su curiosidad se vio exaltada por aquella viva cuestión, y comenzó a hacer grandes esfuerzos por recordar los rasgos del hombre que había entrevisto la víspera en el ómnibus.

Poco a poco, los recuerdos afloraron y pudo constatar de nuevo el parecido, aunque sin llegar a una certeza absoluta. París estaba lleno de hombres con bigote de corte militar y patillas al ras de la oreja. Misma altura, misma anchura de hombros y una cierta agresividad en sus movimientos. De cuando en cuando, aquel individuo realizaba bruscos gestos que parecían dirigidos a alguien en particular, si bien no a las personas que ocupaban el palco de Freneuse, pues tanto el padre como la hija no habían reparado en el insignificante individuo que les observaba desde la distancia.

Todo aquello no probaba nada, y Freneuse, menos receloso que Binos, estaba a punto de abandonar su reconocimiento cuando advirtió que el caballero del patio de butacas se inclinaba para hablar con la mujer que se encontraba sentada junto a él.

Una circunstancia natural que, sin embargo, desató en el artista la sospecha de que aquella dama pudiera ser la criatura que había utilizado el alfiler envenenado. Una conjetura arriesgada pues resultaba imposible verificarla con exactitud, dado que la mujer que ocupaba el asiento contiguo a la desdichada muchacha no había mostrado su rostro en ningún momento durante el trayecto del bulevar Saint-Germain a la rue de Laval.

No obstante, al escuchar las palabras que le había dirigido el hombre que permanecía en pie a su lado, ella se giró bruscamente y levantó la cabeza para observar el palco que, sin duda, el hombre le había indicado.

La claridad del plafón caía a plomo sobre su rostro, y Freneuse observó que tenía unos rasgos bastante regulares pero no demasiado pronunciados, así como una tez ligeramente irritada. El conjunto, sin embargo, no era desagradable, y su semblante no carecía de distinción. Su edad oscilaba entre los treinta y cinco y los cuarenta años.

«¿Es a mí a quien mira con tanta insistencia?», se preguntó Paul. «No es probable, pues apenas puede verme teniendo en cuenta mi ubicación. Pero, si no es a mí, debe ser al señor o a la señorita Paulet... A Marguerite más bien, dada su notable belleza. Aunque, no deja de ser curioso que una mujer acuda a una representación y permanezca absorta contemplando a una hermosa muchacha en lugar de consagrarse al espectáculo...».

Tampoco al señor Paulet parecían interesarle demasiado las hazañas de Jack Sheppard en el infame *cabaret* de la Urraca. Había adoptado una pose triunfante e, impasiblemente apoyado contra la pared del palco, hacía alarde de la maciza cadena

del reloj que serpenteaba sobre su chaleco y los botones de diamantes que salpicaban relucientes su camisa; buscaba con la mirada, intentando encontrar en la sala alguna persona conocida, cuando finalmente divisó a la pareja instalada en la esquina del patio de butacas.

Al instante, la mujer se giró hacia el escenario y el hombre saludó al hacendado. No le saludó con la mano como correspondería a un amigo, sino que le prodigó una respetuosa reverencia; y aquella humilde señal de respeto, desde la distancia, resultó de lo más ridícula. El señor Paulet le respondió con una seca inclinación de cabeza y, el caballero, sin duda satisfecho por haber sido saludado, tomó asiento y comenzó a cuchichear con su acompañante.

«¡Pardiez!», se dijo Freneuse. «Ahora sólo depende de mí saber quién es ese personaje que tan intrigado me tiene desde hace media hora».

La señorita Marguerite se anticipó a la pregunta que estaba a punto de dirigir a su padre. Acababa de posar su binóculo y había visto el intercambio de saludos.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó—. ¿Acaso le ha recibido en casa en alguna ocasión? No recuerdo haberlo visto jamás.

—Sí, alguna mañana le he recibido en mi gabinete —respondió el señor Paulet con cierto desdén—; jamás en mi salón, y me guardaré muy mucho de presentártelo. Es un hombre de negocios.

—¿A qué se refiere con «un hombre de negocios»?

—Mi niña querida, sería muy largo de explicar y sospecho que te aburriría saber que ese tipo de caballeros... quiero decir, esa gente, vela —previo pago— por los intereses que tengan a bien confiarles. Se encargan, por ejemplo, del cobro de las deudas de morosos, de asuntos turbios, de investigaciones de cualquier género... Su especialidad son los contenciosos.

—He aquí una palabra que no me dice gran cosa.

—Porque ignoras el lenguaje de los negocios. Y no tienes necesidad alguna de conocerlo dado que yo me ocupo y me ocuparé siempre de los tuyos... mientras viva, al menos... y después de mí, le corresponderá a tu marido que, espero, sea un hombre trabajador y con los pies en el suelo. Respecto al individuo que acaba de permitirse el lujo de saludarme desde la otra punta de la sala, en cuanto tenga la oportunidad requeriré su presencia y le rogaré que jamás vuelva a mostrarse tan efusivo en público. Es un hombre inteligente, y le creo honesto, pero no es razón suficiente para que se jacte de conocerme ante mil quinientas personas. Sospecho cuál ha sido su intención... Saludar a un capitalista como yo es un excelente reclamo para un pobre diablo como él. Quiero contratarle porque sus servicios pueden resultarme de gran utilidad, pero no toleraré tales familiaridades.

—¿Dice usted que es bueno en su profesión? —preguntó el artista.

—¡Oh! Muy bueno según me han asegurado. Un financiero amigo mío me lo ha recomendado. Recientemente le he encargado ciertas gestiones hartamente delicadas y aún no he tenido tiempo de juzgar el resultado, aunque parece ser que sus informes no

tienen parangón.

—Entonces, señor, le estaría muy agradecido si me lo presentara. Precisamente tengo un débito que cobrar y mi deudor ha desaparecido. Si su hombre pudiera...

—Muy bien. Cuando le vea, que será muy pronto, se lo enviaré.

—¡Oh! No es necesario que se moleste. Yo mismo le diré que venga a mi estudio, si usted tiene a bien darme su nombre.

—¿Su nombre? ¡Ah! ¡Diablos! Lo he olvidado. Entenderá usted que esos nombres no son de los que se retienen en la memoria. Pero tengo su tarjeta en mi casa y mañana mismo sabrá usted dónde vive.

—Gracias de antemano —dijo Freneuse, ligeramente decepcionado.

Se congratulaba ante la oportunidad de dejar sorprendido a Binos haciéndole partícipe de una información precisa sobre un individuo que guardaba un gran parecido con el hombre del ómnibus, y sólo le hacía falta esperar a que el señor Paulet tuviera a bien facilitársela, suponiendo que lo recordara.

—¡Vaya! —exclamó el potentado—. Ya bajan el telón. Hoy en día los actos son escandalosamente cortos. No valen lo que cuestan.

—Creo, padre, que simplemente es el final del cuadro^[32] —respondió la señorita Marguerite—. Sí... ¡Mire! Han dado tres golpes y nadie abandona su asiento.

—No importa. Así podremos charlar. No hay nada que me moleste más que tener que susurrar por miedo a interrumpir el espectáculo —dijo Paulet, a quien le encantaba desplegar la sonoridad de su voz; una voz de contrabajo, la voz del legendario señor Prudhomme^[33].

»Entonces, querido Freneuse —retomó la palabra el señor Paulet—, invierte usted su dinero puesto que alguien se lo debe. Está bien, muy bien, que a su edad tenga deudores en lugar de acreedores. No me había equivocado acerca de sus cuentas. Vive usted honorablemente y eso no le impide tener sus ahorros. Cierto es que debe percibir ingentes sumas de dinero. La pintura es un valor en alza y usted está en boga. ¿Sería una indiscreción por mi parte preguntarle a cuánto ascienden sus ingresos anuales?

—Bueno... me resultaría complicado precisar una cifra —balbuceó Freneuse, ligeramente ruborizado—. Depende de una multitud de circunstancias.

—¡Vamos! Deme una idea aproximada.

—El año pasado ingresé cerca de cincuenta mil francos... y si me dedicara a pintar retratos...

—Ganaría usted bastante más. Hay que hacerlo, amigo mío, hay que hacerlo. Ya lo decía yo. Actualmente no existe mejor profesión que la suya. Y un experto que conozco me aseguraba el otro día que será aún más productiva en el futuro. América está empezando a adquirir y...

La acomodadora interrumpió bruscamente las entusiastas apreciaciones del señor Paulet entrando discretamente y dirigiéndose a él:

—Caballero, hay alguien que le ruega que salga un momento. Es una persona que

tiene un despacho urgente para usted.

—¡Un despacho! —repitió el señor Paulet—. ¡Qué extraño! No le he dicho a nadie que vendría a la Porte-Saint-Martin y aun así me llega un telegrama.

—Pero, padre, su ayuda de cámara sabía que estaría usted aquí —dijo la señorita Paulet.

—Cierto, no lo había pensado. Además sabe que espero noticias importantes, y como es muy perspicaz... Disculpe, querido Freneuse, debo abandonarle un instante. Marguerite conversará con usted de pintura; está más versada que yo en la materia.

Era la primera vez en su vida que Freneuse se encontraba a solas con la señorita Paulet. En el *beau monde*, los *tête-à-tête* son inusuales; algún intercambio de palabras al piano mientras pasaban las hojas de una partitura, o sentados alrededor de una mesa mientras la joven vertía con su nívea mano una taza de té al más elegante de los invitados de su padre.

La oportunidad que un lance imprevisto le proporcionaba al artista se presentaba magnífica para escapar de las habituales banalidades de la conversación, y únicamente rogó poder aprovecharla. Por su lado, la señorita Marguerite la deseaba, sin duda, pues fue la primera en conducir la charla hacia una esfera más íntima.

—Espero que mi padre no le haya ofendido forzándole a declarar la cifra exacta de sus ganancias —dijo con su tono de voz más dulce—. Estoy convencida de que no era ésa su intención. Tiene una consideración del dinero... que no comparto; pero yo soy la causa de tal miramiento. Me adora, y está firmemente convencido de que no podría ser feliz si no gozara de una enorme fortuna. Confieso que yo concibo la felicidad de un modo completamente distinto. No me disgustaría que mi marido fuera un hombre rico pero, ante todo, sería necesario que fuera de mi agrado.

—Y a mí, señorita, no me importaría casarme con una muchacha sin dote si la amara.

—Entonces, podemos entendernos —dijo alegremente la señorita Paulet—. Comprobemos si también estamos de acuerdo sobre el resto del programa. ¿Qué tiene que tener una muchacha para llamar su atención? Usted es pintor. Seguramente tiene un ideal de mujer.

—Ya lo he encontrado.

—¿Puedo saber dónde?

—¿Va alguna vez al museo del Louvre?

—No con frecuencia. A mi padre sólo le gusta la pintura moderna... y hay días en que yo soy de su misma opinión.

—Dígale que la lleve a la Gran Galería y busque en la quinta fila, a la izquierda, un retrato pintado por Rubens. El maestro murió hace siglos, pero la mujer que le sirvió de modelo está viva. Usted la conoce bien, y no tendré necesidad de revelar su nombre una vez haya visto ese maravilloso lienzo. El parecido es asombroso... y entonces sabrá usted cuál es mi ideal de mujer.

—Pero... si no me equivoco, Rubens pintaba únicamente a muchachas

flamencas... y las flamencas son rubias.

—Mi ideal es rubio.

—Curioso. En sus cuadros sólo aparecen mujeres morenas.

—Eso es porque las modelos morenas abarrotan las calles. El único dilema es elegir una... mientras que las rubias escasean como las perlas raras.

—El hecho es que Italia no puede proporcionarlas. Entonces, si yo consintiera en servirle de modelo...

—Me haría muy feliz, señorita.

—Pero... debería acudir diariamente a su estudio.

—Su padre podría acompañarla.

—¡Oh! No podría pedir más. Únicamente...

—¿Sí?

—Quisiera estar segura de no encontrarme allí con nadie; en especial con ninguna italiana morena. Mis motivaciones para aborrecerlas no son las mismas que argumenta mi padre, pero tengo un gran defecto... soy tremendamente celosa.

Por lo pronto, aquélla era toda una declaración y, el artista, consciente de la importancia de aquel significativo lenguaje estaba a punto de acentuar el suyo cuando el señor Paulet entró bruscamente.

—Querido amigo —dijo con cierta agitación—, tendrá que excusarnos. Mi hija y yo nos vemos en la obligación de abandonarle. El telegrama que he recibido me anuncia que mi hermano ha muerto hoy a las tres.

—Señor, me uno a su dolor —balbuceó Freneuse.

—En el telegrama se me informa de que he sido desheredado. Mis peores augurios se han hecho realidad. Ha dejado toda su fortuna a no sé qué mujerzuela extranjera. Pero, a pesar de no tener motivos para bendecir su memoria, no puedo quedarme en el teatro. Sería indecoroso. Vamos, Marguerite. Mi ayuda de cámara nos hará llegar un coche y terminaremos la velada en casa.

Freneuse, sorprendido y un poco desconcertado por la noticia, se había levantado y permanecía en pie junto a la puerta del palco. La señorita Paulet también se había levantado, y su rostro no expresaba un profundo dolor sino más bien una viva contrariedad.

Resultaba evidente que se encontraba menos afectada por la muerte de un tío al que nunca había visto que por tener que abandonar de improviso una compañía que le agradaba.

El señor Paulet parecía consternado, aunque tal vez no era la muerte de su hermano lo que lamentaba. Apenas le conocía o sentía afecto por él. Pero la riqueza es muy apetecible, y uno no se resigna fácilmente a perder un importante legado.

Freneuse sopesaba cómo afectaría aquel acontecimiento a sus relaciones con el padre y su hija, y juzgó que no debía preocuparse demasiado. La herencia que se les había escapado podría haber duplicado su fortuna y, cuanto más rica fuera Marguerite, más exigente se mostraría el señor Paulet con el patrimonio que su yerno

debería aportar al matrimonio.

Pero no era aquél un buen momento para reflexiones. El padre tenía urgencia por partir y la acomodadora, advertida por él, había traído la capa y el sombrero de la muchacha. Freneuse, no sabiendo muy bien qué decir, les miraba apoyado contra la pared. Los tres, de pie junto a la puerta del palco, conformaban un grupo muy prominente.

Era el entreacto, y multitud de anteojos apuntaban a la figura de la señorita Marguerite.

—Quédese, querido amigo —dijo el señor Paulet al artista, que se disponía a acompañarles hasta el coche—. No debe usted guardar luto; disfrute del final del espectáculo que nosotros debemos abandonar bajo pena de quebrantar las convenciones sociales. Le aseguro que hubiéramos preferido terminar la velada en su compañía.

Y cuando Freneuse hizo ademán de protestar:

—No insista usted, querido —repitió el millonario—; me colocaría en una incómoda posición. Además, muy pronto nos volveremos a ver. En cuanto me libere de los trámites ineludibles debido a la muerte de mi desdichado hermano, le sorprenderemos un día visitando su estudio; ya está usted advertido.

A Freneuse sólo le quedaba despedirse. Hizo una ligera reverencia y estrechó la mano del señor Paulet. La señorita Marguerite le tendió la suya a la inglesa, acompañando aquella deferencia con una sonrisa esperanzadora.

Freneuse se quedó solo, pero ciertamente reconfortado tras la partida de la hermosa muchacha, pues sus relaciones marchaban por buen camino y esperaba que fueran aún más lejos. El padre acababa de mostrar la mejor de las disposiciones, y la hija, en tres minutos de *tête-à-tête*, también le había alentado hasta donde se lo permitía la reserva impuesta a las señoritas de su condición.

«La cosa se pone seria», pensó el artista. «Estoy empezando a creer que sólo depende de mí que en poco tiempo tenga una mujer adorable y un suegro aderezado con setenta mil libras de renta. La cuestión ahora es saber si todas estas ventajas compensan el sacrificio de mi libertad. Una libertad que consagro al trabajo desde la mañana a la noche aunque, al fin y al cabo, lo hago a mi antojo, y si me caso con la señorita Paulet estaré condenado a pintar únicamente a modelos rubias. Así lo ha declarado. ¡Pobre Pia! Tendré que cerrarle las puertas de mi estudio. Es capaz de morir de pena... ¡Bah!», concluyó Freneuse. «Me libraré de ella enviándola a Subiaco con una considerable suma de dinero que le permita encontrar un marido allá en su país».

Y con aquella reflexión se puso el sombrero dispuesto a marcharse, pues no deseaba quedarse para ver la continuación de *Les Chevaliers du Brouillard*. Echó un vistazo a la sala. Muy pocos espectadores habían abandonado sus localidades aprovechando el intervalo entre el final del cuadro y la apertura del siguiente que estaba a punto de comenzar. En el patio de butacas todo el mundo permanecía

sentado, excepto una mujer que se dirigía a la salida justo en el momento en que se esperaba que levantaran el telón. Intentaba reunirse con un caballero que estaba de pie a la entrada del corredor y que le hacía gestos para que se apresurara.

—¡Vaya! ¡Vaya! —murmuró Freneuse—. El hombre de negocios y su acompañante se van a mitad de la representación. ¿A qué viene tanta urgencia por marcharse? ¿Acaso me han visto en el palco del señor Paulet? Es posible. Estuve sentado al fondo hasta que me levanté para despedirme del padre y de su hija. Probablemente tuvieron miedo de salir al mismo tiempo que yo. ¡Pues bien! Pienso desbaratar sus planes. Llegaré a la entrada antes que ellos y les vigilaré discretamente.

»¡Ay, Binos! ¡Las tonterías que me haces cometer abarrotándome la cabeza con tus absurdas ideas!

Y con aquella invocación al mediocre pintor buscador de pistas, Freneuse se adentró en el corredor y se abalanzó hacia la escalera sin tomarse el tiempo de ponerse el abrigo que la acomodadora acababa de entregarle.

Freneuse bajó de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera de los palcos preferentes, y tanto corrió que adelantó a los dos sospechosos que se había propuesto vigilar de cerca.

Pretendía observar sin ser visto y, a fin de pasar desapercibido, se precipitó fuera del teatro y se situó ligeramente a la derecha de la puerta de salida.



Un minuto después el hombre y la mujer aparecieron en el peristilo. Iban cogidos del brazo y se detuvieron un instante en el pórtico. El hombre miró hacia un lado; la mujer hacia el otro.

«¡Bien!», pensó Freneuse. «Se muestran recelosos, no se atreven a poner el pie en

la calle sin asegurarse de que no estoy al acecho. Decididamente, tienen miedo de encontrarse conmigo... ¡Ah! La mujer se ha bajado el velo... craso error... ahora sí que me recuerda a la pasajera del ómnibus. Por lo demás, creo que aún no me han visto. ¡Vaya! ¡La vendedora de naranjas se dirige hacia ellos!».

En efecto, la mujer acababa de plantarse ante ellos y les acosaba con estridentes ofertas.

—¡A tres *sous*, la rica valenciana! —gritaba impidiéndoles el paso con su cesta—. ¡Mi príncipe, cómpreme unas naranjas para refrescar a su dama! Le costarán menos que en el club.

Sus propuestas no tuvieron éxito. El hombre la rechazó con desdén y prosiguió su camino enérgicamente. Arrastró a su acompañante y, del brazo, descendieron hacia la puerta monumental que daba su nombre al teatro.

Freneuse abandonó a su vez su escondite y en tres zancadas alcanzó a la vendedora, que le recibió con el siguiente apostrofe:

—¡Eh! Como dice el dicho, hablando del rey de Roma, ya sabe usted... le dije que le reconocería si volviera a encontrarlo.

—¿El hombre del *impériale*? —interrumpió Freneuse—. Era él, ¿verdad?

—Sí, era él. Y la mujerzuela que le acompañaba me ha parecido la misma que se subió ayer en el Halle aux vins. Habrán hecho amistad al bajarse del ómnibus. Ya me entiende... él le cedió su asiento. Pues eso es lo que se consigue cuando uno es educado con las mujeres. Da igual; no es que sea muy generoso el caballero..., bien podría haber hecho saborear mis naranjas a su princesa. Tampoco se habría arruinado.

La rolliza mujer continuaba hablando, aunque Freneuse ya se había alejado.

Respaldado por aquella afirmación que ratificaba sus sospechas, se lanzó a la persecución de la pareja que avanzaba a paso ligero ante él. Necesitaba saber imperiosamente dónde residían y decidió seguirles hasta su domicilio, a fin de poder comunicárselo al día siguiente a Binos, quien se encargaría de completar la investigación.

Desde un principio constató que sospechaban de sus intenciones. La mujer se volvía continuamente, y el hombre intentaba camuflarse mezclándose entre los asistentes al teatro de la Renaissance^[34] que habían salido para tomar el aire durante el entreacto. Pero Freneuse, que tenía un ojo de lince, no les perdía de vista.

También tenía buenas piernas, y muy pronto pudo alcanzarlos; aunque, como no quería acercarse demasiado, ralentizó el paso para seguirles a una distancia prudencial.

Sin duda sentían que les pisaba los talones, pues ya no volvían la cabeza y aceleraron su marcha.

Freneuse les vio dirigirse rápidamente al grupo de ómnibus que permanecían estacionados junto a la Puerta de Saint-Martin, pasar entre ésta y sus alrededores y ganar el bulevar Saint-Denis, que comenzaba un poco más allá, para abordar finalmente la amplia acera contra la cual se alineaba una larga hilera de coches de punto.

«Es evidente que pretenden tomar un carruaje», pensó el artista. «¡Diablos! No había pensado en ello... bien... cogeré uno también. No pienso perderles de vista hasta que lleguen a la puerta de su casa».

Freneuse no se equivocaba.

El hombre y su acompañante se aproximaron a un coche y entraron en negociaciones con el cochero que se había apeado. La fila comenzaba en la Puerta de Saint-Denis y el carruaje que habían elegido era el quinto empezando por la cola. Freneuse tomó el último para no llamar su atención. Puso su mano sobre la portezuela y fingió buscar un cigarro en su estuche, a fin de dejar a la sospechosa pareja el tiempo suficiente para subir al coche.

—¿Nos vamos? —preguntó el cochero desde lo alto de su asiento.

—¿Ve usted al caballero y a la dama que hablan con su colega? Una vez entren en el coche y se pongan en camino, sígalos.

—Entendido. Entonces, ¿pagará usted por hora?

—Sí, y le daré una buena propina si consigue que no le dejen atrás.

—¿Dejarme atrás a mí, que soy un *Camille*^[35], una chatarra de la Compañía General? No hay peligro. Suba, caballero, confíe en mí; no pienso perder el rastro de la mujerzuela que persigue... conozco muy bien esas historias... —dijo el cochero del sombrero blanco.

Freneuse, encantado de haber caído en manos de un hombre inteligente, observaba por el rabillo del ojo a la pareja que conversaba un poco más lejos, sorprendido de que su charla se prolongara tanto.

«La vendedora de naranjas tenía razón», pensó Freneuse. «El caballero del *impériale* es un cicatero. Regatear el precio de una carrera... ¡Ah! Ha decidido pagar por adelantado. Pone el dinero en la mano del cochero... abre la portezuela... ayuda a subir a la mujer... y ahora sube él... Ha llegado el momento de hacer lo propio... Piensan que han conseguido despistarme, no sospechan que voy a darles caza».

—¿Listo, señor? —preguntó el cochero—. Ya salen; mi colega acaba de subir al pescante y ya está azuzando a su caballo para hacerle arrancar.

—Vamos —dijo Freneuse—, y no les siga muy de cerca. No deben advertir nuestra presencia.

—Tranquilo, no se darán cuenta de nada.

Freneuse saltó al coche y, asomando la cabeza por la ventanilla, constató con placer que el otro coche acababa de abandonar la fila y circulaba lentamente por la calzada del bulevar.

El *Camille* no había alardeado; su caballo era bueno y no había necesidad de azuzarlo para que conservara la distancia. Se mantenía sin esfuerzo a diez pasos del faetón de cuatro plazas de la Compañía General.

«¿A dónde irán?», se preguntaba Freneuse. «A mi distrito, muy probablemente. Ayer por la noche el hombre se apeó en la rue de la Tour-d'Auvergne y la mujer en la rue de Laval».

Se sorprendió al ver al coche de punto girar a la izquierda para enfilarse el bulevar de Sébastopol.

—Estaba equivocado —murmuró—. Van en dirección contraria, de espaldas a Montmartre. De hecho, nada prueba que residan allí. Tomaron el ómnibus de la plaza Pigalle para cometer el golpe... y después, bien pudieron cruzar de nuevo los puentes para regresar a su casa. Poco importa que tengan su domicilio en la ribera izquierda del Sena. Tengo toda la noche para averiguarlo. No sería lo mismo si estuviera casado.

Aquella última reflexión trajo a su memoria a la señorita Paulet, a la que había olvidado un poco desde que se había marchado del palco, y también le recordó que el padre de aquella adorable criatura conocía al hombre del bigote de corte militar. Y, de hecho, le conocía muy bien, pues le había empleado como agente de negocios.

«¡Pardiez!», se dijo. «Soy un santo por tomarme tantas molestias. Podría saber el nombre y la dirección de ese personaje cuando quisiera. El señor Paulet no lo recordaba, pero prometió comunicármelo en cuanto revisara su agenda. Me están dando ganas de abandonar esta persecución que no me aportará ninguna información que no pueda facilitarme él».

Alzó la mano para apretar el botón de llamada y detener el vehículo, pero cambió repentinamente de idea.

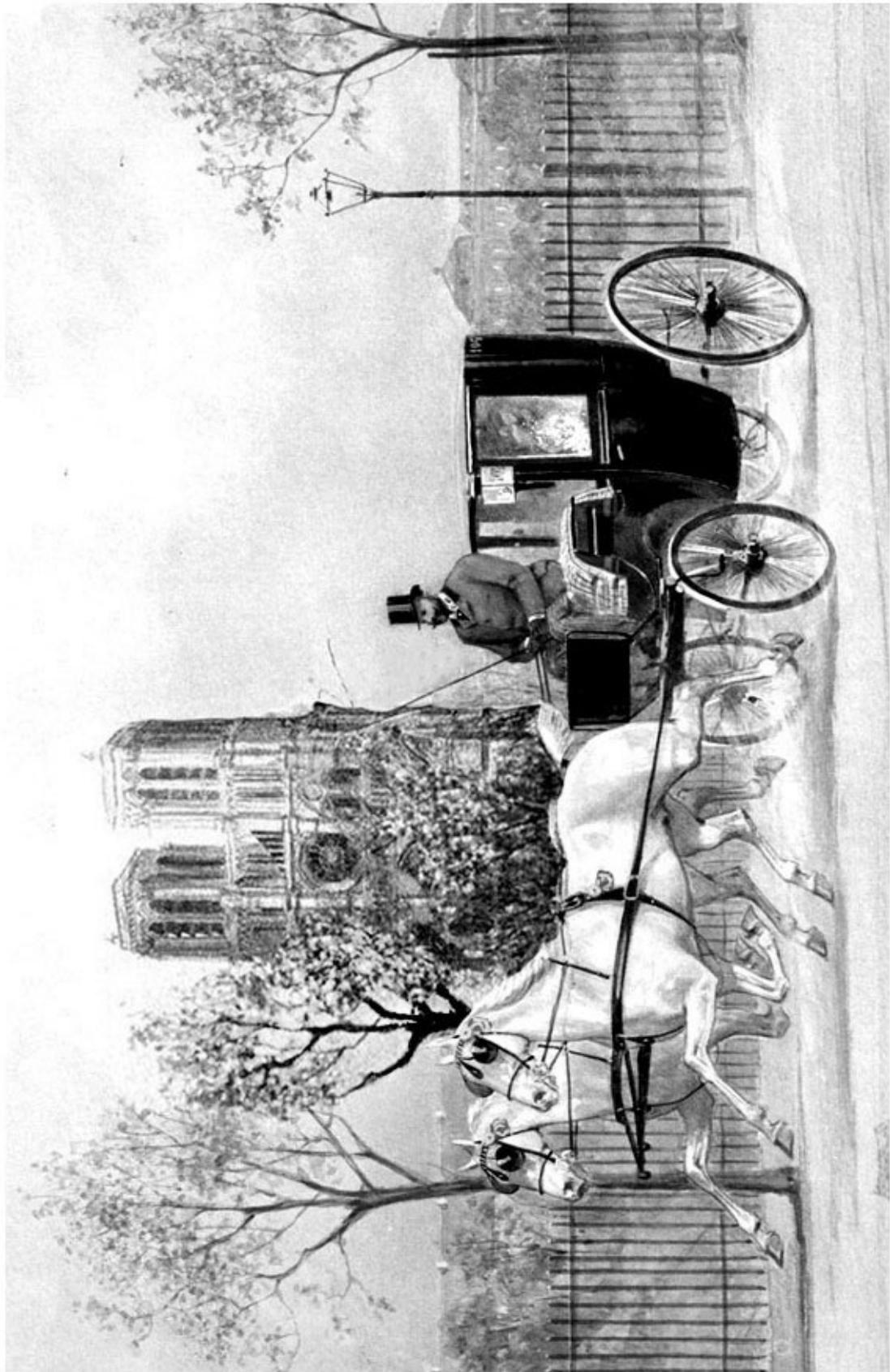
«Sí», pensó, «el señor Paulet me dirá cuanto sabe, pero tal vez ese miserable se haya presentado bajo un nombre y una dirección falsos. Un hombre de semejante calaña es capaz de tener dos domicilios. Y sería interesante verificar si la damisela que le acompaña vive con él. Por otro lado, ¿cuándo tendré la oportunidad de volver a ver al señor Paulet? La muerte de su hermano le ocasionará un sinnúmero de ocupaciones que no le permitirán recibirme. Jamás osaría presentarme en su casa en tales circunstancias —al menos hasta que hayan pasado algunos días—, y tampoco puedo escribirle para pedirle una información tan insignificante. Así pues, ganaré un tiempo precioso si llevo esta cacería hasta el final», concluyó Freneuse. «La cuestión es saber a dónde me conducirá esta linda pareja. Al otro lado del río, muy probablemente. Estamos a punto de llegar a la plaza du Châtelet; el coche circula en dirección al puente au Change... si continúa todo recto... llegaremos a la *barrière* de Saint-Jacques, pero no lo lograremos antes de una hora porque va lento como una tortuga».

Era cierto. El vehículo de la pareja iba muy despacio; los dos caballos que lo arrastraban marchaban como si siguieran a un cortejo fúnebre. Resultaba ciertamente extraño que el hombre de negocios hubiera elegido uno de esos enormes coches de dos juegos con un *impériale* cerrado que sólo sirven para llevar a la estación del tren a los pasajeros cargados de maletas.

El augusto vehículo circulaba tan lentamente que el cochero de Freneuse debía hacer verdaderos esfuerzos para impedir que su caballo adelantara al parsimonioso atelaje que trotaba ante él.

«He aquí el claro ejemplo de unas gentes que no tienen la más mínima premura»,

se dijo el artista. «Prueba evidente de que no sospechan que les estoy siguiendo. ¡Qué cara se les quedará cuando vean que me bajo al mismo tiempo que ellos! Pero, el hecho es... ¿me apeare del coche? Quizá sería algo inútil porque no tengo intención de pedirles explicaciones. Me conformaré con averiguar dónde viven y, en cuanto entren en su casa, yo regresaré a la mía».



Tal como había previsto, el coche —después de atravesar la plaza du Châtelet— enfiló el puente au Change; pero en lugar de continuar todo recto, giró a la izquierda por el muelle de la Cité, y bien pronto llegó a la punta de Notre-Dame.

«¡Ah! ¿No se dirigirán a la Morgue?», se preguntó Freneuse, al reconocer el

edificio municipal donde se exhibían los cadáveres sin identificar. «¡Eso sería muy revelador! Pero no... a esta hora el establecimiento está cerrado... el coche no se detiene... ahora cruza el puente de l'Archevêché... definitivamente, la pareja vive en el margen derecho del Sena... y probablemente en el mismo barrio que Pia, pues el vehículo rueda ahora por el muelle de la Tournelle».

Y rodando más mal que bien, llegó al cruce que pone fin al bulevar Saint-Germain, a la entrada del puente Enrique IV.

Allí, el cochero puso a sus animales al paso, se desvió ligeramente a la derecha y les hizo detenerse ante la puerta de una casa ubicada en la esquina del bulevar con la rue des Fossés-Saint-Bernard.

Freneuse bajó suavemente el cristal delantero y tiró de la manga al *Camille*, que se volvió hacia él y dijo a media voz:

—Caballero, si me permite elegir un lugar para estacionar, podrá usted observar sin que le vean.

Y mientras hablaba, maniobró de modo que el vehículo quedó aparcado a lo largo de la calzada, detrás del primer coche. La maniobra fue rápida, y Freneuse pegó inmediatamente su nariz contra la portezuela para no perderse el momento en que se apearan los pasajeros.

Con gran estupor por su parte, nadie apareció. El cochero del carruaje de alquiler de cuatro plazas dejó las riendas sobre el guardabarros y descendió torpemente de su asiento. Desembridó a los caballos, ató a su cuello un saco lleno de avena y se puso a encender tranquilamente su pipa, como un hombre que sabe que tiene todo el tiempo del mundo para fumarla.

—¿Qué significa esto? —murmuró Freneuse—. Han llegado a su destino. ¿Por qué no salen? ¿Acaso sospechan que les vigilo? No, de lo contrario continuarían el viaje para intentar despistarme.

Al cabo de cinco minutos de incertidumbre e inquieta espera, el pintor escuchó al cochero decir en voz baja:

—Creo que la mujerzuela nos ha jugado una mala pasada; me temo que nadie viajaba en la caja.

Aquella deducción supuso un rayo de luz para Freneuse. Abrió la portezuela, saltó a la acera y se aproximó al coche, completamente cubierto. Las ventanillas estaban alzadas, pero mirando a través de ellas, le resultó fácil comprobar que el interior estaba vacío.

—¿Dónde están sus clientes? —preguntó intentando mostrar cierto aire de indiferencia—; ¿se ha desembarazado de ellos durante el trayecto?

—¿Mis clientes? —rió sarcásticamente el cochero—. Debo esperarles aquí, aunque dudo que vengan. Pero me da igual, puesto que me han pagado por quedarme hasta las diez y media de la noche. Acaba de sonar el cuarto y, en cuanto mis animales acaben su avena, regresaré rápidamente al depósito de la compañía. Mi jornada ha terminado y me he embolsado cien *sous* de propina.

—Pero ¿el caballero y la dama que subieron en la Puerta de Saint-Martin?...

—¡Caramba! ¿Los vio... y les ha seguido desde allí? Pues vaya, creo que le han hecho una buena. Entraron en mi coche por un lado y salieron por el otro. Así lo acordó el hombre. Me *aflojó* diez francos por adelantado para que les dejara pasar a su mujer y a él, y para que condujera hasta aquí sin pasajeros. Una farsa para entretenerle en el Halle aux vins, mientras ellos se largaban por los Grandes Bulevares. Ahora lo veo claro, y no creo que merezca la pena que pierda mi tiempo aquí plantado delante de esta puerta... saben que usted me seguía y no creo que sean tan torpes de venir hasta aquí y dejarse atrapar.

Freneuse reconoció la lógica de su razonamiento y, sin pronunciar palabra, se volvió con la cabeza gacha, avergonzado por haberse dejado engañar y jurando que jamás volvería a seguir una pista.

—¡Vámonos! —murmuró subiendo a su vehículo—. ¡Zapatero a tus zapatos! No vine a este mundo para hacer de policía, al igual que Binos no nació para dedicarse a la pintura. Pero, al menos ahora estoy seguro de que ese hombre y esa mujer iban en el ómnibus ayer por la noche. Si no me hubiesen reconocido no se habrían tomado tantas molestias para despistarme. Y si tanto miedo me tienen será que no tienen la conciencia tranquila. Por fortuna, el señor Paulet me facilitará su dirección y, entonces, ya veremos. ¡A la plaza Pigalle, cochero, y a toda velocidad!

IV

El bulevar Rochechouart es el barrio por excelencia de los antros de mala muerte que los parisinos denominan *caboulots*^[36].

También podemos encontrar respetables cafés y bares donde los trabajadores honestos se toman sus bebidas en la barra, pero los establecimientos anteriormente mencionados son mayoría.

Los *caboulots*, por otro lado, no son frecuentados exclusivamente por gentes de mala reputación. A decir verdad, también suelen acudir bohemios no muy aficionados al trabajo pero que jamás han tenido problemas con la policía. Los talleres de los artistas abundan por estos parajes, y los pintores callejeros no son muy exquisitos para las consumiciones ni a la hora de elegir compañía. Les basta que el patrón conceda crédito a sus clientes y que no se muestre demasiado exigente con la indumentaria, que puedan vestir en mangas de camisa, cantar a pleno pulmón y jugar al dominó todo el día y toda la noche, sin verse obligados a rellenar sus copas demasiado a menudo.

El amigo Binos era uno de ellos. Hacía tiempo que frecuentaba uno de esos encantadores locales. Vivía en una buhardilla de la rue Myrrha, y el *Grand-Bock*^[37] se encontraba situado entre la rue Glignancourt y el bulevar Omano, a dos pasos de su casa.

Este bar independiente no tenía un buen aspecto exterior. Los azulejos de la fachada no se limpiaban habitualmente y unas mugrientas cortinas impedían a los transeúntes descubrir los misterios que acontecían en la sala del fondo, donde había una mesa de billar llena de agujeros y bancos de madera dispuestos ex profeso para que los borrachos pudieran dormir a sus anchas. El interior estaba decorado con frescos trazados por el pincel fantasioso de Binos, que había cubierto las paredes con extrañas e incongruentes figuras. Aquel trabajo, ejecutado gratuitamente, le había valido la gracia del propietario del local, el señor Poireau, más conocido por el apodo de «señor Poivreau»^[38], debido a su afición por la absenta. Consumía regularmente medio litro al día y no lo aguantaba del todo mal, a pesar de estar borracho ya a primeras horas del alba y acostarse ebrio casi todas las noches.

Binos se sentía allí como en casa; tenía una cuenta abierta con crédito casi ilimitado. Se pasaba en el establecimiento alrededor de doce horas diarias, y lo hacía, como suele decirse, lloviera o hiciera sol. Cuando gustaba de disertar sobre arte, los asiduos del lugar, a pesar de no entender nada de su discurso, le escuchaban como a un oráculo.

Había hecho amistades que estaba seguro de encontrar siempre en el local —pues apenas salían de allí—, y que llevaban a gala invitarle cuando tenía sed, pues no se

relacionaba con todo el mundo. Despreciaba a los *señoritingos*, bailarines habituales del *Boule-Noire* y de la *Reine-Blanche* que se reunían con frecuencia en el bar del señor *Poivreau* para jugar a *la poule*^[39]. Despreciaba incluso a los pequeños comerciantes del vecindario que acudían para jugar una partida de *piquet*^[40]. No simpatizaba más que con personas respetables: un marmolista del cementerio de Saint-Ouen, para quien diseñaba proyectos de sepulturas un tanto extravagantes; un rentista de nombre Piédouche que tenía buena presencia; y un droguero retirado que no tenía el don de la conversación, pues era sordo, aunque admiraba a los artistas en general y a Binos en particular.

Este hombre era, a decir verdad, el chivo expiatorio del malicioso pintorzuelo. Binos nunca le ahorra los problemas de su estudio, pero el buen hombre nunca se enojaba y buscaba con persistencia la compañía de su verdugo.

Por el contrario, Binos sentía por el señor Piédouche una simpatía acompañada de cierto respeto. Le atraían las formas rotundas y decididas del señor Piédouche, y su retórica le cautivaba. Era un conversador de lo más agradable. Había visto mucho mundo y tenía muy buena memoria. Conocía muchos países y a muchas gentes, por lo que se expresaba sabiamente y era un buen consejero. Con todo ello, era un hombre discreto, hasta el punto de no contar jamás a qué se dedicaba, o a qué se había dedicado en su juventud.

Binos había creído en un principio que había servido en el ejército, pero aquella hipótesis no le resultó convincente y, a fuerza de investigar sobre su agradable amigo, se acabó convenciendo de que era un alto cargo de la policía política o diplomática, lo cual acrecentaba en grado sumo su predilección por él. La policía era su obsesión, y jamás perdía la ocasión de dirigir la conversación hacia ese interesante terreno que Piédouche, por cierto, trataba con extrema reserva.

Pero hacía tres días que Binos esperaba en vano en el *Grand-Bock* a su compañero preferido. El señor Piédouche no había vuelto a aparecer, y aquel eclipse inesperado contrariaba enormemente a Binos, que ardía en deseos de consultarle sobre el incidente del ómnibus.

No tenía noticias de Piédouche, precisamente, desde el día siguiente a la trágica aventura.

Binos lamentaba amargamente aquella infausta coincidencia; suspiraba a los cuatro vientos por su amigo en cada rincón del *Grand-Bock*, pero nadie le había visto, e incluso el señor *Poivreau* no podía ofrecerle noticias de aquel fiel cliente de su establecimiento.

Sabían que Piédouche residía en el barrio. Unos decían que vivía en la plaza d'Anvers, otros en la rue de Dunkerque; pero jamás recibía en casa a sus amistades del café y ni siquiera Binos conocía su dirección, a pesar de haberle preguntado la misma en varias ocasiones. Piédouche siempre evitaba dar esa información, y el misterio con el que envolvía su vida poco había contribuido a disuadir al mediocre pintor de que pertenecía al cuerpo de policía.

Su incomprensible ausencia no hacía más que reafirmar a Binos en sus conjeturas. Estaba convencido de que Piédouche se encontraba inmerso en alguna misión secreta y que pasaría algún tiempo antes de volver a verle. Y aquello le disgustaba, pues contaba con sus ocurrencias e incluso su colaboración para esclarecer la enmarañada historia que se había jactado de desentrañar. Había jurado solemnemente a Paul Freneuse descubrir a la mujer que había utilizado el alfiler y a su cómplice del *impériale*. Ahora comprendía que tal vez había ido demasiado lejos, y que era posible que por sí solo no lograra llegar jamás a conclusión alguna. Admitía su impotencia, y tal confesión le humillaba hasta el punto de no osar presentarse en casa de su amigo de la plaza Pigalle. Freneuse no era hombre de ir al encuentro de Binos; cuando Binos acudía a su estudio, Freneuse le acogía de buen grado en recuerdo de una antigua camaradería nacida en la Escuela de Bellas Artes durante los días ya lejanos de su juventud pero, tras hacer su entrada a la vida por la misma puerta, tomaron caminos tan diferentes que los lazos de su amistad se habían aflojado. Freneuse era un asiduo de la vida en sociedad, donde estaba muy bien considerado; Binos, en cambio, con su vestuario y apariencia desaliñados, habría desentonado en cualquier salón. A Freneuse le horrorizaban los antros de los que Binos apenas salía, de ahí que no se hubieran visto desde hacía tres días.

Binos se había establecido permanentemente en el *Grand-Bock*. No lo abandonaba más que para ir a la Morgue, con el único objetivo de ver si la muchacha continuaba allí o si alguien la había reconocido. Y regresaba cada día de aquella lúgubre expedición sin obtener novedad alguna. Nadie se había presentado para reclamar el cadáver, y el plazo fijado por la ley acababa de expirar la mañana del tercer día. El secretario del establecimiento le había informado de que procederían a su inhumación. El desventurado cuerpo sería arrojado a la fosa común, y el secreto del crimen sería enterrado con la víctima en el cementerio del hospital.

La certidumbre de aquel inminente desenlace consternó a Binos y le provocó grandes remordimientos. Se preguntaba si debía actuar de buena fe y llevar a la comisaría el alfiler envenenado para contarle al comisario la escena del ómnibus — sin importarle la aversión de su amigo Freneuse por verse involucrado en aquel asunto—, aunque prefería actuar por su cuenta en colaboración con Piédouche que, bajo su punto de vista, estaba más capacitado para resolverlo que cualquiera de los policías del mundo entero.

Mientras el imprudente pintorzuelo se deprimía esperando a este personaje, Paul Freneuse, que habría podido proporcionar a Binos informaciones muy relevantes, permanecía impassible en su casa sin deseo alguno de verle. Tras profundas reflexiones, Paul Freneuse había decidido esperar tranquilo hasta nuevo aviso, es decir, hasta que el señor Paulet le facilitara la dirección de aquel hombre de negocios que tan sutilmente se había escabullido la noche de la representación de *Les Chevaliers du Brouillard*. Paul Freneuse trabajaba con tesón, y sus pensamientos se concentraban más en la señorita Paulet que en la sospechosa pareja a la cual había

intentado dar caza.

Así pues, sobre las doce y media del tercer día, y tras haber desayunado un plato de chucrut regado con varias jarras de cerveza, Binos se paseaba melancólicamente por la sala principal de su *caboulot* preferido. Con la frente arrugada y la pipa en la boca daba vueltas alrededor de la estancia y, al final de cada vuelta, pegaba su rostro contra la vidriera con la esperanza de ver aparecer a Piédouche por el bulevar. Aquélla era la hora en que habitualmente hacía acto de presencia para jugar al billar o al dominó. Pero Piédouche no aparecía.

El señor *Poivreau* dormitaba sobre la barra entre una botella de absenta y un vaso vacío; el droguero retirado, que respondía al nombre de Pigache, leía el periódico en un rincón y, sin duda, sentía un gran interés por su lectura, pues no pronunciaba palabra y permanecía inmóvil como una estatua, a pesar de que Binos le había lanzado algunos dardos envenenados que apenas le alcanzaban a causa de su sordera. Binos, exasperado por el hastío de la espera, se estaba preparando para gastar una pesada broma prendiendo fuego a su periódico con una cerilla cuando la puerta del antro se abrió bruscamente.

—¡Buenos días, camaradas! ¡Hola, señor *Poivreau*! —exclamó una potente voz que despertó al propietario del establecimiento e hizo levantar la cabeza al droguero concentrado en la lectura del periódico.

—¡Piédouche! —gritó Binos—. ¡Por fin! ¡Qué alegría! Hace tres días que pregunto por usted.

—Para invitarme a una copa del mejor vino, supongo —dijo entre risas el ilustre Piédouche, que parecía estar de excelente humor.

—Por descontado... pero también para otra cosa. ¿Qué ha sido de usted? ¿Ha estado enfermo?

—¿Enfermo yo? ¡Nunca! ¡Mire este torso! —dijo sacando pecho—. ¿Acaso tengo aspecto de un recluta exento por constitución débil?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Pero por muy robusto que uno sea, no se es nunca invulnerable. A menudo sufro de resaca, yo, que soy duro como una roca. De modo que cuando he visto que faltaba a su cita diaria tres días consecutivos, empecé a preocuparme. Si conociera su dirección habría ido a su casa para tener noticias suyas.

—¡Oh! No vale la pena. Únicamente piso mi casa para dormir; ¡y, a veces, ni siquiera eso! He estado de viaje; partí el martes por la tarde y no he vuelto hasta esta mañana.

—Todo aclarado. ¿Ha ido muy lejos?

—No; a quince leguas de París... por negocios... una pequeña herencia que me ha caído encima.

—Mejor una herencia que una teja o un ladrillo. ¡Enhorabuena, viejo amigo! He aquí un accidente que jamás me ocurrirá a mí.

—¡Bah! ¡Nunca se sabe! Pero, mientras llega, me toca invitar a mí esta mañana. ¡Señor *Poivreau*, una garrafa y dos vasos!... y del añejo, ¿eh? ¡Vaya! El viejo zorro

me adivinó el pensamiento... ya ha servido el coñac y ha dejado la bandeja en la mesa junto al respetable Pigache para que invite a ese anciano... ¡Bueno! No creo que me arruine por una consumición más. ¡Hoy estoy de buenas!

—¡Claro! Si hubiese heredado yo, invitaría a todo el que pasara. Pero no me entusiasma la idea de beber cerca del señor Pigache.

—¿Por qué? ¿Qué le ha hecho ese pobre carcamal?

—¡Oh, nada! Simplemente tengo una historia que contarle... y pedirle un consejo... sólo para mí.

—De acuerdo, pero no puede oírnos. Está sordo como una tapia.

—Cierto; no lo recordaba. Y si hablamos en voz baja no hay peligro de que escuche una sola palabra. Podemos sentarnos cerca del droguero.

—¡Confidencias íntimas! ¡Secretos! ¿De qué se trata? ¿Acaso conspira contra el gobernador? ¡Diablos! Eso no me convendría en absoluto.

—¡Oh, ya me imagino! —dijo Binos, que tomó aquellas palabras como una confesión—. Entiendo que no pueda verse involucrado en ese tipo de historias. Cuando se pertenece a la Administración... pero no se trata de eso... es un *affaire* privado.

—¡Un *affaire*! Me interesa. Cuénteme, pero primero brindemos —dijo Piédouche, que acababa de llenar los tres vasos y tomar asiento codo a codo con Pigache.

—¡A su salud, maestro! —exclamó dando un golpe sobre el hombro de su vecino.

—No estoy mal, ¿y usted? —respondió el anciano sorprendido.

—Cree que le he preguntado cómo se encuentra —se burló Piédouche—. ¡Debe haber molido muchas drogas para tener el oído tan duro! Dejémosle en paz; cuénteme la historia. Que beba si el corazón se lo pide y, si no, vaciaremos la garrafa nosotros dos.

Binos, con los codos apoyados en la mesa, estaba deseando entrar en materia. Abrió el relato del viaje en ómnibus, comenzando por el principio y sin omitir un solo detalle: desde el episodio del asiento cedido justo antes de la partida, hasta la catástrofe acaecida a la llegada. Describió con un lenguaje pintoresco a los tres personajes de aquel drama, los dos cómplices y su víctima; la silenciosa escena ocurrida durante el descenso del Pont Neuf y el estupor de los empleados al constatar que la pasajera había muerto durante el trayecto.

Nada faltaba en aquel emocionante cuadro; únicamente decidió contarlo en primera persona colocándose en el lugar de su amigo. Se atribuyó absolutamente el papel que había jugado Paul Freneuse. Su amor propio encontraba así su espacio y, por lo demás, juzgaba inútil comprometer a un amigo a quien no le interesaba involucrarse en un asunto de tal calado.

El señor Piédouche escuchaba con curiosa atención y notable interés. Sin embargo, se permitió sonreír en dos o tres ocasiones y, finalmente, terminó por exclamar:

—¡He aquí una auténtica aventura! Pero ¿qué hacía usted a las doce menos cuarto

de la noche en el barrio del Halle aux vins?

—Había pasado la tarde buscando a una mujer que vive por los alrededores... una modelo —balbuceó Binos, que no había previsto aquella pregunta.

—¡Ah! ¡Bien! Le faltó aclarar ese punto; es muy interesante la historia de esa muerte súbita, pero... ¿qué quiere consultarme?

—Me gustaría saber qué piensa usted de ese extraño accidente.

—Bueno —respondió Piédouche encogiéndose de hombros—, no pienso nada en absoluto. No soy médico.

—Yo tampoco. Y, sin embargo, estoy convencido de que esa desgraciada muchacha fue asesinada en el ómnibus.

—¡Vamos! Dígame quién y cómo, por favor.

Entonces, Binos abordó la segunda parte del relato que llevaba preparando desde hacía tres días. Le habló del descubrimiento del alfiler envenenado y del fragmento de carta; del experimento que había segado la vida del gato, de sus visitas a la Morgue, de las dudas y conclusiones a las que había llegado después de profundas reflexiones. Y terminó suplicando a Piédouche que le asesorara con sus consejos y le ayudara a elaborar un plan para encontrar a la abominable pareja que había perpetrado aquella pérfida acción.

Piédouche se había puesto serio. Movi6 la cabeza, con aires de entendido, a cada observación que formulaba Binos, y bebió —uno tras otro— hasta tres vasos antes de responder.

—¡Lo juro! —dijo finalmente—. Empiezo a creer que esa muerte no fue natural. ¿Ha expuesto los hechos al comisario de policía?

—Me he guardado de hacerlo; mi intención es arreglármelas sin él. Ya habrá tiempo de prevenirle cuando averigüe dónde encontrar a la mujer que cometió el crimen y a su cómplice.

—Tiene razón. A los comisarios les encanta buscarle tres pies al gato... como bien sabrá usted. Pero, dígame... imagino que habrá conservado el alfiler y el pedazo de carta.

—¡Ah! ¡Le responderé a eso! Lo llevo en mi corazón. ¡Ahora verá!

Y, diciendo estas palabras, Binos sacó del bolsillo de su abrigo un estuche donde habitualmente guardaba su pipa favorita. Lo abrió, y extrajo las dos pruebas del delito que Freneuse le había entregado. El alfiler ocupaba en el estuche el lugar de la cánula de la pipa ausente y la carta aquel de la cazoleta.

—He aquí un ingenioso escondite —dijo Piédouche entre risas.

—Entenderá mi miedo a perder estos objetos y, sobre todo, a pincharme —exclamó el pintorzuelo—. Pero a usted no le impediré que los examine; es más, se lo ruego. Simplemente, manipule el alfiler con precaución.

—No lo manipularé en absoluto; así será más seguro. Me conformaré con descifrar, si usted me lo permite, lo que está escrito en este trozo de papel.

—¡Cómo! ¡Pues claro que se lo permito! Quiero decir, estoy ansioso por saber

qué piensa usted. Yo creo que la prueba del crimen se halla al final de cada línea.

Mientras Piédouche desdoblaba el papel arrugado, Binos, alzando la cabeza, advirtió que el señor Pigache sonreía con cierto aire malicioso.

El buen hombre no se había distraído de la lectura de su periódico por una conversación que su sordera le impedía escuchar; pero su vista era perfecta, y la exhibición del alfiler pareció alegrarle infinitamente.

—¡Ah! Amigo mío —dijo señalándolo con el dedo—. ¡Haciendo amuletos con las alhajas de su querida amiga! ¡Esta juventud! Es guapa, ¿eh?, la joven que sujeta su sombrero con ese alfiler.

—¡No lo toque! Muerde —gritó Binos.

Y, para mayor seguridad, cerró el estuche.

—¡Vale! ¡Vale! No se ponga celoso, muchacho —continuó el sordo—. A mi edad, no estoy para esas tonterías.

—Entonces, póngase a leer los sucesos y déjenos tranquilos, viejo carcamal —masculló Binos.

—¿Que me conservo bien?... me halaga usted, joven, pero exagera —respondió seriamente Pigache, quien se consagró de nuevo al periódico que devoraba cada día hasta la última línea.

—Definitivamente, no tenemos nada de qué preocuparnos. Está aún más sordo de lo que yo creía y el señor *Poivreau* está roncando sobre la barra. Así pues, puede darme su parecer sobre la carta, amigo.

—La carta no prueba gran cosa —murmuró Piédouche—. No hay ni una sola frase que tenga un sentido completo.

—No, pero se puede leer entre líneas. *Ella llegó hace un mes*. Evidentemente, *ella* es la muchacha a quien pincharon en el ómnibus. *Vuelvo al plan A*, está claro que se refiere al plan de asesinarla con un alfiler. *Sale poco, pero de cuando en cuando por la tarde*, una nueva alusión a la muchacha... El canalla que escribió esto no sabía a casa de quién, pero sabía dónde... al barrio de la Halle aux vins. ¡Por supuesto! Y la esperó a su regreso.

—Amigo, es usted muy inteligente... más que yo, pues jamás habría podido descifrarla como usted lo ha hecho. Pero, en cuanto al alfiler, yo podría —si usted quiere— averiguar con qué veneno ha sido impregnado. Conozco a un químico que es una eminencia en la materia. Puede hacer experimentos, análisis... todo cuanto sea necesario.

—¡Eso sería perfecto! —exclamó Binos.

—Pero, para ello, tendrá que confiarme el objeto —añadió Piédouche.

—¿Confiarle el alfiler? —dijo Binos—. No puedo pedir más. Estoy convencido de que no hará un mal uso de él, y estará tan seguro en su casa como en la mía.

—Le invitaría a asistir a los ensayos —respondió Piédouche—, pero podría contrariar a mi químico... porque... entienda usted, es un perito de los tribunales, y ésta no es una investigación judicial. Si le cuento la historia del ómnibus quizá tema

comprometerse poniendo su ciencia al servicio de un particular a quien no conoce... mientras que a mí, que soy su amigo, no me pedirá explicación alguna... o bien se conformará con la que yo me invente.

—Es justo así... puede llevarse el alfiler, amigo mío, y el estuche también, pero con una condición...

—¿Cuál?

—A condición de que usted me prometa trabajar conmigo. He jurado encontrar a los culpables y, sin su ayuda, no lo conseguiré.

—¿A qué se debe tan alta consideración respecto de mis aptitudes como investigador? —preguntó Piédouche sonriendo.

—¡Cielos! Llegados a este punto, bien se lo puedo decir —exclamó Binos—. Estoy convencido de que usted trabajó antaño en este campo.

—Es muy halagador por su parte. Y más teniendo en cuenta que no es usted una de esas personas que manifiestan ciertos prejuicios contra la policía o contra todo aquello que le rodea.

—¡Yo! Si no fuera artista me habría encantado ser un agente secreto, es decir, entiéndame... no estoy hablando de ser un soplón a sueldo. Me gustaría dar caza al hombre por afición; por mi cuenta o con la colaboración de mis amigos, como el señor Lecoq en las novelas de Gaboriau^[41].

—Si no me confundo, el señor Lecoq era un hombre de la profesión.

—No es mi caso. Equivoqué mi carrera. Pero si usted hubiera pertenecido al cuerpo no le culparía por ello.

—Sea como fuere —dijo Piédouche con una discreta sonrisa—, le ruego que me crea si le digo que actualmente no formo parte de él.

—Razón de más para ocuparse de mi caso. Si continuara usted vinculado a la prefectura sería muy comprometedor aventurarse a colaborar conmigo, mientras que, siendo un hombre libre, puede dirigir las investigaciones que quiero emprender.

—Nada me lo impide, en efecto, pero... si dichas investigaciones resultaran exitosas, ¿qué ganaríamos con ello?

—El placer de vengar la muerte de una desdichada muchacha a manos de unos desalmados.

—Nada más y nada menos, lo admito. La cuestión es saber si tendremos éxito. Creo recordar que me ha dicho que nadie ha reconocido a la víctima en la Morgue.

—Desgraciadamente no. Y el entierro es esta tarde.

—¡Diablos! No tenemos un minuto que perder. Si no descubrimos quién es jamás descubriremos a sus asesinos. Y debo confesar que no veo el modo de conocer su nombre.

—Sólo hay una vía, averiguar su domicilio.

—Si cree usted que eso resultará fácil...

—No; pero no es imposible. Ya tenemos una pista. Lea de nuevo el trozo de carta. La tercera línea dice: *vive en la rue des...*, no en la *rue de...*

—En efecto, ese plural es un punto de partida.

—Absolutamente... y ya habría recorrido todas las calles cuyo nombre incluye un plural si no hubiera tenido que quedarme aquí encerrado esperándole a usted. Tres días en que, por así decirlo, no he abandonado el *Grand-Bock*. *Poivreau* podría certificarlo si no estuviera borracho; y también podría invocar el testimonio del señor Pigache si ese bruto no estuviera sordo.

—¡Qué quiere! Estaba ocupado con mi herencia. Sin embargo, este retraso es lamentable y debemos intentar repararlo. Consultando el almanaque Bottin tendremos la lista completa de las calles que nos interesan, y entonces podremos repartirnos la tarea. Usted visitará una mitad de París y yo la otra mitad. Además, conozco un método para aligerar las pesquisas. ¿Dice que la infeliz muchacha tomó el último ómnibus del Halle aux vins?

—Sí, el que no llega a destino hasta pasada la medianoche.

—Ello indica que regresaba a casa para dormir, por lo que debía vivir en las inmediaciones de la plaza Pigalle. Con lo cual, lo más sensato sería comenzar por ese barrio. ¿Sabe de alguna *rue des* en la zona?

—Conozco varias: la *rue des Martyrs*... la *rue des Abbesses*...

—Bien, inspeccionemos primero estas dos.

—¡Uf! La *rue des Martyrs* es terriblemente larga. Parte de la iglesia Notre-Dame de Lorette y sube hasta la colina de Montmartre.

—¿Cómo? —exclamó Piédouche sonriendo—. ¿Ya se está quejando del trabajo?

—No, pero temo que sea una pérdida de tiempo.

—Entonces, comencemos por la *rue des Abbesses*.

—Está muy cerca de aquí —dijo Binos— y no es muy larga; no veo ningún impedimento para que empecemos por ahí. Y digo empecemos, porque parece dispuesto a acompañarme, lo cual me viene de perlas. Sin usted no sería capaz. No sé cómo interrogar a los porteros. Sólo sé encomendarles mis encargos. Usted me enseñará el oficio y cuando tenga una mínima base, ya verá cómo salgo airoso de la situación.

—Estoy convencido de ello —pronunció solemnemente Piédouche—. Por otro lado, verá que no es tan complicado. Se trata, únicamente, de tener aplomo y un poco de perspicacia. Pero, si quiere que el aprendizaje obtenga sus frutos, deberá recabar usted mismo la información. Yo estaré a su lado para aconsejarle.

—¡Perfecto! Pongámonos manos a la obra inmediatamente.

—Admiro su pasión. Soy todo suyo. ¿Permite usted que lleve yo el alfiler envenenado?

—El alfiler y la carta, si lo desea. Estaré mucho más tranquilo cuando estén en sus manos, pues en mi casa no hay un solo mueble que cierre con llave y todos mis bolsillos tienen agujeros.

—¡Diablos! Sería desastroso perder unas pruebas tan valiosas y, así las cosas, será mejor que sea yo quien las guarde... en depósito, por supuesto, y a condición de

restituir los objetos al primer requerimiento —dijo Piédouche, introduciendo el trozo de papel en el estuche que ya contenía el alfiler.

El señor Pigache, que había terminado finalmente la lectura de su periódico, le miraba sonriendo con cierto aire estúpido.

—Compadre, ¿le sorprende que guarde estas baratijas en mi bolsillo? —gritó Piédouche—. Sin embargo, no debería. No es más que una sincera demostración de la confianza que mi amigo Binos deposita en mí.

—¿Qué dice? —preguntó el buen hombre agudizando el oído.

—Nada, viejo idiota —se burló Binos, que ya se había puesto en pie.

Piédouche sacudió al propietario del establecimiento para despertarle, pagó la consumición y salió. Binos le siguió al bulevar y se encaminaron, codo con codo, hacia la plaza Saint-Pierre, que se extiende a los pies de la colina de Montmartre. Cruzándola se podía llegar a la rue des Abbesses y, sin duda, Piédouche tenía sus razones para tomar aquella ruta.

Piédouche iba siempre correctamente vestido y, tal vez, intentaba evitar las calles más frecuentadas al ir acompañado de un pintorzuelo ataviado con una andrajosa chaqueta y tocado con un sombrero de fieltro de alas extravagantes.

—Amigo mío —dijo en el momento que abordaban la rue d'Orsel—, no creo que la muchacha ocupara alguno de estos apartamentos... lo intuyo por la descripción que hizo sobre su indumentaria.

—Es cierto que su vestido no era precisamente lujoso —murmuró Binos—. El atuendo de una *Jenny l'ouvrière*^[42]. Probablemente se alojaba en alguna buhardilla.

—Sí, y amueblada. Digo esto porque pienso que la mejor opción será comenzar nuestra inspección por las pensiones.

—¡Buena idea! ¡Excelente! ¡Ah! ¡Qué ingenioso es usted! Yo jamás habría pensado en ello. Y, ya que razona usted así de bien, dígame por qué cree que han asesinado a la pequeña. Ciertamente no fue para robarle... sólo llevaba encima catorce *sous*.

—¿Cómo? ¿No lo ha adivinado? ¡Se trata de una venganza femenina, obviamente! Le habría robado el amante o el marido a alguna dama que no encajó bien la situación.

—Es posible... y, sin embargo, no tenía apariencia de ir robando hombres a otras mujeres.

—¡Disculpe! Usted mismo ha dicho que era extraordinariamente bella.

—Sí, pero tenía un aire modesto y reservado, como el de una jovencita que no ha abandonado aún las faldas de su madre.

—¡Bah! No hay que fiarse de las apariencias. Las buenas muchachas no viajan solas en los ómnibus a medianoche. Por otra parte, no debemos ocuparnos de eso por el momento. Cuando averigüemos quién era será el momento de investigar por qué la asesinaron.

—Tiene razón, jefe —dijo Binos, que siempre coincidía con el parecer de

Piédouche.

Caminaban deprisa; ya habían pasado el teatro de Montmartre. Un poco más allá comenzaba la rue des Abbesses, que sube hasta la rue Lepic. Era una de las mejores zonas del barrio, y las habitaciones amuebladas que tanto habían proliferado en el bulevar de la periferia allí escaseaban. Las casas tenían una apariencia burguesa y respetable; allí se encontraba la alcaldía y la oficina postal del distrito dieciocho. Además, era poco frecuentada, por lo que se podía charlar apaciblemente sin entorpecer la circulación. Muy pronto Piédouche se detuvo en medio de la calzada e, indicando a Binos una puerta deteriorada coronada con un cristal voladizo, dijo:

—Querido amigo, ahí tenemos un *boui-boui*^[43] de aspecto lamentable y que, precisamente por ello, merecerá la pena que entre usted.

—Con usted —agregó Binos.

—No, sin mí.

—¿Cómo? ¿Quiere usted que entre yo solo en esa pensión... y que interroge sin su ayuda a la persona que lo regenta? ¡Que el diablo me lleve si sé qué decirle! Preguntar por un inquilino del que se ignora el nombre no es algo precisamente sencillo.

—Se preocupa usted por bien poco. Hay tres o cuatro maneras de proceder.

—¿Cuál elegiría usted?

—La más simple. Sacar de mi bolsillo una bonita moneda de cien *sous*, mostrársela al propietario del establecimiento —si tuviera que tratar con el portero, una moneda de dos francos bastaría—, y rogarle educadamente que me informara si en el edificio hay alojada alguna muchacha de tales características. Apuesto lo que quiera que no se negará a contestar; y si le responde con una negativa tenga por seguro que le estará diciendo la verdad, pues esa gente sabe bien qué significa hablar y tienen muy claro que usted sólo le entregará la moneda a cambio de una información útil.

—Pienso que interpretaría usted esta pantomima mucho mejor que yo.

—No; recuerde que yo no vi a la muchacha de la cual quiere averiguar el nombre y no sabría describirla con exactitud. Mientras que usted, que tuvo ocasión de examinarla a placer, puede hacer un retrato tan fiel que todo aquel que la conociera sabría de inmediato de quién se trata.

—El hecho es que podría dibujarla de memoria... incluso he pensado en pintarla... acostada sobre una losa de la Morgue... un tema realista para el Salón del próximo año.

—Bien, entonces adelante. ¿Qué le retiene?

—¡Cielos! Se lo confesaré. Lo que me retiene es que no llevo encima ni la moneda de dos francos ni la de cien *sous*. Olvidé mi cartera en casa.

—¿Sólo eso? Yo se la daré. Tenga —dijo Piédouche sacando de su bolsillo una gran bolsa de cuero—. Con lo que hay dentro bastaría para soltar la lengua de todos los hosteleros de Montmartre y, se lo ruego, no se sienta azorado por ello.

Binos dudó un instante para guardar las apariencias y finalmente aceptó, diciendo:

—No es más que un adelanto, querido amigo... un adelanto que le reembolsaré uno de estos días y, además, intentaré cuidar sus finanzas... quizá obtenga la información por treinta *sous*. Pero, estoy pensando... una vez que consiga la información, si es que la consigo, no habré avanzado mucho en la investigación. Imagine que me dicen que la persona en cuestión vivía ahí, pero que hace tres días que ha desaparecido; ¿cómo debo actuar entonces?

—Deberá informarse hábilmente de sus costumbres, de las personas que recibía, y preguntar si ha dejado maletas en su habitación... documentos... con qué nombre se registró... y cuando sepa todo esto no tendrá más que acudir a la Morgue y hacer su declaración al secretario, quien prevendrá a la policía. El hostelero será requerido; reconocerá a su inquilina, pues no habrá sido enterrada aún y, a partir de ahí, tendrá usted una base de operaciones y podrá comenzar una escrupulosa investigación.

—Con usted, espero.

—Conmigo, si así lo desea. No me interesa involucrarme de un modo ostensible, pero no le regatearé mis consejos cuando así lo necesite.

—Piédouche, viejo amigo, ¡juntos en lo bueno y en lo malo! —exclamó Binos en un arrebato de euforia—. Voy a atravesar el umbral de ese local, que lejos está de ser un palacio, y debutar, bajo sus auspicios, como detective privado. Después volveré para presentarle mi informe, pues cuento con que usted me espere.

—Con mucho gusto. Allí arriba, en la plaza del ayuntamiento. Y tómese su tiempo. No tengo prisa. Si hemos dado en el clavo, intente presionar en el interrogatorio. Investigue hasta el fondo. Y, sobre todo, no olvide preguntar si la inquilina desaparecida ha dejado algún documento. Es muy importante para la prosecución de las investigaciones que su identificación se establezca en base a pruebas veraces.

—Entendido, querido amigo. Y ahora... ¡a la torre de Nesle!^[44] —declamó el mediocre pintor precipitándose hacia la pensión designada por el sagaz Piédouche, que comenzó a subir lentamente la rue des Abbesses.

La puerta de entrada estaba abierta y Binos entró con paso decidido.

—¡Qué hombre! —murmuró—. Si fuera cierto que la muchacha se alojaba aquí, Piédouche sería el más grande policía de todos los tiempos, pues me habría conducido directamente al lugar exacto. Pero, palabra de honor que estaría casi tentado de creer que la conocía.

La entrada no era muy amplia. Dos personas habrían tenido serias dificultades para cruzarla de frente. Tampoco estaba bien iluminada. Binos avanzaba con precaución, extendiendo los brazos a ambos lados para tantee las paredes, y así comprobó que la pared continuaba a la izquierda, cuando una voz le gritó:

—¿Qué quiere usted?

—Me gustaría hablar con el portero —respondió Binos.

—Aquí no hay portero —respondió la voz, que era de mujer.

—Con el propietario, entonces.

—Yo soy la propietaria. ¿Qué desea? ¿Quiere alquilar una habitación?

—No. Estoy aquí por una de sus inquilinas.

—No la conozco. Sólo alquilo a hombres.

—Sin embargo, me han dicho...

—¿Qué?... Explíquese... pero primero acérquese para que pueda verlo.

Binos no deseaba otra cosa que subir, pero apenas podía ver en medio de aquella oscuridad y no sabía hacia qué lado girar para llegar hasta la agria mujer que le reclamaba tan rudamente. A fuerza de tantear, sin embargo, palpó con los dedos una puerta acristalada y un tragaluz abierto. La puerta estaba entornada. La empujó y entró en una portería que no estaba mucho más iluminada. La claridad sólo entraba por una claraboya decorada con cristales opacos que atenuaban la luz de aquel día incierto y que provenía de un patio interior. Tuvo alguna dificultad para distinguir a una anciana menuda y encogida que intentaba calentarse delante de un fuego de carbón casi apagado.

—¡Bueno! Hable —le gritó—. Ahora ya sé con quién trato.

A Binos le habría gustado poder decir lo mismo, pues no comprendía en absoluto la disposición de aquella recepción; desconcertado, se preguntaba por dónde debía comenzar. Resultaba imposible utilizar el procedimiento recomendado por Piédouche. La exhibición de la moneda de cinco francos no habría producido efecto alguno por la extraordinaria razón de que la anciana a quien trataba de engatusar mostrándole la moneda no podía apreciar el brillo del metal entre los dedos del extraño que quería interrogarla. Pero Binos no era persona de arrellanarse en el desconcierto. Si bien la diplomacia no era su fuerte la timidez no era uno de sus defectos, y poseía una tendencia natural a meter el dedo en la llaga, como vulgarmente se dice.

—Afirma usted que sabe con quién trata —comenzó audazmente—. Apuesto a que no es así.

—Muchacho, si apostáramos perderías tú —respondió la dueña de la casa fijando sobre él sus ojos grises, que brillaban en la oscuridad como las pupilas de un gato—. Te conozco como la palma de mi mano.

—¡Ah! ¡Bah! Dígame entonces cómo me llamo.

—No sé tu nombre, pero sé que pintarrajeas lienzos de horribles colores. Eres pintor, muchacho, y no un pintor de enseñas. Te he visto mil veces por el bulevar Clichy con tu maletín de pinturas.

—Lo admito, abuela, y cuando quiera le haré un retrato.

—No necesito ningún retrato. Hace cincuenta años que me miro al espejo. Con eso me basta. Y, además, te prohíbo que me llames «abuela», visto que no tengo hijos... ni siquiera marido, ¡a Dios gracias!

—Bueno, entonces la llamaré señorita.

—Menos galanterías, jovencito. No me gustan en absoluto. ¿Qué es lo que quieres?

—Saber si se aloja en su casa una joven que me interesa.

—¡Ajá! Te pillé. Sabía que venías de su parte.

—¿De parte de quién? —preguntó Binos estupefacto.

—¡De parte de la italiana, por supuesto! De Bianca.

—¡Ah! Lo ha adivinado... no le llevaré la contraria —murmuró Binos, que quería dejar hablar a la anciana.

—¿Así que eres tú quien la ha pervertido, sapo repugnante? Ya sospechaba yo que esa boba andaba enredando con algún pintor. ¡Qué mal gusto! Te aprovechaste de ella, eres un canalla. Esa jovencita no tenía ni un ápice de malicia, y apostaría a que era una joven sensata cuando tuvo la mala fortuna de que te cruzaras en su camino. ¿Dónde la engatusaste? ¿En el mercado de Saint-Pierre, donde iba cada mañana a comprar las hierbas para su desayuno... o por la tarde, en la plaza Pigalle, cuando regresaba de tomar sus lecciones de canto?

—Juro por su persona que no he seducido a nadie.

—Calla, víbora. Hace tres días que no ha vuelto. Ella, que jamás había dormido fuera de casa. Atrévete, pues, a decirme que no la has llevado a tu cuchitril.

—¡Por supuesto que me atrevo! —exclamó Binos, que se alegraba de escuchar aquellos inmerecidos reproches pues eran la prueba de que había ido al lugar adecuado.

Aquella italiana que había desaparecido hacía tres días no podía ser otra que la muchacha muerta del ómnibus. Ahora ya sabía que se llamaba Bianca, y sólo dependía de él obtener más información.

—¡Ésta sí que es buena! Intentas hacerte el listillo conmigo, pero a mí no me engañas. Que la muchacha vaya donde quiera, a mí qué me importa. Vienes a reclamar sus trastos, ¿no es cierto? Pues bien, dile de mi parte que si los quiere tendrá que venir a recogerlos ella misma. Bien puede tomarse la molestia —continuó la anciana—. No creo que se haya convertido en princesa desde que está contigo.

—¡Perdone! —balbuceó Binos—. Ya le he dicho que...

—¡Oh! Tiene miedo de verme porque sabe que no tengo pelos en la lengua cuando de decir verdades se trata. La trataría como una inmoral, y bien merecido lo tendría porque es vergonzoso lo que ha hecho, y si hubiera sabido que terminaría así, jamás habría consentido que se alojara aquí.

—Pero, buena mujer...

—No hay buena mujer que valga. Cuando lo pienso, me hierve la sangre. ¡Ah! ¡La mosquita muerta! Apuesto a que no te ha comentado en qué condiciones entró en mi casa. ¡Escuche! Era ya tarde noche y llovía a mares. He aquí que llega a mi pensión con un chiquillo que llevaba su maleta... debería haberla visto... una caja de madera blanca donde no cabrían más de dos vestidos y seis camisas: «Señora», dijo con acento raro. «¿Podría darme una habitación barata? No tengo mucho dinero pero

pagaré a diario». Yo observaba su carita mientras hablaba y, al primer golpe de vista, no me pareció una de esas libertinas que tanto abundan en el barrio. Le pregunté si tenía algún documento; me enseñó un pasaporte italiano. Astrodi, Bianca; dieciocho años, cantante. ¡Habrase visto! Cantante. ¡Una pobre diabla que había caminado desde la estación de Lyon para ahorrarse el gasto de un coche! Es como si tú dijeras que eres pintor, tú, que no haces más que limpiar la paleta y secar los pinceles.

—¡Gracias!

—¡Y ahora me dirás que tus cuadros serán exhibidos en la Exposición! Vete con ese cuento a Bianca, si te atreves. Te creerá, por supuesto; igual que se ha creído que puedes hacerla feliz. Pero a mí no me engañas en modo alguno. Sé que no vales nada, pintorcillo, y por eso me indigna que hayas seducido a la muchacha. Cuando pienso que en todo el mes que se alojó aquí jamás entró un hombre en su habitación... ni siquiera una mujer... no conocía a nadie... y únicamente salía para ir a casa de su maestro de canto que era de su país, por lo que me dijo. Pero después de esto, bien puede ser que estuviera contigo flirteando en tu desván.

—¡Jamás! No la conocía.

—Es posible, pero hiciste por conocerla. Comprendo por qué se prendó de tu cara, por ejemplo. Sólo hizo falta que la engatusaras diciéndole: «soy artista al igual que tú... Estamos hechos el uno para el otro. Te ofrezco una buhardilla y mi corazón». ¡Y ella te creyó! ¡Santo Cielo! ¡Qué estúpidas son estas jovencitas!

Binos hizo ademán de protestar. Interrumpía a la anciana lo justo para exasperarla y que así continuara hablando, y su sistema parecía tener éxito pues, en apenas cinco minutos de monólogo, ya le había informado más o menos de todo cuanto quería saber, y todo ello sin haberla interrogado.

—Basta, estoy perdiendo mi tiempo —continuó la irascible posadera—; tengo más cosas que hacer que hablar con un pajarraco como tú. Ya he visto de ti lo suficiente. ¡Largo!

—No sin que antes me diga...

—¿Qué? ¿Qué más quieres ahora? Se te ha metido en la cabeza que te entregue los trapos de la muchacha, ¿eh? No soy tan estúpida. Serías capaz de empeñarlos. No te darían más de los seis francos que ella me debe por tres días de alquiler, pero eso no importa. Yo tengo su maleta y yo respondo por ella. Dile de mi parte que si quiere venir a reclamarla se la entregaré sin pedirle mis seis francos. No tendrá mucho dinero, la infeliz... sobre todo ahora que se verá obligada a mantenerte.

—¡Ah! ¡Qué está diciendo! Señora, soy un buen muchacho, pero no le permito a nadie...

—¿Que te diga las verdades a la cara? Lo que tú me permitas o no me trae sin cuidado. También le dirás que su habitación ya está ocupada y que no se la alquilaría a ella de nuevo ni por veinte francos al día. No quiero descarriadas en mi pensión... ni holgazanes tampoco. Así que, si alguna vez te echan de tu cuchitril, no habrá sitio aquí para ti.

—¡Eh! ¡Diantre! No tengo deseo alguno de convertirme en su inquilino. Preferiría dormir en la calle. Y si me hubiera permitido hablar le habría dicho que estoy aquí por otra cuestión, pero no me ha dejado pronunciar palabra. ¿Me escuchará ahora... sí o no? No he venido hasta aquí en balde.

—No, porque vienes por Bianca.

—A propósito de ella, sí. Pero no es ella quien me envía. Está muerta.

—¿Muerta? —gritó la anciana—. ¡Ah! ¡Es una broma de pésimo gusto!

—No es una broma. La muchacha que usted llama Bianca está muerta y, si piensa que miento, no tiene más que ir a la Morgue. Está allí.

—¿A la Morgue? —repitió la locataria levantándose bruscamente—. Te burlas de mí. No es posible.

—Vaya y averígüelo usted misma —replicó Binos—. Pero dese prisa. Está allí desde hace tres días y están a punto de enterrarla.

—¡Desde hace tres días! ¡Desde que no aparece por aquí! Pero, entonces, no habrás sido tú quien...

—Ya le he dicho que no la conocía... La he visto por primera vez sobre una losa de mármol y a través de un cristal.

—Entonces, ¿cómo has adivinado que se alojaba en mi casa? —preguntó la anciana mirándole directamente a los ojos.

—No lo he adivinado. Imaginé que viviría en este barrio y que habría alquilado una habitación amueblada. Y así, me propuse visitar todas las pensiones. Comencé mi búsqueda por la suya y, justamente, di en el clavo. Gracias a usted, he averiguado su nombre, el cual ignoraba...

—Ah, entonces, ¿es usted de la policía? Y yo que le tomaba por un...

—Por lo que soy, abuela. Jacques Binos, pintor. Fui a la Morgue y vi a la infeliz allí expuesta. Su belleza me conmovió... y cuando supe que nadie la había reconocido comencé una investigación por mi cuenta. Y lo he hecho bien. Al menos ahora podrán poner su nombre en el acta de defunción... y sobre la cruz de madera que haré colocar en su tumba.

—¡Su nombre! ¡Su nombre! Habrá que demostrar que se trata de mi inquilina, Bianca Astrodi.

—Usted lo probará. Tiene que ir a reconocerla.

—¿Yo? ¡Jamás! Me costaría la vida misma. Sólo pensar en el dispensario de los ahogados^[45] se me eriza la piel.

—Lo comprendo, buena mujer, pero no podrá evitarlo de ningún modo. Yo haré mi declaración ante el comisario y éste enviará a buscarla inmediatamente.

—¡Ah!, canalla, si me juegas esa mala pasada me las pagarás.

—No puedo callar lo que sé. Y no creo que usted quiera que arrojen a su inquilina a la fosa donde terminan los muertos que diseccionan en el aula de anatomía.

—¡Cállate! ¡Me estás dando escalofríos! ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Pobre muchacha! ¿Cómo ha podido terminar así? No se habrá tirado al agua, espero. No. La habrá

atropellado un coche.

—La encontraron muerta en un ómnibus en la estación de la plaza Pigalle.

—¿Cómo? ¿Era ella? Leí la noticia en el *Petit Journal* y no sospeché nada a pesar de haber ocurrido la noche en que ella no regresó. ¡Y yo pensando que se había ido de picos pardos!

—Lo cual demuestra que todos podemos equivocarnos. Ahora no seguirá acusándome.

—De habértela llevado, no. Pero es igual... esa muerte es muy sospechosa. Bianca era muy menuda, pero estaba sana como una manzana. Tal vez la envenenaran.

—Quizá, pero ¿quién? Ha dicho usted que no veía a nadie.

—Aquí no; pero salía todas las tardes y, en alguna ocasión, por la mañana.

—¿A dónde iba? Es preciso averiguarlo.

—¡Diantre! No seré yo quien te lo diga. Bianca no era demasiado habladora y yo no soy curiosa. De modo que no sé nada en absoluto. Hablaba bien de un maestro de canto de quien recibía lecciones y que vive en el barrio del Jardin des Plantes... aunque me resultaba un poco extraño... visto que en esa zona no hay más que organilleros a menos que fuera a cantar en algún patio o por las calles... En una ocasión, al poco de alojarse en mi casa, me dijo que tenía parientes en París pero que no sabía dónde vivían... Creo que sólo quería presumir.

—Pero no mentía al decir que iba cerca del Jardin des Plantes porque murió en el ómnibus que venía de la Halle aux vins. Lo extraño es que su profesor o sus parientes —si fuera cierto que los tenía— no hayan ido a verla a la Morgue. Habrán leído los periódicos y estarán preocupados por su desaparición.

—¡Oh! Apenas se ocupaban de ella. Jamás pusieron un pie aquí durante el mes que estuvo alojada.

—Venía de la estación de Lyon —murmuró Binos, hablando consigo mismo—. Es muy raro que buscara alojamiento en Montmartre.

—No es extraño en absoluto. No conocía París y un italiano al que alojé el año pasado le había indicado mi pensión.

—Entonces venía directamente de Italia.

—De Milán. Eso decía su pasaporte.

—Y, ¿tiene usted el pasaporte?

—¡Por supuesto que lo tengo, muchacho! Está arriba, en su maleta, junto con otros papeles, sus harapos y bártulos. Pero la maleta está cerrada con llave y ella se la llevó.

—¡La llave! La encontraron en su bolsillo junto a una cartera que no contenía más que algunos *sous*.

—¡Claro! No era precisamente rica, la infeliz. Y aun así era muy desconfiada; siempre tenía la precaución de cerrar su baúl antes de salir. Pude haberlo hecho abrir por algún cerrajero cuando vi que no regresaba, pero quería a esa muchacha y,

además, creí que volvería. Y no la habría echado a la calle si hubiera vuelto. Me habría contentado con echarle un sermón... porque, ya ves, muchacho, no soy mala persona. Sólo tienes que preguntar en el barrio... te dirán que Sophie Cornu siempre ha tratado bien a sus inquilinos.

—Estoy convencido de ello, a pesar de lo dura que fue conmigo hace un rato.

—No me culpes, hijo mío, te tomé por uno de esos holgazanes que rondan el bulevar Clichy engatusando a las pobres muchachas que se encuentran. No es culpa tuya ni mía, pero llevas unas trazas... Y creo que no trabajas demasiado.

—Un poco cada día, mi buena señora.

—Te creeré, si tal cosa te hace feliz. Y ya que no has sido tú quien se llevó a Bianca, no tengo nada en contra tuya. Incluso me alegro de haberte visto porque, a pesar de haberme dado tan desagradable noticia, al menos ahora ya sé qué sucedió con la muchacha y podré impedir que la arrojen a la fosa común... aunque comprar el terreno me cueste cincuenta francos.

—¡Bravo! Sabía que tenía un gran corazón. Entonces, ¿irá a la Morgue?

—¡Caray! ¡No me hace ninguna gracia!

—No obstante, debe hacerlo. Me gustaría evitarle esa carga, pero si fuera yo en su lugar no sería lo mismo. No conocía a la muchacha, mientras que usted, que le dio alojamiento y tiene sus documentos...

—Sí, podría dar su nombre y demostrar que no es un error. ¿Estás seguro de que sigue allí?

—De lo que estoy seguro es de que no la han enterrado aún. Si no continuara expuesta, no tendría más que hablar con el secretario y éste se la mostraría.

—¡Buf! Se me revolverán las tripas. Y una vez la haya reconocido, ¿qué sucederá después?

—No tendrá usted que preocuparse por nada. La prefectura de policía vendrá a su casa para hacerse cargo de su maleta. Examinará los papeles de la muchacha muerta y, ¿quién sabe?... tal vez encuentren a esos parientes de los que ella le habló.

—No lo creo. Y, además, ¿de qué serviría? Extraños parientes los suyos. No se preocupaban por ella más de lo que lo harían por un perro abandonado. Pero, hijo mío, eso no es todo. Si voy, alguien tendrá que ocuparse de mi casa, y mi criada está en el lavadero. Le pediré a una vecina que vaya a buscarla; no te puedo entretener aquí por más tiempo. Largo, y vuelve a verme mañana si quieres. Te recibiré mejor de lo que lo hice hoy. Y, si te lo dicta el corazón, me acompañarás al entierro.

—Seguro que me lo dictará. Pero si voy será con una condición: que dividamos los gastos.

—¿Dividir los gastos? ¡Vamos! No tienes ni un franco. Y yo, gracias a Dios, tengo lo suficiente para pagarle un bonito funeral. Pero ya hablaremos de ello mañana, muchacho; ahora largo. No tengo tiempo que perder.

Binos no deseaba otra cosa que desaparecer. Si se deshacía en graciosas y generosas ofertas se debía únicamente a que sentía la necesidad de conciliarse con la

anfitriona para proseguir con unos planes sobre los que no le había dicho ni una palabra. Binos había cumplido con éxito su misión; había triunfado y se jactaba de tener grandes dotes para la diplomacia, como los jugadores que reciben una buena mano pero piensan que su éxito se debe únicamente a su talento.

Se despidió de Sophie Cornu y se precipitó a la calle. El ilustre Piédouche le había citado delante del ayuntamiento de Montmartre. Corrió para reunirse con él, y le abordó alzando ambos brazos por encima de su cabeza para anunciarle desde la distancia que tenía buenas noticias.

Sólo le faltó lanzar su sombrero al aire en señal de alegría.

—¿Y bien? —le preguntó Piédouche, que se mostraba mucho más sereno.

—Pues bien —respondió Binos—, encontré lo que estábamos buscando. Sus indicaciones fueron justas, amigo mío, y sólo puedo decir que es usted un gran hombre. La muchacha se alojaba ahí desde su llegada a París, es decir, desde hace un mes. Y la vieja chiflada que regenta el establecimiento está a punto de ponerse su tartán para ir a la Morgue y reconocerla. Me ha dicho el nombre de la difunta y todo...

—Entonces, ¿tiene sus papeles?

—Los papeles, las ropas..., todo está en su maleta, que será enviada al comisario de policía en cuanto se certifique su identidad.

—¡Perfecto! Pero ¿le expuso su teoría sobre su muerte en el ómnibus? ¿Sabe que la muchacha fue asesinada?

—No tiene la menor sospecha. Soy más astuto de lo que imagina. Enseguida comprendí que si le hablaba de un crimen ella no colaboraría por temor a comprometerse, mientras que dejándole creer que su inquilina sucumbió de muerte natural, no tendría muchas dificultades para convencerla de que fuera a reconocerla.

—Mis más sinceras felicitaciones, amigo. Ha actuado como un viejo zorro. A partir de ahora no necesitaré mi colaboración. Ya sabe tanto como yo.

—¡Ah! ¡No! —exclamó Binos—. Sin su ayuda sólo cometeré despropósitos. En primer lugar, no veo por dónde debería comenzar, como no sea contándole detalladamente al comisario de policía nuestro caso.

—Todo menos eso —dijo Piédouche vivamente—. El comisario le tomará por un loco. Esa gente carece de imaginación, y usted no tiene nada concreto que ofrecerle. La casera le dijo que la muchacha no recibía a nadie, por lo que no tienen ningún sospechoso.

—Me dijo que la joven tenía parientes en París y que salía todos los días para tomar lecciones de canto.

—Parientes en París... es un dato demasiado impreciso. Y tal vez las lecciones de canto no fueran más que un pretexto. ¿Dónde vive ese profesor de canto?

—La anciana nunca lo supo.

—Bien; lo primero será averiguar la dirección del profesor en cuestión.

—Al parecer reside en las proximidades del Jardin des Plantes. Y sólo usted es

capaz de encontrarlo.

—Lo intentaré y quizá lo consiga, pero la búsqueda llevará su tiempo. Es un milagro que hayamos dado a la primera con la pensión donde se alojaba. Un milagro que no volverá a repetirse.

—¡Diablos! Están a punto de proceder a la inhumación del cuerpo y, una vez que la infeliz sea enterrada, ¿cómo se podrá demostrar que fue envenenada mediante una punción?

—Eso me lo dirá mi sabio amigo cuando haya analizado el alfiler. Si me confirma que el veneno del cual se sirvió el asesino no ha dejado rastro, no habrá nada que hacer, ni ahora, ni nunca. Si, por el contrario, dejara algún vestigio, siempre habrá tiempo de demostrarlo. Y, entonces, las pruebas morales que haya podido recopilar tendrán gran valor. El primer punto será averiguar quién podría tener interés en deshacerse de la muchacha.

Binos agachó la cabeza sin parecer demasiado convencido.

—Amigo mío —continuó Piédouche—, si no confía en mí, no tenga reparos en decírmelo. No tengo interés alguno en verme involucrado en todo este asunto.

—Por supuesto que sí, por supuesto. Tengo infinita confianza en usted.

—Entonces déjeme obrar a mi modo. Le estoy pidiendo carta blanca.

—¡Oh! Encantado. Me pongo a sus órdenes y confío ciegamente en usted.

—¡Excelente! De este modo mi trabajo tendrá alguna probabilidad de éxito. Pero con una condición...

—La acepto por adelantado.

—No debe hablarle a nadie de mí. Si llegara a saberse que me he involucrado en este asunto...

—Nadie lo sabrá. ¿A quién quiere que se lo diga?

—¡A sus colegas pintores, obviamente! Tiene amigos en todos los estudios del barrio. Y supongo que no son muy discretos. También supongo que ya habrá hablado usted del incidente. Apuesto que en los tres días que me estuvo buscando no se guardó para usted solo esta historia.

—Piédouche, le juro...

—No jure, amigo. He leído en sus ojos que ha hablado con alguien. Dígame quién es, será mejor así.

—¡Caramba! No se le escapa nada. Sí, tengo un confidente, pero es un muchacho muy serio que guardará silencio, estoy convencido, pues esta aventura no le interesa en absoluto y ya ni siquiera piensa en ella. Tiene cosas más importantes que hacer y, por otro lado, no cree que haya sido un crimen. Es Paul Freneuse, el pintor. Tal vez sea galardonado en el próximo Salón y gana sesenta mil francos al año.

—¡Oh! Conozco su reputación, y a él de vista. ¿Le ha dicho que trabajo con usted?

—No. No sabe que existe, le doy mi palabra de honor. Y también se la doy de que jamás pronunciaré su nombre delante de él. Creerá que actúo en solitario... sin

ayudantes.

El sabio Piédouche reflexionó un instante. Las últimas afirmaciones de Binos habían serenado su rostro ensombrecido ante la confesión de la indiscreción y, después de un breve silencio, dijo con determinación:

—Tengo su palabra de honor y confío en ella. Y por ello estoy dispuesto a encargarme del caso. Quédese tranquilo y vaya mañana al *Grand-Bock*. Tal vez tenga novedades. Ahora debemos separarnos.

—A sus órdenes, ilustre maestro —dijo Binos alegremente estrechando la mano de Piédouche, que se encaminó inmediatamente hacia el bulevar de la periferia.

V

Mientras que el audaz Binos y el sagaz Piédouche encontraban —por esas casualidades de la vida que sólo se les presentan a las personas inteligentes— el domicilio y el nombre de la infeliz fallecida, el capitalista Paulet tenía preocupaciones bien distintas, por varias razones, a las indagaciones sobre los autores del crimen del ómnibus, siendo la más obvia su total desconocimiento de la historia.

El señor Paulet sólo leía los periódicos financieros y, una vez había hojeado las noticias políticas, pasaba con indiferencia la sección de sucesos. Se jactaba de ser un hombre serio interesado únicamente en cosas serias. Alardeaba de no haber hojeado jamás una novela, y si desde hacía algún tiempo sentía cierto interés por los artistas era porque había llegado a la conclusión de que, en la época que le había tocado vivir, el oficio de pintor era uno de los más lucrativos una vez alcanzado el éxito.

No sin pesar había aceptado aquella convicción. Toda su vida había despreciado a los pintamonas, como él los llamaba. Para él no eran más que muertos de hambre — palabras textuales— destinados a acabar en la miseria. Pero uno de sus amigos le había persuadido en los últimos tiempos. Dicho amigo, que había amasado su fortuna con la venta de curiosidades, antigüedades y pinturas, le demostró con cifras y ejemplos que los artistas en boga ganaban ingentes sumas de dinero, llegando a convertirse muchos de ellos en millonarios. Siempre negocian sobre seguro —decía el marchante de arte— y nunca van a la quiebra. Aquel último argumento impresionó al señor Paulet, quien por nada del mundo quería exponer la fortuna de su hija a un desastre comercial. Ahora tenía bajo mano a una promesa de la pintura que ya vendía sus lienzos a un alto precio y que bien pronto aumentaría considerablemente la cotización de sus cuadros; un joven trabajador, austero y responsable del que conocía sus antecedentes y su familia, de buena apariencia, ilustrado y bien posicionado en la alta sociedad; el fénix de los yernos que, para mayor regocijo, era del agrado de Marguerite.

Así pues, el señor Paulet le había echado el ojo a Paul Freneuse, y únicamente esperaba la ocasión propicia —que no debía dilatarse mucho en el tiempo— para hacerle una proposición directa. A punto estuvo de presentarse en el teatro cuando, durante la representación de *Les Chevaliers du Brouillard*, la conversación tomó un rumbo decisivo. Pero ésta se vio interrumpida por un incidente que, desde el día de la representación, le haría pasar muy malas noches al padre de la rubia Marguerite.

El despacho que le anunciaba que su hermano acababa de fallecer habiéndole desheredado estaba redactado con el estilo habitual de los telegramas, esto es, el remitente había economizado tanto las palabras que resultaba apenas inteligible. El señor Paulet había respondido inmediatamente con otro telegrama pidiendo

explicaciones adicionales, y su destinatario, que era el notario del difunto, le había respondido lacónicamente: «Mañana parto hacia París».

Y el señor Paulet esperaba con impaciencia al honesto notario que siempre había defendido sus intereses y que probablemente no emprendería, sin motivo grave y justificado, aquel largo viaje. El testador había fallecido en Amélie-les-Bains, una ciudad balneario a los pies de los Pirineos orientales, a doscientas cincuenta leguas de la capital. El fedatario que había redactado sus últimas voluntades no se desplazaría simplemente para entregarle al hermano desheredado una copia del acta que le despojaba.

Por ello, el señor Paulet se debatía desde hacía tres días entre el abatimiento y la esperanza, alternativas ambas que le resultaban insoportables. Apreciaba tanto la tranquilidad como la riqueza, y aquella incertidumbre le perturbaba hasta el punto de hacerle perder el sueño y el apetito. Su hija, mucho menos alterada que él, apenas le reconocía. Se había vuelto casi inaccesible. Intentó recordarle que Paul Freneuse esperaba su visita al estudio, pero reaccionó con irritación. Incluso declaró rotundamente que no saldría hasta entrevistarse con el notario, que podía llegar de un momento a otro. Y Marguerite tuvo que renunciar a persuadirle. Se consoló probando unos trajes de luto que le sentaban de maravilla.

El señor Paulet no abandonaba jamás su gabinete. Pasaba el tiempo revisando la antigua correspondencia que había mantenido con su hermano antes de quemarla definitivamente. Intentaba descubrir en aquellas cartas, escritas durante la estancia de su hermano en Italia, alguna indicación relativa al matrimonio que suponía se había celebrado en Roma, pero no encontró nada concreto. La cuestión primordial era averiguar si el difunto había tenido hijos legítimos o naturales en Italia y, sobre todo, qué había sido de ellos. Y de este modo el señor Paulet había encargado una investigación que hasta entonces no le había aportado más que resultados inconclusos, motivo por el cual estaba más ansioso que nunca por esclarecer aquellas cuestiones transcendentales desde que su hermano había muerto. El cuarto día, después de un melancólico desayuno al que Marguerite no había asistido bajo el pretexto de sufrir una migraña, el padre desheredado acababa de tomar asiento en su despacho cuando uno de los criados le informó de la llegada de un caballero que pretendía hablar con él.

—¿Cómo se llama ese caballero? —preguntó Paulet.

Cuando supo que el visitante se había negado a decir su nombre, respondió:

—Jamás recibo a personas que no conozco.

—Ha dicho que viene a reunirse con el señor a propósito de un asunto importante —murmuró el ayudante de cámara.

«¡Oh! ¡Oh!», pensó el señor Paulet. «¿Y si fuera el notario? Esos provincianos ignoran los usos sociales. Se figurará que puede entrar en mi casa como si fuera su estudio... y habrá juzgado inútil entregar su tarjeta de visita».

—Muy bien. Hágale pasar —dijo en voz alta.

Y se levantó para recibir a aquel personaje que con tanta impaciencia había esperado. Un minuto después la puerta se abrió, pero el individuo que entró no era ni notario ni provinciano, lo cual resultaba de lo más evidente.

—¿Cómo? ¿Usted? —dijo el millonario frunciendo el ceño—. Ya le advertí que no volviera hasta que no me aportara evidencias en lugar de vagas probabilidades.

—Y he acatado sus órdenes, señor —respondió el visitante—. No me ha visto en algún tiempo porque no tenía novedades que ofrecerle; pero hoy vengo con las manos llenas de pruebas.

—Eso lo veremos. Pero antes recuérdeme su nombre; lo he olvidado por completo —respondió desdeñosamente el señor Paulet.

—Blanchelaine, señor. Auguste Blanchelaine.

—Muy bien. Ahora lo recuerdo. ¿Pretende usted ser un hombre de negocios teniendo su residencia junto al mercado Saint-Honoré?

—En la rue de la Sourdière, número 74.

—En efecto. Debo haber anotado su dirección en alguna parte, pero se me ha debido ir de la cabeza pues me la preguntó alguien recientemente y no pude dársela... es mejor que me deje su tarjeta.

—No la llevo conmigo, pero si quiere indicarme la dirección de la persona que desea verme...

—Más tarde, cuando me ponga al día de las novedades que dice tener... y, antes de nada, le diré que la otra noche se permitió el lujo de saludarme en el teatro desde el otro extremo de la sala, y yo nunca le he autorizado a tomarse esas libertades conmigo.

—Tampoco me lo había prohibido.

—Es posible, pero le ruego que no se repita. ¿En qué punto se hallan sus investigaciones?

—Concluidas.

—¿Cómo?

—Tengo en mis manos la prueba de que Bartolomea Astrodi, muerta el año pasado en Roma, dio a luz en el año 1862 a una niña de nombre Bianca.

—¿En 1862! —repitió el señor Paulet, cuyo rostro se descompuso visiblemente.

—Sí, señor; el veinticuatro de diciembre. Me he procurado una copia de la partida de bautismo.

—Enséñemela.

—No la llevo encima; se la entregaré cuando llegue el momento...

—Dígame al menos el contenido de la partida. ¿Esa Bartolomea Astrodi estaba casada?

—No, señor. Su hija Bianca fue registrada como hija de padre desconocido.

—¡Ah! —suspiró el señor Paulet, sintiéndose profundamente aliviado—. ¿Y qué fue de la hija? Desapareció, sin duda.

—Se separó de su madre diez o doce años después de su nacimiento. Pero

siempre supo dónde se encontraba. Al comienzo de este invierno, Bianca cantaba en los coros del teatro de la Scala, en Milán.

—Y... ¿aún se encuentra allí?

—No, señor. Partió hacia París hace un mes.

—¡A París! ¿Y qué vino a hacer aquí?

—Buscar a su padre, que era francés.

—¡No es posible! —exclamó el millonario visiblemente consternado—. ¿Qué novela me está contando?

—Es la verdad, señor. Estoy perfectamente informado, créame; hasta tal punto que puedo proporcionarle el nombre de ese hombre francés. Se llama Francis Boyer. Tuvo a esa niña en Roma, donde residía por aquel entonces. Ahora vive en el departamento de Pyrénées-Orientales.

—Eso no es de su incumbencia —dijo bruscamente el señor Paulet—. No le encargué una investigación sobre el padre.

—No, pero nunca dejo las cosas a medias. Investigando a la hija, quise averiguar por qué había abandonado su país... y finalmente lo descubrí.

—¿Cómo?

—Eso, señor, será mi secreto. Si revelara los entresijos de mi profesión a todo el que me contrata, no necesitarían más de mí. Sólo diré que lo averigüé, que puedo probarlo... y que sé muchas cosas más.

—¿A qué más cosas se refiere? —preguntó el señor Paulet, intentando fingir cierta indiferencia.

—Señor —dijo Auguste Blanchelaine—, bien podría escudarme sin reticencias y limitarme a indicarle el modo en que he cumplido la misión que usted me confió. Fui contratado para proporcionarle informes sobre la hija que podría haber tenido hace una veintena de años, en Roma, una cierta Bartolomea Astrodi; informe que le aporto y que estoy en grado de fundamentar con pruebas irrefutables. Por tanto, sólo me restaría —si ésa fuera mi intención— reclamar el precio de mi esfuerzo y mi trabajo.

—No me estoy negando a pagarle.

—Lo sé, pero no apreciaría mis servicios en su justa medida si me limitara a eso. Y creo que ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que soy perfectamente conocedor del motivo real de su interés por saber qué fue de la hija de esa Astrodi que posaba para los pintores.

—¿Mi interés...? No tengo ninguno.

—Seamos serios, se lo ruego. Si no lo tuviera, no me habría prometido un billete de mil francos a cambio de informaciones precisas. Pues bien, señor; me tomé la licencia de indagar y, a decir verdad, no encontré grandes dificultades para descubrirlo. Bianca Astrodi, hija de Bartolomea Astrodi, es su sobrina.

—¡Eso es falso!... No tengo ninguna sobrina.

—¡Oh! Sí, una sobrina fruto del contubernio; además, el señor Francis Boyer, su

padre, no es otro que su hermano uterino, su medio hermano, como suele decirse vulgarmente. Usted es heredero natural de la parte de la fortuna proveniente de su madre... un legado que bien merece la pena porque supone un capital considerable.

—Aun cuando así fuera —exclamó el señor Paulet—, la existencia de dicha muchacha no me perjudicaría en absoluto. Usted mismo acaba de decir que no fue reconocida. Con lo cual, no tendría derecho alguno sobre la sucesión.

—Derecho a reclamarla legalmente no, por supuesto. Pero, sabrá usted que los hermanos no son herederos reservatarios^[46]. Nada impide al señor Boyer legar sus bienes a la primera persona que se presente... por ejemplo, a la señora Bianca Astrodi. Es incluso más beneficioso para la señorita Astrodi que el señor Boyer no la haya reconocido pues, de haberlo hecho, no hubiera podido legar a su favor la totalidad de su fortuna. Así lo decreta nuestro código.

—Si mi hermano hubiera tenido la intención de hacer de una extraña su heredera universal, se habría interesado por esta persona... y, por el contrario, jamás la buscó en todos estos años.

—Puede ser. Pudo haberle perdido la pista y, sin embargo, no olvidarla.

—Al menos habría expresado su deseo de reencontrarse con ella. Habría manifestado, de una manera u otra, sus intenciones...

—Pero... así lo manifestó. Y no fue culpa suya no volver a ver a su hija.

—Por lo que parece, sabe usted más que yo —dijo el señor Paulet con humor.

—Más no, pero sí tanto como usted —respondió con calma el señor Auguste Blanchelaine—. Ya le he dicho que tengo la costumbre de llegar hasta el fondo de los asuntos que tienen a bien confiarme. Así que me las arreglé para procurarme un contacto en la aldea donde su hermano se instaló poco tiempo después de regresar a Francia. Tengo un confidente en Amélie-les-Bains.

—¡Ah! Esto es demasiado... me sorprende su osadía. Se ha permitido el lujo de espiarme y decírmelo a la cara. Y aún pretenderá que le pague por inmiscuirse en asuntos que no le conciernen.

—No pretendo nada. Me limito a exponerle los hechos. Le corresponde a usted sopesar las consecuencias.

—¡Váyanse al diablo usted y sus consecuencias! —gritó el señor Paulet preso de ira—. Ahora ya no le necesito. Mi hermano acaba de fallecer.

—Lo sé.

—¿Lo sabe?

—Sí, desde ayer. Y también sé que le ha desheredado en favor de Bianca Astrodi.

—¿También me dirá que ha leído el testamento?

—No. Y usted tampoco. Pero el notario que lo recibió le habrá escrito y estará usted bien informado.

—Tanto si lo estoy como si no, ya no preciso de sus servicios.

—Al contrario. Mis servicios le resultarán ahora más necesarios que nunca. ¿Qué le daría al hombre que le aportara la prueba de que Bianca Astrodi está muerta?

—¿Cómo tiene la osadía de decir que esa muchacha está muerta? Creo que se está usted burlando de mí. Hace un momento afirmó que se encontraba en París.

—¡Eh! —exclamó riendo sarcásticamente Blanchelaine—. En París se puede morir igual que en cualquier otra parte.

—Y, ¿tiene usted la prueba del deceso?

—La tengo y estoy dispuesto a proporcionársela... no de manera gratuita, obviamente.

—Sería bien necio si le pagara por ella, pues no le necesito a usted para procurármela.

—Inténtelo.

—Bastará simplemente con cotejar los registros de actas de estado civil de todos los municipios de París.

—Es usted libre de hacerlo. Pero no todos los fallecidos son inscritos con sus verdaderos nombres.

—Si esta tal Astrodi fue inscrita con un nombre falso, ¿cómo podrá facilitarme el acta de defunción que establece su muerte?

—Eso es asunto mío.

—Y, aunque usted me la proporcionara, ¿de qué me serviría? Si esa italiana ha heredado, serán sus herederos quienes reciban su herencia.

—Por supuesto. Pero ¿qué día murió el señor Francis Boyer?

—El miércoles a las tres.

—Bien. Y, ¿qué sucedería si la señorita Astrodi hubiera fallecido el martes?

—No cambiaría la situación en absoluto.

—Yo creía que usted conocería mejor su código civil.

—¿Acaso pretende darme clases de derecho? No tengo tiempo que perder. Explíquese claramente y terminemos con este asunto.

—No pido más. Para suceder a alguien es preciso sobrevivirle, ¿no es cierto?

—Sin duda.

—Así pues, un testamento otorgado a favor de un fallecido es nulo de pleno derecho.

—Es obvio, pero...

—Se produciría la caducidad del legado^[47], hablando en términos legales.

—Y, ¿entonces?

—Entonces, sería como si no existiera; la sucesión revertiría a los herederos naturales.

—¿Está usted seguro de ello?

—¡Totalmente seguro! Si tiene alguna duda, puede consultar a su notario, a su procurador o a cualquier hombre de ley.

—De modo que, si esa muchacha hubiera muerto un día antes que mi hermano...

—Un día o una hora, poco importa. No podría heredar si hubiera fallecido antes de abrirse la sucesión. Es únicamente una cuestión de fechas. Y, para zanjarla,

bastaría presentar los dos certificados de defunción.

—¿El de mi hermano y el de la muchacha?

—Exactamente. Puede usted solicitar cuando quiera, si aún no lo tiene, el del señor Francis Boyer. Y de usted depende procurarse el de Bianca Astrodi.

—Entonces, ¿pretende vendérmelo?

—Dios mío, sí.

—¿Es consciente, señor Blanchelaine, de que me está usted proponiendo un negocio ciertamente insólito?

—Uno hace lo que puede. Si fuera un hacendado como usted, no dedicaría mi tiempo a ser tratante de herencias. Pero es una profesión tan digna como cualquier otra, y mis clientes jamás han tenido queja de mí. Incluso usted, caballero, sólo tendrá palabras de elogio si, como espero, llegamos a entendernos, pues le haré ganar una hermosa fortuna que sólo le costará una suma relativamente mediocre. Por otro lado, le recuerdo que fue usted quien me buscó a mí.

—¡Disculpe! Oí hablar de usted a uno de mis amigos afirmando que se dedicaba, a precio alzado, a la búsqueda de personas, y que era usted muy hábil en su oficio. Así que le hice venir y le encargué una investigación sobre Bartolomea Astrodi... pero jamás dije que tuviera relación con una herencia.

—¡Oh! De acuerdo. Pero habría sido muy estúpido si no hubiera adivinado que se trataba precisamente de eso. Y de este modo comencé por informarme de las posibles herencias que pudiera usted recibir eventualmente. Y no encontré grandes dificultades para determinar su situación y la de su hermano.

—Si hubiera sabido que procedería así, no me habría dirigido a usted.

—Eso dice ahora; pero, permítame que piense lo contrario y le recuerde una conversación que tuve el honor de mantener con usted... No la primera; la segunda... pues usted quiso recibirme en dos ocasiones. Durante el transcurso de nuestra última entrevista, cuando le pregunté cómo debería actuar si llegara a tener la certeza de que Bartolomea Astrodi había tenido un hijo, usted exclamó que si dicho hijo existía, sería deseable que muriera.

—Espero que no esté insinuando que le encargué que la matara.

—¡Uf! —dijo encogiéndose de hombros el señor Auguste Blanchelaine—. ¿Acaso un hombre como usted haría ese tipo de encargos a un empleado suyo? Simplemente se limitaría a expresar sus deseos, que es exactamente lo que usted hizo. Me dijo —recuerdo sus palabras textuales—: «Si me fuera comunicado que el hijo de esa italiana está muerto, serían muy buenas noticias para mí». También recuerdo perfectamente mi respuesta: «Las buenas noticias se pagan muy caras»; a lo que usted replicó: «No me importa el precio».

—Caballero, tiene usted una memoria extraordinaria —murmuró el señor Paulet visiblemente turbado—. Creo que debe uno cuidar mucho las expresiones que emplea cuando habla con usted.

—Y cuidar también lo que se me escribe. No le ocultaré que he conservado

celosamente una carta firmada por usted que contiene instrucciones muy detalladas, según las cuales debía —en el caso de que Bartolomea Astrodi hubiera tenido un hijo— investigar qué había sido de ese niño y, cuando tuviera certeza de ello, hacer todo lo posible por impedir que viniera a Francia. Incluso añade que, si por casualidad ya hubiera venido y aún siguiera aquí, debía impedirle —por cualquier medio— que continuara su estancia en Francia. ¿Qué entiende usted por «cualquier medio»?

—Yo sobreentendía «honesto» —dijo precipitadamente el señor Paulet—. Si no añadí la palabra, fue porque lo daba por sentado. Las personas honestas jamás recurren a ese tipo de medios, y yo soy un hombre honesto.

—No me cabe ninguna duda. Pero no es menos cierto que me dio carta blanca para que usted pudiera desembarazarse de una persona que le estorbaba.

—Desembarazarme no es la palabra apropiada; elige usted de un modo muy singular sus palabras.

—Elijo las que mejor expresan mi pensamiento.

—Le conmino a que me explique su pensamiento. Escuchándole se diría que ha asesinado a la muchacha, y que intenta convertirme en su cómplice.

—Está yendo usted demasiado lejos —dijo con una sonrisa sarcástica Blanchelaine—. No he asesinado a nadie, le ruego que me crea. Simplemente quería demostrarle que he actuado bajo sus órdenes y como su empleado. Un hecho evidente, pues no tengo interés personal alguno en que la hija de Bartolomea Astrodi haya desaparecido.

—¡Desaparecido! ¡Desaparecido! Cómo le gusta a usted tergiversar las palabras.

—¿Tergiversar? ¿A qué se refiere? La muchacha está muerta, y cuando alguien muere, desaparece.

—En fin. ¿Y cómo murió?

—Si se lo dijera podría usted prescindir de mí y no estoy dispuesto a ello. Me he tomado todas estas molestias para que me recompense convenientemente. Sólo imagine todo lo que he tenido que hacer en este mes. He llevado a cabo dos o tres investigaciones a la vez con un exitoso resultado. La investigación sobre Bartolomea, la respetable madre de Bianca; la investigación sobre la propia Bianca; la investigación sobre el señor Francis Boyer, su hermanastro...

—¡Oh! Esta última contra mi voluntad —dijo el señor Paulet entre dientes.

—No estoy pidiendo su gratitud —replicó Blanchelaine con dulce ironía—. Simplemente le propongo la compra del certificado de defunción de Bianca Astrodi.

—Le he entendido perfectamente y, tras una profunda reflexión, prefiero rechazar su oferta.

—Está usted en su derecho, caballero. ¿Lo tomaría como una indiscreción por mi parte si le preguntara el motivo de su negativa?

—En absoluto; la cuestión es que el acta de defunción me resulta del todo inútil.

—¿Quiere decir que no me necesita para conseguirla?

—Nada de eso; al contrario, admito que no podría obtenerla si no me la procurara

usted. Es más, ni siquiera pienso intentarlo.

—Entonces renuncia a la sucesión de su hermano. He aquí un altruista como no he conocido otro.

—¡Disculpe! La heredera está muerta, ¿no es cierto?

—Muerta y enterrada.

—Pues bien. En tal caso no podrá reclamar la herencia.

—No. Pero si usted reclama su parte, no la recibirá. El testamento ha sido remitido al presidente del tribunal del distrito, y le garantizo que los herederos naturales jamás tomarán posesión en tanto en cuanto la muerte de Bianca Astrodi no sea certificada con una prueba fehaciente. Se nombrará a un albacea que administrará la fortuna hasta la presentación de la heredera o de su certificado de defunción. Y dicha fortuna se atesorará indefinidamente pues nadie la disfrutará; lo cual supondrá un consuelo para usted, sí, pero ínfimo. Me dirá usted que, dentro de treinta años, se podrá demandar la prescripción adquisitiva... No a su favor, al de sus nietos, pues muy probablemente usted ya no estará en este mundo... e incluso su hija...

—¡Basta! —gritó el señor Paulet, llevado al límite por tales irrefutables razonamientos—. ¿Cuánto pide por ese certificado?

—¡Enhorabuena! —exclamó Blanchelaine—. Finalmente se comporta como un hombre razonable; ahora podremos llegar a un acuerdo, pues mis condiciones son justas y mis pretensiones muy moderadas.

—Formúlelas, pues —dijo el señor Paulet con humor.

—Con mucho gusto. Su hermano deja cerca de un millón doscientos mil francos.

—Mucho menos de esa cifra.

—Estoy seguro de no equivocarme en más de cincuenta mil. Mi información proviene de una fuente fidedigna.

—En cualquier caso, sólo tendría derecho a la mitad de esa fortuna.

—Lo sé. La otra mitad repercutirá en los herederos de la rama paterna, porque el señor Boyer sólo era su hermano por parte materna. También tendrá que vérselas, dicho sea de paso, con esos herederos que tienen tanto interés como usted en demostrar que la heredera universal está muerta. Yo no me he ocupado de ellos, y no lo haré. Pero usted podría, negociando con ellos, dividir el desembolso, pues es justo que paguen la mitad de la comisión que va usted a abonarme.

—Tal vez —murmuró el señor Paulet—, pero avancemos... dígame una cifra.

—Podría exigir dividirla a partes iguales, pero me conformaré con la quinta parte, es decir, cien mil francos. Se habrá percatado de que he calculado en base al mínimo, pues su hermano le dejaría una suma más cercana a los seiscientos mil que a los quinientos mil.

—¡Cien mil francos! ¡Tiene el descaro de pedirme cien mil francos! Preferiría renunciar a la herencia antes que darle esa suma.

—Usted mismo, caballero —respondió Blanchelaine con frialdad—. Yo habré perdido mi tiempo, pero usted perderá una fortuna.

El señor Paulet, furioso, empezó a caminar a grandes zancadas por su gabinete.

—No tengo intención de persuadirle de su error —continuó el hombre de negocios—. Sin embargo, le invito a reflexionar concienzudamente antes de tomar una resolución definitiva; le advierto que si salgo por esa puerta sin haber llegado a un acuerdo no volveré a poner los pies en este despacho. Me gustan los negocios que se resuelven con celeridad. No me gusta perder el tiempo. Esta tarde que le he dedicado será eliminada de mi repertorio y, si me busca mañana, ya no estaré para usted.

—En fin, caballero —dijo el padre de Marguerite deteniendo bruscamente su paseo—, supongo que no pretenderá que le entregue hoy los cien mil francos.

—No, puesto que no llevo encima la copia del certificado de defunción. Será un toma y daca. Usted me los dará cuando yo se la entregue... o, mejor aún, para que vea que soy un hombre honrado, cuando tome posesión de su herencia.

—Siendo así, podemos entendernos, si...

—Pero quiero un compromiso por escrito.

—¿Cómo? ¿No se fía de mí?

—No es el caso, pero los negocios son los negocios. Hoy estamos aquí... mañana no sabemos. Si por casualidades del destino faltara usted antes de dejarlo todo estipulado, sería muy desconsiderado por mi parte reclamarle a la señorita Paulet la ejecución de un trato que no habría cerrado ella.

—Aún me faltaría por conocer la forma que pretende conferir a este acuerdo, visto que usted califica así a un convenio fuera de toda regla.

—Basta con que no esté viciado de cualquier ilegalidad. Simplemente reconocerá, en un contrato redactado sobre papel timbrado, que en remuneración a los trámites emprendidos bajo sus órdenes me debe la suma de cien mil francos, que será abonada el día en que perciba la parte que le corresponde de la herencia de su hermano. Como ve, no hay nada inmoral. Los tribunales aprueban los compromisos contraídos a través de las agencias matrimoniales.

—Y además, si firmo, no podré llevarle a juicio —murmuró el señor Paulet—. ¿Eso es todo?

—¡Dios mío! Sí... salvo por una condición que no me cabe la menor duda que aceptará, y esta vez me conformaré con una promesa verbal.

—¿De qué se trata?

—Le pido que me dé su palabra de honor de que no hablará con nadie de nuestro pacto.

—¡Oh! Si no es más que eso... no tengo deseo alguno de alardear de ello.

—Sin necesidad de alardear, podría hablar con alguna de sus amistades... sin ir más lejos, con quien le ha pedido mi dirección.

—La persona que se ha interesado por su dirección no tiene nada que ver en esto —respondió el señor Paulet—. Mis asuntos no le interesan y no tengo el menor interés en hacerle partícipe de ellos.

—Le creo —replicó el señor Blanchelaine—, pero necesito cerciorarme.

—Supongo que no me estará exigiendo que adquiriera, sobre papel timbrado, el compromiso de guardar silencio.

—Le he dicho que con su palabra de honor será suficiente.

—Pues bien. Le doy mi palabra de honor.

—La acepto y cuento con ella. Ahora, ruego perdone mi atrevimiento si le pido que me diga el nombre de su amigo... ese que desea saber dónde vivo.

—¿Para qué? Usted no le conoce.

—Pero me encantaría hacerlo. Indudablemente precisará de mis servicios y yo vivo de mi profesión. Por eso necesito aumentar mi clientela.

—Totalmente comprensible. Le enviaré a ese caballero. Se trataría de encontrar a un moroso.

—Ésa es mi especialidad. Haré todo cuanto esté en mi mano, si su amigo tiene a bien contratarme. Será algún financiero, sin duda. Un hombre del pueblo no se dirigiría a una agencia para cobrar una deuda.

—No es un financiero; es un pintor.

—¡Un pintor! ¡Oh! Entonces ya sé quién es. Estaba con usted la otra noche en el palco del teatro de la Porte-Saint-Martin. Se trata de Paul Freneuse.

—¡Ah! —murmuró el señor Paulet harto sorprendido—. ¿Le conoce?

—Nunca nos han presentado, pero me han dicho quién es y a menudo le encuentro por la calle o en algún espectáculo. Es una persona que no se olvida fácilmente... un hombre esencialmente parisino. Goza de mucho talento y su reputación está a la altura de su valía.

—Entonces es inútil que entre en pormenores.

—Totalmente inútil. Con mucho gusto me pondría a su disposición si mis servicios pudieran serle de alguna utilidad. Pero le estaría muy agradecido si no me lo enviara.

—¿Por qué?

—Porque no creo que tenga serias intenciones de recurrir a mí. Un artista acreedor es algo raro. Pero un artista que persigue a un deudor... eso no se ha visto jamás. Tal vez a Freneuse se le haya pasado la idea por la cabeza, pero apuesto a que ya no persiste en ella y, si por casualidad lo hiciera, es muy probable que cambie de opinión. Yo no tengo tiempo que perder y prefiero no involucrarme en un asunto que únicamente me hará desperdiciar una mañana. Así pues, le ruego que si insiste en que le facilite mi dirección, le diga que la ha olvidado.

—Así será; le prometo que no se la daré. Ha hecho bien en advertirme pues se la habría dado en cuanto lo viera, cosa que sucederá próximamente. Pero, centrémonos en lo realmente importante. ¿Cuándo me entregará el certificado de defunción de la señorita Astrodi?

—Mañana o pasado mañana, a más tardar... siempre y cuando firme hoy el compromiso que garantice mi derecho a una comisión.

Y viendo que el señor Paulet no hacía ademán de coger la pluma que implicaría su responsabilidad contractual, Blanchelaine añadió:

—¿Qué teme usted? La redacción que le he propuesto no da lugar a la más mínima equivocación. Sólo deberá pagarme una vez haya recibido su parte de la herencia. Entre nosotros no hay malentendido posible... ni problema alguno. Tenemos intereses comunes que resolveremos fácilmente cuando alcancemos nuestro objetivo, y ese instante dichoso no tardará en llegar. En dos días será capaz de demostrar que la heredera del señor Francis Boyer no pertenecía al mundo de los vivos cuando la nombró beneficiaria de su fortuna, y antes de un mes entrará usted en posesión de su parte de la herencia.

Aquella agradable perspectiva, tan intencionadamente expuesta, hizo decidirse al señor Paulet. Se sentó en su escritorio, abrió un cajón y tomó una hoja de papel timbrada por la administración fiscal y redactó —con su escritura más refinada— su compromiso conforme a los términos indicados por el señor Blanchelaine, quien la leyó con suma atención para después guardarla en su cartera con evidente satisfacción.

—Ahora, caballero —dijo el tratante de herencias—, es como si usted tuviera medio millón más y yo cien mil francos que suponen para mi modesta fortuna más que quinientos o seiscientos mil para la suya. Sólo resta despedirme y rogarle que dé instrucciones a su servicio para que me reciban cuando me presente aquí de nuevo. Espero poder entregarle el acta de defunción pasado mañana, antes del mediodía. El resto es cosa suya.

—Muy bien. Le espero —murmuró el señor Paulet.

Acompañó al negociador, que salió sin pronunciar una palabra más, y regresaba pensativo a su despacho cuando un ligero ruido le hizo levantar la cabeza.

Su hija Marguerite acababa de abrir la puerta que comunicaba con el salón y permanecía en el umbral del despacho.

—¿Puedo entrar? —preguntó sonriente.

—Sí, estoy solo —respondió el señor Paulet.

—Desde hace diez segundos. Pensé que ese caballero no se iba a ir nunca.

—¿Sabías entonces que estaba reunido con alguien?

—Acabo de verle. Además, cuando iba a entrar escuché dos voces, así que decidí esperar.

—Al menos espero que no hayas estado escuchando detrás de la puerta.

—No precisamente. Pero tengo el oído muy fino y hablaban ustedes muy alto.

—¿Y has comprendido el motivo de nuestra reunión?

—No mucho. Sólo pude escuchar al vuelo un nombre.

—¿Qué nombre?

—El de Paul Freneuse, lo cual me sorprendió enormemente. ¿Qué le dijo ese caballero sobre él?

—¡Eres muy curiosa!

—No; no mucho. Estoy segura de que no se trata de ningún secreto.

—Te equivocas. Son negocios que no te incumben.

—Entonces, ¿tiene negocios con el señor Freneuse?

—Marguerite, me aburres. Dime lo que tengas que decirme y déjame solo.

—Quería preguntarle si la reclusión que me impone desde hace cuatro días llegará pronto a su fin.

—¡Cómo! ¿Reclusión? ¿Acaso he cerrado con candado tus dependencias? ¿No tienes libertad de acción, como siempre?

—¡Dios mío! Ya sé que no estoy bajo arresto como si de un insubordinado alférez se tratara. Puedo ir y venir de un extremo a otro de mis aposentos; nada me impide asomarme a la ventana para ver pasar a las gentes que transitan por la rue de la Ferme-des-Mathurins... por donde no pasa nadie, dicho sea de paso. Y si dicho espectáculo recreativo no fuera suficiente distracción, bien podría salir con la señorita Betsy, mi institutriz, que me acompañaría a dar un paseo por los Campos Elíseos y a comer dulces en la pastelería inglesa de la rue de Rivoli.

—¿Qué más quieres entonces? —preguntó el señor Paulet, encogiendo los hombros—. ¿Piensas que puedo organizar cenas o llevarte al teatro estando de luto... un luto tan reciente? Mi hermano acaba de morir, como bien sabes.

—Ha muerto a doscientas leguas de aquí, y sin que le hubiera visto en mi vida. Usted no me exige que me sienta afligida con toda razón, pues me resulta imposible fingir un dolor que no siento.

—Lo comprendo... ni siquiera yo puedo sentirme obligado a llorar por ese desgraciado de Francis, que no dio señales de vida en años y que hizo cuanto pudo para desheredarme. Pero existen unas convenciones sociales que nadie puede eludir. Si no las respetara, todo el mundo lo condenaría.

—¡Oh! No le pido aparecer en sociedad. También yo me ajusto a los usos sociales. Como ve, voy de luto riguroso... y de lana, como a usted le agrada. Pero las costumbres también son permisivas. No creo que haya impedimento alguno en visitar a nuestras amistades.

—En absoluto... Pero no sabía que mis amigos fueran capaces de divertirte.

—Es cierto que tiene usted muchas amistades que no me divierten en modo alguno. Pero creo recordar que la otra noche, en el teatro de la Porte-Saint-Martin, le prometió al señor Paul Freneuse que visitaríamos su estudio.

—¡Ah! ¡Ah! Así que ahí querías llegar, ¿eh, pillina? Podías haberme dicho francamente que ardías en deseos de ir.

—Entonces, ¿no ve inconveniente?

—Inconveniente, no... no precisamente. Ese joven es un buen muchacho; no tiene los defectos de los artistas... de lo contrario, no le recibiría en mi casa. Y ya que le he dicho que le visitaríamos, iremos... uno de estos días.

—¿Por qué no ahora?

—Porque espero de un momento a otro la visita del notario que ha revisado el

testamento de mi hermano.

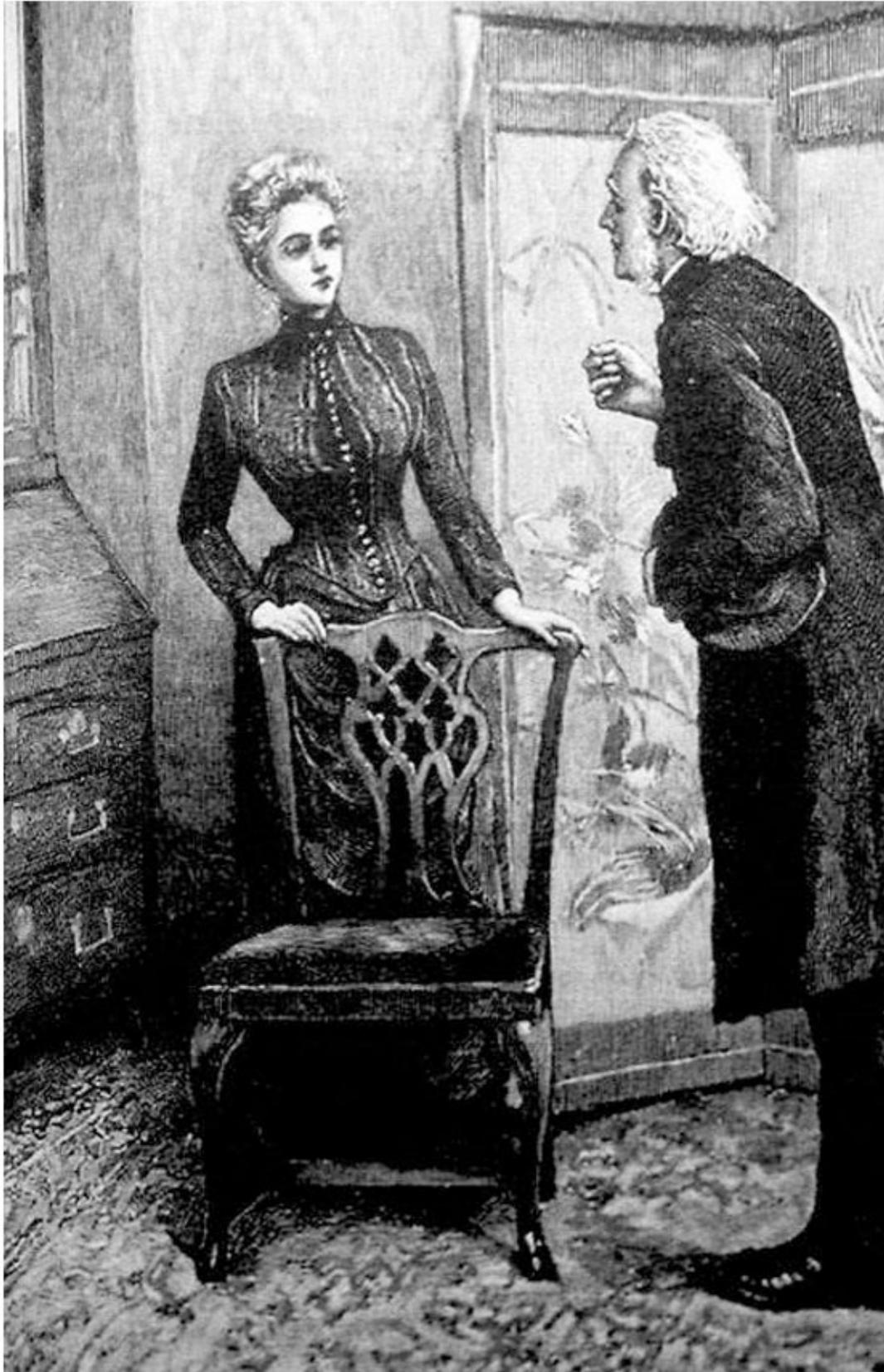
—¿Cómo? ¿El notario viene a París? Creía que el señor Boyer le había desheredado.

—Era su intención, pero ha surgido una eventualidad que... es muy largo de explicar y además tú no entiendes de negocios. Confórmate con saber que todo marcha bien. Yo te dejaré una espléndida fortuna y no vas a perder, como me temía, la de tu tío. Serás más rica de lo que yo imaginaba, mi pequeña Marguerite — concluyó el señor Paulet, frotándose las manos.

—¡Tanto mejor! Así podré casarme con quien quiera —exclamó la joven—. Tendré dinero de sobra por los dos.

—Bien, comprendo. Es eso, ¿verdad? ¿Se te ha metido en la cabeza casarte con Paul Freneuse?

Marguerite se ruborizó ligeramente, pero no se turbó en absoluto.



—Bien, ¿y si así fuera? —dijo ella—. No me ha prohibido pensar en el señor Freneuse.

—Desde luego que no —respondió el señor Paulet—. Incluso podrías agregar que, recibiendo a ese joven como lo hice, te di a entender que no me disgustaría

concederle tu mano... si me la pidiera.

—Se la pedirá, padre.

—¿Cómo estás tan bien informada de sus intenciones?... ¡Ah! Ahora caigo... la otra noche, en el teatro, os dejé a solas un momento y aproveché mi ausencia para declararse. Debería haberse dirigido a mí en primer lugar... es la regla en estos casos. Está claro que los artistas se sienten autorizados para actuar de un modo distinto al resto.

—Pero, padre, le aseguro que el señor Freneuse no me hizo declaración alguna.

—Entonces, ¿cómo estás al corriente de sus proyectos?

—No sería una mujer de verdad si no los hubiera adivinado.

—Y tú, ¿has alentado sus intenciones?

—¿Alentado? No... eso sería ir muy lejos. Pero no le he desalentado.

—Entonces, ¿le amas?

—Me gusta mucho —murmuró Marguerite, bajando la mirada.

—No me has respondido —dijo el señor Paulet, a quien no le gustaban las ambigüedades—. Las jóvenes sois ciertamente desconcertantes; en cuanto os hablan de matrimonio os creéis en la obligación de adoptar un aire de ingenuidad, y ya no se os puede sonsacar una palabra sensata. ¡Venga! Habla claro. ¿Amas o no a Freneuse?

—¿Quiere saber la auténtica verdad? —preguntó Marguerite tras vacilar un instante.

—¡Por supuesto! ¿A quién se la vas a decir sino a tu padre?

—Pues bien, no sé si le amo o no.

—¡Ya estamos otra vez! Creo que te burlas de mí. Es imposible que no conozcas tus propios sentimientos.

—Tal vez resulte extraño, pero es así. Usted me pregunta si le amo... En primer lugar, debería explicarme qué entiende usted por amar.

—¡Ah! ¡Si piensas que te voy a dar un curso sobre esta materia...! En fin, ¿te casarías de buen grado con Paul Freneuse?

—Sí, con mucho gusto. Y de todos los hombres que me ha presentado es el único que aceptaría como marido.

—¡Enhorabuena! Ahora está claro —exclamó entre risas el señor Paulet—. No hacía falta dar tantos rodeos para abrirme tu corazón. Has elegido a ese joven sin haberme consultado; pero no te reprocho la elección. Le he estado estudiando desde que le recibí; me he informado sobre él y, ahora que le conozco bien, creo que podría convenirte. No tiene fortuna, su padre no le dejó nada... pero gana mucho dinero y sé que no es hombre de derrochar. El ahorro es una cualidad excelente en un joven... es una garantía de sensatez y, cuando uno se conduce en la vida como él lo hace, se está absolutamente preparado para contraer matrimonio. Estoy convencido de que te hará feliz.

—El dinero no da la felicidad —susurró Marguerite.

—No siempre, pero contribuye a ella considerablemente —replicó el padre, que

era un hombre sumamente práctico—. Por lo demás, sobre esta cuestión el asunto está zanjado. Con tu dote y los ingresos que Paul Freneuse obtiene con sus cuadros seréis muy ricos. Te atraerá físicamente, pues es un joven muy agraciado. Además es inteligente y tiene buenos modales. Sólo queda saber si su carácter encaja con el tuyo.

—¿Cómo quiere que lo sepa? No conozco su personalidad al igual que él desconoce la mía.

—Sin embargo, os habéis encontrado en varias ocasiones.

—En sociedad, sí; pero no es precisamente ahí donde uno muestra sus defectos.

—Obviamente. Y, a pesar de ello, los matrimonios no se conciertan de otro modo. A menos que se pongan a prueba, lo cual es inviable, debe uno fiarse de las apariencias. Yo mismo confié en tu madre al casarme, y me fue muy bien con ella. No la había visto más de diez veces antes del matrimonio, mientras que tú...

—Yo soy más exigente. Me gustaría conocer a mi marido a fondo... entrar en su vida.

—¡Diablos! ¡Como si fuera tan fácil!

—Hay un modo muy sencillo.

—Indícamelo; me harás un gran favor.

—¿Acaso ha olvidado que el señor Freneuse se ha ofrecido a pintar mi retrato?

—No, pero no veo...

—Un retrato no se termina en un día. Son necesarias muchas sesiones.

—¿Y bien?

—¡Pues bien! Si voy a posar en su estudio, sabré lo que allí acontece.

—Pero imagino que en el estudio de Paul Freneuse no sucede nada inapropiado. De lo contrario cerraría las puertas de mi casa a ese joven. ¿Tal vez te han informado de que lleva una vida disoluta?

—No, pero sé que recibe allí a modelos.

—Naturalmente. Creo que para pintar son necesarias.

—En este momento, por ejemplo, está finalizando un cuadro que representa a una muchacha.

—Una muchacha que cuida cabras. Curiosa temática ha elegido. ¿Por qué no una cuidadora de gansos, ya puestos? Estos artistas tienen unas ideas verdaderamente extravagantes. Pero ¿qué más da eso?

—Al parecer, la italiana que posa como modelo es de una hermosura extraordinaria. El señor Freneuse me ha hablado de ella con admiración... con entusiasmo.

—¡Bueno! ¿No pensarás que está enamorado de esa criatura?

—No digo tal cosa, pero siento curiosidad por verla.

—¡Disculpa! ¿No estarás pensando en conocerla, espero? Esas muchachas que llegan a París para posar en los estudios de los pintores son personas poco recomendables, y me gustaría creer que si Freneuse llegara a pintar tu retrato, se las arreglaría para que no tuvieras que coincidir con su cabrera.

—Yo también lo creo, padre, pero eso no probaría nada... Antes al contrario.

—¡Ah! ¿Estás celosa? Ignoraba que tuvieras ese defecto.

—Porque hasta hoy jamás había tenido la ocasión de mostrarlo. Todos los hombres me resultaban indiferentes.

—Y ahora se han vuelto las tornas. Te agrada, y yo no tengo nada que objetar; es más, pretendo que sea mi yerno. Pero la verdad es que los celos se han despertado en ti demasiado pronto. Espera al menos a estar casada con él.

—Lo uno no impide lo otro —replicó la señorita Paulet con una sonrisa—. ¿Qué quiere que le haga? Soy así y no puedo cambiar. Sé que no es muy usual que una joven se preocupe por el tipo de vida que lleva antes del matrimonio el hombre con quien se desposará, pero yo quiero saberlo y siempre mantendré que no estoy equivocada.

—En principio, no; pero tengo curiosidad por saber cómo piensas averiguarlo. Haría falta ser un pajarillo para vigilar a un hombre sin que éste se diera cuenta... y ni siquiera los pajarillos pueden entrar en los talleres de los pintores. ¿Piensas que sabrás a qué atenerte respecto a sus costumbres cuando te lleve a su casa?

—Tal vez. Tengo buen ojo y advertiría cosas que a usted se le escaparían. Por ejemplo, si encontramos allí a la italiana, sabré enseguida si únicamente la aprecia como modelo.

—Yo mismo puedo responderte. Esas cazafortunas de enaguas rojas no pueden seducir a un joven distinguido. Y los artistas son más difíciles de engatusar que un simple burgués. ¡Han visto tantas cosas!

—Sin embargo, puede ocurrir. ¿No me ha dicho usted que mi tío...?

—Tu tío no era como los demás.

—Necesito la plena certeza de que el señor Freneuse no es como él. Y para asegurarme es preciso ante todo que compruebe si la cabrera de los Abruzos es tan bella como él afirma.

—Muy bien, pero se guardará de llamarla cuando nosotros estemos allí, como es lógico.

—Precisamente por ello quiero sorprenderle. Sabe que acabamos de perder a su hermano; pensará que está usted absorbido por el papeleo de la herencia, y no esperará nuestra visita. Hoy el tiempo es espléndido. Un día excelente para pintar; no perderá la oportunidad de avanzar en su cuadro, pues va con retraso y la Exposición se inaugura el uno de mayo. Estoy segura de que su modelo estará allí. Y esta es la hora de la sesión. Así pues, si usted quiere podríamos dar un paseo que nos conduzca, por casualidad, hasta la plaza Pigalle.

—Y llamar a la puerta de su estudio sin remilgos. ¡Hum! Creo que sería un paso arriesgado. En primer lugar podría suceder que no nos abriera la puerta, y estaría en todo su derecho ya que no le hemos avisado. Además, he oído que los artistas no abren jamás cuando tienen una sesión con una modelo por temor a arruinar la pose.

—Cuando lleguemos a su puerta le hablaré en voz alta, padre. Reconocerá mi voz

y se dignará a abandonar sus pinceles para recibirnos. Si decidiera dejarnos fuera, no perdonaría su conducta. ¿Trato hecho, padre? Mire, ya estoy lista para salir. Únicamente debo ponerme el sombrero y la capa. Y usted también. No ha pisado la calle en tres días. Un poco de aire fresco le sentará bien.

—¡Ni hablar! ¡Ni hablar! —exclamó el señor Paulet—. ¿Y el notario de provincias que espero de un momento a otro?

—¿El notario? —repitió Marguerite con desdén.

—Por supuesto, sí —dijo el señor Paulet—. Tiene que entregarme la copia del testamento de mi hermano, y debes comprender mi ansiedad por verlo. Los telegramas que me ha enviado son demasiado lacónicos. Le divierte redactarlos en francés macarrónico para ahorrarse palabras. Estos provincianos son tan estúpidos...

—Si hubiera llegado hoy a París ya habría venido a verle. Los trenes llegan por la mañana y por la noche, y si el notario no ha llegado esta mañana, ya no lo hará hoy.

—Los trenes expresos... pero supongo que habrá tomado un tren ómnibus... siempre para ahorrar. Por aquellas latitudes no conocen la máxima británica: el tiempo es dinero... ¿Cómo lo dices tú en inglés?

—*Time is money*, padre. Y para poner la máxima en práctica voy a terminar de vestirme. Si ese caballero llegara inesperadamente mientras usted está fuera, su ayuda de cámara vendría a buscarnos; únicamente debe darle instrucciones y la dirección del señor Freneuse.

—Buena idea. Siendo así, puedo ausentarme una hora sin ningún inconveniente.

—Incluso dos —murmuró la señorita Paulet, que contaba con prolongar su visita al estudio.

—Pero —continuó su padre—, ¿qué excusa alegaremos para dejarnos caer por la casa de Freneuse sin previo aviso?

—Para empezar creo que no necesitamos pretexto alguno. Nos ha invitado en varias ocasiones a su estudio para ver su cuadro.

—De acuerdo; pero cuando invitas a alguien, agradeces saber por adelantado el día que realizarán la visita, a fin de prepararte para poder recibirles adecuadamente. Freneuse no estará contento de enseñarnos un estudio desordenado.

—Pero yo quiero sorprenderle.

—Entonces tendremos que explicarle por qué nos presentamos sin aviso, y como no puedes confesarle el verdadero motivo...

—Le dirá usted que vamos por mi retrato. Se ofreció a comenzarlo cuando yo quisiera.

—¡Hum! ¡Es grave, muy grave! —exclamó el señor Paulet sacudiendo la cabeza.

—¿Qué es muy grave?

—No has pensado que si acepto su proposición podría considerarlo como un compromiso por mi parte de concederle tu mano.

—¿Por qué? Su trabajo es hacer retratos, pues es pintor. Y no sería el primero. El año pasado pude ver un retrato suyo en el Salón... el retrato de una mujer,

precisamente... y era una obra maestra.

—Es probable que le hayan pagado por él... y mucho. ¿Crees que consentiría en ser remunerado por el tuyo?

—No... no lo creo.

—Entonces será como si recibieras un regalo de una decena de miles de francos. Sus retratos se venden a ese precio, lo sabes... Ahora bien, una joven decente sólo puede aceptar regalos de su prometido.

—De acuerdo. Si no llegara a casarme con el señor Freneuse le compraría usted mi retrato. De ese modo no se sentiría en deuda con él.

—Se negaría a vendérmelo; acabas de decirlo tú misma. Y tu imagen permanecería colgada en las paredes de su estudio. ¡Fantástico!

—No me sometería a semejante humillación, estoy segura. Por otro lado, espero no descubrir nada en su casa que me obligue a no seguir adelante, objetivo...

—Que tú desees, confiésalo, y que yo apruebo. Al igual que tú, espero que tenga éxito; sin embargo, no podemos prever el desarrollo de los acontecimientos, por lo cual debemos sopesar todas las opciones.

—Considero todas las alternativas, pero quiero intentarlo. Correré el riesgo.

—Debes tener en cuenta, además, que no es el mejor momento para comenzar las sesiones con Freneuse. Si acepta pintar tu retrato no podrá terminar su cuadro a tiempo para la Exposición.

—Que es precisamente lo que pretendo.

—Porque en ese caso se verá obligado a despedir a la italiana que le sirve de modelo. Ciertamente, querida, no te reconozco.

—Eso es porque, ciertamente, he cambiado —dijo la señorita Paulet con determinación.

—¡Vamos! Es evidente que has perdido la cabeza por ese muchacho. Si me opusiera lo convertirías en una tragedia. Ve a ponerte el sombrero, y mientras daré instrucciones a François.

Marguerite no se lo hizo repetir dos veces. Sabía muy bien que cumpliría su propósito, y su doncella la esperaba para darle un último retoque a su vestuario.

El padre se había acostumbrado a ceder y, además, estaba de buen humor desde que el señor Blanchelaine le había anunciado la muerte de Bianca Astrodi, por lo que tomó la resolución de buen grado.

Dio órdenes expresas de hacer esperar al notario en el caso de que se presentara, y acudir inmediatamente a avisarle de la llegada de aquel importante personaje.

Diez minutos después, el señor Paulet y su hija, cogidos del brazo, se encaminaban a pie hacia la plaza Pigalle.

VI

Desde la representación de *Les Chevaliers du Brouillard*, Paul Freneuse vivía como un ermitaño o, lo que es igual, como un artista que lleva un considerable retraso en el cuadro que debe enviar al jurado, y que trabaja con tesón por miedo a no llegar a tiempo a la inauguración del Salón.

La primera jornada había sido dura. Su caza al hombre le rondaba por la cabeza. Se reprochaba el haber vuelto con las manos vacías y decidió reiniciar la búsqueda en cuanto se presentara la ocasión.

También pensaba —más de lo debido— en la señorita Paulet y, cuando tomaba posición ante su caballete, la imagen de la hermosa Marguerite, evocada por su imaginación de pintor enamorado, se interponía continuamente entre sus ojos y el lienzo.

Este hecho sólo ocurrió en la primera sesión. Desde la segunda, la pasión del arte triunfó. Los recuerdos de la carrera en el coche de punto se disiparon, los fantasmas se esfumaron y su único pensamiento consistía en crear una obra maestra.

Era un buen momento para terminarla.

El señor Paulet, imposibilitado por su duelo, demoraría aún algún tiempo su proyecto de visitar el estudio, idea que había surgido en la conversación de forma vaga. Lo cierto es que jamás recibía a nadie en su estudio.

Freneuse le había entregado su tarjeta y no temía ser perturbado por ese lado.

Y para colmo de su buena suerte, Binos no había vuelto a rondar por la casa de su amigo. Binos, que se pasaba la vida holgazaneando en su estudio y fumando sus interminables pipas, se había vuelto invisible.

Freneuse no sentía inquietud alguna por él. Pensaba que su fantasioso amigo habría plantado su tienda de campaña en el *Grand-Bock* o en algún otro acogedor tugurio, a no ser que estuviera jugando a ser policía siguiendo los pasos de los autores del crimen del ómnibus.

Freneuse sabía que volvería cuando tuviera novedades que anunciarle o, mejor aún, cuando se agotara su crédito en los cafés donde bebía a cambio de su palabra.

Y Freneuse no lamentaba su ausencia en absoluto, pues Binos era una compañía insoportable para un artista diligente.

Binos no estaba nunca quieto, lo tocaba todo y no podía estar más de un minuto sin hablar. Se lanzaba a teorías interminables, aderezadas con extravagantes paradojas que habrían sacado de quicio al hombre más paciente, y no había modo de hacerle callar.

Desde que Freneuse no tenía detrás a aquel agitador criticando su trabajo, el cuadro avanzaba dos veces más rápido.

Las sesiones diarias de Pia duraban cinco horas. Llegaba antes del mediodía y no

se iba hasta bien entrada la tarde. Y posaba con una dedicación y perseverancia ejemplares. Jamás un movimiento, una palabra. Nunca reclamaba un descanso. Debía ser Freneuse quien insistiera para que ella consintiera en levantarse de su escabel y relajarse de su fatigante inmovilidad.

En otro tiempo mostraba mayor agitación. Aprovechaba cada interrupción de la sesión para desentumecer las piernas y desatar la lengua.

Encontraba un placer extremo en inspeccionar el estudio, y para ella era una verdadera aventura cada vez que realizaba un descubrimiento, alzando los lienzos a medio terminar que Freneuse volteaba contra la pared, lanzando exclamaciones de alegría cuando reconocía a la modelo que había posado para ellos, encontrando parecidos inesperados, planteando preguntas inteligentes y gorjeando como un pájaro.

Pero su alegría se había ido apagando poco a poco, y hacía días que la infeliz muchacha parecía haber cambiado absolutamente de carácter.

Ya no cantaba ni corría por el estudio. Una vez abandonaba el incómodo asiento donde la retenían las exigencias de la pose, se dirigía tristemente a sentarse en un rincón sobre un taburete bajo, y permanecía allí silenciosa, inmóvil, con los codos apoyados en las rodillas y el mentón descansando sobre sus manos.

En un principio Freneuse no se percató de su cambio, absorto como estaba ultimando los retoques finales; pero, el tercer día, advirtió que Pia tenía los ojos llorosos y le preguntó sobre el motivo de su aflicción.

La niña respondió que echaba de menos a Mirza, pues acababa de conocer su trágico final; Freneuse se negaba a creer que la causa de su llanto fuera el desgraciado angora asesinado por Binos. Pero, como el tiempo se le echaba encima, renunció a hacerla confesar, prometiéndose a sí mismo interrogarla a fondo una vez terminara el cuadro.

Por desgracia, durante la quinta sesión tras la muerte del gato se vio obligado a reconocer que Pia no era capaz de mantener la pose y le dijo:

—Pequeña —suspiró mientras la miraba fijamente—. Esto no va bien. Ahora mismo pareces una virgen en un sepulcro o una Magdalena en el desierto^[48], pero no una pastora de Subiaco. ¡Vamos! Mi niña, no creo que tuvieras esa cara de funeral cuando cuidabas cabras allá en tu país.

—En Subiaco —dijo la pequeña, en un tono tan bajo que apenas se le escuchaba— no tenía penas.

—¿Y qué penas puedes tener aquí? —exclamó Freneuse—. ¿Acaso sufres mal de amores?

—Sabe muy bien que no se trata de eso.

—Bueno, me has dicho que no tienes enamorado, y te creo. Eres demasiado inteligente como para interesarte por los muchachos que frecuentan la casa de Lorenzo o la plaza Pigalle. ¿Qué te ocurre entonces?

—Nada, señor Paul.

—No me digas eso. Te conozco. Eres para mí como un libro abierto, y te digo que

no eres la misma. Ya no ríes, no eres capaz de mantener la cabeza alta, y esa languidez de tus brazos... como si estuvieras posando para una estatua doliente. Así no puedo crear algo bueno. Si continúas gimoteando fracasaré con mi cuadro. Mi pastora debe tener la apariencia de la hija de un bandido que acaban de fusilar. Pequeña, sólo hay un modo de que vuelvas a ser tú misma. Cuéntame tus penas. Te aliviará y yo encontraré una solución. Venga, habla. ¿Ese padre Lorenzo, el que te aloja, te ha molestado?

—No. Casi siente respeto por mí desde que usted me recomendó. Jamás sube a mi habitación sin mi permiso.

—Muy bien. Le *recompensaré* la próxima vez que le vea, que será muy pronto. Y tú, ¿necesitas dinero?

—¡Oh, no! Gano en su estudio el doble de lo que puedo gastar.

—¿Añoras tu país? ¿Echas de menos la montaña?

—¿Y qué haría allí ahora? No hay nadie que me espere —murmuró la joven.

—Es verdad —dijo Freneuse conmovido—. Eres huérfana.

—Mi madre murió el año pasado.

—¿Nunca conociste a tu padre?

—Le vi cuando no era más que una niña. Apenas le recuerdo.

—Era francés, ¿verdad?

—Eso me dijeron. Mi madre jamás hablaba de él.

—¿No tienes más parientes?

—Sí, una hermana. Creía que ya lo sabía.

—Sí, ahora recuerdo que me dijiste que había abandonado Subiaco cuando tenía doce años. Era mayor que tú.

—Yo tenía nueve años.

—¿Y tu madre la dejó marchar?

—Mi madre era muy pobre y no podía mantenerla.

—¡Hum! Mi compatriota se comportó de un modo infame. No se abandona a una mujer y a su hija, si se tiene corazón.

—Yo me ganaba la vida cuidando cabras —continuó Pia, sin replicar aquella severa pero justa apreciación sobre la conducta de su padre—. Mi hermana era más sensible que yo. No habría podido soportar la miseria. Tenía una bonita voz y un buen día visitó nuestra casa un maestro de canto en busca de pupilas. Le propuso darle clases de música y, con el tiempo, conseguirle un trabajo en una compañía de ópera. Ella le siguió.

—¿Y no volviste a saber de ella?

—Escribía todos los años a un hombre de Subiaco que nos daba noticias de ella. Mi madre no sabía leer... y yo aprendí a hacerlo aquí, en Francia... gracias a usted.

—Y bien, ¿qué fue de tu hermana? Nunca pensé en preguntarte por ella. ¿Ha hecho carrera en el teatro?

—Ha cantado en varias ciudades de Italia. El otoño pasado estuvo en Milán...

cantando en la Scala.

—¿Como *prima donna*?

—No, como corista.

—¡Diablos! Entonces no será millonaria precisamente. ¿Cómo sabes todo esto si ya no vives en Subiaco?

—Le escribieron desde allí que mi madre había muerto y que el viejo Lorenzo me había traído a París. Allí todo el mundo conoce a Lorenzo y saben dónde vive. Hace seis semanas recibí una carta de mi hermana, una carta remitida a rue des Fossés-Saint-Bernard. La primera vez en mi vida que alguien me escribía.

—Pero no será la última. Imagino que le enviaste una carta de respuesta.

—Sí, una vez. Y luego recibí una segunda carta de ella anunciándome que vendría a París.

—¡Ah! ¡Bah! ¿Y vino?

—Sí, hace un mes.

—¿Cómo, pequeña? ¿Por qué me lo ocultaste?

—Mi hermana me prohibió hablar de ella. No quería que nadie supiera que estaba aquí.

—Pero ¿tú la veías?

—Ésa es precisamente la causa de mi llanto —dijo hecha un mar de lágrimas.

—¿Cómo? ¿Ya no la ves? —exclamó Freneuse—. ¿Os habéis enfadado?

—¿Enfadado? ¡Oh, no! —suspiró la italiana—. Nos queremos mucho... como dos hermanas que se han quedado solas en el mundo.

—Bien, entonces... ¿por qué habéis dejado de veros?

—Porque no ha vuelto a mi casa.

—Y, ¿qué te impide ir a la suya?

—Nunca supe dónde vivía.

—¡No es posible! ¡Ah! ¡Esto sí es extraño! ¿Cómo? ¡Tu hermana viene a París expresamente para reencontrarse contigo y no te da su dirección! En primer lugar, podría haberse alojado contigo.

—No; la casa del señor Lorenzo no le convenía. A mí no me importa porque no soy más que una niña, pero mi hermana tiene dieciocho años y es muy bella.

—¿Crees que tú eres fea? Aunque no se trata de eso. Puedo entender que no haya querido alojarse en ese campamento de la rue des Fossés-Saint-Bernard, pero no es razón para ocultar su dirección.

—Tenía un motivo... que ella no me confió y yo no le pregunté. Únicamente sé que no quería recibir a nadie.

—En fin, ¿ella iba a verte?...

—Sí, todas las tardes.

—¿Por qué de tarde?

—Porque sabía que durante el día posaba para usted.

—¡Ah! ¿Le hablaste de mí?

—¡Oh! Muchas veces.

—Y ella, ¿de qué te hablaba?

—De nuestra madre, de nuestra infancia, de nuestro país...

—¿Añoraba vuestro país?

—Sí; me dijo que su mayor anhelo era vivir allí conmigo.

—¿Habría renunciado al teatro?

—Sin remordimiento alguno. El oficio de cantante no le gustaba.

—Y tú, ¿renunciarías a posar?

—No lo sé —murmuró la niña bajando la mirada.

—Sin embargo, tarde o temprano tendrás que renunciar. No puedes pasarte la vida corriendo de un estudio a otro. Te casarás.

—No quiero casarme —dijo Pia vivamente.

—¡Bueno! Ya cambiarás de opinión. Volvamos a tu hermana. Al menos te habrá explicado el motivo de su viaje a París. No será para subirse a las tablas de un escenario, supongo, dado que no sentía vocación por el teatro.

—¡Oh, no!

—¿Por qué, entonces?

—Me hizo jurar que no se lo diría a nadie.

—¡Diablos! ¡Debe tratarse de un gran secreto! ¿Te prohibió que me lo revelaras a mí?

—No hablé de usted. No sabía que usted me permitía hablar durante las sesiones.

—Entonces no sabía que soy tu amigo. Si lo hubiera sabido habría hecho una excepción en mi favor. No quería que el padre Lorenzo conociera sus proyectos. Es comprensible. Pero yo no soy Lorenzo... ni siquiera soy italiano... y estoy convencido de que me habría juzgado digno de recibir sus confidencias. Deberías haberla traído al estudio.

—Jamás me hubiera atrevido.

—¡Bueno! Pero ahora que te preocupa saber qué ha sido de ella, podrías contarme el motivo de su visita a Francia. Tal vez me ayude a encontrarla.

—Creo que tiene razón...

—Puedes creerlo... ¡y no desconfías de mí, espero!

—¡Oh, no!

—Bien, habla entonces. De todos modos, casi he adivinado tu secreto. Tu hermana estaba buscando a alguien, ¿verdad?

—Sí.

—Si supiera de quién se trata no tendría que actuar a ciegas. Conozco a mucha gente, y si tu hermana se hubiera dirigido a mí tal vez le hubiera podido dar alguna indicación.

—¿Promete que guardará el secreto?

—¿A quién diablos quieres que se lo cuente? De todos mis amigos únicamente Binos te conoce, y no tengo intención de convertirlo en mi confidente. Es un

charlatán y, además, no me sería de ninguna utilidad. Se pasa la vida en los cafés, y no creo que encontremos allí a la persona que buscaba tu hermana.

—No, señor Paul, no le encontraríamos allí... porque la persona que buscaba mi hermana es... nuestro padre.

—¡Vuestro padre! —repitió Freneuse, que no se esperaba en absoluto aquella declaración—. ¡Ah! Sí, es cierto. Era francés. No había caído en la cuenta. Pero me has dicho hace un momento que apenas lo habías visto.

—Mi hermana lo recuerda perfectamente. Tiene tres años más que yo y, cuando abandonó a nuestra madre, ya tenía edad para comprender.

—Entonces te habrá explicado lo sucedido... y por qué vuestro padre se desentendió de sus hijas. Entre nosotros, obró muy mal, pero nunca renegó de su paternidad... y durante un tiempo os trató como hijas.

—No guardo más que una vaga impresión de aquellos tiempos. He sabido que vivíamos en Roma y que diariamente íbamos a visitarle a una antigua casa en una plaza más pequeña que la plaza Pigalle, frente a una gran escalinata en lo alto de la cual había una iglesia con dos torres.

—¡Vaya! La plaza de España, a los pies de la escalinata de la Trinidad de los Montes. ¿Y dejasteis de ir de un día para otro?

—Sí. Se fue repentinamente... regresó a Francia..., entonces volvimos a Subiaco. Mi madre podría haber continuado ganándose la vida posando por los estudios... ¡Era tan hermosa! Pero no quiso hacerlo... y nos llevó a la montaña...

—¿Y de qué vivíais allí?

—Mi madre había ahorrado algo de dinero, muy poco... ejerciendo de modelo para los pintores.

—¿Cómo? ¿Tu padre no le dejó nada?

—No... nada.

—Es abominable.

—Mi hermana sostiene que no pudo hacerse cargo de nosotras porque era un hombre pobre.

—¡He aquí una bonita razón! Tendría una posición holgada si viajó desde Francia a Italia para estudiar pintura. Aunque no estuviera en condiciones de asumir vuestra manutención, no debería haberos dejado en la miseria. ¡Sólo Dios sabe cuánto habréis sufrido! ¡Al menos tendríais un techo!

—Mi madre alquiló una cabaña que ningún pastor quería en las afueras de la aldea. Iba a la fuente a hacer la colada de dos o tres familias ricas. Mi hermana y yo cuidábamos los rebaños.

—¿Y vuestro padre nunca dio señales de vida?

—No. Una vez el párroco le dijo a mi madre que le habían escrito desde Francia para preguntarle si aún vivíamos en Subiaco. Ella le pidió que le respondiera que habíamos abandonado la aldea. ¿Lo hizo? Nunca lo supimos.

—Así que la desdichada mujer no quería saber nada de él. Sin duda la había

ofendido terriblemente. Debía maldecirle.

—Jamás una palabra de amargura salió de sus labios. Es más, nunca pronunció su nombre en mi presencia.

—¿Pero tú lo sabes... su nombre?

—Mi hermana lo sabe.

—¿Y no te lo ha dicho?

—No se lo pregunté. Me di cuenta de que le costaba mucho hablar de él. Cada vez que yo hacía alusión al motivo de su viaje a París se echaba a llorar.

—Pequeña, lo que me cuentas es asombroso. Pero no es el momento de profundizar en tu historia. Tenemos que encontrar a tu hermana. ¿Qué día dejó de ir a tu casa?

—El miércoles pasado. La estuve esperando toda la tarde, pero no apareció.

—¿Y la habías visto la víspera?

—Sí, señor Paul. Se quedó en mi casa más tiempo del acostumbrado y, cuando se disponía a marcharse, me dijo que vendría a visitarme al día siguiente.

—¿Por qué medio se desplazaba a tu casa? —preguntó Freneuse tras un momento de reflexión.

—Bueno... a pie, creo... y también volvía caminando... no era rica.

—Y probablemente no vivía muy lejos de ti. ¿No la acompañabas nunca?

—No. Me lo había prohibido.

—¿Y jamás la encontraste por la calle?

—No. Salgo muy poco... y para venir y volver de su estudio tomo el ómnibus.

—Dime, pequeña, ¿tu hermana se vestía al estilo tradicional de Subiaco?

—¡Oh! No, señor Paul. Desde que comenzó a cantar en los teatros de las grandes ciudades de Italia se vestía a la francesa.

Freneuse tenía la intención de continuar con sus preguntas sobre las costumbres de la hermana desaparecida, pero un ruido singular atrajo su atención.

Estaban arañando suavemente la puerta y, a continuación, se escuchó un lastimero maullido.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Es Mirza! —exclamó la niña.

—¿Mirza? —repitió Freneuse—. ¡Vamos! Sabes que está muerto. Los gatos no resucitan.

—Pero es un gato. Escuche, ¡está arañando la parte baja de la puerta!

Un segundo maullido, más lastimero aún que el primero, hizo que se sobresaltara.

—El pobre animal, muerto de hambre —continuó ella—. ¿Puedo abrir?

—¡Por supuesto! Si no se trata del alma de mi angora que vuelve del más allá, tendremos un nuevo compañero. Se ha vuelto muy aburrido estar aquí desde que no está Mirza. Estaba decidido a comprar un loro o un papagayo, pero prefiero un gato. Es menos irritante, y ya que la Providencia me envía uno...

Pia estaba ya junto a la puerta; pero, apenas la abrió, retrocedió lanzando un grito de sorpresa, casi de pavor.

Binos se hallaba de pie frente a ella, con el sombrero hacia atrás, las manos en los bolsillos de su pantalón, la mirada burlona y la pipa en la boca.

—¿Cómo? ¿Eres tú? —exclamó Freneuse—. ¿Qué significa esta estúpida chanza?

—Querido amigo —respondió el bohemio pintor deslizándose dentro del estudio —, suponía que estarías enfadado conmigo. Si simplemente hubiera llamado con un *toc toc*, como de costumbre, habrías reconocido mi manera de hacerlo y habrías sido capaz de no abrirme. Y como la naturaleza me ha dotado de un talento especial para imitar el sonido de los animales he emulado los maullidos de Mirza. ¿Lo he imitado bien?

—Debería darte vergüenza evocar la memoria de tu víctima.

—Era necesario, era necesario —dijo Binos agitando los brazos como un actor melodramático—. Y ha funcionado porque heme aquí, en tu estudio; y ahora que he conseguido entrar, me quedo, mi buen amigo. Buenos días, pequeña. Te ves hermosa como un sol esta mañana.

Pia no respondió a su cumplido. Se dirigió tristemente a recuperar su pose sobre el escabel, intentando hacer comprender a Freneuse que no deseaba continuar hablando de su hermana en presencia de aquel visitante por el que apenas sentía simpatía.

Pero Freneuse, a quien la subrepticia entrada de Binos había puesto de muy mal humor, no tuvo pelos en la lengua para decirle lo que pensaba de él:

—Debería echarte de aquí —masculló—. Desapareces durante cuatro días. Sin duda habrás permanecido atrincherado en el banco de alguna taberna, y ahora te presentas aquí porque se habrán negado a concederte más crédito. Pase por esta vez. Te permito estar aquí, pero con la expresa condición de que mantengas la boca cerrada. Tengo que hablar con Pia antes de retomar el trabajo y te prohíbo que te inmiscuyas en nuestra conversación.

Pia le lanzó una mirada suplicante, pero no captó su intención.

—No temas, niña querida. No pondré tu secreto a merced del borracho de Binos, pero aún tengo una o dos preguntas que hacerte. ¡Veamos! Hoy es lunes; han transcurrido cinco días desde la desaparición que tanto te inquieta. ¿Qué crees que le ha podido suceder a... esa persona? ¿Un accidente?

—¡Por desgracia, sí! París es una ciudad muy peligrosa... sobre todo de noche... Se me ocurren cosas espantosas. Puede haber sido atropellada por un coche... o asesinada. Más de una vez se me ha pasado por la cabeza la idea de ir a la Morgue... Pero no me he atrevido... tengo miedo de encontrarla allí.

—¡Vaya! ¡La Morgue! ¡Eso me suena! —exclamó Binos, que estaba rellenando su pipa en un rincón del estudio.

—¡Silencio por ahí! —gritó Freneuse.

—No estoy hablando contigo. Hablo solo. ¿También piensas prohibirme que hable conmigo mismo?

—Te lo prohíbo todo. Bébete un trago de absenta y déjanos en paz.

Y, dirigiéndose a Pia entre susurros, dijo:

—Escucha, pequeña. Te prometo que haré lo que sea necesario para encontrarla. En este país no es como en tus montañas, donde uno desaparece sin dejar rastro. Bastará con informar al prefecto de la policía para que ordene su búsqueda... que culminará con éxito, te lo garantizo. Cualquier extranjero que llegue a este país debe alojarse en alguna hostería, y los hosteleros están obligados a pedir el nombre de sus inquilinos e inscribirlo en un registro que los inspectores de policía tienen derecho a consultar cuando así lo requieran.

—Se llama Bianca —murmuró la niña.

—¿Y su apellido?

—El mismo que el mío.

—Sí, las dos lleváis el apellido de tu madre. Me lo dijiste hace tiempo pero lo he olvidado, y es vital que lo sepa para solicitar que se abra una investigación. Recuérdamelo.

—Astrodi —respondió Pia.

Habló en voz baja, pero Binos tenía el oído muy fino.

—¿Astrodi? —exclamó—. ¡Si alguien quiere tener noticias de la señorita Astrodi yo se las puedo dar!

—¡No te entrometas! —gritó Freneuse—. Ya te he dicho que nos dejes en paz.

—¡Está bien! Ya me callo —masculló Binos—. Pero te equivocas al no darme la palabra porque puedo revelarte cosas muy interesantes.

—¿Sobre qué?

—Sobre la persona que Pia acaba de nombrar.

—¡Estabas escuchando! ¿Nos estás espiando? Decididamente ha sido un error dejarte entrar y ahora mismo vas a hacerme el favor de salir de aquí.

—No estaba escuchando, y la prueba es que no oí ni una sola palabra de lo que le has dicho a la pequeña; pero ella ha alzado la voz al final de vuestra conversación, y, como olvidé taponar los oídos, he escuchado al vuelo un nombre que conozco.

—¿Cómo que lo conoces?

—¿Acaso te importa? Yo también tengo mis secretos y entenderás que me lo guarde para mí. Continúa con tu conversación, amigo mío. No volveré a interrumpir. Estaré mudo como un muerto. Que todos los miembros de la Academia Francesa mueran fulminados si digo una palabra más.

—Basta. Quiero saber qué tienes que decir sobre esa Astrodi.

—Esa Astrodi. ¡Vaya! Así que es una mujer.

—No te hagas el inocente. ¿Qué sabes de ella?

—Nada en absoluto.

—Mientes. Acabas de decir que podías darme noticias de ella.

—Es posible. Pero me las guardo para mí.

Pia escuchaba las preguntas y sus respuestas con dramática atención. No osaba

tomar parte en el diálogo, pero miraba a Freneuse intentando leer en sus ojos lo que pensaba de las palabras lanzadas por el loco de Binos.

—¡Escucha! —le dijo el artista al pintorzuelo—. Hasta ahora te he soportado, pero te prometo que si no te explicas categóricamente y en este mismo instante, te pediré que te vayas y no volverás a verme en la vida.

—¿Es en serio?

—Muy en serio. Te doy mi palabra de honor.

—Entonces me adentraré en el camino de las confesiones, y lo que voy a hacer lo haré únicamente por el aprecio que te tengo. Lamentarás haberte enfadado conmigo. No quiero que tu existencia se vea atormentada por los remordimientos.

—¿Y se acabaron las bromas?

—Se acabaron. Me pides información sobre una tal Astrodi. Para empezar te diré que tú la has conocido.

—¿Yo? ¿Estás loco?

—¡No estoy loco en absoluto! Sólo la viste una vez pero pasaste una hora con ella... muy cerca de ella, para ser más exactos.

—¿Dónde?

—¿No te haces una ligera idea?

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—¡Vamos! Te falla la memoria. Recuerda un poco. ¿Cómo pasaste la velada el pasado martes?

—¿El martes? —murmuró Freneuse, que apenas recordaba en qué había empleado su tiempo tal día de la semana anterior.

—Te ayudaré. Regresabas a tu casa cuando me viste a través del escaparate de un café... en el que te dignaste a entrar.

—¿Al bajar del ómnibus? —preguntó Freneuse harto conmovido.

—Exactamente. Y fue en ese ómnibus donde viste a la señorita sobre la cual me pides información con tanta solicitud.

—¿Cómo? Aquella muchacha que... que... era...

—Aquella muchacha se llamaba Bianca Astrodi. Lo descubrí ayer, y me atrevo a decir que dicho descubrimiento me engrandece, pues fue posible gracias a mi perseverancia y sagacidad.

—¿Cómo tienes la certeza de que ése era su nombre?

—Averigüé su domicilio. Se alojaba muy cerca de aquí, en la rue des Abbesses, en Montmartre. Hablé con su casera, que me dio información precisa y que se tomó la molestia de ir a la Morgue a reconocer su cuerpo. Esta respetable señora se llama Sophie Cornu, y tiene un gran corazón porque ha costeado los gastos del funeral que tuvo lugar esta mañana. Yo mismo la acompañé durante el entierro.

—¡Calla!

Pero era demasiado tarde. Pia lo había escuchado todo. Se levantó y se dirigió hacia Binos, que no comprendía el efecto que habían producido sus palabras.

—Mi hermana está muerta —murmuró.

Y se desplomó allí mismo.

—¡Desgraciado! Mira lo que has hecho —gritó Freneuse.

—¿Cómo podía adivinar que la pequeña era una Astrodi? —dijo Binos entre dientes—. Únicamente sabía que se llama Pia.

Binos carecía de tacto y sentido común, pero no era hombre de mal corazón.

Mientras trataba de justificarse se precipitó a ayudar a su amigo, que intentaba reanimar a Pia.

Entre los dos consiguieron ponerla en pie, pero había perdido el conocimiento y Freneuse cargó con ella en brazos hasta depositarla sobre un sofá que se encontraba al fondo del estudio.

—¡Su hermana! —murmuraba consternado—. ¡Era su hermana! Debería haberlo imaginado después de escuchar su relato. La muchacha desapareció el martes... la noche de mi aventura en el ómnibus...

—¡Yo también, diantres! Tendría que haberlo sospechado —exclamó Binos—. La muchacha tenía un extraordinario parecido con Pia. ¿Cómo no lo pensé?... La edad, nacionalidad italiana, todo coincidía. Debo decir que no sabía que Pia tuviese una hermana. Esta niña siempre anda con secretitos.

—¡Cállate, animal!... y tráeme el frasco de sales inglesas que está allí sobre la consola, junto al busto.

—Voy... mientras, desabróchale el corpiño... se está asfixiando.

Freneuse siguió su consejo, y los bronceados hombros de la niña emergieron de su vestido rojo.

—Aquí está el frasco que me pediste —dijo Binos—. Sujétala mientras se lo acerco a la nariz. No tardará en hacer efecto. No sé lo que habrá dentro de esta botella, pero despertaría a un muerto. Te perfora el cerebro.

Pia, tumbada en el sofá, apoyaba su adorable cabeza sobre el pecho de Paul Freneuse; sus cabellos se habían soltado y caían en largas trenzas sobre sus pálidas mejillas; sus ojos estaban cerrados y apenas un exiguo aliento brotaba de sus labios entreabiertos.

—La has matado —dijo Freneuse a su bohemio amigo, que se había arrodillado para hacer respirar las sales a la desdichada muchacha.

—¡Oh, no! En menos de un minuto recobraré el sentido e intentaré consolarla. ¿Quién iba a pensar que era tan sensible? No es típico de las italianas. Conocí a una que había perdido a su marido por la mañana y al mediodía estaba posando como una bacante^[49] en el estudio de Henner. Después de todo, sólo era su marido.

—¡Basta! Puedo disculpar tu insensatez, pero te prohíbo que le digas a Pia cómo falleció su hermana. Eso sí que la mataría.

—No temas; inventaré alguna historia, y para que me perdone la llevaré al lugar donde enterramos a su hermana esta mañana. Sophie Cornu ha hecho bien las cosas. Un agradable servicio en la iglesia de Montmartre y una concesión de cinco años en

el cementerio Saint-Ouen. Yo me he arruinado con una corona de siemprevivas y un enorme ramo de violetas de Parma.

Mientras parloteaba, Binos aplicaba el frasco de sales sin mucho éxito. Pia se estremecía convulsivamente, pero no recobraba la consciencia. Freneuse sentía deseos de estrangular al incorregible holgazán que no podía tener su lengua quieta, aquella maldita lengua causante de todo aquel daño.

En el momento más crítico de aquélla tensa situación, alguien llamó a la puerta.

—Dame el frasco y ve a abrir —dijo Freneuse con firmeza—. De lo contrario no nos dejarán en paz. Pero hazme el favor de dar con la puerta en las narices al imbécil que ha venido a molestarme.

—Si tuvieras acreedores pensaría que se trata de uno de ellos —masculló Binos dirigiéndose hacia la puerta. Quien quiera que fuese, tocaba la campana de un modo autoritario e imperioso.

Pia debió escucharla, y tan nerviosa se encontraba que se sintió aterrorizada. Echó su brazo alrededor del cuello de su amigo y lo atrajo hacia sí, de modo que los labios de Paul rozaron la frente de la niña, recreando una escena que, sin duda, cualquier artista hubiera ansiado plasmar.

Era un cuadro exquisito.

Binos, ajeno a aquella escena, entreabrió la puerta y asomó la cabeza. Había preparado una frase que pondría en fuga al intruso que pensaba encontrar en el umbral. No encontró gran dificultad en discurrirla, pues poseía un vasto repertorio de mordaces impertinencias y la empresa que Freneuse le había encargado era una de esas tareas que le encantaba ejecutar.

Pero las palabras no brotaron de su garganta cuando vio ante él a una muchacha de una belleza deslumbrante, flanqueada por un caballero de buena apariencia y aspecto opulento.

Binos profesaba culto a Rubens, el rey del colorido, y aquélla era una aparición de Rubens a plena luz.

Le causó una impresión tan viva que, en su entusiasmo, abrió la puerta de par en par en lugar de cerrarla.

«Freneuse dirá lo que quiera, pero no puedo dejar una obra maestra en la escalera», pensó.

Al mismo tiempo se quitó su sombrero de fieltro y saludó con una inclinación hasta el suelo, retrocediendo tres pasos para dejar el paso libre a aquella resplandeciente criatura que entró con paso decidido y sin concederle el honor de una mirada.

Su acompañante la siguió algo titubeante, y Binos, llevando la mano a su frente, adoptó incontinentemente la posición de un soldado sin armas que se hace a un lado para dejar pasar a su superior.

Freneuse lanzó un grito de sorpresa que hizo a Pia abrir los ojos.

Acababa de reconocer al señor Paulet y a su hija.

El diván sobre el que Pia yacía medio acostada —con la cabeza apoyada sobre el pecho de Freneuse y abrazada a él—. Aquel aciago diván, se encontraba ubicado frente a la puerta, justo debajo del amplio y cuadriforme ventanal que iluminaba el estudio, a plena luz; por consiguiente, ofrecía una inmejorable perspectiva a los ojos de todo aquel que entrara por la puerta.

El señor Paulet se detuvo en seco al contemplar aquel adorable cuadro, y comenzó a mascullar palabras incomprensibles.

Su hija, menos intimidada que él, dudó, sin embargo, si debía avanzar; con el ceño fruncido, la sangre le subió al rostro.

Binos había cerrado tranquilamente la puerta, y observaba extasiado aquella escena que hacía las delicias de su alma de artista. Pero la situación de Paul Freneuse era cruelmente ridícula. El pobre muchacho no podía apartar a la desgraciada muchacha que le abrazaba y correr a hacerle una reverencia a la señorita Marguerite.

Pia le sacó del apuro. Había recobrado la consciencia. Le liberó de sus brazos, e incluso encontró las fuerzas para reajustar su corpiño, acicalar su cabello y ponerse en pie. Y permaneció, pálida y temblorosa, mirando fijamente a la bella desconocida que la escudriñaba con desprecio.

—Al parecer hemos llegado en mal momento —articuló finalmente el señor Paulet—. De haberlo sabido, ruego me crea, jamás habríamos entrado.

—Y yo hubiera lamentado amargamente haber sido privado de su visita —respondió Freneuse haciendo un gran esfuerzo—. Ruego acepten mis disculpas... Esta infeliz muchacha que me sirve de modelo acaba de sufrir un desvanecimiento mientras posaba...

—Y usted la ha socorrido, naturalmente. Pero no le molestaremos con nuestra presencia; sólo resta despedirnos.

—¡Oh! Caballero —exclamó Binos—, no tendrá la crueldad de dejarnos tan pronto; si la señora se fuera, sería como si el sol se extinguiera.

El descarado, sin vergüenza alguna, se había plantado delante de Marguerite y la contemplaba poniendo cara de hombre embelesado. Aquel cortejo no parecía disgustar a la señorita Paulet, que sonreía, aunque Freneuse ardía de ira.

—La pequeña ya está en pie —continuó el desvergonzado holgazán—. Un momento de descanso sobre ese canapé verdoso y estará totalmente recuperada. ¿Verdad, *carissima*^[50]? —preguntó dirigiéndose a la pobre niña, que estaba llorando.

—No, será mejor que me vaya —dijo enjugándose las lágrimas.

—Tienes razón, pequeña mía. El aire te sentará bien. Ve a dar un paseo por la plaza Pigalle; vuelve cuando te sientas capaz de proseguir con la pose.

—No volveré —murmuró Pia.

Y se encaminó con paso inseguro hacia la puerta. Freneuse iba a correr tras ella para detenerla cuando una mirada de la señorita Marguerite le paró en seco.

Pia advirtió aquella mirada imperiosa. Sus pálidas mejillas se tiñeron de púrpura y su dulce rostro se contrajo dolorosamente. Habían herido su corazón.

Pero no se detuvo en absoluto.

Freneuse no se contuvo esta vez. Pasó delante de la señorita Paulet y alcanzó a Pia en el momento en que ésta posaba su mano sobre el pomo de la puerta.

—Vuelve a tu casa, querida Pia, y recupérate —le dijo, lo bastante alto como para que el señor Paulet y su hija pudieran oírlo—. Más tarde pasaré a verte y mañana iremos juntos a llevar flores al cementerio.

—¡Adiós! —respondió la italiana reprimiendo un sollozo.

Salió dejando a Freneuse a merced de sus remordimientos; y cierto que le atormentaban pues, aunque careciera de arrojo en ciertos casos, no carecía de sensibilidad.

El dolor de Pia le conmovía y, si hubiera sido dueño de sus actos, no la habría dejado partir de aquel modo; pero la presencia de la señorita Paulet le hacía perder la cabeza.

—Lo lamento —dijo el padre de Marguerite—. Sin duda le gustaría acompañar a esa niña...

—Sería totalmente inútil —interrumpió Binos—. La conozco. Tiene una voluntad de hierro, y si se le ha metido en la cabeza que debe irse sola, nadie la hará cambiar de idea. Además, no está enferma. La aflige un gran pesar, eso es todo.

—¿Qué pesar? —preguntó secamente la señorita Marguerite.

—¡Oh! Uno insoportable. Acaba de saber que su hermana está muerta.

—¿Se lo han dicho aquí?

—Sí, señora, y por casualidad, una fatídica casualidad. Yo nunca había oído hablar de su hermana y le estaba relatando a mi amigo Freneuse que acababa de asistir al funeral de una muchacha a la que no conocía en absoluto... simplemente había visto su cuerpo en la Morgue. Sólo conocía su apellido, y cometí la imprudencia de decir delante de la pequeña que la infortunada muchacha se llamaba Astrodi.

—¿Astrodi? ¿La joven de la que habla se llamaba Astrodi? —exclamó el señor Paulet.

—Sí, Bianca Astrodi —respondió Binos, ciertamente sorprendido de ver muestras de emoción en su interlocutor.

—¿Y tiene usted la prueba de que está muerta?

—Una prueba material. Acaban de enterrarla, y yo estuve presente.

—Entonces se podría conseguir su certificado de defunción.

—Absolutamente. Ayer hubiera resultado complicado, visto que nadie la había reconocido aún a pesar de llevar tres días expuesta en la Morgue.

—¿Su muerte se debió a un accidente?

—Sí, señor... a un accidente... singular...

—¿Podría decirme dónde vivía?

Aquella pregunta, lanzada de imprevisto, tuvo por efecto detener instantáneamente las confidencias de Binos. No le gustaban los burgueses —

apelativo que empleaba para referirse a cualquier persona que no gozara del honor de ser un artista—, y siempre se mantenía en guardia con ellos. De inmediato había reconocido en el señor Paulet a un burgués de primer orden y, si aún no había arremetido contra él, se debía únicamente a que se sentía fascinado por la exuberante belleza de la señorita Marguerite. Poco le inquietaba contarle la trágica historia del ómnibus que el ilustre Piédouche le había hecho jurar no comentar con nadie.

—No lo sé —respondió con aplomo—. Pero si desea conocer cuál era su domicilio, puede dirigirse a la prefectura de policía.

Freneuse estaba con el alma en vilo tras la partida de Pia. Era consciente de que la señorita Paulet le observaba por el rabillo del ojo, y adivinaba el motivo.

Habría querido explicarle cómo se había visto obligado a tomar a la joven italiana entre sus brazos aunque, por otro lado, sentía que no debía adelantarse a la previsible pregunta. Intentar justificarse sin que nadie se lo pidiera habría resultado casi presuntuoso, pues sería tanto como decir: «Sé que está usted celosa, y quiero demostrarle que no tiene motivos para estarlo».

Pero la bella Marguerite no estaba en absoluto acostumbrada a disimular sus impresiones, y abordó sin vacilación la cuestión que Paul Freneuse no se atrevía a plantear.

—Es bonita esa jovencita —dijo con tono despreocupado—. ¿Viene a posar todos los días?

—Sí, señorita. Desde que comencé mi cuadro —respondió el artista, que jamás mentía.

—Es decir, desde hace cuatro meses, si no me equivoco.

—Cuatro meses y medio, señorita.

—Imagino que no avanzará en demasía si se ve obligado a interrumpir muy a menudo la sesión como lo ha hecho hoy.

—Es la primera vez que me ocurre, señorita. Normalmente la joven ejecuta su pose de maravilla; pero cuando ustedes aparecieron acababa de recibir una noticia tan triste que le hizo perder la consciencia. Tuve que levantarla y llevarla hasta el diván.

—Totalmente natural. ¿Cómo no se va a preocupar por ella si la ve a diario tres o cuatro horas? Y, además, me ha parecido que está muy apegada a usted. Tenía lágrimas en los ojos cuando le dijo: «me voy».

—Lloraba porque ha perdido a su hermana.

—¡Ah! ¿Es su hermana la que ha muerto?

—Sí, señorita.

—¿Cómo? ¿Bianca Astrodi era la hermana de esa modelo? —exclamó el señor Paulet.

—Sí, señor. ¿No se lo había dicho?

El padre de Marguerite recibió una agradable sorpresa al constatar por boca de Binos que el señor Blanchelaine le había dicho la verdad. Sólo había en París una Bianca Astrodi, y ésta acababa de abandonar este mundo; no cabía duda alguna, pues

así lo afirmaban personas ajenas a la cuestión.

Y el excelente señor Paulet se había alegrado para sus adentros. Incluso se había preguntado si existiría algún modo de liberarse de la ejecución de su compromiso con el hombre de negocios. ¿Qué necesidad tenía de pagar por una copia del acta de defunción, ahora que sabía cómo procurársela? Pero su alegría se había visto turbada desde el momento en que había descubierto que la difunta tenía una hermana. ¿Quién era el padre de aquella imprevista hermana? Ésa era la transcendental cuestión que el señor Paulet ansiaba esclarecer.

—Pia también se llama Astrodi —continuó Freneuse—. Es el apellido de su madre.

«Entonces todo marcha sobre ruedas», pensó el heredero natural del difunto Francis Boyer. «Mi hermano jamás habló de un segundo vástago. Así pues, no puede ser su hija. Y al haber sobrevivido a Bianca, la modelo no tiene ningún derecho sobre la sucesión».

—Pero, padre —dijo sonriente la señorita Marguerite—. No hemos venido a casa del señor Freneuse para establecer la filiación de las señoritas Astrodi, y ya que usted ha olvidado comentarlo seré yo la que le recuerde su promesa de mostrarnos las curiosidades de su estudio; y exijo verlas, pues hasta ahora lo único que he vislumbrado es una italiana con un vestido rojo tendida sobre un canapé verde.

Freneuse sentía una pronunciada inclinación por la señorita Paulet, y estaba encantado de recibirla, pero el tono que empleaba para referirse a Pia había acabado por enojarle.

Había cierta frialdad, diríase casi crueldad, en su irónico modo de hablar sobre la pobre niña, que no merecía tanto desprecio. Pia, esa muchacha que se reprochaba haberse despedido tan bruscamente, no era ni orgullosa ni sarcástica. No sabía más que sufrir en silencio y querer a su benefactor.

La bella Marguerite, por el contrario, mostraba más confianza que sensibilidad y, a pesar de dignarse a insinuar que Paul Freneuse le gustaba, no temía herirle humillando a una niña por la que él se interesaba.

El artista tenía un gran corazón y no podía evitar hacer comparaciones que en absoluto conferían ventaja a la rica heredera. Pero era tan hermosa que estaba dispuesto a perdonarle sus defectos.

—¡Dios mío, señorita! —dijo, haciendo verdaderos esfuerzos para responder con gracia a su coqueteo—. Me temo que, tal vez, alardeé demasiado cuando le hablé de las curiosidades de mi estudio. Tan deseoso estaba de recibirla que quizá me haya dejado llevar al anunciarle, con la esperanza de atraerla a mi estudio, unas maravillas que en realidad no existen. No encontrará aquí más que bocetos, proyectos, antiguallas que recolecté durante mi recorrido por la campiña romana... retazos de alguna vetusta tapicería, muebles con incrustaciones de marfil totalmente deteriorados... Los de su señor padre son mucho más bonitos.

—Pero sus cuadros, querido maestro —exclamó el señor Paulet—... hemos

venido precisamente para admirarlos.

Estaba encantado de haber dicho «querido maestro», pues no era aquélla una locución habitual para un burgués.

Binos, que le observaba con la secreta intención de burlarse de él, se percató de ello y tuvo que morderse los labios para no estallar en risas.

—Mis cuadros no son dignos de admiración —dijo Freneuse modestamente—, pero estaría dichoso de mostrárselos. Por desgracia no puedo conservarlos en mi casa porque los vendo.

—Y los vende muy bien, le felicito —dijo el señor Paulet—. Tiene usted una fortuna en la punta de sus dedos, y la pintura es el rey de los oficios. Si tuviera un hijo habría hecho de él un artista.

—¡Bah! —exclamó Binos—. Siempre hay gastos imprevistos. Las pinturas están por las nubes. Aquí donde me ve, caballero, me gasto un dineral en el *tierra de Siena* y el *amarillo cromo*.

—¡Ah! ¿El caballero es pintor?

—Me enorgullezco de ello. Lo soy desde mi más tierna infancia. Es una vocación de nacimiento, por lo que jamás he tenido un maestro. Yo soy discípulo de la naturaleza. Paul, si pudieras presentarme.

—Pierre Binos, compañero de escuela y mi amigo —murmuró Freneuse, que habría dado una fortuna porque el incómodo pintorzuelo no estuviera presente.

—Encantado de conocerle, caballero —dijo solemnemente el señor Paulet—. ¿Pinta usted retratos?

—Pinto cualquier cosa... excepto rótulos... y, aun así, si me lo pidiera algún infeliz comerciante sería capaz de deshonorar mi pincel. Pero si tuviera el honor de inmortalizar el rostro de la señorita sobre un lienzo, estoy seguro de que crearía una obra maestra.

Aquel grotesco cumplido exasperó a Paul; sin embargo, no parecía haber disgustado en absoluto a la señorita Marguerite, quien le recompensó con una sonrisa.

—Al menos sí guarda un cuadro —dijo ella dirigiéndose a Freneuse—. El que está ultimando para la Exposición. ¿Está prohibido mirarlo?

—No, por supuesto —respondió el artista precipitadamente—. Y le juro, señorita, que si tuviera la gran fortuna de que le gustara, poco me importaría que el jurado lo rechazara.

Padre e hija se dirigieron presurosamente a situarse frente al cuadro, y el padre exclamó:

—¡Vaya! Aquí tenemos a la italiana que ha perdido a su hermana. Puede enorgullecerse de haber captado el parecido. Es asombroso.

—Creo que la ha favorecido —dijo la señorita Paulet—. Tiene unos hermosos ojos, pero la zona inferior de su rostro carece de elegancia. Y, si osara decir lo que pienso, añadiría que la casta que abastece de modelos a los pintores peca de una total falta de distinción.

—Eso mismo le digo todos los días a Freneuse —exclamó el ocurrente Binos—. Se obstinan en traer a esas romanas fabricadas *ex profeso* para la exportación, cayendo así en lo repetitivo. ¡Ah! Mi querido Paul, si la señorita consintiera en posar en el lugar de Pia pintarías un verdadero cuadro, una obra que tendría el sello de una grandiosa originalidad.

—Pero —dijo la bella Marguerite—, suponiendo que yo accediera, me temo que el señor Freneuse no accedería a eliminar de su cuadro la figura de esa niña. Si la eligió será porque le gusta.

Freneuse era consciente de que de su respuesta dependía el éxito del proyecto que tanto anhelaba. La señorita Paulet le miraba con unos ojos que decían claramente: «si desea hacerme su esposa, bien puede sacrificar un lienzo y una modelo italiana».

No es que tuviera intención de prestarse a poner en práctica las ridículas teorías imaginadas por Binos. Tenía demasiada clase como para dejarse retratar como una pastora de cabras de los Abruzos, pero quería poner a prueba a su futuro esposo.

No era la imagen lo que la contrariaba; era la mujer —la desdichada Pia—, cuya incontestable belleza contrastaba con la suya.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó el señor Paulet—. Nuestro amigo Freneuse no puede faltar a la Exposición únicamente para satisfacer uno de tus caprichos.

—Si la señorita me permitiera pintar su retrato, me haría el más feliz de los hombres —murmuró Freneuse, que esperaba salir airoso con aquella evasiva proposición.

—Y yo, ciertamente, sería la más dichosa de las mujeres —replicó secamente la altiva Marguerite—, pero me reprocharía toda la vida haber privado a esa muchacha de la inmortalidad que usted iba a concederle.

—Juro, señorita, que no albergo la pretensión de que mis obras me sobrevivan... tampoco Pia aspira a que su rostro pase a la posteridad. La pobre niña trabaja para sobrevivir... al igual que yo pues, después de todo, vendo mis cuadros. Pero amo apasionadamente mi arte, y si usted consintiera en ser mi modelo estoy convencido de que le haría un hermoso retrato. En la mayoría de los casos, la gran preocupación de los artistas que estamos obligados a vivir de nuestro talento es la falta de inspiración. Para aumentar nuestros ingresos elegimos la temática que más complace al público que compra nuestros cuadros, y las escenas italianas ocupan el primer puesto. Me decanté por una pastora de cabras, como lo hubiera podido hacer por una transtiberina^[51] arrodillada ante una madona. Aunque, si pudiera pintar mi obra soñada, entonces me llegaría la inspiración; pintaría para mí.

—Y para mí también, espero —añadió sonriendo la señorita Marguerite, a quien aquella declaración, disfrazada de una confesión de fe, había tranquilizado—. Le advierto que si me decidiera a posar para usted, no dejaría que se quedara con mi retrato.

—Y yo estaría encantado de regalárselo —se apresuró a responder Freneuse—. Pero no puedo jurarle que no guardaría una copia para mí.

—A lo que yo no me opondría. El quid de la cuestión está en saber si finalmente posaré. Mi padre opina que cometería usted un gran error abandonando un cuadro casi acabado.

—Pero... puedo terminarlo al tiempo que pinto su retrato —replicó Freneuse, que intuía a dónde quería ir a parar la señorita Paulet.

—De modo que repartiría su tiempo y su estudio entre la señorita Pia y yo misma. Dispondría de dos lienzos y dos caballetes. La cabrera posaría en un rincón y yo en el otro, y cada una tendría su turno para posar. Señor, agradezco su buena voluntad, pero permítame que no acepte este ingenioso arreglo.

Pronunció aquellas palabras con un tono tan seco que encendió el rostro del artista.

—Yo no le he propuesto tal cosa, señorita —respondió con frialdad—. Comprendo perfectamente que no pueda ofrecerme sus sesiones en mi estudio, donde tengo que recibir personas que tal vez no sean de su agrado; pero si su padre me autorizara a trabajar en su casa...

—¡Cómo! —exclamó el señor Paulet—. Con mucho gusto.

—Ni lo piense, padre —interrumpió la señorita Marguerite—. La iluminación de su casa es pésima. Además, si aceptara, me gustaría comenzar mañana mismo, y el señor Freneuse olvida que le ha prometido a la pequeña que mañana la acompañaría al cementerio donde está enterrada su hermana. Esa promesa es sagrada, y a Dios no le gustaría que yo le impidiera cumplirla.

Aquello fue demasiado, y Freneuse, herido, devolvió golpe por golpe.

—No tendría corazón si faltara a mi palabra —dijo mirando a la señorita Paulet directamente a los ojos—. Estoy y estaré siempre al lado del más débil.

—Es muy generoso por su parte —dijo irónicamente la altiva Marguerite—. Pero, a veces, la generosidad tiene un alto coste.

—No me preocupa el precio —respondió el artista.

—Marguerite, estás yendo muy lejos —exclamó el señor Paulet—. El señor Freneuse es libre de disponer de su tiempo como bien le plazca, y para que lleguéis a un acuerdo propongo que...

Aquel intento de pacificación fue interrumpido por un violento timbrazo de la campana. Desde el comienzo de aquel combativo cruce de palabras, Binos se había contentado con evaluar sin intervenir. En el fondo era partidario de la señorita Paulet, a quien examinaba con ojo experto y encontraba soberbia en su actitud de leona furibunda. Incluso se propuso sermonear más tarde a Freneuse y hacerle comprender que se equivocaba al enzarzarse en una disputa con una criatura tan hermosa y un burgués adinerado por los bonitos ojos de una insignificante modelo.

Pero aprovechó al vuelo la ocasión de zanjar la discusión yendo a abrir la puerta sin que su amigo le hubiera autorizado.

Era un hombre quien llamaba; un señor impecablemente afeitado, vestido totalmente de negro salvo por la corbata de color blanco.

Binos, que tenía la cabeza atiborrada de recuerdos del crimen del ómnibus, le tomó por un comisario de policía y, tras saludarle con una exagerada inclinación, comenzó una conversación centrada en la investigación judicial.

—Perdone, caballero —interrumpió el recién llegado—, acabo de llegar de provincias para ver al señor Paulet. Me han comunicado que se encontraba en casa del señor Freneuse, artista, plaza Pigalle, y me he tomado la licencia de...

—Aquí estoy —exclamó el señor Paulet, precipitándose hacia la puerta.

—Señor —continuó el visitante—, es un honor saludarle. Soy el señor Drugeon, notario, y vengo desde Amélie-les-Bains para entregarle...

—El testamento de mi hermano... lo sé, lo sé... Di órdenes explícitas de que me avisaran de su llegada. Le agradezco que se tomara la molestia de venir hasta aquí. Querido Freneuse, ruego me disculpe. Esperaba al caballero con gran impaciencia para resolver un asunto familiar; es urgente que hable con él, por lo que me veo obligado a despedirme de usted.

—Naturalmente —dijo el artista con una ligera inclinación.

—Pero nos volveremos a ver muy pronto, y espero que todo se solucione para su satisfacción y la nuestra propia. Vamos, Marguerite —agregó el señor Paulet, que parecía haber perdido un poco la cabeza.

Marguerite no se hizo esperar y tomó el camino hacia la puerta que su padre le indicó. Salió sin mirar a Freneuse, pero honró a Binos con una sonrisa que le hizo sentirse orgulloso.

El notario se encontraba ya en la escalera. No había viajado hasta París para admirar cuadros, y los pintores no le interesaban en absoluto.

Freneuse acompañó ceremoniosamente al padre y a su hija hasta el primer escalón; con una fulminante mirada mitigó el ardor que Binos parecía mostrar por escoltarlos más lejos, y volvió con él a su estudio.

—Y bien, señor Drugeon —comenzó el señor Paulet, que había tomado del brazo al notario mientras bajaban la escalera—, ahora me mostrará el testamento, pues sus telegramas sólo me ofrecieron una idea muy sumaria. Es igual, puede jactarse de haberme dado un buen susto, ¿sabe usted? No es agradable perder una considerable herencia que le corresponde a uno legítimamente.

—¿A quién se lo dice, señor? —suspiró el notario—. He hecho todo cuanto estaba en mi mano para impedirlo, y le ruego que me crea si le digo que si hubiera dependido de mí no habría sido usted desheredado de esa magnífica fortuna.

—Sí, sí... lo sé... y no estoy enojado, pues la Providencia ha hecho lo que usted no pudo hacer.

—¿A qué se refiere?

—Usted me telegrafió una mala noticia. Yo, en cambio, tengo una buena que comunicarle. El testamento de mi hermano no tiene validez alguna.

—Perdone, caballero... yo lo he visto y, por desgracia, puedo asegurarle que es perfectamente regular. Está fechado, firmado y escrito, de principio a fin, por la

propia mano del testador, quien, incluso, tomó la precaución de hacer lectura del mismo ante varias personas, declarando que aquélla era su última voluntad. Así pues, adolece de cualquier defecto de forma, y usted se equivoca si espera que...

—¡Adolece de cualquier defecto, sí! Pero resulta ineficaz por caducidad del legado —replicó el señor Paulet, enfatizando el término jurídico que el señor Blanchelaine le había explicado aquella misma mañana.

—¡Caducidad del legado! —repitió el notario—. ¿Conoce el significado exacto del término?

—¡Por supuesto! Significa que la designada Bianca Astrodi, heredera universal, habiendo fallecido un día antes que mi hermano, no puede heredar de éste.

—¿Tiene usted la prueba de ese deceso?

—La tendré mañana. Ya ve que ha salido todo a pedir de boca.

El notario sacudió la cabeza; no parecía muy convencido.

—No tendrá duda alguna cuando le muestre la copia del certificado de defunción.

—No se trata de eso, señor —dijo tristemente el señor Dugeon—. Bianca Astrodi no era heredera universal. El señor Francis Boyer, en su testamento, dejó su fortuna a sus dos hijas naturales, Bianca y Pia. Si una está muerta, la otra está llamada a recibir la totalidad de la herencia... a menos que hubiera fallecido también antes que su hermana.

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó el señor Paulet—. Entonces todo está perdido... está viva, esa Pia... ¡Acabo de ver a esa miserable!

Marguerite seguía muy de cerca a su padre y pudo escuchar todo cuanto decía.

—Yo he perdido mucho más aún —murmuró—. ¡Bien podría estar muerta también! ¡Esa odiosa criatura me ha robado al hombre que amo y la fortuna que me pertenecía!

VII

En París, la gente pobre vive generalmente en los barrios de la periferia; barrios que antes de la supresión de la muralla^[52] se encontraban fuera de los límites del fielato^[53] y, por consiguiente, la vida era menos cara. Y cuando la gente pobre abandona este mundo se la entierra, preferiblemente, más allá de las fortificaciones.

Los grandes cementerios situados en el interior de la ciudad son de uso exclusivo de los privilegiados que disponen de los medios para adquirir un terreno a perpetuidad.

Es cierto que existe un rincón apartado, reservado para la fosa común, del mismo modo que se debe soportar a los indigentes que circulan por los grandes bulevares; pero la clase media de los muertos, esa que no puede comprar más que una concesión temporal, no está admitida allí. Ha sido relegada a los dos cementerios suburbanos de Saint-Ouen y de Ivry.

En las aldeas, el campo de reposo eterno pertenece a todos. El mozo de labranza duerme sobre la misma tierra que el señor del castillo. Las distinciones sociales caducan en la tumba.

En París, la ciudad de la igualdad por excelencia, únicamente los ricos tienen derecho a depositar allí sus huesos; aún se tolera a los miserables —pasajeramente—, del mismo modo que en vida la caridad pública les concede su hospitalidad por una noche; pero poco tardan en desbaratar sus tristes sepulturas con el fin de hacer espacio para otros.

La población, a modo de protesta, ha bautizado con estrafalarios nombres los lejanos corrales donde exilian a sus muertos. Y así, llaman *Cayenne*^[54] al cementerio de Saint-Ouen y *Champ des Navets*^[55] al cementerio de Ivry.

Ivry es siniestro. Es allí donde sepultan a los guillotizados. Saint-Ouen es triste.

Los cementerios de Le Père-Lachaise, Montmartre y Montparnasse tienen carácter. Los cipreses han tenido tiempo de crecer allí; los monumentos funerarios no tienen la apariencia de cualquier obra nueva; el musgo reverdece las piedras sepulcrales de las generaciones que han precedido a la nuestra. Los recuerdos yacen suspendidos en el aire.

Saint-Ouen data, por así decirlo, de ayer. Saint-Ouen carece de historia. Es un cementerio joven, un cementerio comunal desprovisto de toda majestuosidad.

En la desolada planicie que se extiende al norte de París, eligieron un terreno cualquiera, lo rodearon de muros y se lo entregaron a los sepultureros, sin árboles que le distingan de los campos vecinos. Árido, desnudo y en absoluto silencioso. Se escucha desde allí el silbido de las locomotoras, la trompeta de los tranvías e incluso

las orquestas de las tabernas, pues, a partir de la barrière^[56], el camino que lleva hasta allí está delimitado a ambos lados por cantinas y ferias campestres.

Sobre esta polvorienta ruta rodaba hacia el mediodía —la jornada siguiente a la visita del señor Paulet y su hija al estudio— un coche de plaza en cuyo interior viajaban Paul Freneuse y Pia Astrodi.

Binos, encaramado al pescante, hablaba con el cochero. Freneuse hubiera preferido privarse de la compañía de aquel holgazán, cuyo aspecto desaliñado y desconsiderado lenguaje se habían vuelto insoportables. Pero Binos había asistido al entierro de Bianca y, sin él, Freneuse no hubiera podido encontrar el lugar donde reposaba la víctima del crimen del ómnibus. O, al menos, habría tenido que solicitar esa información al custodio del cementerio, por lo que había considerado más sencillo dejarse guiar por Binos que, por otro lado, había jurado la víspera comportarse correctamente, respetar el dolor de Pia y, sobre todo, no afligirla aún más contándole que Bianca había sido asesinada.

Tras la brusca partida de la bella Marguerite, los dos artistas habían entablado una agitada e incluso tempestuosa conversación. Freneuse reprochó a Binos haber anunciado brutalmente a Pia la muerte de su hermana; Binos se burló de la delicadeza de Freneuse y de su preferencia por la pequeña modelo que, según él, no era digna de servir como doncella a la espléndida y exuberante señorita Paulet.

En un intento por quemar sus naves, tal y como Freneuse había hecho tomando partido por la desdichada italiana, Binos declaró que hacía falta estar loco para despreciar a un Rubens escapado de su marco. Ante este discurso Freneuse enrojeció, exigiéndole no inmiscuirse en sus asuntos ni volver a hablar del asesinato, real o presunto, de Bianca Astrodi. Binos no podía pedir más, dada la promesa que había hecho a Piédouche de guardar el secreto al respecto de sus actuaciones pasadas y futuras. Aceptó de buen grado las condiciones impuestas por su amigo, y al final acabaron entendiéndose.

Acordaron que al día siguiente irían todos juntos a Sain-Ouen y que, tras la visita a la tumba, Binos dejaría a Freneuse solo con Pia.

La desgraciada niña había cambiado terriblemente, y no cesaba de llorar a pesar de los intentos de su amigo por secar sus lágrimas. Éste había ido de buena mañana a buscarla a la rue des Fossés-Saint-Bernard, a casa del señor Lorenzo, y ella estuvo a punto de desvanecerse al verle aparecer en el umbral de la habitación que ocupaba en el último piso de la residencia.

Era la primera vez que Freneuse ponía el pie en aquel cuarto, cuyo modesto mobiliario había sido comprado con el dinero que Pia había ganado posando para él; en otro tiempo —la víspera, incluso—, su presencia habría sido motivo de alegría. Pero la jovencita no era la misma desde que conoció la espantosa noticia anunciada por Binos. Palideció al ver a Freneuse y flaqueó, pero encontró las fuerzas para disimular mientras él avanzaba para recibirla en sus brazos. Ella permaneció inmóvil y muda.

Tenía el corazón roto.

Su amigo le dijo dulcemente que había acudido a preguntarle si podía acompañarla al cementerio para llevar unas flores a la tumba de Bianca; pero se abstuvo de hacer cualquier alusión a la visita del señor Paulet y a la extraña actitud de su hija, que se había comportado en el estudio como si se encontrara en tierra conquistada. También creyó necesario abstenerse de narrarle la escena que había vivido en el ómnibus y el papel que él había jugado. ¿Qué necesidad había de reavivar el dolor de la desdichada muchacha con aquel triste relato? ¿Qué le importaba a Pia que la muerte de su hermana hubiera sido fruto de una venganza? Además, Freneuse aún dudaba de que aquella muerte fuera el resultado de un crimen; prefería pensar lo contrario.

Pia se recuperó rápidamente pero, para gran sorpresa del artista, vaciló antes de seguirle. Para ayudarla a decidirse tuvo que recordarle que, sin él, jamás encontraría la tumba donde reposaba su hermana.

El viaje fue silencioso hasta el momento en que el coche se detuvo en la plaza Pigalle, ante la residencia de Freneuse, y a sólo dos pasos del lugar donde, algunos días atrás, el pintor se había percatado de que la muchacha que se apoyaba sobre su hombro era ya un cadáver. Allí, cuando Freneuse se disponía a bajar del coche para avisar a Binos, que le esperaba en un café cercano, Pia murmuró:

—No, no iré.

El artista intuyó que se había jurado a sí misma no volver a pisar aquel estudio al que sí regresaría la señorita Paulet. Y aquella revelación le hizo reflexionar.

Binos apareció de improviso pero se relegó voluntariamente al pescante, y Freneuse se encontró *tête-à-tête* con su protegida, que persistía en su silencio.

Llegaron, sin intercambiar una palabra, a la entrada de un camino muy corto que partía de la carretera general para desembocar en el cementerio.

Binos saltó a tierra y abrió la portezuela. Pia evitó apoyarse en su brazo para bajar. A Freneuse no le sorprendió la repugnancia mostrada a la hora de aceptar los servicios de aquel hombre despreciable que la víspera sólo había tenido ojos para la bella Marguerite.

Había allí gente de diferentes oficios relacionados con la muerte: marmolistas que exhibían urnas funerarias y columnas rotas; jardineros vendiendo ramos de flores; guías *condecorados* que mostraban las *beldades* del cementerio a los forasteros, sin contar a los cocheros de las carrozas fúnebres que se refrescaban en la taberna de la esquina.

La aparición de Pia desató todo tipo de rumores. La pobre muchacha no vestía de luto. No podía hacerlo. Debería haberse vestido a la francesa para adecuarse a la usanza del lugar, pero únicamente tenía vestidos de su país natal. Así pues, llevaba la cofia blanca y la falda roja típica de las mujeres de Subiaco; indumentaria que se puede encontrar con frecuencia en las calles del barrio des Martyrs, pero raramente a la puerta de los cementerios.

Las muchachas de los Abruzos, no obstante, mueren como cualquier joven parisina. Uno podría pensar que la niña esperaba a la puerta del cementerio de Saint-Ouen el convoy fúnebre de una de sus compatriotas, pero la presencia de Freneuse apenas encajaba con dicha suposición. La elegancia de su vestuario no permitía pensar que fuera pariente de la pequeña de las enaguas escarlatas y, sin embargo, había descendido del coche con ella.

Bien es cierto que Binos —con su chaqueta y su sombrero de fieltro— podía pasar perfectamente por un modelo preparado para posar. Freneuse advirtió que eran observados más de lo que hubiera querido, y se apresuró a hacer sus compras. Su única preocupación era decidirse. Los comerciantes al aire libre exhibían todo tipo de objetos de mal gusto, coronas de siemprevivas, coronas de perlas falsas y marcos de vidrio custodiando ramos artificiales.

Nada de todo aquello le gustaba. Decidió dirigirse a un jardinero que le vendió cuatro ramos de flores frescas y le proporcionó un encomendero para transportarlas.

Pia se había quedado atrás regateando el precio de una pequeña cruz de perlas negras que pagó con su dinero. Binos, que no había comprado nada, les tomó la delantera y se encontraba ya en el interior del cementerio. Freneuse se sorprendió cuando vio que llamaba de viva voz y con gestos a una mujer que caminaba ante él. Una mujer ridículamente ataviada con un viejo tartán y tocada con un extravagante sombrero; uno de esos sombreros que se llevaban en los tiempos en que la manga gigot estaba de moda.

«¿Acaso está tramando otra de las suyas?», se preguntó Freneuse. «¿Quién será esa vieja bruja disfrazada como un asno amaestrado de los que se exhiben en las ferias? ¡Y me hace la faena de abordarla justo en el momento en que entramos al cementerio! Verdaderamente, ese animal no respeta nada ni a nadie. Qué gran error haberle permitido acompañarnos, si bien es cierto que no podía arreglármelas sin él. ¡Vamos, muchacho! Y ahora me traerá a la mujer para echarnos la buena fortuna. ¡Por mi honor que está loco!».

Binos, en efecto, había pasado su brazo bajo el de la anciana y la arrastraba —más que guiarla—, pues no parecía muy dispuesta a seguirle.

Pia, que estaba a punto de alcanzar a Freneuse, se detuvo cuando vio al pintorzuelo volver sobre sus pasos flanqueado por aquella extraña pareja.

—Es capaz de poner en fuga a la pobre niña —dijo entre dientes Freneuse—. Voy a poner fin a esta comedia.

Y se encaminó directamente hacia Binos, que le gritó:

—Te presento a la señora Sophie Cornu, quien me honra con su amistad y que ha pagado de su bolsillo el terreno donde reposa Bianca Astrodi.

»Señora Cornu, le presento a mi amigo Paul Freneuse, artista de primer orden, recibido en todas las exposiciones y galardonado en tres ocasiones.

La anciana miró con ojos como platos a Freneuse, a quien le hubiera gustado mandar al diablo a Binos y sus presentaciones.

—¡En buena hora! —masculló—. He aquí lo que yo llamo un pintor. Tiene usted su estudio en esa gran casa de la plaza Pigalle. Le conozco bien. Conozco todo el barrio. ¿Es cierto que es usted amigo de este mequetrefe de Binos?

Freneuse estaba enrojecido de cólera, y a punto estuvo de darle la espalda a Sophie Cornu. Pero ella no le dio tiempo de responder.

—¡Bien! —continuó—. Quien calla, otorga. Se lo pregunto porque parece usted todo un caballero; no como Binos... ¿es el que limpia su paleta, tal vez? Y la pequeña que está ahí es una modelo, ¿eh?

—¡Cómo! Honorable señora Cornu, ¿no adivina quién es? Mírela bien y busque el parecido.

La casera examinó a Pia, quien no osó dar un paso, y exclamó:

—Tienes razón, hijo mío. Es el vivo retrato de mi difunta inquilina. ¿Por qué no me dijiste desde un principio que era su hermana? Dile que se acerque, quiero darle un abrazo.

La señora Cornu tenía un tono de voz alto y Pia pudo escuchar lo que decía. Freneuse se interpuso para detener la efusividad de la anciana.

—Señora —le dijo seriamente—, esta niña está desconsolada; le ruego que mida sus palabras. Sé que ha tenido la bondad de hacer enterrar a su hermana asumiendo todos los gastos, pero debe comprender que la aflige evocando ese triste recuerdo.

—No era mi intención angustiarse... y, como prueba, no pienso decir una palabra más mientras permanezcamos en el cementerio; pero más tarde debo hablar con ella, porque tendrá que venir a mi casa a recoger las pertenencias de su hermana. Pero atormentarla... ¡No! No tema, no hay peligro. Usted no me conoce, pero puede preguntarle a Binos si soy una mala persona. ¡Mire usted! ¿Sabe por qué razón estoy aquí esta mañana? Acabo de hablar con un marmolista para que talle una bonita piedra que se colocará sobre la tumba...

—Esa tarea me corresponde a mí —dijo vivamente Freneuse.

—¡Ah, no! Si usted lo desea podemos compartir los gastos, pero tengo intención de pagar. Y, ya que estoy aquí, no podrá impedirme que compruebe si el jardinero ha dispuesto las flores que le encargué ayer. ¡Oh! Puede estar tranquilo, no le molestaré; caminaré delante... Binos me ofrecerá su brazo, y usted nos seguirá con la pequeña.

Freneuse tenía más de una objeción que formular, pero aquel acuerdo le liberaba de la anciana y del pintorzuelo. Les dejó andar y volvió junto a Pia, que no se había movido.

La encontró hecha un mar de lágrimas, y no tuvo el coraje de darle las explicaciones oportunas. Juntos siguieron la senda que Sophie Cornu y Binos habían tomado. El mozo que cargaba las flores que Freneuse acababa de comprar marchaba a la retaguardia.

Pia había enjugado sus lágrimas y marchaba con paso firme, pero continuaba en silencio y sin levantar la mirada.

Tras rebasar la glorieta situada a poca distancia del acceso al cementerio, se

adentraron —siempre precedidos de Binos y de la anciana— en un camino delimitado en uno de sus márgenes por una hilera de tres tumbas de apariencia modesta y, en el otro, por un vasto campo en mitad del cual se atisbaba una larga zanja que había sido cavada recientemente.

Aquella zanja era la fosa común.

Más allá había un bosque de cruces de madera negra, cruces miserables, hacinadas unas contra otras como lo habían estado en la gran ciudad —por falta de espacio—, y con las cuales los pobres marcaban las tumbas; cruces deformadas, combadas, casi arrancadas por el viento.

A lo lejos algunas mujeres deambulaban a través de aquel fúnebre laberinto en busca del lugar donde reposaba algún ser amado, agachándose para leer los nombres casi borrados por la lluvia y arrodillándose sobre la tierra recientemente removida.

Paul Freneuse consideró que sin la ayuda de aquella anciana mujer, a la que había acogido de mala manera, el cuerpo de Bianca habría sido arrojado a aquella fosa común que sirve de sepultura a los desarraigados. Se dijo a sí mismo que si Pia podía llorar a su hermana sobre una sepultura individual se lo debía únicamente a Sophie Cornu y, entonces, la casera de la rue des Abbesses le pareció menos desagradable y ridícula.

Observándola con mayor atención, descubrió que su rostro no resultaba antipático.

«Ella tiene razón», pensó. «Pia deberá retirar la maleta y los papeles de Bianca Astrodi... pues, después de todo, es primordial que esta niña confirme que la difunta es, efectivamente, su hermana. Es absolutamente necesario convencerla de que debe realizar ciertas gestiones indispensables... aunque parece poco dispuesta a escucharme. Me siento tentado a creer que incluso siente aversión hacia mí. No ha abierto la boca desde que salimos de la casa del señor Lorenzo. No hace más que llorar. Tal vez sea la presencia de Binos el motivo de su desolación. ¡Espero que no se le ocurra lanzar la más mínima alusión al trágico fin de Bianca! ¡Es tan charlatán!

»Afortunadamente no precisaremos más de su presencia en cuanto nos lleve hasta el lugar donde está enterrada la muchacha y, entonces, simplemente le diré que se vaya. Podría hacerlo ahora mismo, pues Sophie Cornu puede indicarnos dónde está la tumba, pero me preguntaría el motivo y no tengo ganas de darle explicaciones mientras permanezcamos en el cementerio».

Binos, por su parte, había tomado la delantera. Caminaba tan deprisa que la anciana tenía serias dificultades para seguir su ritmo. Debía estar haciéndole revelaciones muy interesantes, pues no cesaba de gesticular con una extraordinaria exaltación.

«¿Qué diablos le estará diciendo?», se preguntaba Freneuse. «Es muy capaz de contarle el drama del ómnibus. Y ya puedo imaginarme el resultado de sus indiscreciones. La señora Cornu propagará la historia por todo el barrio y los rumores acabarán llegando a oídos del comisario, que abrirá una investigación. La justicia se

inmiscuirá... y, probablemente, ordenará la exhumación de la desgraciada Bianca. Y Pia se morirá de pena.

»¡Y Dios sabe para qué serviría esa abominable ceremonia! Ahora estoy totalmente convencido de que no existió tal crimen, y que ni al hombre del *impériale* ni a la mujer del interior se les puede reprochar la muerte de la muchacha. Sí, acudieron juntos al espectáculo teatral a pesar de que la víspera no daba la sensación de que se conocieran, pero ¿qué prueba eso? Podrían haber trabado amistad en la calle al bajar del ómnibus. Por otra parte, puedo informarme del nombre y la dirección del hombre cuando quiera. Me basta con preguntarle al señor Paulet.

»En cuanto al alfiler, Binos ha elucubrado con la posibilidad de que estuviera envenenado. Pero la muerte de Mirza pudo deberse sencillamente a una convulsión, una enfermedad muy común en los gatos».

Mientras daba rienda suelta a su imaginación, Freneuse continuaba la marcha junto a Pia, más taciturna que nunca. Intentaba no distanciarse demasiado de Binos, que ejercía de explorador flanqueado por Sophie.

Muy pronto la avanzadilla giró a la derecha, y Freneuse los alcanzó al llegar a un sendero lateral que bordeaba una hilera de mustios cipreses.

Aquel sendero debía conducirlos hasta la tumba de Bianca; resultaba evidente que se habían adentrado en la zona reservada a las concesiones temporales.

Los terrenos colindantes no mostraban el aspecto desolado del campo concedido a las sepulturas de los indigentes. Y, sin embargo, aquélla no era una zona de ensanche habitada a perpetuidad por difuntos opulentos. Sólo se veían cercados de madera; había una ausencia total de mármol y pocas piedras tumbales. ¿Qué sentido tiene erigir monumentos a unos muertos que sólo serán inquilinos durante cinco años?

Pero muchas de las sepulturas estaban cubiertas de flores frescas, y se podía encontrar allí a alguna mujer que, regadera en mano, se ocupaba de conservar el pequeño jardín, plantado por ella misma, sobre la tumba de algún niño.

Tras un centenar de pasos recorridos por aquel angosto sendero, Binos y la anciana se detuvieron y desaparecieron tras un ciprés algo más lozano que el resto.

—Es ahí —dijo Freneuse mirando por el rabillo del ojo a Pia, que estaba terriblemente pálida—. ¡Coraje, mi niña! Apóyate en mi brazo. Podemos quedarnos aquí si no te sientes con fuerza para continuar.

—Gracias —murmuró la pequeña italiana—. Llegaré hasta el final... y lo haré sola.

En aquel instante, Binos reapareció al borde del camino haciendo gestos para que se acercaran. Sólo estaban a unos pasos del lugar; avanzaron y, a continuación, Freneuse escuchó la voz ronca de Sophie Cornu, que decía:

—¡Cómo! ¡Es usted la señora Blanchelaine! ¡Que el diablo me lleve si pensaba encontrarla aquí!

«¿Qué demonios le ocurre ahora a esa vieja loca?», se preguntó Freneuse.

El follaje del ciprés le impedía ver a la persona a la que se dirigía la señora

Cornu, y el nombre de Blanchelaine le resultaba totalmente desconocido. Se enfureció por haber permitido a Binos que les acompañara aquella charlatana que había abordado a una mujer a tan sólo dos pasos de la tumba de Bianca, y se prometió dejar plantada lo más pronto posible a la patrona de la rue des Abbesses.

Sin embargo continuó avanzando, y el pintorzuelo, que hacía guardia al borde del camino, le indicó con el dedo un montículo de piedra que ya había sido cercado por una valla de madera pagada, sin ningún género de duda, por la generosa Sophie. A dos metros de aquel cierre habían excavado recientemente un hoyo; un poco más lejos otro y, más allá, otro más. Había una decena formando una hilera, regularmente espaciados y listos para recibir a los muertos del día.

Aquella era una horrible visión, y Freneuse hizo todo lo posible por ocultar a Pia aquel desagradable espectáculo.

La pobre niña estaba muy pálida, pero sacó fuerzas de flaqueza para caminar hasta la cerca que acotaba la tumba de su hermana, arrodillarse y clavar en la tierra la cruz que había comprado a la puerta del cementerio.

A continuación comenzó a rezar con las manos juntas y la frente apoyada contra la valla.

Freneuse, para no importunarla, retrocedió suavemente y regresó al sendero donde había dejado al hombre cargado con las cuatro jardineras de flores.

—Ayúdame a llevarlas —le dijo a Binos tirando de la manga de su chaqueta—. No quiero que el ganapán perturbe las plegarias de Pia.

—¡Vale! Las llevaré yo solo —respondió el pintorzuelo—. A la buena de Sophie la han timado. El jardinero al que pagó ayer para que colocara las flores se ha desentendido.

—Tu Sophie es insoportable. No creo que el cementerio sea el lugar apropiado para cotillear; no estamos en una tienda. Y, ¿quién es la mujer que está hablando con ella?

—¡Palabra de honor que no lo sé! Lo único que puedo decir es que va vestida como una princesa. La señora Cornu tiene excelentes amistades.

»¡Eh! ¡Ganapán! Ya puedes irte, te libero de tus jardineras.



Mientras Binos tomaba posesión de los floreros, Freneuse, que se había hecho a un lado para permitirle pasar, estaba apoyado en el ciprés tras el cual conversaban las dos mujeres y pudo escuchar las siguientes palabras, pronunciadas en voz alta y clara: —Así pues, ¿es cierto lo que me han dicho, mi querida señora Cornu... que una

de sus inquilinas terminó en la Morgue? Recuerde que la última vez que vino a consultarme le anuncié una desgracia. Me alegro de que la tragedia no se haya cernido sobre usted. Estaba muy preocupada y fui a buscarla a su casa, donde me informaron de que había venido a Saint-Ouen. Estaba tan deseosa de verla que tomé un coche para venir a su encuentro, y llegué antes que usted.

—¡Diantres! —exclamó la señora Cornu—. Yo he venido en ómnibus. Pero... ¿cómo sabe usted dónde yace enterrada la muchacha?

—Me dijeron su nombre y el celador del cementerio me indicó el lugar. Veo que no está usted sola.

—No, me encontré en la puerta con un conocido, el delgaducho de la perilla, que fue quien me advirtió antes de ayer que la muchacha yacía en la Morgue.

—¿Y la niña que está rezando sobre la tumba ha venido con él?

—Sí... y con otro joven... un pintor. ¿Dónde ha ido?

—¿Un pintor? En efecto, la pequeña va vestida a la italiana; será una modelo, sin duda.

—Así es, señora Blanchelaine. Es la hermana de la difunta.

—¡Su hermana! ¡Imposible! —exclamó la mujer.

—Le digo que sí. Se apellida Astrodi, como la otra... y su parecido es asombroso... tanto, que podría creerse que es ella.

—¡Qué extraño!

A Freneuse no se le había escapado ni una palabra de aquella conversación que no le había desvelado nada acerca de la amiga de Sophie Cornu. Se sorprendió del interés que suscitaba en ella la muerte de Bianca. Volvió a subir lentamente por el sendero y se deslizó entre dos cipreses para poder observar a las dos mujeres, pero a algunos pasos de distancia.

Pia continuaba rezando, mientras Binos tenía serias dificultades para pasar las jardineras entre los barrotes de la cerca.

Un poco más a la izquierda, Freneuse vio en primer lugar el tartán de la señora Cornu, que le daba la espalda, y de frente a una dama elegantemente vestida que no le resultó del todo desconocida. Observó que ella le miraba con atención e intuyó que, entre susurros, le estaba preguntado su nombre a la señora Cornu.

De repente, le vino la inspiración.

—Es la mujer que vi en la Porte-Saint-Martin la noche de la representación de *Les Chevaliers du Brouillard* —murmuró.

Aquel extraño encuentro sumió a Freneuse en infinitas reflexiones.

Desde hacía días se negaba a creer la hipótesis del crimen del ómnibus, y tan sólo un momento antes había encontrado excelentes razones para demostrarse a sí mismo que las ideas de Binos eran absolutamente quiméricas y que Bianca Astrodi había fallecido de muerte natural.

Pero ahora se reavivaban todas sus sospechas.

¿Por qué se encontraba junto a la tumba de Bianca aquella mujer? Las

explicaciones que le había dado a Sophie Cornu no parecían más que falsas excusas para justificar su presencia allí. ¿Por qué había gritado «¡Imposible!» cuando la casera le comunicó que la niña que rezaba ante la sepultura era la hermana de la muchacha muerta?

Freneuse hizo todas aquellas reflexiones en un segundo, al tiempo que se preguntaba qué actitud debía tomar.

¿Abordar a aquella mujer e interrogarla? ¿Con qué derecho? No tenía prueba alguna contra ella; no estaba obligada a responderle. Además, una escena así, a tan sólo dos metros de Pia, que podía verlo y escucharlo todo, acabaría matando a la pequeña, cuya sensibilidad ya estaba bastante sobreexcitada.

¿Acaso no era mejor disimular sus impresiones y observar con aire indiferente la conducta de la mujer de la cual tenía sobrados motivos para sospechar?

«Por la señora Cornu, que tiene relación con ella, puedo saber dónde vive y a qué se dedica», pensó. «Ni siquiera tendré que conducir yo la investigación; Binos se encargará gustosamente».

Aquel sensato razonamiento le convenció de abstenerse. Se contentó con aproximarse a las dos mujeres que continuaban conversando y, a pesar de que hablaban entre susurros, pudo escuchar a la desconocida:

—Ya que tiene compañía, querida, voy a dejarla, pero volveremos a vernos en el transcurso del día.

—Iré a su casa —respondió la casera—. Tengo tantas cosas que decirle y, además, hace tiempo que no me pasa consulta.

—Estoy a su disposición, querida Sophie. Eso sí, venga sola.

Y, acercándose al oído de Sophie, la mujer agregó alguna otra recomendación que Freneuse no pudo escuchar, pero sí intuir.

«Le ha prohibido que me dé su dirección», pensó.

Tras lo cual, ambas mujeres se estrecharon la mano a la inglesa, y la misteriosa señora se marchó haciendo caso omiso de los dos hombres que la observaban.

Porque Binos también se había percatado de la presencia de aquella mujer en cuanto llegaron, y se prometió preguntar sobre ella a la providencial señora Cornu.

Mientras tanto Pia había finalizado su plegaria y se había levantado entre llantos. Permaneció unos instantes apoyada en la valla, con los ojos clavados en la tierra que cubría el cuerpo de su hermana y, a continuación, se dirigió hacia Freneuse.

Ya no lloraba; su pálido rostro había adquirido una expresión desconocida para su amigo.

—Gracias —le dijo ella con voz firme—. ¡Gracias y adiós!

—¿Cómo adiós? —exclamó Freneuse—. No pretenderás irte sin mí. El coche que nos trajo nos conducirá a la plaza Pigalle; desayunarás en el estudio y después retomaremos la sesión interrumpida de ayer.

—No, no volveré a posar.

Freneuse estuvo a punto de protestar, pero recordó a tiempo que se encontraban

junto a la tumba de Bianca y que, por tanto, no era el momento ideal para comenzar una discusión con una exaltada niña que, sin duda, no tardaría en cambiar de opinión.

—Está bien —dijo—, nos despediremos por hoy. Estás profundamente afligida; es justo que te tomes un descanso. Esperaré a que se mitigue tu dolor, pero permite que te lleve de vuelta a la rue des Fossés-Saint-Bernard.

—Pero antes deberá pasar por la rue des Abbesses —dijo la señora Cornu, que se había acercado sigilosamente—. Es preciso que reconozca los efectos personales y los papeles de su hermana. No quiero guardarlos por más tiempo.

—Es inútil, señora —murmuró la niña con frialdad—. No pienso reclamar sus pertenencias.

—Te las entregaré igualmente. Ahora sé dónde te alojas y tengo intención de enviártelas.

»No tengo nada más que hacer aquí; iré por el camino de Saint-Ouen para cantarle las cuarenta al sinvergüenza del jardinero que recibió su dinero y no ha mandado ni un mísero jarrón de alhelíes. Me voy.

—No sin mí, señora —exclamó Binos—. La acompaño.

Le ofreció su brazo, y ella lo aceptó mascullando algunas palabras que no debían ser cumplidos precisamente. Pia lanzó una última mirada a la tumba en la que Binos había depositado las flores compradas por su amigo, y bajó al sendero.

«Ahora haré que confiese», pensó Freneuse situándose junto a ella.

Pia caminaba con la mirada baja y persistía en su silencio. Freneuse decidió hacerla hablar a cualquier precio; esperó a que salieran de la avenida de cipreses y le dijo dulcemente:

—Pequeña, estoy muy afligido por ti.

—¿Por mí? —murmuró la muchacha sin osar alzar la mirada.

—Sí, por ti. Entiendo que estés triste y que necesites tomarte un tiempo de reposo; pero ¿por qué has dicho que no quieres volver a mi estudio? ¿Tienes alguna queja de mí?

—No, señor Paul. Sólo tengo palabras de agradecimiento para usted.

—No me debes gratitud alguna. ¿Cómo no iba a interesarme por una niña sola en el mundo?... al menos eso creía... y ahora es terriblemente cierto... pero, abandonarme así... no me lo merezco, creo... Vamos, habla. ¿Acaso te he hecho daño sin darme cuenta?

Pia giró la cabeza intentando ocultar sus lágrimas.

—¡Vaya! Estás llorando. Entonces es eso. Te he herido inconscientemente. Está bien, dime qué te he hecho, aunque sólo sea para evitar que lo repita.

—Nada, señor Paul. Siempre ha sido usted bueno conmigo, con una pobre niña; tal vez hubiera muerto de hambre si usted no me hubiera recogido en la calle. Jamás había sido tan dichosa desde que le conocí... y ahora... no volveré a serlo nunca más.

—Entonces, ¿por qué quieres abandonarme?

—Es preciso.

—¡Vamos! Eso no es una respuesta. ¿Qué te obliga a partir?

—Quiero regresar a Subiaco.

—¿Y qué harás en Subiaco? ¿Posar para algún pintor que se establezca allí durante el verano? No podrás ganarte la vida así. Allá, en las montañas, las mujeres son tan hermosas que el único inconveniente que tienen los artistas es decidirse entre tanta belleza.

—No, señor Paul. No volveré a posar para nadie. Retomaré mi antiguo oficio. Cuidaré de las cabras.

—Te has vuelto loca. Si aún viviera allí tu madre podría llegar a entender tu insensatez, pero no te queda ni un solo pariente en tu país; me lo has dicho muchas veces.

—Y aquí ya nadie me quiere.

—¡Al parecer yo no cuento nada! Escucha, Pia, está muy mal por tu parte hablar así... y si no te conociera como te conozco pensaría que no tienes corazón. ¡Vaya! Siempre te he tratado como una amiga, te he dado millones de pruebas de mi estima y afecto, y ahora me dices de buenas a primeras que no quieres volver a verme. La verdad es que ya no te reconozco. Podría recordarte que tu partida me pondría en serios apuros, pues, si no posas para mí, no podré terminar mi cuadro...

Pia estalló en llanto, y Freneuse continuó con sincera emoción:

—Pero prefiero decirte que, si persistieras en tu resolución, no echaría sólo de menos a la modelo. Me he encariñado contigo, y aborrecería mi estudio si no volvieras a él.

—¡No puedo! ¡No puedo! —dijo la niña con voz estrangulada—. Quisiera hacerlo, pero es más fuerte que yo... ya ha visto que ayer estuve a punto de morir.

Entonces Freneuse comprendió. La verdad que sospechaba se reveló con claridad y llegó su turno de guardar silencio.

Buscaba un modo de calmar a Pia sin prometer cerrar su puerta a la señorita Paulet, y es justo decir que pensaba menos en la exposición que en el sobrecogedor dolor de la pequeña italiana que se había dejado arrastrar a un amor sin esperanza.

Caminaron silenciosamente hasta la glorieta del cementerio.

Binos, que tenía las piernas largas, les había tomado la delantera acompañado de Sophie Cornu, que trotaba como una rata.

—¿Considerarías la posibilidad de posar para mí fuera de mi estudio? —preguntó de pronto Freneuse.

Pia sacudió tristemente la cabeza.

—¿En un lugar donde sólo te recibiría a ti seis horas al día? Voy con retraso, necesitaremos largas sesiones para llegar a tiempo a la inauguración del Salón —agregó con una sonrisa.

—Si eso fuera posible... —murmuró la niña.

—No volverías al país de los naranjos —remató Freneuse con entusiasmo—. ¡Muy bien! No pido más por el momento. Simplemente júrame que no partirás sin

que volvamos a vernos y que esperarás noticias mías en tu cuarto de la rue des Fossés-Saint-Bernard.

—¡Se lo juro por el alma de mi hermana! —respondió Pia, fijando sobre él sus grandes ojos bañados en lágrimas.

—De acuerdo. Te liberaré de Binos y de esa anciana mujer. Me acompañarás hasta mi puerta... sólo hasta la puerta, y luego el coche te conducirá a tu casa.

Freneuse había tenido una idea. Pia no la había adivinado aún, pero ya no lloraba.

VIII

La rue de la Sourdière es una de esas calles que no se han visto afectadas por la transformación del París antiguo. Colinda con la devastada Butte-des-Moulins^[57] pero, aún hoy, se conserva igual que hace cien años, pese a que todo ha cambiado a su alrededor.

Aunque la rue Neuve-des-Petits-Champs y la rue Saint-Honoré ofrecen un considerable bullicio de norte a sur, y el mercado de Saint-Honoré prolifera hacia el oeste, la antigua rue de la Sourdière permanece apacible como una abuela adormecida al calor del hogar.

La gente va cuando es menester, pero no es un lugar de paso. No conduce a ningún sitio.

Es una calle muy corta, una calle decente. Allí no vive gente infame, y las señoritas que rondan diariamente alrededor del lago desconocen su existencia. Goza de *respetabilidad*, como dirían los ingleses.

Ello no quiere decir que esté habitada por millonarios, pero las buenas gentes que residen allí tienen un oficio con el que ganarse la vida y se rigen por agradables costumbres. En verano, al atardecer, se juega al bádminton de una acera a la otra. Cada uno lleva su silla y conversan. La hierba crece entre los adoquines y, de vez en cuando, las gallinas picotean por la zona. El paso de algún coche hace abalanzarse a las gentes a sus ventanas. En suma, como vivir en provincias en pleno París.

Las casas que la delimitan le otorgan una excelente presencia con sus prominentes puertas cocheras, sus patios silenciosos, y sus amplias escaleras de piedra. Parecen haber sido construidas para albergar a antiguos magistrados, canónigos jubilados o, simplemente, a algún erudito desencantado con el mundo.

Auguste Blanchelaine había fijado allí su residencia tres años antes. No era ni el más tranquilo ni el mejor considerado de los habitantes de aquel barrio de buena reputación.

En el primer piso de un prestigioso inmueble podía leerse su nombre, sobre una placa de cobre situada a la derecha, seguido de la siguiente descripción: «Agente de negocios».

A la izquierda, sobre la puerta de enfrente, brillaba una inscripción cuyo sentido no resultaba claro para todo el mundo: «Stella, alumna de la señorita Lenormand – Consultas de 12 a 5 horas».

¿Consultas sobre qué? Muchos no lo adivinarían jamás, pero otra mucha gente sabía muy bien a qué atenerse.

Aún quedan en París muchas chismosas que recuerdan perfectamente a la señorita Lenormand, adivinadora de la rue de Tournon, y que tienen la firme convicción de

que, quince años antes de la victoria de Napoleón, predijo que Josefina se convertiría en emperatriz.

Stella, discípula de aquella ilustre adivina, contaba entre sus clientes con multitud de doncellas y mujeres de vida licenciosa, varias pequeñas burguesas e incluso algunas damas —verdaderas damas— que habrían podido ir a verla con sus mejores galas si no temieran comprometer el escudo de armas de sus familias esculpido sobre sus carruajes.

Stella pertenecía a la gran escuela de las sibilas^[58] de antaño. No basaba sus artes adivinatorias en el sonambulismo^[59]. Profetizaba únicamente con las cartas, o incluso sin ellas, cuando le sobrevenía la inspiración, y tal iluminación le llegaba siempre cuando la consultante pagaba bien.

Ambos apartamentos, el de la adivina y el del agente de negocios, ocupaban todo el primer piso. Tenían dos entradas perfectamente diferenciadas, y la clientela del señor Blanchelaine no tenía nada en común con la de *madame* Stella. Las gentes serias llamaban a la derecha; los creyentes lo hacían a la izquierda, y los unos no se ocupaban de los otros.

Pero, en realidad, los dos apartamentos conformaban uno solo, pues se podía pasar de uno a otro sin atravesar el rellano.

Poseían ambos la misma disposición: una antecámara, un comedor, un salón, un gabinete y un dormitorio. Pero el mobiliario era completamente diferente. En casa de Stella todo estaba tapizado en negro; podían contemplarse allí rarezas de todo tipo: baúles de la Edad Media, butacas en forma de silla curul^[60] y aparadores repletos de curiosidades de ocasión; una biblioteca abarrotada de libros de hechizos polvorientos; varias calaveras y una variedad enorme de búhos disecados. Las persianas permanecían siempre bajadas por lo que, incluso a plena luz del día, la pitonisa iluminaba el ambiente con antiguas lámparas de hierro forjado, con tres faroles, suspendidas del techo.

Por el contrario, la casa de Blanchelaine era muy luminosa, limpia y moderna. Caoba y nogal, papel a veinte *sous* el rollo, una alacena guarnecida de porcelanas de Creil, una escribanía con cajones y una silla de cuero verde, un archivador de diez pisos y bustos de juristas sobre sus cornisas.

Una pequeña negra de doce años recibía a los clientes de Stella. Los clientes de Blanchelaine eran conducidos al interior por un pasante.

Ambos despachos estaban separados únicamente por un delgado tabique, en el cual, y de común acuerdo, ambos inquilinos habían hecho abrir un tragaluz y una puerta, hábilmente disimulados en el artesonado. La tarde del día en que Freneuse había acompañado a Pia al cementerio de Saint-Ouen, el señor Paulet y Sophie Cornu se encontraron en los bajos de la escalera que conducía a la guarida de la adivina y al despacho del agente.

Sophie Cornu ya había subido tres peldaños de la escalera cuando el señor Paulet entró en el vestíbulo y se detuvo un instante para secarse los pies en el felpudo.

No se conocían y, naturalmente, no se hablaron, pero se observaron por el rabillo del ojo.

El padre de la bella Marguerite encontró la indumentaria de Sophie Cornu increíblemente ridícula y, como era la primera vez que visitaba el despacho de Blanchelaine, a punto estuvo de tomarla por cliente del agente de negocios.

—¿Qué clase de gente recibe este canalla? —rezongó en voz baja.

A Sophie no le gustaban los pintorzuelos, pero aborrecía a los burgueses bien vestidos.

—¿Qué vendrá a hacer aquí ese fanfarrón? —masculló entre dientes—. Tiene todo el aspecto de un alguacil que ha ganado su fortuna chupándole el dinero a los pobres.

Se encontraban ambos sumidos en sus agradables elucubraciones sobre el otro cuando llegaron al descansillo del primer piso.

Allí el señor Paulet comprobó con satisfacción que la anciana llamaba a una de las puertas, justo en el momento en que distinguió sobre la otra la placa donde brillaba el nombre de Blanchelaine en letras negras sobre un fondo de cobre.

«¡Qué alivio!», pensó. «No padeceré el suplicio de pasar después de esa criatura; parece que va a otra parte».

Un muchacho de cabellos revueltos y una pluma detrás de la oreja abrió al escuchar la campana, y le hizo entrar sin preguntar su nombre.

—El patrón está en el despacho. Ahora le aviso —dijo el secretario despeinado.

El señor Paulet se quedó a solas en aquella antecámara amueblada con cuatro sillas de paja y decorada con carteles donde podían leerse, por orden de antigüedad, los nombres de los oficiales ministeriales del departamento del Sena.

—Palabra de honor que parece el despacho de un procurador —dijo encogiéndose de hombros—. Pues sí que se da aires de grandeza ese chantajista. Pero eso no me impedirá que le diga cuatro verdades. ¡Y pensar que ha tenido la desfachatez de pedirme cien mil francos! Afortunadamente no se los di.

—El patrón le está esperando —vociferó el pequeño pasante, mostrándole su afilado rostro desde la entrada del corredor.

El señor Paulet, con gesto digno, le exigió que le dejara el paso libre y se encaminó lentamente hacia una puerta abierta que vislumbró al fondo del pasillo. Encontró al señor Blanchelaine de pie, casi apoyado contra una pared de la que colgaba un grabado que representaba a Hipócrates rechazando los regalos de Artajerjes^[61].

El hombre de negocios no parecía muy sorprendido de verle y le recibió con respetuosa diligencia.

—Caballero, no esperaba tener el honor de recibirle en mi humilde morada —dijo haciendo una ligera reverencia—. Lamento que se haya tomado la molestia, pues tenía intención de presentarme mañana en su casa para entregarle, como habíamos acordado, la copia del certificado de defunción de Bianca Astrodi.

—Ya no me interesa su copia —dijo bruscamente el señor Paulet—. Usted se ha burlado de mí o, mejor dicho, me ha engañado indignamente.

—No hay nada reprochable en mi proceder —replicó tranquilamente el señor Blanchelaine—. Explíquese, caballero... siéntese —agregó acercándole una silla.

El señor Paulet la tomó con cierta vacilación y se sentó bruscamente, cual hombre dispuesto a lanzar una retahíla de reproches.

—¿Se atreve a decir que no me ha engañado? —comenzó—. Le encargué una investigación sobre una hija que mi hermano tuvo en Italia. Usted descubrió que esa niña había muerto, pero se le olvidó mencionar que tenía una hermana.

—No podía hacerlo porque hasta ayer lo ignoraba.

—Entonces, ¿se está enterando por mí?

—No; lo sé desde hace algunas horas. Pero no veo por qué la existencia de esa hermana debería alarmarle. Bianca Astrodi, habiendo fallecido antes que el señor Francis Boyer, no pudo heredar de él.

—Cierto, pero usted, que pretende saberlo todo, no conoce el contenido del testamento de mi hermano.

—Imagino que nadie lo conocía antes de su muerte.

—Pues bien, yo sí lo conozco. El notario que lo recibió me ha enseñado una copia. Mi hermano dejó la totalidad de su fortuna, a repartir en partes iguales, a sus dos hijas naturales, Bianca y Pia Astrodi. Bianca está muerta, pero Pia aún vive. Por tanto, estoy absolutamente desheredado.

Al agente de negocios le cambió la cara. Evidentemente no imaginaba que Pia fuera heredera legal del mismo grado que su hermana.

—Me resignaré —continuó el señor Paulet—; pero, ahora que nuestro acuerdo no tiene razón de ser, he venido a reclamarle que me devuelva el contrato que firmé... ya no le será de ninguna utilidad.

—Puede que no me resulte útil... ahora —dijo lentamente Blanchelaine tras un momento de reflexión—, pero la situación puede cambiar.

—¿Qué significan esas palabras? —preguntó el señor Paulet con humor—. Se trata de hechos tangibles, no de quiméricas suposiciones. No puede utilizar en mi contra un compromiso cuya ejecución está supeditada a una condición que se ha vuelto irrealizable. Así pues, no tiene sentido alguno que lo conserve, y es preciso que me lo devuelva.

—Permítame que le pregunte qué interés tiene usted en recuperarlo —dijo fríamente Blanchelaine.

—No quiero dejar rastro de un compromiso que lamento haber contraído.

—Podría responderle que, por el contrario, yo prefiero que dicho rastro subsista, y que no puede obligarme a restituirle un contrato libremente firmado por usted. Pero me inclino por demostrarle que este convenio aún puede ser de utilidad... más adelante. Recuerde su contenido.

—Nunca lo he olvidado. Dice que, como remuneración por las gestiones

emprendidas por orden mía y no especificadas sobre el papel, debo abonarle la suma de cien mil francos, pagables el día... escuche bien... el día en que reciba la parte que me corresponde como heredero natural de la sucesión del señor Francis Boyer, mi hermano uterino.

—Exactamente, caballero, y yo me atengo a los términos de nuestro acuerdo.

—Muy bien. Entonces jamás recibirá los cien mil francos, ya que no tocaré ni un solo *sou* de esa herencia.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Oh! No más engaños, se lo ruego. No tendrá la osadía de decirme que si esa Pia desapareciera de este mundo como su hermana, yo recibiría la sucesión. Pia Astrodi ha sobrevivido al testador; por tanto, es legítima heredera, y su muerte no me restituiría la fortuna de mi hermano. Ésta pasaría a sus parientes y, a falta de ellos, al Estado, porque la ley italiana, probablemente, será un calco de la francesa.

—Así es.

—¿Qué pretende entonces?

—Ése será mi secreto.

—Tengo derecho a conocer su secreto. No quiero verme involucrado en las intrigas que sin duda alguna estará urdiendo para enredar un asunto que está muy claro... demasiado claro.

—Usted no será responsable de mis actos.

—Así lo espero.

—Entonces deje que proceda como crea conveniente.

—No puedo impedirselo, pero le anuncio que no le pagaré por las molestias. Ya no me interesa la herencia. Considero que está perdida y no quiero saber nada más de usted.

—Y no lo hará hasta el día en que me encuentre en grado de demostrarle que la situación ha dado un vuelco. Quiero decir que no sucederá ni en ocho días, ni en un mes, ni siquiera en un año. Y añado que someteré a su apreciación la recompensa que recibiré por el servicio que le habré prestado.

—Siendo así, ¿qué pretende hacer con el documento que he firmado?

—Mostrarlo, si algún día usted... u otros... se lamentan de los medios empleados. Este papel, caballero, es mi garantía. Prueba que siempre obramos en connivencia. La naturaleza de las gestiones que usted me encargó no está especificada —usted mismo acaba de reconocerlo—. Necesariamente se deduce que todo lo que he hecho, lo hice por orden suya.

—En otras palabras, está diciendo que si la justicia se inmiscuyera en nuestros asuntos, intentaría comprometerme. Le prevengo que no lo conseguirá. Soy un hombre con fama de respetable para que alguien me acuse de haber autorizado maniobra ilícita alguna. Dejémoslo ahí, caballero. ¿Piensa devolverme ese contrato?

—No. No más que la carta que usted me escribió hace un mes dándome instrucciones precisas sobre Bianca Astrodi para que impidiera... a cualquier

precio... que viniera a Francia o, en caso de que ya se encontrara en París, que permaneciera...

—Muy bien —dijo el señor Paulet encolerizado—. Quédese con todo; me trae sin cuidado. No le tengo ningún miedo.

—Estoy convencido de ello —replicó tranquilamente el señor Blanchelaine—; pero no le traen sin cuidado los seiscientos mil francos que irían a parar a su bolsillo si su hermano no hubiera tenido una segunda hija. Perderlos... eso sí que le da miedo.

»¡Mire! En lugar de censurarme e imputarme unas intenciones que en realidad no tengo, sería mejor que confiara en mí para solucionar las cosas. Invertiré un tiempo, pero le garantizo el éxito. Llegará el día en que le serviré la herencia del difunto señor Francis Boyer en bandeja de plata como si de las llaves de una ciudad conquistada se tratara... pero sin que se vea usted involucrado en la batalla. Y, entonces, me conformaré con lo que usted tenga a bien ofrecerme como recompensa. Lo único que le solicito ahora es una información... una simple información.

—¿Una información? —repitió el señor Paulet—. No tengo más informaciones que darle. Búsquela en otra parte. No me interesa.

—Sólo usted me la puede proporcionar —continuó el agente de negocios sin inmutarse—, y estoy seguro de que no se negará, pues su naturaleza no le compromete. Varias personas saben ya que Bianca Astrodi era la hermana de esa Pia que posa para los pintores, ¿no es cierto?

—Querrá decir que todo el mundo lo sabrá, tarde o temprano. La revelación tuvo lugar ayer en el estudio de un artista al que la muchacha servía de modelo... el señor Paul Freneuse.

—¿El joven que le acompañaba durante la representación en el teatro Porte-Saint-Martin?

—Sí, y no tiene motivo alguno para guardar el secreto sobre su parentesco. Además, también se encontraba allí uno de sus camaradas, un pintor de mala muerte llamado Binos que me dio la impresión de ser un charlatán. Puede estar seguro de que a esta hora todos los estudios de la zona conocen la noticia.

—Es probable, pero eso me importa muy poco. Sólo me interesa una cuestión.

—¿Cuál? —preguntó bruscamente el señor Paulet, que poco a poco se iba dejando arrastrar por las preguntas de aquel hombre con el cual acababa de romper toda relación.

—Aparte de usted, caballero, ¿sabe alguien más que el señor Boyer dejó su fortuna a las dos jóvenes Astrodi?

—El notario lo sabe. Él fue quien me informó. Mi hija también lo sabe; estaba presente cuando me lo comunicó.

—¿Y el resto?... ¿esos que acaba de mencionar... el señor Freneuse... el señor Binos?

—Lo ignoran, ¡por supuesto! No creerá que iba a contarles la buena nueva.

—Naturalmente, y no lo hará. Y la hermana... ¿Pia?

—También lo ignora. Pero acabará sabiéndolo.

—¿Y quién se lo dirá? No será usted, imagino.

—Lo hará el notario, probablemente.

—Entonces, ¿sabe que se encuentra en París?

—Sí, yo mismo le dije que acababa de verla. Precisamente se encontraba en el estudio del señor Freneuse cuando el notario, después de intentar localizarme en todos lados, se presentó allí.

—¡Diablos! Qué infortunio. Pero ¿conoce la dirección de la niña?

—No más que yo. Pero le bastará con preguntar al señor Freneuse.

—Y, ¿usted cree que lo hará?

—Lo ignoro. Pero supongo que es su deber.

—¿Por qué? ¿Es el ejecutor testamentario?

—No. Ni siquiera recibió el testamento. Mi hermano lo escribió de su puño y letra sin consultar a nadie. El encargado de abrir ese maldito testamento ha sido el presidente del tribunal.

—Entonces ese notario no tiene la obligación de buscar a los herederos.

—No... tanto más cuando siempre ha defendido mis intereses en vida de mi hermano. Yo mismo le he pagado los gastos de desplazamiento y no creo que tenga intención de permanecer mucho tiempo en París.

—¿Podría decirme en qué hotel se aloja?

—Rue du Bouloi, 75. Espero que no le importune con sus planes... que ni conozco ni quiero conocer.

—No lo haré, créame... aunque mis planes no tienen nada de inconfesables. Simplemente quiero asegurarme de que antes de partir no haga indagaciones sobre Pia Astrodi. Y puedo averiguarlo sin necesidad de entrar en relaciones con su señoría... ¿puedo preguntarle su nombre?

—Su señoría, señor Drugeon —respondió el señor Paulet arrastrado, muy a su pesar, por el camino de las confidencias.

El aplomo del señor Blanchelaine le fascinaba; sus declaraciones de honestidad le tranquilizaban; y, además, aunque fingía lo contrario, aún conservaba la esperanza de recuperar sus derechos sucesorios.

No quería verse involucrado, sobre todo para calmar su conciencia; pero, habiendo reflexionado, juzgaba inútil romper definitivamente con un hombre que garantizaba restituirle la herencia perdida.

—Se lo agradezco, señor —dijo el agente—. Y le juro que no lamentará haberme dado la oportunidad de servirle.

El señor Paulet no tomó acta de aquella declaración. Se conformó con decir:

—Recuerde que no habrá más discusión entre usted y yo sobre este asunto.

Y se levantó con aires de dignidad.

Blanchelaine le saludó humildemente y le acompañó hasta la puerta sin dirigirle la palabra.

El astuto cómplice sabía bien a qué atenerse ante la manifestación de indiferencia del señor Paulet.

Despidió a su pequeño pasante, que estaba picoteando unas avellanas en la sala de espera, regresó a su despacho y, en lugar de tomar asiento en su escritorio, pegó su oreja contra la pared; un minuto después, golpeó tres veces con toques espaciados regularmente.

La respuesta a su señal fueron tres golpes discretos, marcados a intervalos regulares.

Blanchelaine extendió la mano derecha y apretó un pulsador de cobre hábilmente disimulado en la moldura del artesonado; acto seguido, un panel se deslizó sobre sus ranuras y apareció una abertura lo bastante grande como para que pudiera introducirse una persona.

Fue una mujer la que atravesó aquella puerta secreta oculta en el gabinete de Blanchelaine; una mujer vestida con una larga túnica negra y un turbante de seda roja. Bajo aquel estrafalario atuendo, Paul Freneuse hubiera encontrado serias dificultades para reconocer a la persona que había visto en el cementerio de Saint-Ouen y en el patio de butacas del teatro de la Porte-Saint-Martin.

Sin embargo, era precisamente ella y, a decir verdad, su indumentaria de pitonisa no le sentaba del todo mal. El color de su turbante hacía que su piel apareciera menos irritada, y la holgura de su túnica realzaba su figura.

Pero se mostraba ansiosa.

—Acabo de verla —dijo sin más preámbulos.

—¿A quién? —preguntó Blanchelaine impaciente.

—A Sophie Cornu, ¡por supuesto! Vino a mi consulta y aproveché la ocasión para sonsacarle algunos detalles. Pero lo que me ha contado no es muy interesante.

—En fin, ¿qué te ha dicho?

—Que Binos le informó ayer, durante el funeral, de que Bianca tenía una hermana. Sophie nunca la había visto, pero hoy mismo la encontró en el cementerio.

—Eso ya me lo has contado; si no sabes nada más...

—He averiguado cómo descubrió Binos el parentesco de la modelo. Se lo comentó a Sophie, que acaba de repetirme la historia que ese holgazán le relató. Al parecer, antes de ayer fue a visitar a un pintor que vive en la plaza Pigalle.

—Paul Freneuse, el mismo que nos siguió la otra noche a la salida del teatro y que pudimos despistar.

—Aún se me escapa una sonrisa cada vez que lo recuerdo. La farsa del carruaje fue idea mía. Pues bien, Binos, entrando en casa de su amigo, comenzó a decir a voz en grito que conocía el nombre de la muchacha expuesta en la Morgue y que se llamaba Astrodi.

—¡Ah! ¡Ese canalla! ¡Después de haberle prohibido que fuera chismorreando por ahí!

—Entonces, esa tal Pia, que estaba posando para el pintor, se sintió indispuesta. Y

se desplomó sobre el suelo, gritando: ¡Es mi hermana! Y así es cómo se descubrió el asunto.

—¡Espero que ese animal de Binos no haya hablado de mí delante de Freneuse!

—Al menos no ha hecho alarde. Sophie me lo habría dicho.

—¿Y me ha mencionado delante de esa anciana?

—Por lo que parece no, a ciencia cierta. Sophie no te conoce; siempre me llama señora Blanchelaine. Tu nombre le habría sorprendido...

—Binos no sabe mi nombre. Para él, y para los asiduos al *Grand-Bock*, me llamo Piédouche.

—Es cierto; no lo recordaba.

—Y no sabe dónde vivo. A menos que Sophie se lo haya dicho.

—Jamás. ¿Por qué crees que piensa que puedes estar involucrado en este asunto? Ni siquiera sospecha que conoces la existencia de esas personas.

—¡Mejor así! Si hablara tendríamos una pésima carta en nuestra baraja. Binos haría saltar el polvorín. Tiene relación con ese Freneuse que nos espió y al que despistamos de milagro. Si descubriera que en realidad Piédouche y Blanchelaine son la misma persona, y que este posee una agencia en rue de la Sourdière, sólo nos quedaría hacer las maletas.

—¡Bah! Eso no sucederá. Y, además, que Bianca tuviera una hermana carece de importancia. No afecta a la herencia de Paulet y tú recibirás tus cien mil francos.

—Eso dices tú —dijo Blanchelaine encolerizado.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Stella con cierta inquietud.

—Ocurre que Paulet acaba de salir por esa puerta, y el motivo de su visita era anunciarme que su hermano tenía dos hijas, Bianca y Pia, y que ese imbécil les ha dejado su fortuna a partes iguales. Ahora que la hija mayor ha abandonado este mundo, la herencia íntegra pasará a manos de la más pequeña.

—¡Ah! —murmuró la adivina consternada—. ¡De nada ha servido tanto riesgo!

—Sí, es un duro trago. Pero no me doy por vencido. Si debo perder los cien mil francos que Paulet se comprometió a pagarme el día en que reciba la herencia, intentaré cobrarlos por otro lado. Que no se diga que me he arriesgado para nada.

—Yo tampoco me resigno pero ¿qué vas a hacer? Supongo que no pretenderás repetir la historia de Bianca. Es demasiado peligroso.

—Y no serviría de nada. Pero hay más de un modo de desembarazarse de una mujer que supone una molestia.

—Yo sólo conozco una —dijo Stella con aire siniestro—, y ya la pusimos en práctica una vez; volver a hacerlo sería jugárnosla demasiado.

—No se trata de eso —replicó precipitadamente Auguste Blanchelaine—. La situación ha cambiado desde que el padre murió. Aunque Pia muriera mañana seguiría siendo legítima heredera y, en el caso de que no tuviera parientes, el Estado reclamaría su herencia. Por tanto, estamos sumamente interesados en que siga con vida. Prefiero vérmelas con ella que con el Estado italiano.

—Entonces, ¿qué piensas sacar de esa muchacha?

—Nada, por el momento. Más adelante será otro cantar. Es un negocio a largo plazo.

—No te comprendo.

—Mi plan es explotar directamente en nuestro beneficio a esa Pia Astrodi. La idea es la siguiente: ella sabe que Bianca era su hermana, pero no conoce el testamento. Nadie lo conoce... excepto el señor Paulet y el notario de provincias. Paulet se cuidará muy mucho de advertir a la pequeña, y el notario pronto regresará a su casa. La herencia permanecerá abierta, y nadie podría tocarla si la heredera no se presenta. Y nosotros le impediremos que comparezca.

—¡Bien! ¿Y después?

—Después procederemos con cautela, con mucha diplomacia.

—¿Diplomacia? No comprendo.

—Pues es preciso que comprendas porque cuento contigo para embaucar a la pequeña. Y, si actúas con astucia, estoy seguro de que lo conseguirás.

—Olvidas que no la conozco.

—La has visto y ella te ha visto.

—Cierto; en el cementerio, pero no hablamos.

—No importa. Irás a buscarla en cuanto averigües donde vive.

—Lo sé. Se aloja en la rue des Fossés-Saint-Bernard. Lo dijo el pintor delante de Sophie Cornu, que me lo repitió.

—Así que era a su casa a donde Bianca iba todas las tardes. Si hubiéramos conocido ese detalle, habríamos actuado de otro modo. Pero lo hecho, hecho está. Consideraremos la situación tal cual es e intentaremos sacar tajada.

—De acuerdo. Pero ¿con qué pretexto acudiré a casa de esa tal Pia?

—Con la excusa de que visitabas a su hermana en su habitación de la rue des Abbesses; estará encantada de conversar contigo sobre ella.

—Muy bien, pero ¿qué le diré?

—Comenzarás siendo afectuosa. Te compadecerás de ella, le jurarás que su hermana la quería mucho, intentarás consolarla.

—Será complicado. En Saint-Ouen lloraba como una magdalena y, cuando se arrodilló junto a la tumba, creí que no tendría fuerzas para levantarse.

—Justo lo que necesitamos. Será una mujer apasionada, como todas las italianas. No tendrás dificultad para lavarle el cerebro.

—¿Con qué objetivo?

—En principio para hacerla cambiar de oficio. La cuestión primordial será impedirle que vuelva a casa de Paul Freneuse, que intentará protegerla. Confío en ti para inventar una historia. ¿Cuál? No lo sé. Tantearás el terreno. Si, por ejemplo, descubres que está enamorada de él...

—Lo está. Binos se lo dijo a Sophie Cornu.

—Entonces será más fácil: le contarás que se burla de ella.

—Binos afirma que está celosa, y jamás adivinarías de quién... de la señorita Paulet.

—¡No es posible! Pero sí, en efecto, Freneuse gana mucho dinero y ese imbécil de Paulet piensa entregar a su hija en matrimonio. Freneuse acude a su palco en el teatro...

—Y la señorita Paulet se hace acompañar de su padre al estudio de Freneuse. Allí se encontró con Pia, que se fue hecha una furia. Binos afirma que juró no volver a posar.

—¡Extraordinario! La tenemos en el bolsillo. La encontrarás dispuesta a escucharte y te ganarás fácilmente su confianza. Le pedirás permiso para trasladarle a ella el afecto que sentías por su hermana; le ofrecerás tu ayuda si precisara de ella y, finalmente, le propondrás que se aloje en tu casa o viajar con ella a su país, si tuviera deseos de hacerlo.

—¡Cómo! ¿Quieres enviarme a Italia?

—No. Preferiría tener a la heredera cerca. Pero debemos preverlo todo. Lo importante será mantener la comunicación con ella, dondequiera que esté, e inducirle a romper con las personas que conoce. No quiero que vuelva a ver nunca más a Freneuse y a Binos, y que el ejecutor testamentario del difunto Francis Boyer no sepa jamás qué fue de ella.

—¡Muy bien! Pero, suponiendo que tengamos éxito, ¿qué provecho sacaremos de todo ello?

—Te explicaré mi plan —dijo Blanchelaine—. Tiene dos objetivos y podremos modificarlo dependiendo del cariz que adquieran los acontecimientos.

»Como sabes, el señor Paulet ha firmado el compromiso de entregarme cien mil francos el mismo día que entre en posesión de la herencia de su hermano. Y ese día no llegará a menos que Pia renuncie a su derecho sucesorio.

—Lo cual no sucederá jamás.

—¿Por qué? Siempre se puede rechazar una herencia a través de un documento auténtico —una carta de renuncia— que tiene por efecto reintegrar sus derechos a los herederos naturales.

—¿Y qué crees que llevaría a Pia a renunciar en favor de un hombre a quien ni siquiera conoce?

—Si lo conociera sería aún más complicado; recuerda sus celos por la señorita Paulet. Pero ella ignora que su padre natural era el hermanastro del señor Paulet, y yo me ocuparé de que jamás lo descubra. Debo añadir que, para que el documento sea legítimo, debe ser firmado por un mayor de edad, y probablemente esa niña no lo sea.

—En efecto, me dio la impresión de tener apenas dieciséis años.

—Por tanto debemos esperar algunos años; tiempo que aprovecharemos para preparar el terreno a nuestro favor. Podríamos, por ejemplo, inducirle a ingresar en un convento.

—Mala idea. Donaría todos sus bienes al convento.

—No, porque no sabría que es rica.

—Entonces, ¿cómo renunciaría a una fortuna de la que desconoce su existencia?

—Le confesaríamos la verdad en el último momento, después de haberla manipulado convenientemente. Apelaríamos a su generosidad, persuadiéndola de que el señor Francis Boyer actuó de mala fe al desheredar a su hermano y que ella podría reparar su mal proceder.

—Dudo mucho que se deje convencer.

—Eso dependerá de varios factores. Se puede obtener cualquier cosa de una muchacha temperamental cuando se obra con astucia. Si, como afirma Binos, está desesperada porque Freneuse no la ama, escuchará los consejos de aquellos que la acogieron, que la trataron con ternura y que intentaron consolarla.

—Puede ser... con el tiempo... pero, a decir verdad, no sé si merece la pena el esfuerzo y el trabajo de tantos años para lograr unos cien mil francos de recompensa... que, tal vez, el señor Paulet se niegue a pagar.

—Le reto a que lo haga. Tengo su palabra por escrito y una carta que le compromete. Jamás osaría enfrentarse a mí. Pero sí tienes razón en una cosa; cien mil francos no me parecen suficientes, visto que Paulet heredará seiscientos mil.

—¿Por qué no podemos heredar nosotros en su lugar?

—¡No me digas! ¡Por fin lo entiendes! También podríamos persuadir a Pia de que nos legue su dinero en lugar de incitarla a renunciar. Ése sería el objetivo. Pero, para alcanzarlo, habrá que recurrir a medidas drásticas.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, abandonar París con ella.

—Efectivamente, al parecer desea regresar a su país. Sophie Cornu escuchó que le decía al pintor que no quería volver a posar.

—Muy bien. Nosotros la acompañaremos a Italia.

—¿En concepto de qué?

—En concepto de amigos, ¡por supuesto! Te ganarás su confianza ofreciéndote a costear el viaje. Supongo que no nadará en la abundancia. Le contarás que, teniendo la intención de pasar dos años en Roma por razones de salud, necesitas una dama de compañía que hable italiano, y que te diriges a ella porque la buena casera que alojaba a su hermana te la ha recomendado. Añadirás, obviamente, que partes con tu esposo, pues pienso acompañaros.

—¿Y tus negocios?

—Ninguno puede proporcionarme tantos beneficios como éste. Además, nos vendrá bien abandonar París por un tiempo. Me preocupa la indiscreción de Binos y tengo miedo de Freneuse. Si volviéramos a encontrarnos y, sobre todo, si averiguara que vivimos juntos, no tardaría en relacionarnos con el ómnibus de la plaza Pigalle y nos veríamos en graves dificultades. Pero, en dos años, el accidente de Bianca Astrodi será agua pasada.

—¡Cómo! ¡Quedarnos dos años allí!

—Dos años, tres, o más si fuera necesario. Permaneceremos hasta que la niña tenga edad para testar legalmente, es decir, hasta que cumpla los dieciocho años.

—¿Y piensas que se planteará la idea de hacer testamento?

—Ya me encargaré yo de sugerírselo. Y, ¿a quién crees que dejará sus posesiones sino a sus benefactores? No tiene parientes.

—¡Bien! Pero... nos sobrevivirá.

—No lo creo —respondió Blanchelaine con una sonrisa burlona—. Olvidas que el imbécil de Binos me confió el alfiler que tú perdiste.

IX

El inmueble donde el señor Lorenzo hospedaba a sus inquilinos de la rue des Fossés-Saint-Bernard no gozaba precisamente de buen aspecto. Era un viejo y lúgubre edificio de seis plantas, mucho más alto que ancho, e irregularmente perforado por estrechas ventanas cuyas dimensiones nada tenían que ver las unas con las otras. Con su mohosa fachada debido a la lluvia y estrangulada entre dos construcciones de mejor apariencia, se asemejaba bastante a una rebanada de pan untada con paté podrido.

Se entraba en aquel chamizo atravesando un oscuro callejón delimitado por una baranda a la altura del codo que conducía a un patio húmedo y peor iluminado que el fondo de un pozo.

La planta baja tenía dos estancias. La primera era una especie de taberna cuya puerta daba directamente a la calle, pues Lorenzo se dedicaba a la venta de bebida. La otra servía de comedor a los modelos de ambos sexos que se alojaban en casa de aquel astuto compadre.

Por la tarde, de noche cerrada o con las primeras luces del alba, se reunía allí un bonito grupo de maleantes calabreses y campesinos de los Abruzos. Se congregaban allí familias enteras, desde el abuelo de barba canosa hasta las chiquillas de cuatro años sentadas sobre las rodillas de las robustas matronas de fornidas espaldas.

Se hablaba un dialecto muy cerrado, y se desprendía un olor a ajo y tabaco que llegaba hasta el Jardin des Plantes.

Dormían en estancias habilitadas como dormitorios y vivían en relativa armonía. Las cuchilladas no eran frecuentes, a pesar de que las peleas se sucedían continuamente.

El señor Lorenzo había conseguido disciplinar a sus inquilinos y, aunque éstos no le profesaban un gran respeto, al menos les inspiraba cierto temor. Aún atlético a pesar de sus sesenta y cinco años, el buen hombre no transigía con sus costumbres ni con el pago de sus huéspedes. Dirigía su pensión desde hacía quince años y jamás había tenido problemas con la policía francesa. Sin embargo, pasaba por haber resistido largo tiempo en la campiña siendo el cabecilla de una banda que salteaba a los viajeros y atracaba a los propietarios de los alrededores de Terracina^[62].

Pero el dinero cambia a los hombres. Habiendo amasado una aceptable fortuna gracias a su oficio, y con su cabeza puesta a precio por el Estado romano, un buen día se hartó de dormir bajo las estrellas y de alimentarse a base de castañas crudas.

Y como era un hombre ambicioso, en lugar de retirarse tranquilamente de los negocios, compró un pasaje a Nápoles sobre el paquebote de Marsella. Más tarde viajó a París para hacer fructificar sus ahorros.

Dios bendijo sus esfuerzos. El establecimiento que dirigía estaba en pleno apogeo. Había comprado el inmueble con los beneficios que le procuraba el alojamiento y el servicio de comidas a sus compatriotas. Y los locatarios no faltaban nunca porque venían de todos los pueblos del sur de Italia y, de vez en cuando, incluso los captaba él mismo.

No era, en absoluto, un mal tipo. Abría créditos razonables e incluso prestaba pequeñas sumas de dinero a los modelos sin trabajo; se encargaba de procurárselo, teniendo como tenía relaciones con casi todos los pintores, llegando en alguna ocasión a repatriar —corriendo con todos los gastos— a algún modelo rechazado por los estudios de París.

Con él había negociado Freneuse el alojamiento y la manutención de Pia. Y, como el trato acordado con el artista era muy beneficioso para aquel honesto bandido, velaba por la pequeña con infinita estima y consideración. Había terminado por encariñarse con la muchacha; tanto, que incluso habría arriesgado su vida por defenderla si algún granuja se hubiera atrevido a acercarse demasiado a ella o simplemente ofenderla.

Y Pia se había adaptado perfectamente a la vida en aquel horrible refugio para extranjeros, donde la más pobre de las trabajadoras parisinas habría rehusado alojarse.

Es cierto que vivía completamente apartada, aunque no desdeñaba hablar con el resto de habitantes de aquel falansterio cuando los encontraba en las escaleras.

Ocupaba una habitación en la última planta del edificio; una buhardilla que había albergado a algún que otro organillero y su mono, en los tiempos en que aún se permitía a las pobres gentes de la Italia meridional enviar a sus niños a mendigar en Francia.

Y de aquel miserable cubículo había hecho un nido adorable. No era precisamente la riqueza del mobiliario lo que más deslumbraba en la buhardilla que tanto gustaba a Pia.

Una cama de hierro, algunas sillas de paja, una mesa en madera blanca, un espejo, un baúl donde recogía su lencería y sus vestidos, un gran cántaro y una amplia palangana para el aseo; sobre las paredes estucadas, dos bosquejos perfilados por Freneuse. Eso era todo.

Pero Pia había tirado gran parte del alero que bordeaba su única ventana, porque había construido allí —desoyendo las ordenanzas de la policía— una pajarera, cuyo único inquilino era un pinzón, así como un pequeño jardín que cabía en una caja, aunque las flores eran frescas y el pinzón cantaba de la mañana a la noche.

Y además, desde aquel tragaluz la panorámica era maravillosa. La casa del señor Lorenzo estaba orientada al nordeste.

A la derecha, al otro lado de la calle, se alineaban los negocios y las veredas a modo de tablero de ajedrez de la Feria de los vinos; y, un poco más lejos, los vetustos árboles del Jardin des Plantes comenzaban a reverdecer.

A la izquierda, más allá de los puentes y por encima de los accidentados tejados, se alzaba la colina de Père-Lachaise, coronada de cipreses cuyas tétricas siluetas destacaban sobre el firmamento cristalino.

Un rincón de París contemplado desde las alturas como lo hacen las aves desde el cielo.

Al día siguiente de su viaje a Saint-Ouen, Pia —que se había levantado antes del alba tras una noche de insomnio— soñaba despierta apoyada sobre el alféizar de su ventana.

El aire era templado, y la bruma matinal se disipaba con los primeros rayos de un sol primaveral que doraba los tejados.

Una hermosa jornada comenzaba; una de esas fiestas que Dios concede alguna vez a los desheredados de la gran ciudad, a aquellos que no tienen más espectáculo que regalarse que el despertar de la naturaleza.

Los comerciantes cantaban las alabanzas de su mercancía en los soportales, y los niños jugaban en la calle.

Los inquilinos de Lorenzo se preparaban para alzar el vuelo y llegar antes del mediodía a los estudios de los barrios de Pigalle y Luxembourg. Se escuchaban las carreras por las escaleras y, por las ventanas de los dormitorios, salían como cohetes lanzando alegres carcajadas que hacían volver la cabeza a los transeúntes. El antiguo bandido reconvertido en propietario fumaba su pipa bajo el umbral de su taberna, y sonreía complacido tras su interminable barba mientras calculaba en voz baja los ingresos que recaudaría aquella tarde. Era la temporada en la que sus huéspedes ganaban su peculio y las entradas de dinero no se hacían esperar.

A Lorenzo le extrañaba no haber visto a Pia, que siempre era la primera en bajar; pero jamás entraba en su habitación sin que ella le llamara.

Y Pia no tenía intención alguna de llamarle; ni siquiera de ir a comprar su frugal desayuno.

Su pensamiento revoloteaba sobre la plaza Pigalle, donde Paul la había dejado la víspera haciéndole jurar que no partiría sin verle antes.

Y se preguntaba qué habría querido decir cuando le propuso posar fuera de su estudio.

Seguir posando para él, posar a solas con él, era su única esperanza, y apenas creía en ella.

«Ha comprendido que estoy sufriendo y se ha compadecido de mí», pensaba con tristeza. «¡Es tan bueno! Me prometió que pronto recibiría noticias tuyas. Lo ha hecho para calmarme, para impedir que parta. Cree que reflexionaré, que me faltará el valor para abandonarle y que volveré a él. Pero no vendrá. ¿Por qué iba a hacerlo? No soy más que una desgraciada muchacha que vive de sus favores. Soy yo la que debería acudir a él suplicándole que me reciba de nuevo. Pero no iré. Encontraría allí a esa mujer, y prefiero morir antes que aparecer nuevamente ante ella. No, no iré. Esperaré dos días; si no se presenta, le escribiré para decirle adiós. Rezaré por última

vez ante la tumba de Bianca y entonces...».



Pia estaba sumergida en estas reflexiones cuando alguien llamó suavemente a la puerta de su habitación.

Se volvió, pálida y temblorosa.

—¡Si fuera él! —murmuró paralizada por la emoción.

Hubo un breve silencio; acto seguido volvieron a golpear la puerta, esta vez con más vigor.

Quiso responder, pero le falló la voz. Además, le sobrevino la certeza de que no podía tratarse de Freneuse. No era un hombre paciente, y la llave estaba en la cerradura. Freneuse habría entrado.

En ese momento la llave giró y la puerta se abrió lentamente.

Pia estaba en lo cierto. No era Freneuse. Pero la sorpresa que sintió al ver a la persona que entró fue, cuando menos, considerable.

Era una mujer elegantemente vestida de negro, con mucha clase y apariencia afable. Podría pasar por una dama de la caridad visitando a sus pobres.

Pia, que no estaba acostumbrada a recibir visitas de aquel género, pensó que se trataba de una equivocación y, cuando estaba a punto de sacar de su error a la desconocida, ésta avanzó hacia ella, tomó sus manos y depositó un beso en su frente.

Y Pia, estupefacta, no osó escabullirse de aquella inesperada muestra de cariño.

—Veo, mi querida niña, por su asombro, que no me reconoce... —comenzó a hablar la mujer mientras tomaba asiento en una de las tres sillas de paja que amueblaban la buhardilla—; es natural, dado que apenas reparó en mí.

—Disculpe, señora... no la recuerdo —murmuró la joven.

—Ayer estuve muy cerca de usted... lamento tener que evocar momentos tan crueles... mientras rezaba por quien ya no está entre nosotros.

Pia se estremeció y observó a la mujer con mayor atención.

—En el cementerio de Saint-Ouen, junto a la tumba de su hermana.

Los recuerdos acudieron a la memoria de la muchacha. La víspera apenas había advertido a la persona que conversaba con Sophie Cornu, pero le pareció que bien podía ser la misma.

—También yo acababa de rezar sobre la tumba de nuestra querida Bianca...

—¿Usted, señora? —exclamó Pia atónita.

—Le sorprende porque no sabe que yo la quería como a una hija.

—¿La conocía?

—Desde hace dos años. La conocí en Milán, en casa de unos amigos de mi marido, que por aquel entonces había viajado conmigo a Italia. Me encariñé con ella, y terminó por darme su confianza.

—Nunca me habló de usted.

—Tampoco le dijo el motivo de su viaje a París.

—Disculpe, señora, pero sí me lo dijo.

La mujer se mordió el labio, pero no perdió ni un ápice de su compostura.

—Entonces —continuó—, sabía que estaba buscando a su padre... que era también el suyo.

—Sí, lo sabía.

—Pero no sabe que fue gracias a mí que ella lo encontró.

—¿A nuestro padre? ¡Cómo! ¿Ella lo vio... y yo lo ignoraba? No, no, es imposible.

—No lo vio pero, tras interminables investigaciones, averigüé que vivía en una pequeña localidad del sur de Francia... y Bianca, advertida por mí, le escribió...

—¡Y me lo ocultó!... ¡Qué extraño!

—También a mí me ocultó que tenía una hermana... a mí, que le di innumerables pruebas de mi amistad y abnegación. Sólo ayer descubrí, por casualidad, que usted existía. Llevaba hasta el exceso su discreción, más bien sus reservas, y por ello jamás le dijo dónde vivía.

—No, a pesar de que se lo pregunté muchas veces.

—Yo misma la envié a esa brava mujer que regenta la pensión en la rue des Abbesses y que ayer le llevó flores al cementerio. Tampoco a ella, a la excelente señora Cornu, Bianca le habló de usted. Bianca le mentía diciendo que iba a dar clases de canto cuando iba a visitarla a usted. Yo ignoraba que saliera de tarde. Ella sólo venía a mi casa por las mañanas. Y únicamente hablaba de su padre, fantaseando siempre con la posibilidad de volver a verle.

—Pero... ¿no lo vio? —preguntó la niña emocionada.

—¡Desgraciadamente no!... y eso fue lo que la mató.

—¿Qué quiere decir?

—¿Nadie le ha explicado cómo murió su hermana? —preguntó la mujer después de un breve silencio.

—Me comunicaron que falleció de muerte súbita —murmuró Pia con lágrimas en los ojos.

—Murió de pena.

—¿Qué?

—Padecía una enfermedad cardíaca... y se le rompió el corazón. Acababa de conocer que su padre había rehusado recibirla, que renegaba de ella...

—¿Es eso posible?

—Muy cierto. A la suplicante carta que ella le escribió para recordarle que tenía dos hijas, le respondió con una carta muy dura. La pobre muchacha no pudo soportar el golpe.

—¡Ah! ¡Es horrible! —gimoteó la niña desmoronándose sobre una silla que se encontraba allí muy a propósito, pues se habría desplomado como ya lo hiciera en el estudio de Paul Freneuse.

La dama se levantó, enjugó con un pañuelo de batista las lágrimas que inundaban el rostro de Pia, y le dijo dulcemente:

—No desespere, mi niña. Los hombres son olvidadizos. Sin duda su padre sucumbió a un primer arrebató de ira al conocer que aquella que había abandonado se había hecho cantante para ganarse la vida; pero sus sentimientos pueden cambiar... espero que lo hagan. Aquel que renegó de su hija mayor no lo hará con usted...

acudirá en su auxilio...

—No, porque no le pediré nada —dijo Pia alzando la cabeza—. Jamás oirá hablar de mí.

Ante aquellas palabras, la mujer cambió de expresión.

—Admiro su dignidad —dijo tras una pausa—; no tendré la osadía de desaprobala si persiste en su resolución de no implorar una protección que su hermana no recibió.

»Pero es hora de que le diga quién soy yo y por qué estoy aquí. Mi nombre es Blanchelaine. Mi esposo goza de una considerable fortuna. Vivimos en París, pero viajamos cada verano. Hemos estado en Italia en tres ocasiones y, sin duda, volveremos porque nos fascina su hermoso país.

»Ya le he dicho que fue durante uno de nuestros viajes cuando conocimos a su hermana y yo me encariñé con ella.

»La noticia de su muerte me consternó y bendigo al destino que me ha traído a su hermana, pues me he jurado a mí misma depositar sobre esa hermana todo el afecto que me inspiró aquella que hoy lloramos.

»Averigüé dónde vivía. La señora Cornu me lo dijo ayer en el cementerio. Le rogué que se informara sobre usted. Un artista conocido suyo, un tal señor Binos, le contó que su único medio de vida era posar para los pintores. Entonces pensé en ofrecerle una mejor oportunidad.

—Se lo agradezco, señora, pero no necesito ayuda de nadie —murmuró la pequeña.

—Lo sé, mi niña. Sé que es una muchacha sensata y ahorradora que siempre se ha conducido de modo ejemplar, y que, a fuerza de trabajo, ha podido amasar algún dinero.

»Aunque, permítame que le diga algo... no veo futuro en la profesión que ejerce. No será eternamente bella, y cuando alcance la edad en que ya no pueda servir de modelo a los artistas...

—No esperaré a que llegue ese momento; he decidido no volver a posar.

—¿Qué piensa hacer entonces?

—Regresaré a Subiaco, allí donde nací y murió mi madre.

—¡A Subiaco! ¡Qué singular coincidencia! Mi marido y yo lo visitamos hace dos años. Estábamos de paso, pero descubrimos sus hermosas montañas y habíamos decidido establecernos allí la próxima primavera y quedarnos hasta el final del verano. ¿Por qué no viene con nosotros?

—¿Yo, señora? Olvida que soy una muchacha pobre y que, cuando regrese a mi país, retomaré mi antiguo oficio de pastora de cabras.

—Serán las nuestras, entonces —dijo la señora Blanchelaine esbozando una encantadora sonrisa—. Compraremos un rebaño. Mi marido me consiente todos mis caprichos y no quiero separarme de usted.

»Escuche, mi querida Pia. Se encuentra sola en el mundo, visto que su padre

renegó de Bianca y usted no desea intentar ablandar su corazón...

—¡Nunca! —exclamó Pia con vehemencia—. Jamás sabrá que yo existo.

—¡Pues bien! Yo, que tengo todo cuanto se necesita para ser feliz, sólo una cosa me falta... no tengo hijos... ésa es la gran tragedia de mi vida; tenía un sueño que se ha desvanecido tristemente... soñaba con adoptar a su hermana si su padre rehusaba reconocerla... tratarla y amarla como a una hija... mi marido compartía mi anhelo. En su día, concertaríamos un buen matrimonio y, llegado el momento, le habríamos dejado nuestra fortuna. La muerte nos arrebató a Bianca... pero aquí está usted, la única que puede devolverme la esperanza perdida.

»Pia, mi querida Pia, ¿quiere que sea su madre?

—¿Mi madre? —repitió Pia agachando la cabeza—. Por desgracia la perdí.

—Yo la reemplazaré —respondió precipitadamente la mujer—. Su hermana, a la que tanto quería, no me habría negado la felicidad que de ella dependía. Jamás osé sugerirle la opción de la adopción, pues pensaba que su padre consentiría en recibirla; pero una vez descubrí que ese hombre sin corazón había repudiado a su hija, mi determinación fue inmediata. Si la muerte no hubiera sorprendido a Bianca, le habría dicho estas palabras: «Ven, las puertas de nuestra casa están abiertas para ti. Ven, nosotros jamás te abandonaremos». Y estoy convencida de que habría aceptado.

—Mi hermana no me habría abandonado.

—¡Oh, no! Me habría hablado de usted... me habría traído aquí... le habría rogado que no la abandonara usted... y usted no habría podido resistirse a mis súplicas ni a las suyas... habría consentido en vivir con ella en mi casa... y yo habría tenido dos hijas en lugar de una. Dios la ha llamado a su lado, pero usted vive, Pia; es usted huérfana como ella, está sola en el mundo, sin amigos ni parientes gracias a la barbarie de su padre de repudiar a sus niñas. No huya de la nueva familia que le tiende los brazos.

—Agradezco su bondad, señora —murmuró la pequeña—, pero ya se lo he dicho, quiero regresar a mi país.

—Y yo le he dicho que nosotros también iremos, mi esposo y yo... Que, precisamente, tenemos el proyecto de pasar el verano en su localidad natal. Así pues, veo natural que realicemos el viaje juntos. ¿Cuándo desea partir, mi querida Pia?

—No lo sé.

—Elegiremos el día que mejor le convenga, pequeña mía.

—Es usted muy buena, señora, pero no puedo prometerle que vaya a acompañarles.

—¿Por qué? ¿No está decidida a abandonar Francia?

—Sí.

—Entonces será mejor que lo haga cuanto antes... sobre todo si, como usted acaba de declarar, no quiere volver a posar. Si insiste en quedarse aquí, agotará rápidamente sus ahorros si no trabaja.

—No me quedaré aquí. Es posible que parta mañana. Pero no puedo hacerlo sin

antes ver a alguien que debe venir a despedirse de mí.

—¿Alguien se interesa por usted? ¡Ah! Eso me hace feliz. Me gustaría conocer a ese amigo que permanece fiel ante la desgracia. Querría hablarle de mi proyecto de viaje a Italia y prometerle que ocuparé su lugar junto a usted.

—Entonces —preguntó Pia tras un instante de vacilación—, ¿no ve objeción en que le consulte?

—No sólo no la encuentro, sino que la insto a que lo haga. Y si quiere decirme su nombre y dirección, iré yo misma a buscarle; le explicaré mis planes respecto a usted y le rogaré que se una a mí para ayudarla a decidirse a aceptar mi proposición. Si siente verdadero aprecio por usted, la apoyará, pues verá que la propuesta está hecha desde el corazón.

—Está bien, señora. Es el pintor que me acompañó ayer al cementerio de Saint-Ouen.

—¿Qué? ¡Ese tal Binos! —exclamó la mujer, que sabía muy bien a qué atenerse—. Pero no es un artista serio. La señora Cornu, la casera de su hermana, me dijo que pasa su tiempo de café en café en lugar de trabajar. No será verdad, querida Pia, que es ese muchacho a quien quiere pedir consejo.

—No se trata de él, señora. Lo conozco, sé perfectamente la clase de persona que es y espero no volver a verlo nunca más. Me refería al señor Paul Freneuse.

—¿El pintor que vive en la plaza Pigalle?

—Sí, señora.

—Fue en su estudio donde le informaron de la muerte de su hermana y, desde su llegada a París, tan sólo ha posado para él.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Pia harta sorprendida.

—La señora Cornu, a quien se lo dijo ese tal Binos.

—Entonces también le habrá dicho que se lo debo todo al señor Freneuse, que he vivido de sus favores, que sin él...

—También el señor Freneuse le debe algo. ¿Dónde habría encontrado a una modelo como usted? Pero ¿realmente le ha prometido que vendría a visitarla antes de su partida?

—Tan real fue su promesa que me hizo jurar que no partiría sin antes verle por última vez.

—¿Y usted le creyó?

—Sin duda. ¿Por qué habría de dudar de su palabra?

—¡Dios mío! No estoy diciendo que deba hacerlo, pero me sorprendería que encontrara tiempo para cumplirla. ¿No sabe que muy pronto contraerá matrimonio?

—¿Está diciendo que el señor Freneuse va a casarse? No, no es posible —murmuró Pia, que se había tornado terriblemente pálida.

—Le aseguro, mi niña, que va a casarse —dijo la señora Blanchelaine—. Se han publicado las amonestaciones. El enlace se celebrará al día siguiente de la inauguración de la Exposición.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Binos se lo comunicó a la señora Cornu y ella me lo repitió a mí.

»El señor Freneuse se desposará con la señorita Paulet, hija de un rico hacendado. Es un buen matrimonio para él; tiene mucho que ganar, pues su prometida aporta una considerable dote y, además, es encantadora.

»Pero ¿qué le ocurre, mi niña?

—Nada, señora —respondió Pia, reprimiendo con gran esfuerzo los sollozos que la asfixiaban.

—Siente un gran afecto por el señor Freneuse. Creí que la noticia le haría feliz, pero veo que me equivocaba.

—No creo que sea cierto... si fuera a contraer matrimonio no me habría prometido que vendría a verme.

—¿Por qué? Es natural que quiera terminar el cuadro que comenzó. Al parecer, la obra está llamada a tener un gran éxito, y el señor Freneuse no estaría dispuesto a faltar a la Exposición. ¿Cómo terminaría el cuadro si usted se negara a posar para él?

—Así pues, únicamente lo haría porque me necesita...

—No debe sorprenderle, querida. Los grandes artistas son egoístas. El señor Binos se lo manifestó claramente a la buena de Sophie Cornu. Incluso añadió más detalles. Usted le conoce bien... sabrá que es un gran charlatán, que cuenta a todo el que quiera oírle sus asuntos e incluso los de sus amigos.

—¿Y qué ha dicho?

—Cosas que no osaría repetir.

—No tema, señora. Estoy preparada para escuchar lo que sea. Si su amistad es verdadera, me aclarará las intenciones reales del señor Freneuse.

—¡Dios mío!, mi querida Pia, me pone usted en un compromiso. Lamentaría quitarle una ilusión... pero, por otro lado, si usted debe sacrificar el futuro que yo le propongo... sacrificarlo por un hombre que sólo piensa en explotarla...

—¡Hable, se lo ruego!

—Es que temo no sólo afligirla sino, aún más, herirla.

—La herida ya está abierta —dijo Pia con voz sorda.

—De acuerdo, mi pobrecita niña. Al parecer, el señor Freneuse se ha percatado... o cree haberse percatado de... en realidad no sé cómo decirle esto... En fin, intuye que él le inspira un sentimiento que...

—Termine, señora. Cree que le amo.

—Usted lo ha dicho.

—Es verdad. Le amo.

—¡Por desgracia lo sospechaba! Y bendigo a Dios que me ha sugerido la idea de venir aquí... pues tal vez aún esté a tiempo de salvarla de usted misma, de rescatarla de una funesta pasión. Dudaba si debía desvelarle la cruel realidad; ahora ya no tengo dudas. Sepa que ese hombre le ocultó su intención de casarse por temor a que usted le dejara. Después de la escena acaecida en su estudio, la señorita Paulet le hizo otra

delante del propio señor Binos. Está celosa de usted, y le ha prohibido a su futuro marido que vuelva a verla. Él le ha jurado que usted no volverá a poner un pie en su casa; es decir, que él la ha echado.

—No... no me lo creo... sería indigno... Además, nos vimos al día siguiente.

—Porque no tiene interés alguno en enemistarse con usted. El señor Freneuse está haciendo un doble juego. Como hombre, intenta complacer a su prometida, que es una muchacha rica; como pintor, complace a su modelo, a la cual no podría reemplazar. Y yo he adivinado su plan. Vamos, Pia, sea franca conmigo, ¿le ha propuesto posar para él en otro estudio que no sea el suyo?

—No hablé de otro estudio... me preguntó si aceptaría continuar las sesiones en algún otro lugar donde estaríamos a solas.

—¿Y usted consintió?

—No, le dije que esperaría sus noticias.

—Y que no partiría sin antes verle. Eso es justamente lo que quería, así que vendrá.

—¿Aquí? —preguntó la niña temblorosa.

—Sin duda. Sabe que en esta habitación estará usted a sus órdenes hasta que el cuadro esté terminado... a sus órdenes y a su merced...

—No le esperaré —dijo Pia resolutiva.

Pia se levantó bruscamente y, al ver que se tambaleaba, la buena señora Blanchelaine pasó su brazo alrededor de su cintura para sujetarla.

—Tiene razón, mi niña —dijo con su voz más dulce—. El señor Freneuse no debe encontrarla aquí... es preciso desbaratar sus bellacos planes. Que se case con la señorita Paulet porque es rica pero, al menos, que no abuse de su condescendencia. Posar, haciéndole un favor a ese hombre que tan indignamente se ha burlado de usted, sería ciertamente un grave error. Y si damos por cierto lo que Binos dice de él, que le conoce muy bien, sería capaz de aprovechar el momento en que se encuentren a solas para intentar seducirla...

»Jamás lo intentaría en su estudio, pues su prometida podría presentarse en cualquier momento, pero aquí...

—Quiero irme —interrumpió la muchacha—; quiero irme esta misma noche.

—Tal vez esta noche sea demasiado tarde. Fue ayer cuando le anunció su visita. Seguramente vendrá hoy. Si quiere evitarle, no tiene un minuto que perder. Debe abandonar esta casa. La mía está abierta para usted. La llevaré allí, y le juro que no intentaré influir en sus decisiones. No permanecerá en mi casa ni un segundo más de lo que usted quiera... para siempre, si así lo desea... o sólo algunos días, si ésa es su voluntad. El tiempo indispensable para deshacerse de los objetos que decoran esta habitación y para recoger aquellos que la pobre difunta dejó en casa de la señora Cornu.

—¿Para qué? —murmuró Pia.

—Es absolutamente necesario, mi niña querida. No puede usted abandonar los

enseres de su hermana. Imagine que vendan en subasta pública sus vestidos, su lencería... sería una profanación y, además, habrá documentos que quizá pueda necesitar con el tiempo. Entiendo que le falte valor para entrar en la habitación donde vivía; es innecesario que lo haga. Avisaré a la señora Cornu para que envíe sus pertenencias a mi casa.

—¡De acuerdo, que así sea! —exclamó Pia, cuyo único pensamiento era huir de Paul Freneuse tras convencerse de su engaño—. Vamos, señora. Estoy dispuesta a seguirla si me promete que mañana por la noche podré abandonar París.

—Se lo prometo y, a pesar de que lamentaré separarme de usted, no intentaré disuadirla de viajar sola si no quiere esperar a que mi esposo concluya los preparativos del viaje. Será libre, absolutamente libre, Pia. Nos reuniremos con usted en Subiaco y espero que, una vez allí, no rehusará vernos. Pero el tiempo vuela. Vamos, mi niña, vamos, se lo ruego.

Pia se encontraba inmersa en un estado de exaltación que no le permitía razonar.

—Ya estoy, señora —dijo, precipitándose hacia la puerta que la señora Blanchelaine acababa de abrir.

Dejó pasar a la mujer y, sin tomarse la molestia de retirar la llave de la cerradura, bajó la escalera.

No encontraron a nadie. Los pájaros de Italia habían emprendido su vuelo.

El señor Lorenzo fumaba su pipa bajo el umbral de la taberna. Saludó cordialmente a Pia, pero no estaba muy hablador y no le preguntó a dónde se dirigía.

Las gentes bien vestidas le inspiraban gran respeto, y la dama que acompañaba a su inquilina iba ataviada con un vestido de seda.

Había llegado en un coche que esperaba en la puerta y al que hizo subir a Pia; ella se apresuró a hacerlo después, dio una dirección al cochero y corrió las cortinillas en el momento en que el caballo comenzaba a trotar hacia el muelle.

Su precaución estaba justificada; un carruaje venía en sentido contrario, un coche cuyo *impériale* estaba cargado de variedad de herramientas y que llevaba a dos caballeros.

Ambos coches se cruzaron y, si la señora Blanchelaine se apercibió, corriendo ligeramente los visillos, los viajeros que pasaron a su lado no vieron ni a la dama ni a la niña que la acompañaba.

Un minuto después aquellos dos hombres saltaron a tierra ante la puerta de la pensión para gran asombro de Lorenzo, que no estaba en absoluto acostumbrado a tanto trajín.

—Buenos días, viejo bandido —le gritó el primero en bajar, que fumaba una pipa de arcilla y que portaba en la mano una caja de pinturas—. ¿No me reconoces, *birbante*^[63]? ¡Reconocerás, al menos, al *illustrissimo signore* Freneuse, benefactor de una de tus inquilinas!

—¡Vaya! ¡Es usted, señor Freneuse! —dijo Lorenzo en un francés bastante bueno.

Aquel bandido retirado chapurreaba un poco de todas las lenguas, habiendo

tenido la oportunidad de aprender un poco de aquí y de allá con los viajeros de todas las nacionalidades que en tiempos lejanos llevaba a la montaña para asaltarles, siguiendo los usos de sus congéneres que trataban cordialmente a sus prisioneros hasta el día en que les cortaban las orejas o la cabeza, si el rescate no resultaba satisfecho.

—Sí, viejo *Fra Diavolo*^[64], soy yo. Hágame el favor de ayudar al cochero a bajar el caballete del *impériale* de nuestro coche.

Lorenzo obedeció sin decir una palabra mientras Freneuse pagaba la carrera.

—No te esperabas esto, ¿eh?, venerable bribón —continuó Binos, siempre burlón—. Jamás pensaste que tu *casucha* sería honrada con la visita de dos pintores de talento, y que gozarías de dicho honor durante las próximas tres semanas. Te aconsejo iluminar esta noche.

»Y, para sobrellevar la espera, si aún conservas alguna vieja botella de vino de Capri, puedes servírmela. Quiero brindar contigo y tus inquilinos. ¿Por qué no están asomados a sus ventanas? Han levantado el vuelo, ¿eh? ¿Toda la tropa está en ruta hacia sus sesiones?

—Sólo queda la *mamma* Carlotta... su pequeño tiene fiebre —masculló Lorenzo, mientras apoyaba sobre la pared el caballete y un lienzo que permanecía cubierto.

El coche, libre de sus viajeros y sus utensilios, circulaba ya hacia el muelle.

—Entonces, ¿van bien los negocios? —continuó el charlatán pintorzuelo—. Apuesto a que este oficio es mejor que el otro... ese que ejercías allá, entre Roma y Nápoles.

»Oye, no vayas a molestar a Carlotta. Es muy fea. Cuando tenga que pintar a una bruja la elegiré a ella. Beberemos la botella entre los dos. El *signor* Freneuse la pagará, pero no la consumirá.

»¿Sólo tienes un chico para subir las herramientas allá arriba? Serán seis pisos cuanto menos, sin contar el entresuelo y el sótano.

—Entonces, ¿viene a trabajar aquí? —preguntó el hombre.

—Sí, señor Lorenzo —respondió Freneuse—. Debo terminar mi cuadro.

—¿Ves ese cuadro? —interrumpió Binos—. Trátalo con respeto. Es una obra maestra y lo terminará en tu casa.

—Cuando la modelo no quiere ir a casa del pintor, el pintor debe ir a casa de la modelo —añadió Freneuse.

—¡Ah! ¡Pia! —dijo Lorenzo—. Cierto. Está triste porque su hermana ha muerto.

—¿Conocías a su hermana?

—La veía todas las tardes. Pero nunca respondía cuando le hablaba. Habría ganado mucho dinero si hubiera querido posar. Pero no. Era salvaje como un tordo.

—Y cuando se iba tomaba el ómnibus del bulevar Saint-Germain, ¿no es cierto, compadre?

—Es posible, pero no lo sé. Nunca supe dónde vivía. Le había prohibido a Pia que me lo dijera.

—Nada de eso. Pia lo ignoraba al igual que tú.

—¿Cómo está Pia? —preguntó Freneuse, a quien aquella cháchara no le interesaba en absoluto.

—No está enferma, pero sí muy triste. Llora de la mañana a la noche y no come nada.

—Recuperará el apetito, espero, y también la alegría. Yo me encargaré de ello. Seis horas de sesión diarias, amigo mío.

—¡Cómo! ¿En su habitación?

—Sí, padre Lorenzo. No es muy grande, pero habrá suficiente espacio para montar mi caballete y la luz debe ser aún mejor que en mi estudio. Sólo una cosa, viejo amigo, no quiero dar que hablar en su pensión. Ni una palabra a sus inquilinos. No me verán porque se pasan fuera toda la jornada.

—*Capito, signor*^[65]...

—Muy bien. Entonces cargue el caballete sobre su espalda; Binos llevará el cuadro, yo la caja de pinturas. Pia se sentirá gratamente sorprendida de vernos llegar cargados como mozos de mudanza...

—Sí... cuando regrese.

—¡Qué! ¿Ha salido?

—No hace ni cinco minutos. Me extraña que no la hayan visto. El coche donde viajaba pasó junto al suyo.

—¡Cómo! ¿Ahora se desplaza en coche? —exclamó Binos—. Después de todo es comprensible que no quiera viajar en ómnibus.

—Qué extraño —dijo Freneuse—. Me prometió...

—La acompañaba una mujer.

—¡Cómo! ¿No iba sola?

—No. La mujer que iba con ella llegó en un coche; estuvo ahí arriba cerca de tres cuartos de hora y bajó con Pia. Su carruaje la esperaba, y ambas subieron a él justo en el momento en que el suyo doblaba la esquina.

—Entonces nos cruzamos con ellas...

—Ahora comprendo por qué no pudimos verlas. Las cortinillas de su simón estaban cerradas —dijo Binos.

—Es cierto... lo recuerdo —murmuró Freneuse pensativo.

—¿Qué aspecto tenía la mujer? —preguntó el pintorzuelo dirigiéndose al locatario—. ¿Era una dama?... ¿o una *pintora* que habrá oído que Pia estaba libre y vino a buscarla para ofrecerle que posara para ella?

—Llevaba un vestido de seda y una capa de terciopelo. Y no es la primera vez que viene por aquí.

—¿Conoce a Pia entonces?

—No, no lo creo. Una noche en que la hermana estaba arriba llegó esa mujer y me preguntó a quién había venido a visitar la joven que acababa de entrar. Le respondí que no era de su incumbencia y se fue rezongando. Pero esta mañana venía

con la lección aprendida, pues me dio el nombre de Pia Astrodi y me dijo que la muchacha la esperaba en su habitación.

—Mentía, evidentemente. Pia sólo me esperaba a mí —gritó Freneuse.

—Eso no puedes saberlo —dijo Binos—. La pequeña es muy reservada con sus asuntos, y la prueba es que jamás te habló de Bianca. Probablemente no quiere que nadie sepa a donde va, pues tomó la precaución de correr las cortinillas del coche.

—¿Estás seguro de que fue ella quien lo hizo? Esta repentina huida parece casi un secuestro, y la dama en cuestión resulta un poco sospechosa.

»¿Le dijo algo Pia cuando se iba? —agregó Freneuse dirigiéndose al casero.

—Nada en absoluto, *signor*. Apenas me miró —respondió Lorenzo.

—Entonces volverá —concluyó Binos—. Vive en una habitación alquilada, y cuando uno tiene enseres de su propiedad no se va con las manos vacías.

—Tienes razón. Subamos. La esperaremos allí —dijo Freneuse, precipitándose hacia la escalera que conducía a la buhardilla del sexto piso.

Binos le siguió sin preocuparse de las observaciones que el hostelero murmuraba para sus adentros.

«Al viejo carcamal le molesta hacer de recadero», pensó el pintorzuelo, que lo razonaba todo a su manera.

No comprendió que Lorenzo les estaba indicando que cuando Pia salía de la casa llevaba siempre consigo la llave de su habitación y que, probablemente, encontrarían la puerta cerrada.

Pero Lorenzo se equivocaba, la llave estaba en la cerradura.

Binos remarcó este hecho mientras entraba precedido de su amigo, que no se había percatado de tan extraño proceder.

—Qué raro —dijo—, la tenía por una muchacha más cuidadosa. Ha dejado la habitación a disposición del primero que llegue. Lo entendería si hubiera salido a hacer algún encargo por aquí cerca... pero se marchó en un coche, lo cual parece indicar que estará algún tiempo fuera. Cierto es que no hay gran cosa que robar.

Freneuse permanecía callado, pero viendo aquella habitación vacía sintió una enorme angustia y se sorprendió buscando con la mirada alguna carta dirigida a él.

Tenía el presentimiento de que Pia se había ido para siempre, y le parecía imposible que hubiera partido sin escribirle unas palabras, aunque sólo hubiera sido un adiós.

También se preguntaba quién sería la mujer que se la había llevado y que Lorenzo ya había visto una noche intentando sonsacar información sobre Bianca Astrodi.

Y una vaga sospecha comenzó a germinar en su cabeza.

—Henos aquí, que es lo importante —tomó de nuevo la palabra Binos, que recorría la buhardilla contando los pasos como si quisiera tomar las medidas del habitáculo—. Ahora lo único que te falta para ponerte manos a la obra es la modelo. Tengo curiosidad por saber cómo te las vas a arreglar. La estancia es tan pequeña que apenas hay espacio para el caballete. Esperemos que el granuja de Lorenzo no nos

haga esperar. ¡Ah! Están llamando. Será él. Viene tan cargado que ni siquiera puede abrir. No te impacientes, ya voy.

Y fue, en efecto, mientras Freneuse, apoyado con los codos en el alféizar de la ventana, intentaba vislumbrar a Pia en la calle. Pero no era el señor Lorenzo quien se encontraba en el rellano.

Al abrir la puerta bruscamente, Binos estuvo a punto de hacer caer a la persona que tocaba a la puerta. Era un caballero de aspecto impecable y muy respetable; un señor como los que no se veían a menudo por la casa del señor Lorenzo.

Apenas tuvo tiempo de retroceder para evitar el choque, y pareció muy sorprendido, incluso contrariado, cuando vio aparecer en el umbral el barbudo rostro del pintorzuelo.

—Perdón —balbuceó—, creo que me he equivocado...

—¿Por quién pregunta? —gritó Binos con voz estridente.

—Busco a una joven...

—¡Cómo! ¿A su edad?

—Una muchacha italiana que ejerce la profesión de modelo.

—¡Vamos! ¡No intentará hacerme creer que es usted artista, con esa *jeta* que tiene!...

—¡Caballero!

—¡Oh! No se enfade. Es un cumplido. Se le ve demasiado distinguido para ser pintor. Parece usted un consejero de la corte de casación.

»¿Qué nombre tiene su italiana?

—Pia Astrodi.

—¡Ah! ¡Bah!

—El hombre que regenta esta casa me ha dicho que vivía en el último piso, y yo...

—No le ha engañado. Es aquí; ¿qué quiere de Pia Astrodi?

—Hablar con ella de un asunto que le atañe personalmente.

—Lo que significa que no me necesita. Lo comprendo pero no puedo hacer nada por usted. La pequeña ha salido.

—Entonces volveré en otro momento.

—¡Espere! ¡Espere! —exclamó Binos de pronto, examinando de arriba a abajo al visitante—. Tengo la vaga impresión de haberle visto anteriormente.

—Es posible, caballero. Yo tengo la misma sensación... pero no recuerdo en qué circunstancias.

—¡Ahora caigo! Es usted el hombre que vino a la plaza Pigalle... al estudio... preguntando por el señor Paulet.

—En efecto, caballero... ahora recuerdo que fue usted quien me abrió la puerta.

—Exacto; detesto a los porteros, pero les sustituyo cuando es necesario. Entre pues, caballero.

—Perdón, pero...

—Pia ha salido, pero volverá... y en su ausencia puede charlar usted con dos de sus amigos. ¡Eh! ¡Freneuse! —gritó Binos.

Freneuse no se encontraba muy lejos. Había escuchado la conversación y se había acercado sigilosamente.

Cuando se percató de su presencia, el visitante se despojó de su sombrero y adoptó otra expresión. Resultaba evidente que, en su opinión, Freneuse no tenía nada en común con el maleducado camarada que se había presentado en primer lugar, y que podía dialogar con él.

—Caballero —dijo educadamente—, ya tuve el honor de conocerle en otra ocasión y estoy feliz de reencontrarle aquí, pues vengo precisamente de su casa.

—Si no me equivoco, caballero, es usted el notario del señor Paulet —dijo Freneuse, que recordaba perfectamente la primera visita de aquel personaje.

—No soy su notario, no... Era el notario de su hermano, el señor Francis Boyer, recientemente fallecido en Amélie-les-Bains.

—¡Ah! Muy bien. El señor Paulet me habló de su pérdida... pero... no le he vuelto a ver desde el día en que usted fue a buscarlo a mi estudio, y...

—Se pregunta por qué motivo deseo hablar con usted. Pues bien, se trata de...

—No, no, aquí no —exclamó Binos, arrastrando al visitante al interior de la habitación—. Le recibí en el descansillo porque ignoraba quién era usted. En un primer momento le tomé por un comisario de policía, pero siendo usted notario la situación cambia.

El oficial ministerial entró sin hacerse de rogar. La presencia de Freneuse le tranquilizaba.

—Caballero —dijo—. Mi nombre es Dugeon; sin duda sabrá que he venido a París para tratar el asunto del testamento del hermano del señor Paulet con este último, pero imagino que ignora usted que ha sido desheredado.

—En efecto, lo ignoraba —murmuró Freneuse, muy sorprendido de aquel preludeo.

—El señor Francis Boyer ha dejado toda su fortuna a dos hijas naturales que concibió en Italia y que, no habiendo sido jamás reconocidas por él, llevan el apellido de su madre: Bianca y Pia Astrodi.

—¿Qué? —exclamó Freneuse—. ¿Pia es hija de ese tal señor Boyer? ¿La sobrina del señor Paulet?

—Legalmente no —respondió el señor Dugeon—. Su padre no la ha reconocido. Si lo hubiera hecho no habría podido dejarle todos sus bienes, pues la ley francesa prohíbe legar a un hijo natural aquello que, por el contrario, permite legar a un extranjero.

—Es mejor heredar que tener parientes adinerados —sentenció Binos—; sobre todo si la herencia es considerable.

—Más de quinientos mil francos.

—¡Medio millón que va a parar a manos de Pia! ¡Ah! ¡Ésta sí que es buena! ¡Real

como la vida misma! Y esa pequeña estúpida se va a pasear en coche justo en el momento en que vienen a anunciarle que ha heredado una fortuna. ¡Qué cara va a poner cuando regrese! Oye, Paul, me da la impresión de que jamás terminarás tu cuadro. Ahora no querrá volver a posar...

Y, a fin de expresar la alegría que le causaba aquella buena nueva, Binos ejecutó en el centro de la habitación una pirueta para gran estupefacción del señor Drugeon, que le tomó por un loco.

—Caballero —dijo Freneuse, menos efusivo que su amigo pero igualmente emocionado—; me siento feliz de saber que la pequeña va a ser rica, pues es digna de todas las dichas... y la noticia llega en el momento propicio para compensarle de la desgracia que acaba de sufrir. Su hermana ha fallecido de muerte súbita.

—Bianca Astrodi, coheredera de Pia. El testamento del señor Boyer instituyó herederas a partes iguales a las dos hijas de Bartolomea Astrodi, domiciliada en Subiaco, en los Estados romanos. Y, a consecuencia del fallecimiento de la hermana mayor, la totalidad del legado recaerá en la menor.

—Pia no sospecha nada.

—Podría haber permanecido por siempre ignorante de su buena suerte pues nadie tenía conocimiento de su existencia; el señor Boyer jamás se preocupó de sus hijas y, cuando se acordó de ellas en los últimos momentos de su vida, no supo decir dónde vivían. La casualidad quiso que hace dos días recibiera noticias de la superviviente, aun cuando dichas noticias eran vagamente imprecisas. ¿Recuerda, señor, que me presenté en su estudio buscando al señor Paulet?

—Perfectamente. Y a punto estuvo de encontrarse allí con Pia. Acababa de conocer la noticia de la muerte de su hermana.

—Y de salir de la casa cuando llegué. El señor Paulet me lo dijo. Mencionó que acababa de ver a la heredera universal de su hermano.

—Que lo desheredó en beneficio de su hija natural. Es muy generoso de su parte pues, a falta de la información que él le procuró, posiblemente nunca habría descubierto la filiación de Pia.

—Jamás; muy probablemente, señor. Pero también era preciso encontrar a la heredera en persona... y no ha sido gracias al señor Paulet que lo he logrado.

—¿Cómo? Nada resultaría más fácil que decirle dónde vive. Sólo tenía que preguntármelo.

—Y eso, precisamente, le rogué que hiciera; su respuesta fue que no era el responsable de asegurar la ejecución de un testamento que le desheredaba en beneficio de una extranjera.

—Esto sí que es curioso... hace un momento ha dicho que sin él no habría sabido que Pia posaba en mi estudio.

—Sí, el primer instinto siempre es bueno, pero la malicia enseguida toma ventaja. En realidad, el señor Paulet no tiene motivo alguno para sentirse dichoso, y no podemos exigir que se tome a título personal los intereses de la niña que ha heredado

en su detrimento.

—Entonces, ¿se negó a indicarle el modo de averiguar el domicilio de Pia?

—Absolutamente. Dijo que no quería volver a oír hablar de la heredera. La señorita Paulet, que apareció de improviso durante nuestra conversación, aprobó firmemente la resolución de su padre, y me conminó a no inmiscuirme en este asunto que, según sus propias palabras, no me concierne. Incluso agregó que esta Pia era una vagabunda —al igual que su hermana— y que, sin duda, ya habría abandonado París, por lo que mi búsqueda resultaría inútil.

—¡Vaya! ¡Vaya! —dijo Binos entre dientes—, no por nada es hija de un burgués. ¡Un Rubens! ¿Quién lo habría pensado?

—Afortunadamente, señor, no siguió usted su consejo —continuó Freneuse muy conmovido.

—No —respondió el notario—, faltaría a mi deber de hombre honesto si no hiciera todo cuanto esté en mi mano para que Pia Astrodi tenga conocimiento del testamento de su padre natural. Demoré mi partida a propósito, y ayer fui a informarme a la prefectura de policía.

—¡A la prefectura! —exclamó Binos—. ¡Ah! ¡No le habrán dicho gran cosa! La hermana de Pia ha muerto en extrañas circunstancias, pero ellos no se enteran de nada.

—Perdón, caballero —continuó el notario—; fue precisamente la muerte de esta hermana lo que me puso tras la pista. Me dijeron que Bianca Astrodi, fallecida recientemente, se alojaba en una habitación en Montmartre. Y allí me dirigí esta mañana; la persona que regenta la pensión me informó de que Pia vivía en la rue des Fossés-Saint-Bernard.

—¡Es usted muy afortunado! —murmuró Freneuse—. Ayer por la mañana, antes de ir al cementerio, ella no lo sabía.

—No pudo decirme el número de la casa, pero en la esquina del muelle me encontré con una mujer vestida a la italiana... me informé...

—Y le indicó la barraca del señor Lorenzo —interrumpió Binos—. Me extraña que ese canalla le haya dejado subir sabiendo que Pia acababa de salir.

—Pareció bastante sorprendido cuando le pregunté el piso donde se alojaba la muchacha; dudó antes de responder... pero finalmente me indicó el sexto piso, sin informarme de que la joven en cuestión se encontraba ausente. Imagino que me tomó por un agente de policía.

—No me extrañaría —masculló Binos—. Vive con temor de la policía. Es un antiguo bandido.

—Caballero —dijo Freneuse, haciendo señales a su bohemio amigo para que se callara—, agradezco su altruista intervención. Sobre todo ahora, que tengo razones para inquietarme ante la extraña ausencia de la muchacha. Vine aquí a terminar un cuadro para el que Pia me servía de modelo. Prometió esperarme, pero el casero acaba de decirnos que se ha marchado en un coche con una mujer elegantemente

vestida... una partida muy repentina... sin decir cuándo volvería... Es muy extraño; empiezo a creer que pueda tratarse de un secuestro.

—No sería una desgracia irreparable —replicó el señor Drugeon esbozando una sonrisa—. Las muchachas secuestradas siempre terminan por aparecer.

—¡Oh! No me refiero a ese tipo de secuestro. Pia no tiene enamorado. Pero ahora es rica... y tal vez codicien su fortuna.

—Es rica, pero muy pocas personas lo saben... y, si insinúa usted que alguien pudiera tener algo en su contra, debo remarcar que su muerte beneficiaría únicamente al señor Paulet.

—E, indudablemente, el señor Paulet sería incapaz de cometer un crimen para conseguir la herencia... es cierto. Sin embargo, ignora usted que han sucedido una serie de extraños acontecimientos que bien podrían estar relacionados con esta historia de la sucesión. No le hemos dicho en qué circunstancias se produjo la muerte de Bianca.

—Falleció de muerte súbita, creo... la víspera del deceso del señor Francis Boyer en Amélie-les-Bains, de modo que, por lo que concierne a Bianca, el testamento es nulo. El señor Paulet ya se regocijaba de un incidente que le restituía la fortuna de su hermano. Fui yo quien le informó de la existencia de otra heredera, aún viva. No puede albergar duda alguna, pues él mismo la ha visto.

—Bianca fue asesinada —exclamó Binos—, y aquellos que la han matado acabarán también con Pia. Si no lo han hecho antes se debe únicamente a que desconocían su título de heredera.

—¡Asesinada! —repitió el notario atónito—. Caballero, no puede pensar tal cosa. La policía investigó el caso y concluyó que la muchacha sucumbió por la rotura de un aneurisma.

—¡Ah, sí! ¡Hablemos de la policía! ¡No se entera de nada! Pero yo sí. Tengo pruebas y, con la ayuda de un camarada, atraparé a los miserables que cometieron el crimen. La cuestión reside en saber si los apresaré antes de que se libren de la benjamina, como ya lo hicieron con la mayor.

—¡Basta! Déjame hablar —dijo Freneuse impaciente.

Y continuó dirigiéndose al señor Drugeon, a quien el discurso del señor Binos había dejado enormemente desconcertado:

—Señor, esto es lo que sucedió. Bianca Astrodi murió, una noche, en el ómnibus en que yo viajaba; murió del modo más extraño que pueda imaginar, sin lanzar siquiera un grito o hacer el menor movimiento. Nadie se percató de su muerte hasta el momento en que el vehículo llegó a la estación. Dentro del ómnibus encontré el alfiler que una mujer sentada junto a Bianca perdió o tiró después de haberlo utilizado.

»Al día siguiente, y por casualidad, constaté que dicho alfiler estaba envenenado. Un gato se pinchó con él y cayó fulminado.

—¡Oh! ¡Dios mío! Entonces... si esa mujer asesinó a la hermana...

—También puede asesinar a Pia. Y estoy casi convencido de que esa misma mujer acaba de llevarse a la desgraciada muchacha que usted busca.

—Pero, caballero —exclamó el notario—, si es cierto lo que dice, tiene el deber de referir inmediatamente estos hechos a la justicia. Me sorprende que haya tardado tanto.

—Cometí un error, ahora lo veo con claridad —dijo Freneuse—. Pero entonces no creí que se tratara de un crimen. No sabía que la fallecida era Bianca Astrodi, y que debía heredar una fortuna considerable. El asesinato de una muchacha pobre y desconocida me parecía impensable, pues desconocía el interés que alguien pudiera tener en matarla. La noticia que usted acaba de darme esclarece esta tétrica historia. Evidentemente, es a los herederos del señor Francis Boyer a quienes más conviene su muerte.

—Yo lo adiviné —exclamó Binos—. Por ello confisqué el alfiler asesino.

—¿Qué has hecho? —preguntó Freneuse bruscamente.

—¡Ah! ¡Ah! Por lo visto ya no me prohíbes que te hable de mis operaciones. Yo estaba en lo cierto, ¿eh? De acuerdo, ya que reconoces públicamente tu error, no te guardaré ningún rencor. Así pues, te diré que le entregué el alfiler a un hombre que se encargó de hacer que lo analizara un químico de primer orden con el fin de determinar la naturaleza del veneno con el que estaba impregnada la punta.

»A esta hora el análisis habrá sido realizado y concluido. Sólo nos resta encontrar a la mujer que envenenó a Bianca; mi amigo Piédouche se está encargando de ello y, por tanto, es como si ya la hubiéramos atrapado, pues es el rey de la investigación. Sólo precisó media hora para descubrir la pensión donde se alojaba Bianca.

—¡Ah! ¿Fue él quien te llevó allí?

—Lo sabrías desde hace tiempo si te hubieras tomado la molestia de preguntar. Pero desde que abrí la boca para pronunciar el nombre del honorable Piédouche, me impusiste silencio.

—¡Está bien! Habla ahora. ¿Dónde está ese virtuoso hombre? Espero que no se conforme con haber descubierto el domicilio de Bianca.

—Yo también lo espero aunque, ¡menudo diablo! No le he vuelto a ver desde el día en que me llevó a la rue des Abbesses.

—¿Y no has ido a su casa para saber dónde está?

—No, por una excelente razón. Olvidó darme su dirección.

—¡Cómo! ¿Le has confiado el alfiler a un individuo del que ni siquiera conoces su domicilio?

—¡Oh! Conozco su café favorito. No acudió ayer, pero seguro que hoy irá. Es un habitual del *Grand-Bock*.

—¿Y tú cuentas con ese tipejo para encontrar a los culpables? Prefiero no seguir hablando; cógete un descanso. Yo les encontraré. La otra noche, en el teatro, volví a ver a la mujer del ómnibus, y estaba con su cómplice, el hombre que subió al *impériale* para cederle su asiento; ese hombre es un agente de negocios que presta sus

servicios al señor Paulet...

—¿Un agente de negocios? Espere un momento —dijo el señor Drugeon—. En efecto, el señor Paulet mencionó que, ante la inminente muerte de su hermano, y en previsión del funesto testamento, empleó a un agente que realizó una investigación en Italia sobre Bartolomea Astrodi y sus dos hijas.

—¿Le dijo su nombre?

—No; pero lo hará, no tengo la menor duda.

—Así lo espero. Caballero, ¿quiere que vayamos ahora mismo a casa del señor Paulet?

—Por supuesto, si piensa que puede proporcionarnos alguna información de utilidad. Excuse mis reservas, pero la historia del ómnibus y el alfiler envenenado es nueva para mí y estoy desconcertado.

—Se lo explicaré por el camino; no tenemos un minuto que perder.

—¿Y yo? —preguntó Binos.

—¿Tú? Te aconsejo que corras a tu café para ver si tu amigo Piédouche está allí —replicó Freneuse, que quería prescindir de la cooperación del pintorzuelo.

Al abrir la puerta se encontró cara a cara con Lorenzo, arqueado bajo el peso del cuadro y del caballete.

—¿La mujer que vino a buscar a Pia tenía rojeces en la cara? —le preguntó bruscamente.

—Sí, y dos ojos negros como el carbón y una importante nariz, una nariz romana —dijo el anciano—. Si quisiera posar como Medea^[66], le encontraría trabajo rápidamente.

—Es ella —murmuró Freneuse—. Escuche, mi buen amigo. Deposite aquí mis cosas, cierre la habitación y retire la llave. Si Pia regresa debe impedir que suba y mandar a buscarme inmediatamente. Y si la mujer que se la ha llevado osara volver será al comisario de policía a quien tendrá que avisar. ¿Lo ha entendido?

—Sí, *signor* —dijo Lorenzo, que jamás se alteraba por nada.

Freneuse se encontraba ya en la escalera. El notario le seguía. Se había tomado el asunto muy en serio y quería esclarecerlo.

—Corred, muchachos —murmuró Binos, que se había quedado atrás—; id a consultar a vuestro burgués, pero sólo mi camarada Piédouche podrá desentrañar este misterio... cuando consiga encontrarle.

X

Binos siguió el consejo de Freneuse nada más separarse de él en la puerta de la pensión del señor Lorenzo. Mientras su amigo y el notario Drugeon iban de caza por su cuenta, él se dirigió directamente al *Grand-Bock*, donde esperaba reencontrarse finalmente con Piédouche para —gracias a su astuto ayudante— llegar el primero en la competición por la consecución de información organizada por los defensores de Pia.

Se trataba, antes que nada, de encontrarla y liberarla si, como todo parecía indicar, había caído en manos del enemigo. La prosecución de las investigaciones sobre el asesinato de su hermana había pasado a un segundo plano.

Pero Binos tenía en alta estima el talento de Piédouche; le creía capaz de todo, y ardía en deseos de ponerle tras la pista de la desaparecida Pia.

Piédouche, que en menos de una hora había hallado el domicilio de Bianca, descubriría, sin duda alguna, el lugar donde retenían a su hermana.

Por otro lado, Binos tenía una marea de preguntas para su preciado camarada. No le había vuelto a ver desde la excursión a la rue des Abbesses, y ni siquiera sabía si el químico que debía examinar el alfiler había concluido su análisis.

Así pues, llegó a la carrera y lleno de ilusiones al *Grand-Bock*, donde sólo encontró al propietario melancólicamente sentado en la barra del bar.

Una vez le preguntó por el paradero de Piédouche, supo que éste no se había dejado ver por el establecimiento.

El señor *Poivreau*, entre absenta y absenta, como era habitual, no pedía más que dar rienda suelta a sus tribulaciones y así le contó al sorprendido pintorzuelo que, desde hacía días, su clientela se había desvanecido.

El billar estaba desierto y el café vacío. Incluso el droguero jubilado, Pigache, el más fiel de los asiduos, no había vuelto.

Y *Poivreau* atribuía aquella deserción a ciertos rumores que se habían propagado entre los habituales.

Se decía *sottovoce* que un agente de la *Sûreté* frecuentaba el establecimiento y los clientes, que no sentían especial simpatía por la policía, se habían ido a beber y jugar a otra parte.

Nadie podía señalar al agente, pero se afirmaba que acudía diariamente y que se las había arreglado para ocultar su identidad.

Todos sospechaban de todos, y particularmente de los tranquilos burgueses que no se relacionaban con los donjuanes de la periferia que utilizaban el *Grand-Bock* como lugar de citas.

Se sospechaba del marmolista, del droguero o de Piédouche, y el propietario pensaba que, habiendo llegado tales injurias a sus oídos, aquellas buenas gentes

habían preferido quedarse en sus casas por temor a ser insultados por los promotores de semejantes calumnias.

De suerte que, abandonado por su clientela, el infortunado *Poivreau* tenía ante sí una ruinoso perspectiva.

—¡Cuando pienso que incluso se atrevieron a acusarle a usted! —exclamó dando un puñetazo—. ¡Ah! ¡Cuando pille al granuja que ha inventado esas patrañas para perjudicarme voy a molerle a palos!

A Binos no le conmovieron las confidencias del tabernero. Los rumores que hubieran podido surgir sobre él le importaban muy poco, y las desgracias de *Poivreau* le importaban aún menos. Pensaba que los clientes habituales no iban muy desencaminados, pues estaba convencido de que Piédouche pertenecía o había pertenecido tiempo atrás al colectivo de la policía. El lado negativo de aquella historia era que, probablemente Piédouche, conocedor de los rumores, no volvería por la taberna.

¿Dónde lo encontraría ahora? Binos lamentaba amargamente no haber insistido en que le diera su dirección, y no veía otro medio de procurársela que acudir a la prefectura. Sin embargo, tenía serias dudas de que se la facilitaran.

Viendo que no podría obtener más información del propietario se marchó, no sin antes rogarle que le dijera a Piédouche —si por casualidad se presentaba en el local— que su amigo Binos deseaba verle lo más pronto posible, y que le esperaría cada mañana en la quinta planta de la rue Myrrha.

A decir verdad, no confiaba demasiado en su aparición, y pensó que, por el momento, sería mejor hacerle una visita a Sophie Cornu y, con aire ingenuo, contarle la desaparición de Pia e intentar conseguir de ella alguna indicación que le fuera de utilidad.

Caminaba reflexivo por el bulevar Rochechouart cuando, habiendo superado el Élysée-Montmartre, distinguió sentado en un banco y conversando con dos individuos de pésima apariencia al antiguo droguero Pigache, de quien el pobre *Poivreau* lamentaba tanto su ausencia.

Le asaltó la idea de abordarle para preguntarle si podía ofrecerle alguna novedad sobre Piédouche.

Pigache daba la espalda a Binos y no podía verle, pero Binos le había reconocido desde la distancia gracias a su figura y, sobre todo, a su gran sombrero de copa alta, pues aquel buen hombre era el único en llevarlo en aquel barrio donde el sombrero más extendido era la gorra de seda.

«¿Con quién diablos está hablando?», se preguntó el bohemio pintor examinando a los dos hombres detenidos frente al droguista. «Curiosas amistades para un comerciante retirado».

En efecto, aquellos hombres iban muy mal vestidos; sin duda eran conscientes de su inferioridad social, porque se mantenían en pie mientras Pigache, sentado en el banco municipal, parecía estar dándoles órdenes.

Binos, que no se intimidaba ante nada, avanzó sin plantearse la idea de que pudiera molestar al hombre interrumpiendo su conversación.

No tardó en percatarse de que los dos individuos que estaban de frente a él observaban sus movimientos. Sin duda advirtieron al señor Pigache de que un hombre se aproximaba, pues el respetable anciano giró la cabeza y enseguida reconoció a Binos, a quien concedió una forzada sonrisa.

Inmediatamente los dos individuos se despidieron y se encaminaron lentamente hacia la plaza Pigalle.

«¡Bien!», pensó el pintorzuelo. «Ahora que el viejo está solo le preguntaré si ha visto a Piédouche. Tendré que hacerlo a voz en grito pero me da igual. No hay nadie paseando por el bulevar y, por otro lado, no tengo secreto alguno que confesarle».

—Buenos días, mi querido señor Binos —le dijo el droguero retirado—. Hace un siglo que no nos vemos. Me alegra haberle encontrado.

—A mí también, compadre; ya no se le ve por el *Grand-Bock* y tengo que hablar justamente con usted —respondió Binos, alzando la voz tanto como pudo—. Dígame, viejo, ¿por qué ha abandonado al señor *Poivreau*? Precisamente vengo ahora de su taberna; le encontré *tête-à-tête* con una botella de absenta, buscando consuelo a su pérdida.

—¡Dios mío! Le diré la verdad... *Poivreau* es un buen hombre, pero admite en su taberna a cierta clase de gente que, entre nosotros, no me agrada. Sólo iba allí por usted y por el señor Piédouche, pero desde hace algunos días ha desertado del establecimiento y supongo que no tardará usted en hacer lo mismo.

—Eso dependerá de varias circunstancias. En cuanto a mi amigo Piédouche, le he buscado por todas partes para llevarlo allí de nuevo... pero no consigo encontrarlo.

—¿De veras? ¿No sabe dónde vive?

—No, ¿y usted?

—Tampoco... pero no es de extrañar. Mi relación con él se limita a la taberna y, además... no suele hablar mucho conmigo porque... ya me comprende... no es muy divertido conversar con un sordo...

—¡A mí me lo vas a decir, zoquete! —murmuró Binos.

—Al parecer es usted de su misma opinión —respondió Pigache lanzando una risotada.

—Puede ver que no, ya que me he acercado expresamente para charlar con usted —gritó el pintorzuelo.

—Muy amable por su parte, pero no debo agradarle mucho, visto que me llama zoquete.

—¡Cómo! ¿Lo ha oído?

—Sí; le sorprende porque jamás ha vivido entre sordos.

—¡No, a Dios gracias!

—Si hubiera convivido entre ellos sabría que, al aire libre, la sordera no es tan severa como cuando se encuentra uno entre cuatro paredes... y que en un coche

pueden oírlo todo.

—¡Bien! La próxima vez que tenga algo que decirle, alquilaré un coche y pasearemos en él... claro que usted pagará la carrera.

—¡Oh! Con mucho gusto; pero, mientras llega ese momento, podemos hablar aquí. Tengo un buen día, porque el tiempo es seco y no tendrá necesidad de desgañitarse.

—Me parece perfecto; no quisiera sobresaltar a los viandantes. Me gustaría preguntarle si puede darme noticias de Piédouche. No sabe dónde vive, pero tal vez lo haya encontrado por casualidad.

—No, por desgracia, porque le tengo un gran aprecio al muchacho a pesar de que yo para él apenas existo. Y le juro que si lo hubiera encontrado por la calle le habría parado. Pero creo que no vive en este barrio.

—¡Bah! Está siempre acuartelado en el *Grand-Bock*. No debe vivir muy lejos; daría mi pipa más ennegrecida por saber dónde.

—¡Sí que tiene urgencia por verle! ¡Apuesto a que adivino el motivo!

—¡Ah! Le reto a que lo haga, compadre.

—¡Por supuesto! No es muy difícil. Quiere usted que le devuelva el alfiler dorado que le prestó el otro día en la taberna del señor *Poivreau*.

—¿El alfiler? ¡Cómo! Usted nos vio...

—Un sordo lo ve todo. ¡Y tanto que sí! Es comprensible, no tiene distracciones dado que no puede oír.

—Entonces, ¿no escuchó lo que le dije?

—¡Ah! Eso no. La sala donde estábamos tiene el techo muy bajo y, ya sabe... los sordos necesitamos estar al aire libre para que se abran nuestros oídos. Pero algunas veces podemos llegar a adivinar... por los gestos, el movimiento de los labios o la expresión del rostro.

—¿Y el otro día adivinó usted la cuestión que Piédouche y yo estábamos tratando? Tenía usted una vista privilegiada para observarnos, pues estábamos sentados en su mesa.

—¡Oh! No puedo decir que lo haya adivinado. Me hice una idea pero podría estar equivocado. Creo que usted le contó que habían asesinado o herido a alguien con ese alfiler, y que él le prometió que haría que lo examinaran para comprobar si estaba envenenado.

—¿Llegó usted a esa conclusión? ¡Formidable!

—No, al contrario. Fue muy sencillo. Cuando intenté tocar el alfiler ustedes me lo impidieron, por lo que inmediatamente pensé que tenían que tuviera un accidente. ¡Fíjese! Es como el fragmento de carta que le enseñó... pues bien, supuse que usted la había encontrado al mismo tiempo que el alfiler.

—Palabra de honor, señor Pigache, empiezo a creer que es usted brujo. ¡Y yo que le tomaba por un ingenuo!

—¡Bah! Puede decir por un imbécil. Se ajusta más a la opinión que tenía de mí.

—¡Diablos! Es posible —replicó cínicamente Binos—, pero confieso que estaba equivocado. Un hombre capaz de comprender sin oír una palabra es un portento.

—Es usted muy generoso. Entonces estaba en lo cierto. Ese alfiler fue utilizado para cometer un crimen.

—Una muchacha fue asesinada en un ómnibus.

—En el ómnibus de la plaza Pigalle, puede ser. Creo haber leído la noticia en el *Petit Journal*.

—Exacto, viejo amigo. Y, desde ese día, mi amigo Freneuse y yo buscamos a la miserable que perpetró el golpe y al canalla de su cómplice. Freneuse viajaba en el vehículo. Pudo verles. Lamentablemente creyó que se trataba de un accidente y no se preocupó más de ellos. En cambio yo sí lo hice y le referí los hechos a Piédouche, pero no hemos hecho muchos avances. Y, mientras tanto, los criminales continúan con sus fechorías. Acaban de secuestrar a la hermana de la muchacha a la que asesinaron y, si no logramos atraparles, van a hacerle pasar un mal rato.

—¿Por qué? ¿Qué tienen en contra de esas jóvenes?

—Sería muy largo de explicar y le aburriría. Se trata de una herencia. Un millonario que era el padre natural de las muchachas y que al morir les dejó a ambas su fortuna.

—Y, entonces, ¿los parientes del millonario pagaron a esos delincuentes para que se deshicieran de ellas?

—Es posible... aunque... no... el difunto sólo tenía un hermano, un tal señor Paulet, que es muy rico y que jamás se involucraría en semejante asunto.

—Nunca se sabe. ¡El dinero te fuerza a hacer tantas cosas! Dice que se llama Paulet... si estuviera en su lugar tomaría ese camino... ¿conoce su dirección?

—No, pero Freneuse tiene que saberlo. Lo conoce muy bien. Pero... ha hecho que recuerde algo que dijo esta mañana. Al parecer el señor Paulet contrató en el pasado a un agente de negocios que bien podría ser el cómplice de la mujer del alfiler. Freneuse vio a ese hombre en un teatro al día siguiente del crimen. Pudo reconocerle porque ambos viajaban en el ómnibus... pero ignora su nombre.

—Sólo necesita preguntarle al señor Paulet.

—Hoy mismo lo haré. Cuando le vi me dirigía a la rue des Abbesses para ver a la mujer que alojaba a la fallecida... e inmediatamente después tengo planeado acercarme a la casa de Freneuse para ver en qué punto se halla la situación.

—¿Quiere que vayamos juntos?

—¡Cómo! ¿El señor Pigache quiere involucrarse en este asunto? ¡Esto sí que es una novedad! Entiendo que le parezca divertido, pero yo me pregunto de qué nos serviría usted.

—Hace un momento dijo que era un portento —respondió el buen hombre con una sonrisa—. ¡Pues bien! Póngame a prueba. Verá que los sordos tienen sus cosas buenas. Para empezar, nadie sospecha de ellos. Y, además, ¿qué tiene que perder? Simplemente se trata de indicarme el domicilio de ese agente de negocios. Le haré

una visita, hablaré con él y tal vez vuelva con alguna novedad.

—¡Diablos! —exclamó Binos—. No veo por qué no podría servirme de usted... aunque sólo fuera por la singularidad del hecho. Freneuse se burlará de mí, pero me da igual. Por otra parte, tengo derecho a investigar por mi cuenta mientras él lo hace por la suya, y usted es tan valioso como el notario que le acompaña a él.

—¡Ah! ¿Hay un notario?

—Sí, un notario de provincias que recibió el testamento del padre de las dos muchachas. ¡Ah! Es un buen hombre. Sin él jamás habríamos averiguado que la menor era coheredera. Y desde que sabe de su desaparición sólo piensa en encontrarla. ¡Fíjese! Tal vez en este momento se halle en casa del señor Paulet para preguntarle la dirección del agente de negocios.

—Muy bien, pero ¿estará dispuesto el señor Paulet a facilitársela?

—¿Acaso piensa que a usted sí se la proporcionaría?

—Tal vez. En cualquier caso, no se pierde nada por intentarlo.

—Cierto. Además, siento curiosidad por saber cómo se las arreglaría usted. No sé exactamente dónde vive el burgués, pero Freneuse nos los dirá. La plaza Pigalle no está lejos de aquí. Vamos, compadre.

Pigache ya estaba en pie. Se había levantado con una vivacidad juvenil; Binos no daba crédito al cambio que se había operado, en un abrir y cerrar de ojos, en el carácter del droguista retirado, e incluso en su propia persona. De pronto, su encorvado cuerpo se había erguido, su rostro reflejaba una expresión inteligente y sus pequeños ojos revelaban un brillo desconocido. Ya no era el mismo hombre.

—Pigache, amigo mío, está usted irreconocible —gritó Binos—. Si se reencontrara con nuestro apreciado Piédouche no le reconocería. Si no fuera porque lo estoy viendo con mis propios ojos, jamás habría creído que un poco de aire libre provocara un cambio tan sustancial en los sordos.

—Y aún verá más —dijo el buen hombre sonriendo dulcemente—. Pero no perdamos tiempo. Puede ser que la residencia del señor Paulet se encuentre muy lejos de aquí y quién sabe a dónde nos enviará para encontrar a su agente de negocios. Tendremos que tomar un coche, pues...

—¡Vaya! Sus amigos nos están siguiendo —interrumpió el pintorzuelo, señalando con el dedo a los dos individuos a los que su llegada había puesto en fuga.

—No se preocupe por ellos, amigo mío. Esos pobres hombres trabajaron para mí cuando aún estaba en activo, y cuando les encuentro vienen siempre a interesarse por mi salud.

—¿Por qué huyeron al verme?

—Porque se avergüenzan de su humilde indumentaria.

—¡Como si yo fuera vestido a la moda! En fin, al parecer piensan que soy un tipo adinerado. Eso me halaga.

Aquella y otras insignificantes observaciones animaron el trayecto hasta la plaza Pigalle. El señor Pigache, cada vez más ágil, caminaba con paso tan ligero que Binos

debía hacer verdaderos esfuerzos para seguirle.

En el momento en que llegaban a la casa del pintor, se detuvo ante la puerta un carruaje del que bajaron dos caballeros.

—¡Bien! —exclamó Binos—. Precisamente aquí tenemos a Freneuse y al notario. ¡Diablos! ¡Qué caras largas! ¿Qué habrá ocurrido? ¡Espero que no les hayan informado de que Pia ha sido asesinada como su hermana!

—Pregúntele a su amigo qué sucede —dijo Pigache—. Mientras, yo hablaré con el notario.

Y así fue. Binos arrinconó a Freneuse y el hombrecillo abordó, sombrero en mano, al señor Drugeon, que no pareció muy sorprendido de verle. Se diría que le conocía.

—Y bien —comenzó el aventurero—. ¿Conseguiste la dirección?

—No —respondió Freneuse con cierta irritación—. El señor Paulet afirma que la ha olvidado. Sólo nos queda una opción: visitar a la casera de la rue des Abbesses. Conoce a la mujer del ómnibus, pues ambas estuvieron conversando en el cementerio. Ella nos dirá dónde vive. ¿Tú qué has averiguado? Nada, ¿no es cierto? Tu hombre del bar se ha burlado de ti.

—No le he visto. Pero he reclutado a un ingenioso ayudante.

—¿Ese anciano menudo que habla con el señor Drugeon?

—Así es; no lo parece, pero es un hombre muy inteligente.

Freneuse estaba a punto de lanzar un improperio cuando sus ojos cayeron sobre una rolliza mujer que avanzaba hacia él moviendo sus caderas como un navío balanceado por las olas.

—Si no me equivoco —murmuró— es la vendedora de naranjas... la que viajaba en el ómnibus y a la que encontré la otra noche ante el Porte-Saint-Martin.

—Al parecer ya no se acuerda de mí —dijo la comadre—. ¡Claro! Como hoy no estoy vendiendo naranjas... Pero yo sí que le he reconocido, y si me permite hablar un momento con usted, le diré que ya sé dónde vivía la muchacha del ómnibus.

—Yo también lo sé.

—En la rue des Abbesses, ¿eh? En la casa de Sophie Cornu. De acuerdo, veo que no es ninguna primicia para usted, pero eso no es todo. Figúrese, me encontré con la mujer que viajaba en el ómnibus al lado de la pequeña. Ya sabe, aquella que la otra noche salió del teatro al mismo tiempo que usted y que iba del brazo del hombre del *impériale*. Y nunca adivinaría lo que estaba haciendo ésa mujerzuela.

—No, pero si puede darme alguna información sobre ella, me haría un gran favor.

—Lee la buenaventura... echa las cartas... *Madame* Stella, rue de la Sourdière, 79. La Cornu es una de sus clientas. Ayer las vi charlando en el bulevar Rochechouart y, como hace tiempo que conozco a la buena de Sophie, me acerqué a saludarla. La otra, que no se acordaba de mí, me propuso hacerme una predicción. Le pregunté su dirección y ella me la dio...

—¿No le habló del incidente del ómnibus?

—¡Por supuesto que no! Nos habríamos eternizado con interminables explicaciones. Pero le prometí que iría a su consulta.

—¿Quiere que vayamos juntos? —preguntó Freneuse con viveza.

—Si eso le hace feliz. Yo no creo en esas tonterías, pero al menos pasaré un rato divertido. Sólo hay un problema, no soy rica...

—¡Oh! Yo pagaré la consulta.

—Entonces me parece muy bien. Dígame el día y la hora.

—Ahora. Y la llevaré en un coche.

—Aún mejor. No tengo nada que hacer hasta la noche. Sólo vendo mi mercancía a la puerta de los teatros.

—¡De acuerdo! Espéreme aquí cinco minutos; el tiempo justo para intercambiar unas palabras con ese caballero de ahí.

—¿El de la corbata blanca? Tiene buena presencia. Se parece al juez de paz de mi tierra. Pero el otro tiene mal aspecto.

—Quédate aquí charlando con la señora mientras voy a hablar con el señor Drugeon —dijo Freneuse haciéndole un gesto a Binos, que ya había captado sus intenciones.

—De modo que —comenzó el pintorzuelo mientras su amigo Freneuse iba a reunirse con el notario, que había entablado un diálogo muy animado con el señor Pigache—, ¿conoce usted a la buena de Sophie?

—No es de extrañar. Todo el mundo la conoce en el barrio. Debe saber usted que vivo en la esquina de la rue Muller.

—Yo vivo en la rue Myrrha; somos vecinos. Si alguna vez quiere que le haga un retrato...

—¡Ah! ¿Es usted fotógrafo?

—Jamás en la vida. Soy pintor... no de brocha gorda...

—¿Artista entonces? Lo prefiero. Su amigo es artista también, ¿eh?

—Artista de primera categoría. Gana tanto dinero como kilos pesa usted. Y, no es por hacerle un cumplido, pero le sientan estupendamente.

—Sí... no estoy mal; pero dígame usted, sin compromiso, ¿por qué tiene su amigo tantos deseos de consultar a la adivina?

—Para saber de qué afección murió la muchacha del ómnibus.

—Vaya, qué motivo tan curioso. Yo le pediría algún remedio para aliviar los dolores de mi hombre, que guarda cama desde hace un mes. ¡Ah! Su amigo ya ha terminado de hablar con esos dos viejos.

—Ya viene a buscarla, comadre.

Freneuse llegó con un brillo en los ojos y el rostro animado. Binos estaba sorprendido de aquella súbita transformación.

«Se muestra tan contento como si hubiera encontrado a Pia», pensó.

—Buena señora —dijo Freneuse—, aquellos caballeros preguntan por usted.

—Parecen decentes. ¿Qué quieren de mí?

—Precisan que les dé usted cierta información. Ahora le explicarán de qué se trata.

—Voy —exclamó la rolliza mujer.

Y, mientras se ponía en marcha, Binos dijo entre dientes:

—Que me pinche la nariz con el alfiler que le confié a Piédouche si entiendo lo que está pasando.

—Ya lo entenderás. Hazme el favor de pedir un coche.

—¡De acuerdo! Pero ¿qué hay del que os trajo? ¡Vaya! El señor Pigache y el notario han ayudado a entrar a la oronda mujer y ahora lo están haciendo ellos. No habrá sitio para nosotros. ¡Caramba! Ahora sí que ya no queda sitio para nosotros. Ahí van los dos amigos de Pigache... uno en el interior y otro en el pescante. ¿A dónde diablos van?

—Enseguida lo sabrás porque vamos a seguirles.

XI



quel día, los habitantes de la rue de la Sourdière que deambulaban por los umbrales de las puertas de sus casas contemplaron un espectáculo al que no estaban acostumbrados.

Dos coches de punto que se seguían a muy corta distancia se detuvieron en la esquina de la rue Gomboust, a la que habían llegado por la rue Saint-Roch, y estacionaron en fila paralelos a las casas.

Del primero descendieron cuatro hombres y una rolliza mujer que inmediatamente se separaron en tres grupos.

Al mismo tiempo, dos hombres salieron del segundo vehículo y se dirigieron con paso ligero hacia el mercado de Saint-Honoré.

La mujer se encaminó hacia la rue de la Sourdière. Diez pasos por detrás de ella marchaba un pequeño anciano cubierto con un sombrero de copa alta. Un poco más atrás, desfilaban dos corpulentos hombres de pésima apariencia que avanzaban con paso regular.

El quinto ocupante del primer convoy tomó el mismo camino que los dos que habían girado hacia el mercado. Iba vestido de negro y ataviado con una corbata blanca, como si de un organizador de pompas fúnebres se tratara.

Todas aquellas personas que no parecían conocerse entre ellas formaban parte, sin embargo, de una misma expedición; un buen observador lo habría adivinado inmediatamente.

Pero los pequeños comerciantes que les vieron pasar no percibieron nada extraño, y nadie se asomó a las ventanas para curiosear.

La mujer se adentró en un patio que precedía a una casa sobradamente bonita, y entabló conversación con el portero.

El anciano menudo que la seguía llegó antes de que el coloquio terminara y, como preguntaban ambos por la misma persona, el portero les dio a los dos la misma respuesta:

—Primera planta, la puerta de la izquierda. Pero no sé si *madame* recibirá hoy, porque está a punto de salir de viaje.

Subieron juntos la escalera sin intercambiar una palabra pero, cuando llegaron al rellano, las cosas cambiaron.

—Ha entendido bien lo que debe decir, ¿verdad? —preguntó el anciano susurrando—. Es usted la hermana de mi ama de llaves. Soy sordo y he probado de todo para curar mi sordera. Usted me habló de *madame* Stella, que realiza consultas sobre todo tipo de enfermedades, y me ha traído a su casa para que me prescriba un tratamiento.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —respondió la rolliza mujer.

—Y cuando me haya anunciado, me dejará hablar a mí.

—Me parece perfecto, porque no sabría qué decir.

—Ésta es la puerta —continuó el hombrecillo, señalando la placa sobre la que brillaba el nombre de la discípula de la señorita Lenormand—. Llame, buena mujer.

Y mientras la comadre tiraba de la aldaba de cuero, distinguió otra inscripción ubicada en la puerta de enfrente.

—¡Bueno! —murmuró—. Y aquí tenemos a un agente de negocios. Apuesto a que es su socio. Tengo la impresión de que mataremos dos pájaros de un tiro.

—No abren —dijo la mujer.

—Llame más fuerte.

Llamó de nuevo; el resultado fue el mismo.

—Los clientes habituales deben tener un modo de hacerse reconocer —dijo el anciano en voz baja—. Tendremos que averiguarlo, pero no será tarea fácil. Inténtelo una vez más, a ver qué pasa.

La llamada no provocó efecto alguno. No se percibía ningún movimiento en la casa de la adivina, pero el hombrecillo, cuya sordera se volvía más severa entre cuatro paredes, creyó escuchar pasos en el apartamento del agente de negocios, y se aproximó suavemente para intentar escuchar mejor.

Estaba a punto de pegar su oreja contra la puerta cuando ésta se entreabrió.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡El señor Piédouche!

E introdujo la cabeza y el brazo por el resquicio de la puerta.

—¡Cómo! ¡Señor Pigache! —profirió el hombre que había abierto la puerta.

—¡Ah! Qué alegría me da verle; tengo novedades para usted. Están sucediendo cosas muy extrañas en el *Grand-Bock* desde que usted no va por allí. No esperaba encontrarle aquí. He venido con mi ama de llaves para consultar a *madame* Stella.

—No se encuentra en su estudio —gritó Piédouche, colocando sus manos a modo de megáfono.

—¡Ah! ¡Qué contrariedad! Me dijeron que me daría un remedio que me libraría de mi discapacidad. Pero, ya que está aquí, me gustaría hablar con usted.

—No tengo tiempo.

—¡Oh! Será sólo un momento. No le robaré más de cinco minutos.

—¿Qué tiene que decirme?

—Algunas cosas que serán de su interés. Figúrese que la taberna del señor *Poivreau* está llena de soplones.

Piédouche continuaba con la puerta entreabierta, y no parecía dispuesto a permitir el paso al señor Pigache.

Le miraba con aire sospechoso; también miraba a la rolliza mujer que asistía a su conversación desde la distancia.

Pero, al escuchar la palabra «soplones», su actitud cambió.

—Entonces, ¿qué está ocurriendo en el *Grand-Bock*? —preguntó a voz en grito para no verse obligado a repetir la pregunta.

—Al parecer están buscando a un individuo involucrado en un asesinato y que frecuenta el establecimiento bajo un nombre falso. Puedo darle todos los detalles. Pero tal vez le incomode que lo haga aquí y no en su casa —dijo Pigache, indicándole la placa donde figuraba el nombre de Blanchelaine.

—Es la casa de un amigo que ha tenido que salir y le estoy sustituyendo durante una hora.

—¡Ah! Entonces no le interrumpo, tenemos tiempo de conversar. Le diré a mi ama de llaves que nos espere en la calle.

Aquella proposición convenció a Piédouche. No quería meter en su casa a una desconocida, pero el hombre sordo no le inspiraba desconfianza alguna y juzgó útil interrogarle a fondo acerca de las maniobras de la policía en la taberna del señor *Poivreau*.

—No podemos hablar aquí —continuó Pigache—. Mi minusvalía le obliga a gritar y llamaríamos la atención de los vecinos. Vete, Virginie. Si te cansas de esperar abajo puedes ir al Jardin des Tuileries^[67] y sentarte frente al gran estanque; me reuniré contigo más tarde.

Sabía que Virginie leería entre líneas y no se alejaría demasiado.

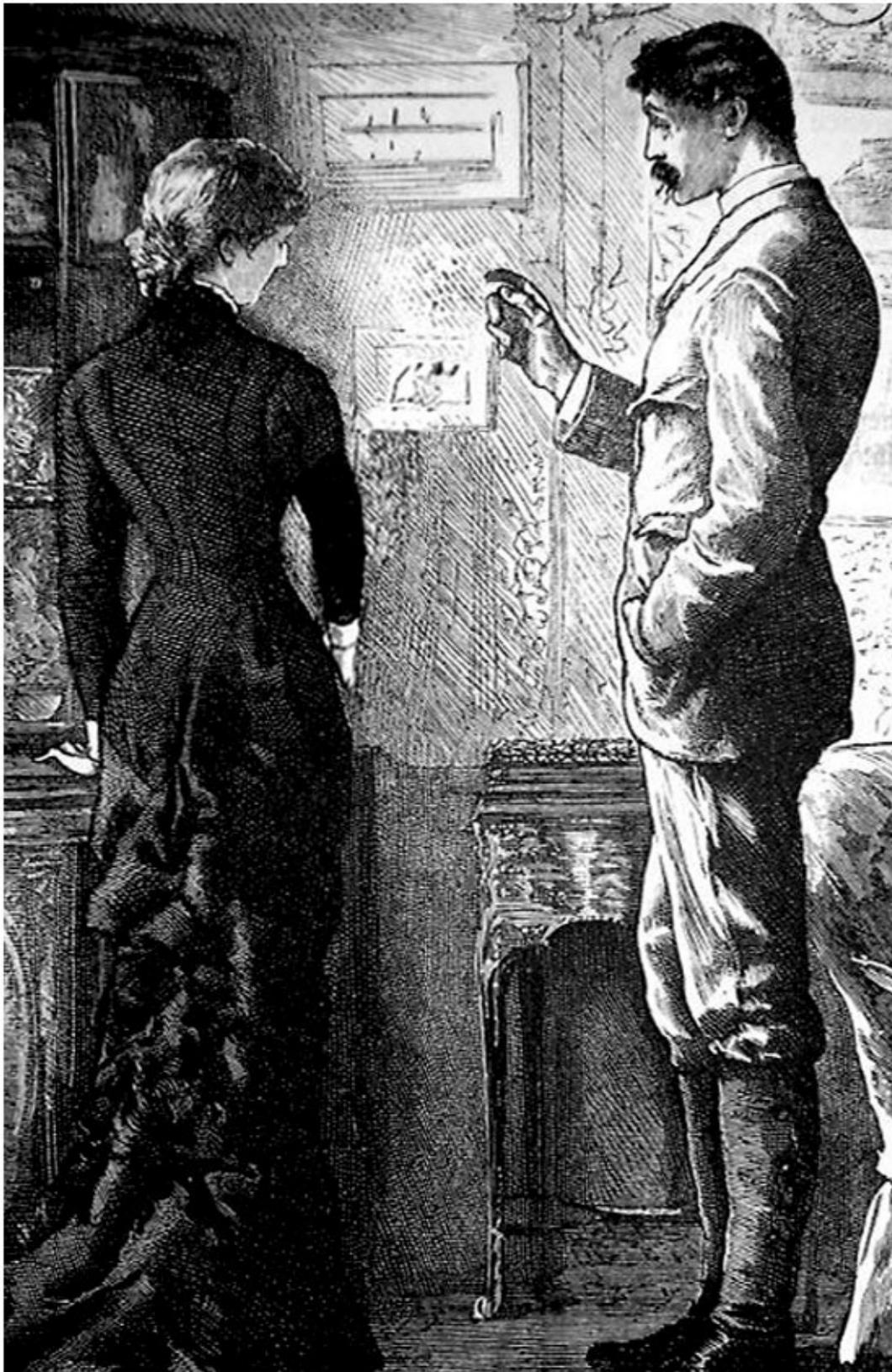
La bonachona vendedora de naranjas le obedecía ciegamente desde que sabía con quién trataba. No pidió más explicaciones, y bajó la escalera con mayor presteza de lo que la había subido.

—Entre, viejo amigo —dijo Piédouche haciéndose a un lado.

Pigache entró. Piédouche cerró la puerta con pestillo y le condujo hasta su despacho, en el que se paseaba una mujer que Freneuse hubiera reconocido de encontrarse allí, pues iba vestida exactamente igual que la noche de la representación de *Les Chevaliers du Brouillard*.

Ella frunció el ceño al ver al hombre que acompañaba a su cómplice, a quien preguntó con la mirada de quién se trataba.

—No te preocupes —dijo Piédouche a media voz—. Necesito tirar de la lengua a este imbécil y, si descubro que es un espía, no saldrá con vida de aquí.



Mientras pronunciaba estas palabras miró por el rabillo del ojo al bueno de Pigache, que no rechistó. El rostro del anciano mantenía su expresión sonriente e ingenua de costumbre.

—¡Bien! Me he convencido —continuó el supuesto Blanchelaine—. Temía que

podiera fingir su sordera, pero ahora estoy seguro de que es sordo. Podemos hablar con total libertad, como si no estuviera presente.

—¿Quién es ese hombre y qué hace aquí?

—Es un cretino que frecuenta el *Grand-Bock*, y no venía a verme a mí. Su ama de llaves lo ha traído para consultarte sobre su sordera.

—Entonces, ¿era él quien llamaba?

—No, era su criada; cuando abrí la puerta me encontré cara a cara con él.

—¡De acuerdo! Pero ¿por qué le has hecho entrar?

—Porque me ha dicho que han visto a varios agentes de la *Sûreté* en el establecimiento del señor *Poivreau* y quiero saber qué está ocurriendo.

—Líbrate de él; no quiero dejar sola a la pequeña. Estaba convencida de partir esta noche y, para persuadirla, me vi obligada a prometerle que iríamos a buscar las pertenencias de su hermana a casa de Sophie Cornu.

Durante aquel intercambio de explicaciones, Pigache permanecía en estado de contemplación frente a la mujer, preparado para saludarla.

—Esta mujer es la esposa del amigo que me ha pedido que vigile su despacho —le gritó Piédouche.

—Mis más sinceras felicitaciones a su amigo —dijo el hombrecillo inclinándose hasta el suelo.

—¡Está bien! ¡Está bien! Tome asiento y cuénteme su historia. ¿Así que la policía está buscando a un asesino en la taberna de *Poivreau*?

—Sí, pero dudo que lo atrapen, pues ahora nadie se deja ver por allí. Todos desconfían y no volverán a poner los pies en el *Grand-Bock*.

—En fin, ¿y a quién ha asesinado? Hace ocho días que los periódicos no hablan de un crimen.

—Se dice que es una antigua historia. Una muchacha que habrían asesinado en un ómnibus.

Aquella respuesta, emitida con el más natural e indiferente de los tonos, turbó visiblemente a la adivina y a su acólito.

En absoluto esperaban escuchar a aquel viejo idiota hablar sobre la muerte de Bianca Astrodi y, aún menos, hacerlo como si todo el mundo supiera que Bianca había sido asesinada.

Aquello fue suficiente para ponerlos en guardia. Intercambiaron las miradas y la mujer hizo ademán de marcharse.

—¿Cómo sabe usted eso? —interrogó Piédouche al droguista retirado sin alterar el tono de su voz.

—¿Me pregunta si conozco el nombre del asesino? —preguntó Pigache haciendo una cometa acústica con la mano—. Por desgracia, lo desconozco tanto como usted. La clientela del señor *Poivreau* no es muy reputada y las sospechas recaen sobre todos, especialmente sobre aquellos que no han vuelto a la taberna. Pero sí puedo nombrar a la alimaña que ha originado todo esto. Ha sido ese infame pintorzuelo que

juega a *piquet* con usted... ese tal Binos. Parece ser que ha puesto una denuncia en la prefectura de policía.

—No me sorprende —masculló Piédouche dirigiéndose a su cómplice—. Probablemente el viejo dice la verdad; cada vez estoy más convencido de que realmente es sordo, dado que no ha respondido a mi pregunta o, mejor dicho, lo ha hecho de forma incongruente. No ha oído ni oye una sola palabra de lo que hablamos.

—Yo también lo creo —murmuró la mujer—; pero eso no implica que no sea muy grave la historia que nos acaba de relatar. Tengo la sospecha de que ese Binos ha debido denunciarte. Cometiste un grave error al hablar con él sobre este asunto.

—Era necesario para recuperar el alfiler y la carta. Pero no me sorprende que, al ver que no volvía por la taberna, empezara a sospechar de mí, inducido, sin duda, por su amigo Freneuse. Él nos ha visto y, si desafortunadamente el señor Paulet le proporcionara la dirección del señor Blanchelaine, agente de negocios, estaríamos en serios apuros.

—Es decir, que dormiríamos en prisión ese mismo día. Créeme, no debemos tentar a la suerte. Es preciso que partamos esta misma noche con Pia.

—Pero acabas de decir que quiere recuperar por encima de todo las pertenencias de su hermana.

—Si es así, yo misma iré a buscarlas sin ella. Pero también quiere ir, por última vez, al cementerio de Saint-Ouen.

—Y después, ¿consentirá en partir?

—Es lo único que desea.

—¡De acuerdo! Acompáñala a casa de Sophie Cornu y al Saint-Ouen. No os llevará más de tres horas. Aún tendrás tiempo suficiente de tomar el expreso de las ocho. Será mejor que permanezcáis el menor tiempo posible en París, pues pronto los pintores descubrirán que la pequeña no ha vuelto a casa de Lorenzo e irán inmediatamente en su busca. Estamos en manos de la casualidad... la casualidad de un encuentro.

—¡Oh! Tomaré la precaución de correr las cortinillas; además, aún no la estarán buscando.

—No, pero tal vez mañana lo hagan. Así que esta noche pondréis rumbo a Marsella. Yo me reuniré con vosotras pasado mañana.

—Tienes razón y, para no perder tiempo, enviaré a la pequeña negrita a buscar un coche.

—Muy bien. Espera que me deshaga de este estúpido viejo que acaba de hacernos un gran favor.

Y, volviéndose hacia el hombrecillo que permanecía en pie, le gritó lo más alto que pudo:

—Disculpe, señor Pigache, pero la dama me estaba contando precisamente que ha oído hablar de esa historia del ómnibus. Yo creo que no es para tanto. Iré a tranquilizar al pobre diablo de *Poivreau*. ¿Quiere esperarme en el *Grand-Bock*? Nos

veremos allí en una hora.

—Con mucho gusto —respondió el sordo—. Usted es como yo, jamás abandona a sus amistades cuando se encuentran en problemas. Pero no quiero entretenerle más, le presento mis saludos y mis más humildes respetos a la señora.

»Volveré mañana para consultar a su vecina, *madame* Stella —agregó Pigache retirándose, caminando siempre hacia atrás.

Piédouche le acompañó hasta el rellano, le despidió con un vigoroso apretón de manos y se encerró en su apartamento.

En cuanto se hubo cerrado la puerta, Pigache se enderezó, bajó de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, atravesó ágilmente el patio y comenzó a correr como si le persiguiera el diablo hacia la rue Gomboust, donde los dos coches aguardaban.

XII

En su calidad de adivina, Stella siempre era complacida con absoluta diligencia. No esperó más de diez minutos el regreso de la negrita mensajera que había enviado a buscar un coche.

La estación más próxima, sin embargo, no se hallaba muy cerca, pero la pequeña había tenido la fortuna de encontrar un coche de la compañía que circulaba sin viajeros y que desfilaba al paso por la apacible rue de la Sourdière.

Pia siempre estaba lista para salir. Poseía un único vestido, por lo que no perdía mucho tiempo en acicalarse, y cuando la mujer le propuso acompañarla aquel mismo día a la rue des Abbesses y al cementerio de Saint-Ouen, a fin de poder tomar el tren de la tarde, no se hizo esperar, pues aquél era su mayor deseo.

Poco le importaba partir sola o en compañía, siempre y cuando pudiera abandonar París lo más pronto posible.

Su único temor era reencontrarse con Paul Freneuse, pues tenía miedo de dejarse persuadir si le rogaba que se quedara.

Stella, a quien le angustiaban otros temores, tomó la precaución de adelantarse cuando llegaron al zaguán y echar una ojeada a ambos lados de la calle.

No vio nada sospechoso. El coche estaba estacionado junto a la acera, y el cochero había abandonado el pescante para conversar con un hombre que debía ser uno de sus compañeros y que debía estar disfrutando de un descanso, pues llevaba un sombrero de hule y un chaleco rojo bajo su casaca.

—¿Ha traído usted a mi criada? —preguntó la mujer—, ¿una negrita de unos doce años?

—Sí, señora... y si la señora quiere subir... —respondió el cochero abriendo la puerta.

—Le pagaré por horas, y si marcha usted a buen ritmo tendrá una buena gratificación.

—¡Oh! La señora quedará muy satisfecha. ¿Vamos a...?

—Rue des Abbesses, Montmartre. Gire a la derecha en lo alto de la rue des Martyrs... le avisaré cuando estemos delante de la casa.

—Bien, señora. Únicamente, si la señora me lo permite, viajará a mi lado un amigo que se apeará en la plaza de la Mairie, a tan sólo dos pasos del destino de la señora.

—Haga lo que quiera —respondió la supuesta discípula de la señorita Lenormand.

Tenía prisa y su única preocupación era introducir a Pia, subir tras ella y correr las cortinillas.

—Imagino que no quiere ser vista, ¿verdad, mi querida niña? —le preguntó.

—Sabe perfectamente que no —murmuró la pequeña.

—Es una precaución necesaria, pues tendremos que cruzar el barrio de los pintores. Es el único camino para llegar a casa de Sophie.

—¿Qué importa? Aquí voy bien escondida. Además, no hay nadie por allí que piense en mí.

Stella tenía fundadas razones para creer lo contrario, pero se las guardó para sí, y el viaje transcurrió en el más absoluto silencio.

Pia se mostraba taciturna y abatida. Se dejaba llevar como un condenado que es conducido en el coche hacia el cadalso.

Su conductora eludió intentar sacarla de aquel sopor que la dispensaba de responder a preguntas embarazosas.

«Todo va bien», pensaba. «La señora Cornu está advertida de nuestra visita; habrá salido y no estaremos en su casa más de cinco minutos. Sería muy mala suerte que en el cementerio nos encontráramos con algún conocido. Y esta tarde, a las ocho, estaremos rumbo a Marsella».

El coche volaba como el viento y la adivina se alegraba por ello. Subieron al trote la pendiente adoquinada que desembocaba en el bulevar de la periferia y, cuando lo atravesaron, comenzó a circular con paso inusitado.

Stella, queriendo resguardarse de las miradas ajenas, no advirtió, en un principio, la dirección que había tomado el cochero. Pero no tuvo más que retirar una esquina de la cortinilla para percatarse de que éste se había equivocado y que, en lugar de subir y continuar en línea recta hacia la rue des Abbesses, había girado a la izquierda.

Comenzó a golpear el cristal delantero para advertirle de su error; tocó la campana... Fue en vano.

El cochero debía estar sordo como el señor Pigache, pues sólo se detuvo una vez llegaron a la plaza Pigalle.

Stella, estupefacta y furiosa, perdió los nervios, bajó una de las ventanillas y aferró la levita del cochero que le había jugado aquella mala pasada. Sobre la acera en forma de hemiciclo junto a la que aquel indócil coche de punto se había detenido, observó a un grupo de personas que parecían estar esperando y, en aquel instante, lo comprendió todo, pues reconoció a Freneuse y a Binos.

Entonces, su único pensamiento fue huir y, naturalmente, intentó escapar por el lado opuesto que daba a la plaza. Abrió la portezuela, saltó y fue a caer en brazos del hombre de la casaca, que se había apeado de su asiento con el objetivo de obstaculizarle el paso. Ella intentó zafarse, pero la levantó como una pluma; la llevó hasta el vestíbulo de la casa de los pintores y la depositó en la garita del conserje, que estaba ocupada por dos agentes de policía.

Todo ocurrió tan deprisa que apenas tuvo tiempo de gritar, y las gentes que por allí transitaban creyeron que la mujer había sufrido un síncope.

Pia, absorta en sus tristes ensoñaciones, no había visto —por así decirlo— nada de lo acontecido; pero, casi en el mismo instante en que se gestó aquella maniobra, se

abrió la otra portezuela y Paul Freneuse apareció.

—¡Ah! —murmuró ella echándose hacia atrás—. Esa mujer me ha engañado... me ha traído a su casa. ¡Déjeme!

—¡Esa mujer asesinó a tu hermana! —exclamó Freneuse—... Y te habría asesinado a ti al igual que hizo con Bianca si no te hubiéramos salvado de sus garras. Ahora no te lo puedo explicar. Binos te conducirá a mi estudio; yo me reuniré contigo en un momento. Pero antes debo desenmascarar a esa desalmada.

—¿Al estudio? ¡Jamás! —dijo Pia con voz sofocada.

—¿Por qué? ¿Qué te hecho?

—¡Bueno! ¡Puedo adivinarlo! —exclamó Binos, que se había aproximado—. Tiene miedo de encontrarse allí con la señorita Paulet. ¡Tranquila, pequeña! Te prometo que esa rubia no volverá a poner un pie en el estudio... y si su respetable padre osara presentarse aquí, yo mismo me encargaría de echarle por la puerta. Pregúntale a Freneuse.

—¡Yo también! ¡Lo juro! —repitió Freneuse.

Y sus ojos revelaban tal sinceridad que Pia, pálida y temblorosa, tomó la mano que Binos le ofrecía y se dejó conducir dentro de la casa.

—Ahora nos veremos las caras, señora Piédouche —dijo Freneuse entre dientes.

—¡Ah! ¡La bandida! —profirió la vendedora de naranjas—. Que intente decirme a la cara que no viajaba en el ómnibus.

—¡Oh! No se atreverá a negarlo —dijo el notario Dugeon—. Pero ¿lograrán atrapar a su cómplice?

—A esta hora ya debe estar en prisión —exclamó el hombre encaramado al pescante—. El jefe, que se ha encargado de su captura, estará aquí en diez minutos. ¿Qué les parece cómo ha llevado el caso?

—Fantástico. El plan de disfrazarse de cocheros, usted y su compañero, es impagable.

—Deberían haber visto la cara de los verdaderos conductores cuando les ordenó el cambio de papeles. La adivina cayó de bruces en la trampa.

Freneuse y Virginie Pilon dejaron al señor Dugeon cantando sus alabanzas sobre el falso Pigache, que no era otro que un superior de la policía de la *Sûreté*, y corrieron hacia la portería donde Stella se hallaba confinada.

Tenía el aspecto de una bestia salvaje atrapada en una trampa y, cuando vio aparecer a aquellos dos testigos a los cuales no podía recusar, un destello de cólera cruzó su mirada; pero no hizo el menor movimiento, y se negó a responder a las preguntas de un Freneuse que bien pronto se sintió hastiado del interrogatorio.

Acababa de ir en busca de Pia cuando Pigache apareció. Aquel astuto hombre había concluido su misión en la rue de la Sourdière. Auguste Blanchelaine, arrestado en su domicilio por un comisario asistido de cuatro agentes, se encontraba rumbo a los calabozos de la prefectura.

La entrada de Pigache en la garita supuso un giro dramático. Stella comprendió

que estaba perdida. El falso sordo había escuchado la conversación con su cómplice y era perfectamente conocedor de la culpabilidad de ambos.

—¿Dónde está el alfiler que utilizó para asesinar a Bianca Astrodi? —le preguntó sin más preámbulos—. Tiene que llevarlo encima; si no me lo entrega voluntariamente, la mujer que viajaba a su lado en el ómnibus procederá a registrarla.

—No será necesario —dijo con voz ronca aquella abominable criatura—. Se lo entregaré. Aquí lo tiene.

Lo había ocultado en uno de sus guantes mientras la arrastraban a la portería del conserje. Cerró firmemente la mano y cayó fulminada. La punta letal había penetrado en su piel.

Bianca había sido vengada.

—Le ha ahorrado el trabajo al jurado —dijo filosóficamente Pigache mientras los agentes se precipitaban a levantar el cadáver—. Apuesto a que el canalla de Piédouche no tendrá el coraje de emularla. Lo cierto es que tiene posibilidades de salir airoso. Ahora que su dulce compañera ha querido pasar a mejor vida, su complicidad será difícil de probar. Voy a asegurar el alfiler. A falta de esta prueba ningún jurado le condenará.

Lo recogió del suelo de la portería y lo envolvió cuidadosamente con un periódico.

La vendedora de naranjas se había marchado al ver desplomarse a la adivina; a la entrada del corredor se tropezó con el señor Drugeon, que conversaba con un personaje del que nadie esperaba su presencia.

De un coche, conducido en esta ocasión por un verdadero cochero, se habían apeado el señor y la señorita Paulet. El notario, que se paseaba por la acera, no se sintió poco sorprendido al verles pues, tan sólo una hora antes, el señor Paulet se había negado a facilitarle la dirección del agente de negocios y se habían despedido con mucha frialdad.

Sabiendo el señor Paulet que Freneuse y el señor Drugeon actuaban en concierto, ¿qué había venido a hacer al estudio del pintor?

—Sé su nombre —gritó mientras bajaba del coche—. Se llama Blanchelaine y vive en...

—Rue de la Sourdière. No me está diciendo nada que yo no sepa —interrumpió el notario—. Ha sido arrestado.

—¡Arrestado! ¡Ah! ¡Dios mío! Entonces, es cierto... ¡está implicado en un crimen! Es usted testigo de que he venido a procurarle su dirección al señor Freneuse en cuanto la he encontrado. No hacía ni diez minutos que se habían ido cuando la localicé entre mis papeles.

El señor Paulet no se sentía tranquilo en absoluto. Pensaba en las cartas y en los contratos firmados por él que debían haber requisado en casa de Blanchelaine. Había cambiado de opinión, y tomaba sus precauciones para evitar que recayera sobre él la sospecha de haber encomendado el asesinato a aquel canalla. Y se presentó en casa

de Freneuse prudentemente acompañado de su hija para justificar su visita.

—Subamos, padre —dijo la señorita Marguerite, más hermosa y arrogante que nunca—. El señor Freneuse nos explicará qué está sucediendo.

—Le prevengo que no está solo —murmuró el señor Drugeon.

—¡Ah! Muy bien, razón de más —replicó ella—. Así seremos cumplidamente informados.

Había adivinado que la muchacha italiana estaba con él, y no era una joven que retrocediera ante nada. Entró en la casa seguida del señor Paulet.

—No miren dentro de la portería —les gritó Virginie Pilon.

No tenían ninguna intención de hacerlo. El padre tenía tanto apremio como la hija por llegar al estudio del pintor.

No hubo necesidad de llamar. La puerta estaba abierta, y pudieron contemplar una escena absolutamente inesperada. Pia se hallaba sentada en el mismo lugar donde la señorita Paulet la había visto el día en que la había ahuyentado. Pero Pia no lloraba.

Pia escuchaba, embelesada, los juramentos que Paul Freneuse, arrodillado ante ella, le profería. Pia abandonaba sus manos al artista, que las cubría de besos.

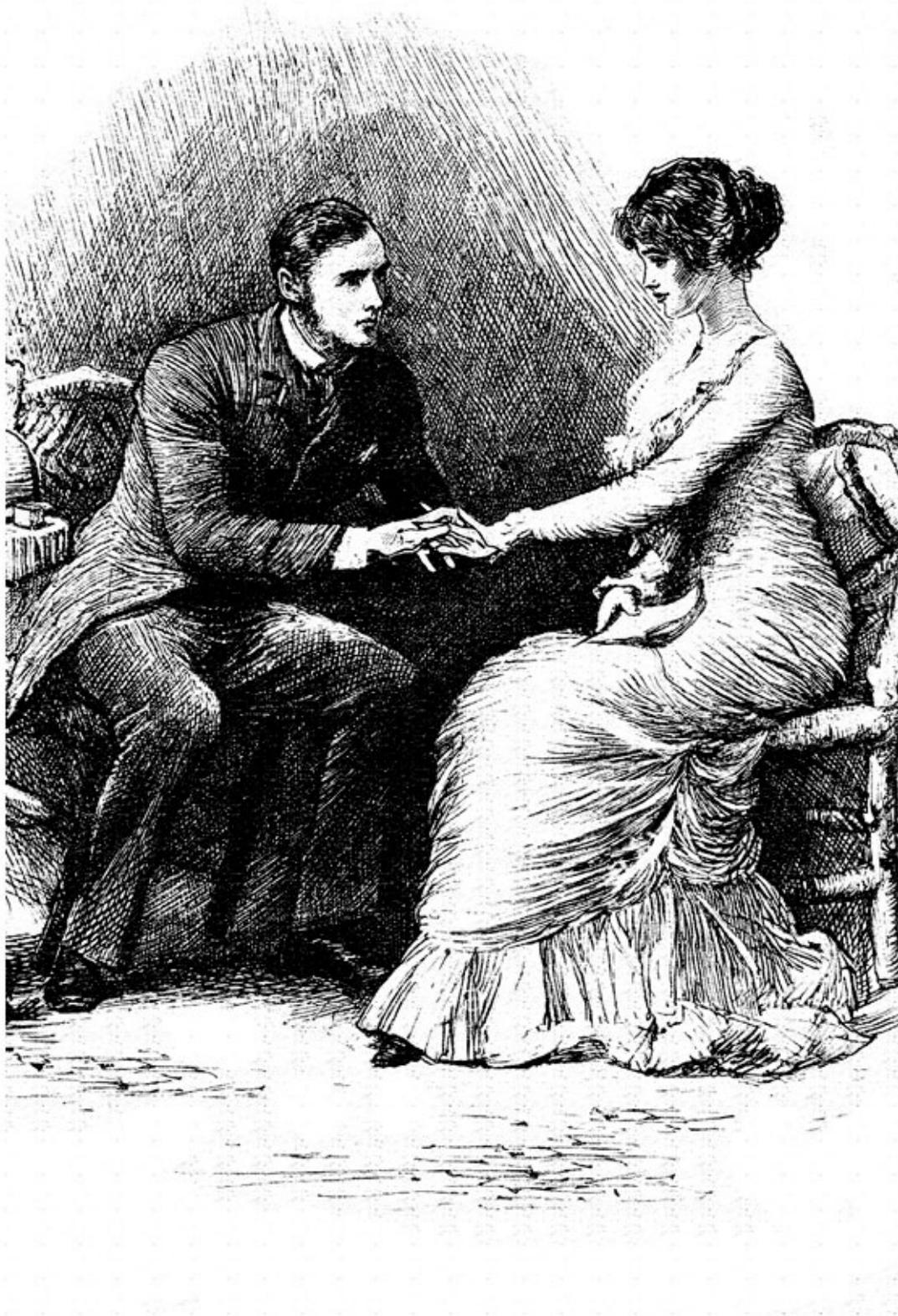
Y Binos, siempre burlón, hacía ademán de bendecirles. Fue el primero en percatarse de la presencia del señor Paulet y su hija petrificados en el umbral, y tuvo el descaro de gritarles:

—¿No es conmovedor? Parecen Dafnis y Cloe^[68], ¿verdad?

Freneuse se incorporó en un instante y se dirigió hacia ellos.

Pia esperaba, pálida y ansiosa. Su suerte estaba a punto de decidirse.

—Vayámonos, padre —dijo secamente la orgullosa Marguerite—. Mi sitio no está aquí, visto que el señor acoge a la criatura que le ha robado la herencia de su hermano.



—Insulta a una muchacha que vale mucho más que usted —replicó Freneuse en un arrebato de cólera—. ¡Fuera! En cuanto a usted, caballero —continuó dirigiéndose al señor Paulet—, le informo de que la señorita Astrodi renuncia a la herencia que usted tanto ambiciona. No quiere la fortuna de un hombre que abandonó a su madre.

Confío en que no tenga que rendir cuentas ante la justicia por su vergonzosa relación con un criminal, y espero no volver a verle jamás.

Padre e hija bajaron la cabeza.

También Pia había sido vengada.

* * * * *

Tres meses han transcurrido. Blanchelaine, también conocido como Piédouche, se enfrenta a los tribunales. Confía en que el juez estime circunstancias atenuantes. A Pigache le ha sido concedido un ascenso; este caso le ha consagrado. Tal vez algún día llegue a ser Jefe de la *Sûreté*.

El señor Dugeon regresó a su notariado colmado de bendiciones por Freneuse y Pia, que trasladaron su residencia a Italia. Se casaron en Subiaco, y no precisan de la herencia del señor Francis Boyer para ser felices. Freneuse no se ha presentado a la Exposición de este año, pero la dicha que le espera bien vale el sacrificio.

Binos encuentra en la cerveza el consuelo perfecto para la ausencia de sus amigos. Las preocupaciones del señor Paulet se han disipado, y su hija disfrutará de medio millón más de francos. Pero no logra encontrar esposo.

En París todo se sabe, y el crimen del ómnibus le ha ocasionado un gran descrédito.



FORTUNÉ HIPPOLYTE AUGUSTE ABRAHAM-DUBOIS (Granville, Francia, 11 de Septiembre de 1821 - París, Francia, 26 de Febrero de 1891). Fue un novelista que utilizó en sus escritos el nombre de Fortuné du Boisgobey.

Reconocido escritor francés impulsor del «roman policier» y la «sensation novel» y maestro en el «thriller urbano». Fue el escritor de novelas criminales más leído durante dos décadas. Su mérito radica no sólo en el volumen de producción, sino en su capacidad para transitar desde la novela procedimental —basada en la investigación policial— a un género absolutamente en boga hoy en día como es el «thriller urbano», en el que Boisgobey se convirtió en un maestro gracias a la creación de misterios que incitan a su resolución por un investigador aficionado.

Es la época del triunfo de la Revolución Industrial, triunfo indisolublemente unido a un desarrollo científico racional y pragmático. Las novelas de Boisgobey retratan a criminales, policías y detectives, pero nos muestran por encima de todo la vida de aquel París de la Belle Époque en el que el siglo XIX comenzaba a declinar: el París de Montmartre y las cenas literarias. Tanta fama llegó a tener, con sus más de setenta «novelas criminales», que hasta la aparición de Sherlock Holmes, en 1887, fue el autor de este tipo de literatura más leído en Gran Bretaña.

Du Boisgobey inició su carrera como funcionario de rango medio del Estado francés. Como pagador del ejército, viajó por África, Oriente Medio y buena parte de Europa. Su inicio en la literatura fue, precisamente, relatar alguno de estos viajes en forma de diario. Pero fue su primera novela, *Un asunto misterioso*, de 1869, la que le dio

verdadera fama y le convirtió, junto con su compatriota Émile Gaboriau en precursor de la novela policíaca moderna (de Gaboriau autor de *El crimen de Orcival*). En su obra (también en la Gaboriau) están muy presentes las influencias de Edgard Allan Poe y Honoré de Balzac.

Notas

[1] *The Spartans of Paris, Leaves from my Autobiography* (1891), escrito por el general Meredith Read. Hoy día está comprobada la veracidad de la afirmación del general Read. Un antepasado del autor, Nicholas Abraham, había recibido el título de nobleza «Du Boisgobey» en 1538, y fue el abuelo de Fortuné quien abrevió el título incorporándolo al apellido como «Abraham-Dubois». <<

[2] *Penny dreadfuls*: novelas baratas —de penique— por entregas, típicas del siglo XIX. <<

[3] *Feuilletons*: en francés, novelas seriadas por entregas. <<

[4] *Roman d'aventures*: novela de aventuras. <<

[5] *Roman policier*: novela policiaca. <<

[6] Se refiere a la «sensation novel», el género del que fueron mayores exponentes Wilkie Collins y Mary Elizabeth Braddon (Editorial d'Época incluye también en su colección Misterios de Época *El secreto de Aurora Floyd*, de Mary Elizabeth Braddon). <<

[7] «Apaches» era la denominación que recibían las pandillas callejeras de París, integradas por ladrones y criminales. <<

[8] «Chansonniers»: los cantantes del viejo París. <<

[9] Incluida así mismo en la colección Misterios de Época de Editorial d'Época, con sus novelas *El misterio de Gramercy Park* y *Uno de mis hijos*. <<

[10] Juan Mari Barasorda (Bilbao, 1960). Lector aficionado a la novela policial. Ha sido Vicegerente de RR. HH. en la Universidad del País Vasco y Director de RR. HH. de la Ertzaintza (policía autonómica). Forma parte del equipo redactor de la revista digital de novela negra y policial «Calibre 38» (www.revistacalibre38.wordpress.com), y es coordinador de los Encuentros literarios sobre género negro «Bruma Negra» (www.brumanegra.wordpress.com). <<

[11] En el año 1853 comenzó a circular por París el primer ómnibus de dos pisos, conocido con el nombre de *omnibus à impériale*. «Impériale» hace referencia, pues, al piso superior. <<

[12] El *sou* es una antigua moneda francesa, procedente del *solidus* romano, que designaba la moneda de 5 céntimos hasta principios del siglo xx. <<

[13] Se refiere a la Exposición Universal de París de 1878. En esta tercera Feria Universal, cuyo tema era *Agricultura, Artes e Industria*, se celebraba la recuperación de Francia después de su aplastante derrota en la Guerra Franco-Prusiana de 1870. La exposición de artes plásticas y nueva maquinaria tuvo lugar a gran escala, y la Avenida de las Naciones, una calle con 730 metros de longitud, se dedicó a ejemplos de la arquitectura doméstica de casi todas las ciudades de Europa y algunas de Asia, África y América. Entre los numerosos inventos exhibidos estaba el teléfono de Alexander Graham Bell. La luz eléctrica había sido instalada a lo largo de la Avenida de la Ópera y la Plaza de la Ópera, y antes del comienzo de la Exposición se encendió un interruptor que iluminó la zona con bombillas eléctricas, inventadas por Thomas Edison, que sólo tenía en exposición un megáfono y un tocadiscos. Jurados internacionales consideraron los objetos expuestos otorgando medallas de oro, plata y bronce. Por lo que respecta a la participación española, el pintor Francisco Padilla logró con su cuadro, *Doña Juana la loca*, la primera medalla de oro para España en una Exposición Universal. Más de 13 millones de personas pagaron por asistir a la exposición, convirtiéndola en un éxito financiero. <<

[14] Actualmente conocida como Policía Nacional francesa, la *Sûreté* fue fundada en 1812 por Eugène-François Vidocq, que la dirigió hasta 1827. Su modelo sirvió de inspiración para Scotland Yard, el FBI, y otros departamentos de investigación criminal en todo el mundo. Vidocq estaba convencido de que el crimen no podía ser controlado por los métodos policiales vigentes en aquel momento, por lo que organizó un cuerpo especial que trabajaba encubierto y cuyos primeros miembros eran en su mayoría delincuentes reformados. En 1820 se había convertido en un equipo de 30 policías expertos que consiguieron reducir la tasa de criminalidad en París en un 40%. La *Sûreté* francesa es considerada el cuerpo pionero de todas las organizaciones de lucha contra el crimen en el mundo. <<

[15] El Mausoleo de Cecilia Metella está considerado el monumento símbolo de la Via Appia, célebre y reproducido desde el Renacimiento. Se trata de una tumba monumental erigida para una dama romana de la que se conocen, gracias a las inscripciones que aún se conservan, algunos grados de parentesco. Su padre era Quinto Cecilio Metello, cónsul en el año 69 a. C., y que entre el 65 y el 68 conquistó la isla de Creta. El imponente Mausoleo puede interpretarse como un homenaje a la difunta o como una celebración de la gloria, riqueza y prestigio de la familia gobernante. <<

[16] Pequeña ciudad del Lazio célebre por sus monasterios benedictinos, situada en el Alto Valle del Aniene, a unos 70 km de Roma. Este pintoresco burgo medieval fue construido con escalinatas sobre una pared rocosa que domina el valle a los pies del Parque Natural Regional de los Montes Simbruini. <<

[17] Comuna autónoma de producción y consumo en el sistema de Fourier, socialista utópico francés de principios del siglo XIX. <<

[18] Instrumento musical de cuerda que se toca haciendo dar vueltas con un manubrio a un cilindro armado de púas. <<

[19] En italiano en el original: flautista, por lo general callejero. <<

[20] Pájaro cantor de diez a doce centímetros de largo, con plumaje pardo por encima y blanco por debajo, cabeza negruzca y pico recto y delgado. Es insectívoro y el que escoge con preferencia el cuco para que empolle sus huevos. <<

[21] Se refiere al fuego de artillería utilizado durante el Primer Imperio francés o Imperio Napoleónico. El Imperio fue un estado soberano que abarcó en territorio una gran parte de Europa occidental y central, además de numerosos dominios coloniales. Cubre el periodo comprendido entre la coronación de su emperador, Napoleón Bonaparte, en 1804, hasta su abdicación en 1815. <<

[22] De «símil» y «oro». Falso, fingido, que aparenta mejor calidad de la que tiene. <<

[23] En el original: [...] *n'a jamais fait danser l'anse du panier*: expresión francesa cuya procedencia es un antiguo «derecho» que se arrogarían las cocineras de aumentar ante sus patrones el precio que habrían pagado por los alimentos. La táctica consistiría en sacudir el asa de la cesta para que los productos se desordenaran y conferirles así una mayor apariencia. <<

[24] El *curare* es un veneno utilizado por varias tribus sudamericanas y centroamericanas —también es un término genérico que se utiliza para nombrar a varios venenos o mezclas de venenos—, siendo normalmente la base de la mezcla la corteza de la planta *Strychnos toxifera*. <<

[25] La marquesa de Brinvilliers fue decapitada en París el 16 de julio de 1676 por envenenar a más de 50 personas con arsénico entre los años 1664 y 1673. <<

[26] El método Palmer de caligrafía comercial desarrollado por Austin Norman Palmer a finales del siglo XIX y principios del XX, se convirtió en el sistema de escritura más popular en los Estados Unidos y otros países donde se implantó. El método se incluyó en la guía «Palmer's Guide to Business Writing» publicada en 1894. En este método se les enseñaba a los estudiantes a adoptar un sistema uniforme de escritura cursiva con movimientos rítmicos. <<

[27] Publicado bajo distintos títulos desde hace más de dos siglos, y conocido por el público general como *Almanach Didot-Bottin*, este anuario contiene multitud de información topográfica, administrativa, comercial, legislativa y estadística. Se pueden encontrar en él listas de direcciones y calles, un inventario de comerciantes, fabricantes y otras profesiones, así como de las personas que las ejercen, la presentación de los grandes cuerpos del Estado, administraciones y establecimientos públicos. Y según la época, mapas, planos, publicidad, horarios (bibliotecas, museos...), tarifas (aranceles, vehículos...). Su contenido y estructura no han dejado de evolucionar y enriquecerse. <<

[28] Escrita por los dramaturgos Adolphe Dennery y Ernest Bourget. Drama en cinco actos, representado por vez primera en París en el teatro de la Porte-Saint-Martin, el día 10 de julio del año 1857. <<

[29] Especie de gabán o levitón muy holgado. <<

[30] Martes de carnaval. <<

[31] Este elemento permite ocultar al espectador las zonas del escenario reservadas para los elementos técnicos. Normalmente se compone de bambalinas, patas y telón de fondo. Estos elementos se suspenden de la maquinaria escénica de accionamiento manual, ya que el poco peso que tienen estos tejidos así lo permite. Todos estos elementos se pueden recoger, o bien ocultar en la parte alta de la caja escénica para permitir el uso de ésta para conciertos o cualquier otro acto que requiera disponer el escenario libre de obstáculos. <<

[32] Cuadro teatral: cada una de las partes breves en que se dividen algunas obras dramáticas, o algunos actos, sin cambio de decorado. <<

[33] Personaje caricaturesco del burgués francés del siglo XIX, creado por Henry Monnier. De este emblemático personaje —necio, rechoncho, conformista y sentencioso—, Honoré de Balzac afirmó que era «el ilustre patrón del burgués parisino». <<

[34] Teatro parisino situado en el bulevar Saint-Martin e inaugurado el 8 de marzo de 1873. Desde el 14 de junio de 1994 está clasificado como monumento histórico de Francia. Surgió como una compañía de teatro en 1838 a iniciativa de Victor Hugo y Alexandre Dumas, a fin de tener una compañía dedicada a representar sus obras dramáticas románticas. <<

[35] Célebre ingeniero y piloto de gran talento, el belga Camille Jenatzy (1868-1913), apodado «Le Diable Rouge» (el Diablo Rojo) debido al color rojizo de su barba, hizo construir varios prototipos de coche, según sus propios planos, a la «Compagnie Générale des Transports de Paris». <<

[36] Taberna de mala fama. <<

[37] La Gran caña de Cerveza. <<

[38] Juego de palabras en francés, «Poivreau» tiene una pronunciación similar a «poivrot»: *borrachín*. <<

[39] La *Poulitaine*, también llamado «la poule», es un juego de cartas de cuatro jugadores divididos en dos equipos. El equipo que alcance un total de 32 puntos gana la partida. <<

[40] El *piquet* es un juego de naipes francés cuyos orígenes se remontan al siglo xv. Se conocía como el *cent*, de donde deriva su nombre español de «juego de los cientos».

<<

[41] Émile Gaboriau (1832-1873) fue un escritor y periodista francés, precursor de la novela negra y policíaca. En Editorial d'Época hemos recuperado una de sus obras maestras, *El crimen de Orcival*. <<

[42] *Jenny la obrera*. Nombre genérico que designaba a una obrera pobre pero feliz. El nombre fue ideado por Émile Barateau, y popularizado por la canción del mismo nombre. <<

[43] Hostal de baja categoría. <<

[44] La torre de Nesle, hoy desaparecida, era una de las torres situadas en los extremos de la antigua muralla de París (muralla de Felipe Augusto). <<

[45] En el año 1772, Philippe-Nicolas Pia (1721-1799), consejero municipal de París y maestro farmacéutico, propuso la creación de las casas de socorro para los ahogados. En aquella época la capital registraba un número importante de muertes por ahogamiento (934 muertes certificadas entre 1772 y 1788). <<

[46] Quienes tienen derecho a una reserva de bienes al morir determinada persona y transmitirse aquéllos primeramente a otro sobre el que pesa esa indisponibilidad, ya sea de modo inmediato, ya por circunstancias ulteriores, como nuevas nupcias con prole anterior por el obligado a reservar. Es institución no generalizada en todos los países (L. Alcalá-Zamora). <<

[47] El legado caduca cuando el legatario muere antes que el testador, o cuando la ejecución del legado está subordinada a una condición suspensiva o a un término incierto, y muere antes del cumplimiento de la condición o del vencimiento del término. <<

[48] Posible alusión al cuadro de José de Ribera del año 1641, *María Magdalena en el desierto*. <<

[49] Mujer que participaba en las fiestas bacanales. <<

[50] En italiano en el original: *queridísima*. <<

[51] Transtiberino: respecto de Roma y sus cercanías, aquel que habita al otro lado del Tíber. <<

[52] El Muro de Thiers fue construido entre los años 1841 y 1844 en virtud de una ley dictada por Adolphe Thiers. Actualmente desaparecida, la muralla formaba parte de un sistema defensivo de la ciudad provisto de fortificaciones más o menos alejadas de la capital. <<

[53] Oficina a la entrada de las poblaciones en la cual se pagaban los derechos de consumo. <<

[54] Cayena. También puede significar «paralizante». <<

[55] Campo de nabos. <<

[56] Puerta que cierra la entrada a una ciudad o castillo. <<

[57] La butte des Moulins era una pequeña colina situada en el interior del perímetro de París, actualmente desaparecida. <<

[58] Sibila: mujer sabia a quien los antiguos atribuyeron espíritu profético. <<

[59] El primer caso registrado de clarividencia en una persona sonámbula se le atribuye al Marqués de Puységur (1751-1825), discípulo de Mesmer, que en 1784 estaba tratando a un campesino local llamado Race Victor. Durante el tratamiento, según se informó, Victor entraba en trance y se sometía a un cambio de personalidad, convirtiéndose en todo un experto en medicina capaz de dar el diagnóstico y la prescripción de su propia enfermedad, así como las de otros pacientes, para olvidarse de todo al salir del estado de trance. <<

[60] Asiento semicircular con incrustaciones de marfil que ocupaban los ediles romanos. <<

[61] Cuadro del pintor francés Girodet-Trioson (1767-1824). <<

[62] Municipio de la provincia de Latina, en la región del Lazio, Italia. <<

[63] En italiano en el original. *Birbante*: persona astuta y deshonesto (granuja) <<

[64] En italiano en el original. *Fra*: acortamiento de la palabra frate (padre) ante un nombre. *Diavolo*: Diablo. <<

[65] En italiano en el original: comprendido, señor. <<

[66] En la mitología griega, Medea, hija del rey Eetes de Colchis y de la ninfa marina Idía, era una magnífica hechicera como su tía Circe. <<

[67] El Jardin des Tuileries debe su nombre a las fábricas de tejas que ocupaban el terreno en el que la reina Catalina de Médici hizo edificar el Palacio des Tuileries en el año 1564, hoy desaparecido. El jardín, que separa el museo del Louvre y la Plaza de la Concordia, es un lugar de recreo y cultura para los parisinos y turistas donde las estatuas de Maillol rivalizan con las de Rodin o Giacometti. <<

[68] *Dafnis y Cloe* es la única obra conocida de Longo, autor griego del siglo II. <<